

ROBERTO ALHAMBRA

# LA ALIANZA DE LOS TRES SOLES

LIBRO 2

LA NIEBLA QUE  
CUBRE LAS AGUAS



ILARIÓN

# Índice de contenidos

- [Made with byeink](#)
- [Título](#)
- [autor](#)
- [agradecimiento](#)
- [presentación](#)
- [Una singular compañía](#)
- [La Batalla de los Tres Extranjeros](#)
- [Eclipse de sol y luna](#)

- Agua salada es agua de mar
- Sueños de dragón desterrado
- Cuaderno de bitácora. El Rompeolas del Sur
- Cuando el opaco velo de la ceguera hace enloquecer a los cuerdos
- La isla de los hombres pájaro
- El canto de las sirenas
- Tierra
- Nunca es final para todos.

*Made with*

byeink

# **La Alianza de los Tres Soles.**

## **Volumen II.**

**La Niebla que cubre las  
aguas.**

# **La Niebla que cubre las aguas**

Roberto Alhambra

El viaje continua y, por ello, quiero dedicar este volumen a todos los que me habéis ayudado a conseguirlo. A mi familia, mi novia y mis amigos. A todos los jugadores de RuneQuest. A Greg Stafford, creador de Glorantha.

Glorantha is a creation of Greg Stafford, the trademark of Issaries, Inc., and is used under license

Reservados todos los derechos.

Síguenos en:

Facebook: la alianza de los tres soles

Twitter: @alianza3soles

Google +: Roberto Alhambra

Pues aquí me encuentro de nuevo con la obligación de presentarte este libro.

"La Niebla que cubre las aguas" es la continuación de "Siempre amanece por Oriente" y como ya sabes, el modo de creación dista bastante de lo convencional.

Esta historia surgió en primer lugar como partida de rol, por lo tanto, podemos decir que narra a modo de crónica lo sucedido durante la partida al mítico juego RuneQuest.

Si no eres jugador de rol ya puedes empezar a leer el primer capítulo; si lo eres, puedes seguir leyendo algunos detalles que te gustará saber.

El reglamento original con el que

empezé "Siempre amanece por Oriente", RQ3, fue sustituido durante el cuarto capítulo de este libro por el RQM 1 y se mantuvo hasta su conclusión.

Como anécdota añadiré que el capítulo 2 no recrea una partida de rol, sino un *wargame* de invención casera.

El capítulo 8 es el único cuya idea original sale de un módulo oficial de RQ. No desvelaré cuál, no voy a darte más pistas...

# Capítulo I. «Una singular compañía»

*Anaranjados reflejos desteñidos de  
cielo*

Tras la línea del horizonte, un  
oscurecido firmamento

*Montes recortados por áridas tierras  
al Oriente de los Yermos*

*Redondeadas lomas*

*Con el opaco tono del ocaso titilante a  
sus espaldas*

El terreno era pardo y pedregoso, seco y enrojecido. Sobre él, la figura encorvada de Jan Paolo, cónsul del

Imperio Lunar en Sartar, desafiaba espada en mano a la enfurecida manada *morocanthe* que lo rodeaba.

En su mano derecha empuñaba la hoja curvada que había robado en Prax, tiempo atrás, antes de llegar a la ciudad de Nueva Pavis. Ese alfanje lo había acompañado durante semanas por los áridos territorios conocidos con el nombre de los Yermos. Con dolor abrasador, la herida que había quemado su mano, hacía ya incontables semanas, le seguía recordando que aún estaba abierta y que no lo había abandonado. La costra alrededor de la llaga había empeorado de aspecto y se mostraba más verde y escamosa. En su huesuda mano izquierda agarraba con fuerza la

cuerda que había atado al cuello de las seis hembras «*rescatadas*» de los corrales de aquellos animales, los pastores de humanos, llamados morocanthes.

Lo estaban asediando.

Una docena de estos animales, que se creían con autoridad para domesticar, criar y valerse de ganaderías de humanos, iba cercando lentamente al cónsul del Imperio de la Luna Roja. Jan Paolo blandía desafiante su espada, tirando con la otra mano de la cuerda que ataba a su *rebaño* de humanas para atraerlo hacia sí. Éstas se agitaban nerviosas de un lado a otro, incómodas, presas de la agresividad que flotaba en

el ambiente. Qué momento más inoportuno para que el dolor de su mano le recordara que la herida seguía ahí. En realidad, Jan Paolo estaba más preocupado por esa molestia incontrolada -y por la creciente presencia de escamas verdes- que por la amenaza de los míseros morocanthes. Los ignorantes animales, domesticadores de humanos, desconocían qué sorpresas guardaba el insólito humano. Una expresión desencajada se fue apoderando poco a poco de la cara del cónsul lunar. Uno de los pastores de humanos gritó algo en su primitiva lengua. Más parecía los berridos de un cerdo consagrado a la matanza que un verdadero idioma. Jan

Paolo contestó a sabiendas de que aquellos animales tampoco lo entenderían:

—No oséis acercaros si no queréis ser parte de mi cena —vociferó amenazante—. ¡Estas humanas son mías! ¡Son para mí! ¡Volved a vuestras sucias porquerizas llenas de escoria!

Las mujeres del rebaño se sacudieron nerviosas. Los morocantes continuaban aproximándose, haciendo caso omiso a sus palabras. Jan Paolo siguió berreando desafiante mientras batía su espada:

—No pondréis vuestras sucias pezuñas sobre ellas, ¡son mi rebaño! Quien ose aventurarse a dar un solo paso más, probará lo aguzado de mi filosa y me

haré un capuz con su piel..., ¡y unos mocasines!

En ese momento, y como si realmente los morocanthes hubiesen entendido sus palabras, se detuvieron. Apoyándose sobre sus cortas patas traseras se levantaron enhiestos y exhibieron unas pezuñas superiores lo suficientemente duras como para machacar el cráneo de una persona con un pisotón. Entonces, los animales se lanzaron hacia él provocando un gran estruendo, dispuestos a recobrar lo que era suyo: el rebaño de hembras. El ganado humano era su sustento, el de su tribu, el de cualquier tribu morocanthe dispuesta a sobrevivir en las desérticas estepas corroídas y erosionadas de los Yermos.

*Según contaban los más ancianos morocanthes en los tiempos antiguos, en el Jardín de Genert, los animales y las personas tenían toda la comida que podían desear. Cuando el Caos convirtió el Jardín de Genert en los Yermos, las personas y los animales empezaron a morir de hambre. El dios Waha llegó hasta las distintas tribus y les dijo que el único modo de sobrevivir era que algunos se alimentaran de plantas y los demás se alimentaran de ellos, a cambio de protegerlos y cuidarlos. En todas las tribus se echó a suertes quién sería quien. En casi todas, a los animales les tocó comer hierba y a los humanos comer animales..., excepto en la tribu*

*de los morocanthes, donde fueron los humanos los que terminaron convertidos en el rebaño . Los aldryami no eran los únicos que dudaban de la limpieza de aquel sorteo.*

Los morocanthes comprobaron que el rabioso humano parlanchín también podía arañar con su herramienta brillante. El antiguo misionero del Imperio de la Luna Roja blandió dos torpes estocadas con su alfanje que hicieron retroceder a los animales; sin embargo, tuvo mala suerte. Uno de los pastores animales le propinó un fuerte golpe con la pezuña en el brazo que sujetaba la espada. La hoja curvada salió disparada. El golpe había sido fuerte, de esos que dejan un doloroso

cardenal violáceo al día siguiente. El cónsul lunar no pudo aguantar el arma en la mano ni el chillido de dolor. Exclamó otra maldición:

—¡Protervo roñoso porquerizo! ¡Que tu descendencia hieda a guano por toda la eternidad!

Los animales acotaron el cerco y se dispusieron a reducirlo. Ellos también podían hacer daño al humano rabioso.

Jan Paolo miraba hacia la espada, caída más allá del círculo de morocanthes, con los ojos abiertos como platos. En realidad sólo su mirada permanecía fija en ese punto. Su pensamiento estaba ya en otra parte, lejos de la espada, lejos de los Yermos, en otro lugar mucho más

macabro, mucho más malévolo. Tan seguro estaba de sí y de su fuerza, que nunca pensó correr en pos del arma.

Sin que la mano le temblara, el humano rebuscó bajo los pliegues de su raída y maltratada túnica color canela. No parecía asustado para estar rodeado de furiosos animales con intenciones nada amistosas. Mientras que con la mano izquierda tiraba con fuerza de la cuerda, para retener a las asustadas humanas de rebaño, con la derecha sacó uno de los pequeños frascos que guardaba en un bolsillo interior. El frasco atrajo de inmediato la atención de los animales pastores de humanos. No por su contenido, sólo se podía vislumbrar un vapor grisáceo que empañaba el cristal

y que impedía ver cualquier otra cosa en su interior, sino por la perversa sensación de vileza y maldad que irradiaba. La simple visión del frasco sugería una desagradable sensación de perversidad y malevolencia. También un intenso frío. Un profuso y gélido estremecimiento entumeció los músculos de los morocanthes y erizó el abundante pelo que recubría sus cuerpos. Fuese lo que fuera aquello que el humano guardaba en el tarro de cristal, no era poseedor de calor, de bondad o de belleza... Fuese lo que fuera, era ausencia de luz. Si el bote contenía algo vivo, seguro que era poseedor de un oscuro corazón negro como el tizón y agrio como la leche corrompida,

corroído como un cadáver putrefacto, comido por gusanos, malévolo como un demonio que atormenta a las almas que caen en el Infierno.

El humano se llevó, con una ladina sonrisa, el frasco de cristal a la boca y tiró del tapón con los dientes. Con un sonoro «blof» lo destapó. El corcho cayó al suelo rodando a los pies del cónsul de la Luna Roja.

Los morocanthes se detuvieron atraídos por el mal espectral que contenía el frasco. Sus corazones se entumecieron por el frío, recubiertos de una capa de envolvente malignidad. Los músculos olvidaron responder a los deseos de huir en aquel eterno instante y, aunque

deseaban fugarse más que ninguna otra cosa, no pudieron moverse, ni tan siquiera pestañear, con los ojos fijos en aquel vapor oscuro que se escapaba del tarro.

—Su Alteza —dijo Jan Paolo con voz estridente—, ha llegado la hora de comer.

La negra nube de humo giró con rapidez sobre la cabeza del humano. Cuando abandonó completamente el tarro que la contenía, en el mismo vórtice de la nube, los morocanthes pudieron distinguir unos penetrantes ojos rojizos. Jan Paolo estalló en una sonora carcajada histérica y, sin soltar la cuerda de su *rebaño*, pateó el suelo con los talones.

—¡Ignorantes! ¡Idiotas! —Cada vez reía más histérico—. ¿De verdad pensabais que podríais capturarme? ¿A mí? ¿A Jan Paolo de Kanravx? Insignificantes animalitos.

Las humanas de rebaño chillaban presas del pánico que provocaba la presencia de aquella maligna nube de humo sombrío. Los morocanthes trataban de escapar, pero era demasiado tarde para la mayoría de los que ya se encontraban envueltos por la nube.

Si los antiguos «compañeros» de Jan Paolo en la búsqueda de los Tres Soles hubiesen estado allí, la espectral presencia de tan vaporoso y maligno ser no les hubiese resultado del todo

extraña. Ellos también habían sentido sus corazones congelados por aquel frío fantasmagórico.

Las gélidas garras del espectro desmentador agarraron con fuerza al más cercano de los morocanthes. El pastor animal no pudo zafarse. El espectro empezó a consumirle la cara. Como un sediento perdido en el desierto, la macabra oscuridad chupaba y sorbía con ansias el rostro del animal que poco a poco iba languideciendo, succionado con vehemencia. La resistencia del pobre desgraciado fue cediendo mansamente a la vez que los rasgos de su cara se borraban. Sucumbió dócilmente como festín para el voraz apetito del espectro.

Jan Paolo, complacido, reía y reía mientras contemplaba cómo su fantasma se alimentaba, dejando un cadáver de rostro anónimo.

Otro de los morocanthes descendió corriendo por la ladera de la colina. Había conseguido escapar de la vaporosa presencia de «*Su Alteza*», como Jan Paolo lo había nombrado. Corría bajando el repecho, escapando como alma que persigue el diablo..., y cierto es que así, exacta y literalmente, era como el animal se sentía. Jan Paolo no pensaba dejar a ninguno con vida. Comprobó con un rápido vistazo que las hembras de su *rebaño* se encontraban tan aterrorizadas por el espectro que estaban paralizadas. Soltó la cuerda

sabiendo que no escaparían y se concentró en el morocanthe que trataba de escapar, corriendo a trompicones, tropezando apresurado. Una treintena de pasos los separaban. Con soltura, el cónsul elevó su mano derecha y, haciendo una fuerte pinza con los dedos, se concentró en el gáznate del animal. Una voz severa surgió desde el interior de su garganta:

—*¡Na pezáneis afeatikósss!* —recitó alargando la ese final, a la vez que apretaba la pinza de los dedos como si estrujase físicamente la tráquea del animal.

Entre las yemas de sus dedos casi podía sentir su pescuezo.

El morocanthe apenas avanzó otro par de pasos antes de caer. Desde la lejanía, Jan Paolo oyó al animal tratando de respirar roncamente, buscando un mínimo de oxígeno que lo librara del ahogo. El cónsul caminó con parsimonia hacia el morocanthe que aún se revolvía dando vueltas por el suelo, tratando inútilmente de sobrevivir. El antiguo misionero mantuvo la presa de su mano concentrada en la tráquea del ser. Había dejado atrás al espectro dándose un auténtico banquete de mentes, chupando y absorbiendo todo cuanto contenían los cerebros de los morocanthes. Cuando Jan Paolo tuvo a su víctima a un par de pasos, la miró con desprecio. El animal seguía intentado respirar sonoramente.

Más que un tapir o un okapi, el patético animal le recordaba a una trucha recién pescada y que, depositada en la orilla del río, buscaba volver a las aguas desesperadamente. El tono de su piel había adquirido un matiz azulado. El cónsul cerró con dureza la pinza que formaban los dedos de su mano haciendo un gesto brusco. El animal intentó una última e inútil bocanada antes de dejar de temblar. Su cerebro había abandonado la búsqueda de oxígeno.

Jan Paolo se giró sin mirar al ahora azulado cadáver. Su fantasmagórico vasallo espectral seguía con el banquete de pensamientos. El cónsul recogió del suelo el tapón del frasco de cristal e

hizo un sonido seco con la boca, como un chasquido, y recitó un murmullo cadencioso. El maligno y vaporoso ser de ultratumba respondió rápidamente al mandato de su amo y volvió a introducirse dentro del bote. El adorador de la Luna Roja puso el tapón con suficiencia.

—Muy bien, mi pequeña devoradora de intelectos. Su Alteza ha tenido un manjar digno de reyes.

El asustado grupo de humanas de rebaño miraba con pánico al cónsul del Imperio Lunar cuando éste volvió a recoger el cordel que las mantenía atadas.

—Ahora debemos partir —dijo a las aterradas humanas, con gesto taimado,

sabiendo que a pesar de pertenecer a la misma especie jamás entenderían una palabra. A no ser que él les devolviese el intelecto. Él conocía el ritual adecuado. Aquella recua de mujeres sería su rebaño, sus más sumisas y abnegadas súbditas, como en un lejano pasado había hecho con *Su Alteza*.

—Tenemos un largo camino hasta Kralorela. Iremos al puerto de Lur–Nop y allí los alcanzaremos. Tengo que encontrarlos antes de que *La Palabra* se haga con ellos, no quiero que esos pretenciosos, narcisistas entrometidos, se lleven la gloria..., ni que embelesen a mi General. Ahora vamos, *mi rebaño*, tengo algo preparado para vosotras. Primero cenaremos churrasco de guarro

a la brasa. Basta de pastar como si fuésemos ganado, mis pobres ovejitas.

Jan Paolo recogió del suelo su alfanje robado y lo dirigió contra el cadáver del morocanthe que acababa de asfixiar.

Esa noche cenaron carne de morocanthe.

## Capítulo II. «La Batalla de los Tres Extranjeros»

*Blancas, señoriales e imponentes*

*Cumbres de Shan–Shan, altura  
inalcanzable*

*Arañazos en un cielo desgarrado*

*Sobre la cabeza del fatigado, sobre la  
cabeza del entero*

*Aserrado filo de colmillos puntiagudos,  
dientes de tiburón*

*Separando un desértico Poniente de un  
anhelado Oriente*

*Vergel oculto tras el cíclope de piedra.*

La cordillera se hilaba como una sierpe de roca entrelazada bajo una cresta de afiladas cumbres, destellantes y resplandecientes. Miles de espejos en cada pico reflejaban los rayos del sol, asemejándolos a una brillante dentadura. Los colosos de piedra amurallaban el aislado reino del Emperador Dragón, *La Tierra del Arroz*, conocida en occidente como Kralorela. Los vigías de roca y hielo se alzaban despreocupados ante el baladí paso de los años. La travesía por Shan–Shan no sería fácil. Aquellas montañas parecían en verdad un telón infranqueable, una pared construida con el único objetivo de separar dos mundos, dos realidades, dos maneras de vivir y de entender el cosmos.

Pero no todas las cumbres resultaban idénticas para todos los ojos.

A los rasgados ojos de Man—Yurý había regresado un halo de tristeza que no pasaba desapercibido, denotaban una creciente aflicción según se aproximaban a una de las montañas más altas: el Pico del Sauce. Su elevada cumbre nevada guiaba la expedición hacia sus faldas como un faro a puerto. En ellas encontrarían un angosto paso, una hondonada, donde se asentaba una comunidad aldryani al cuidado de un floreciente valle. Esta comunidad élfica, en perfecta sintonía con los designios del Emperador Godunya, mantenía abierto el paso y alejaba a los incursores que provenían

ocasionalmente desde occidente... o de debajo de las mismas montañas. El subsuelo de Shan–Shan albergaba a, las nada piadosas, criaturas subterráneas de la piedra y la oscuridad. En sus laderas, el camino se empinaba poco a poco, endureciendo las condiciones de la marcha. Al menos, los días eran cada vez más largos y el sol acompañaba más tiempo a los viajeros durante sus jornadas.

Dana revoloteaba sobre las cabezas de los cuatro compañeros que juntos ascendían: dos venían de occidente y dos de oriente, dos eran varones y dos hembras. El vuelo del halcón tenía como objetivo guiar los pasos del quinto miembro del grupo tras los pasos de sus

compañeros: Susurro en la Bruma, *el dragón todavía no nacido*. Era el único dragonut superviviente de la columna que había partido desde El Ojo del Dragón en el reino de Sartar. La ascensión prolongada por las laderas de la cordillera de Shan-Shan se volvió cada vez más ardua, más aún, estando un miembro de la compañía herido de gravedad.

—No os detengáis —arengaba Man-Yurý—. Alcanzaremos el Paso del Valle del Sauce Floreciente antes del anochecer.

—No es fácil subir cargando el cuerpo de Li-Wan —contestó Shen contrariada, quien ayudaba como podía a Cráteros a

transportar el cuerpo moribundo de la oriental.

Entre ambos acarreaban, en una primaria paila, el cuerpo de la kralorí. Man-Yurý evitaba tocarla, mirarla, incluso hablar de ella.

—La mariposa debe desprenderse de su piel de gusano para continuar el viaje — dijo el oriental con tono severo señalando el indolente cuerpo de su hermana por primera vez desde que habían atravesado las Colinas Tuneladas.

—Estoy cansada de acertijos —contestó la aldryani con vehemencia—. Deja en paz a Li-Wan, sois brotes de la misma planta, fruto de una misma madre.

—¡No digas eso nunca más! —replicó el kralorí airadamente—. ¡Ella simboliza el deshonor de la casa Min-Tao; es una mancha en mi apellido! El viento la arrastró lejos de su linaje y la senda que decidió recorrer la llevó al infierno. Niego que alguna vez tuviésemos la misma... la misma sangre, ¡la misma familia!

Man-Yurý se excusaba en el deshonor y la humillación sufrida por su linaje para rechazar a Li-Wan; jamás admitiría otra causa, como lo era el miedo que realmente lo atenazaba. Era un miedo a sus propias debilidades, a una flaqueza que había a florado incontenible al reencontrarse con su hermana, al enamorarse de ella. En la casa Min-

Tao, la debilidad era castigada tanto como la mentira o la indisciplina.

—En mi tierra —intervino Cráteros apoyando las palabras de Shen—, los guerreros hablamos de respeto y honor como únicos valores. Proteger a los nuestros por encima de nuestras propias vidas. Man—Yurý, ella es carne de tu carne, sangre de tu sangre, nacida del vientre de tu misma madre. ¡No puedes abandonarla!

—El viento no soplará su rostro nunca más. —El oriental negaba con la cabeza—. Mis dos nombres son muestra de mi noble abolengo, de mi rango superior. Ella rechazó su segundo nombre. Yo no soy quien debe transportar un cuerpo

que carece de alma.

—¡Pues lo haré yo! —La voz de Shen sonaba muy enojada—. Si no fuese por Li-Wan, jamás hubiese cruzado el infierno de los Yermos. Hubiese perecido, árida y seca, como un jardín sin jardinero, o sin lluvia que lo riegue. Li-Wan cuidó de mí y se preocupó más que ningún otro; demostró ser más fuerte que cualquiera de nosotros. Yo la llevaré aunque tenga que subir montañas durante cien días y cien noches.

Man-Yurý sabía que la elfa no cambiaría de parecer.

—Tu voluntad te honra, Shen —dijo Cráteros asintiendo con la cabeza—. Yo jamás dejaré atrás a ninguno de mis... —

dudó— de mis compañeros. Mientras yo esté al frente de esta marcha, nadie se quedará atrás. Todos compartiremos la gloria o la muerte.

—El dragón es una estrella que nunca se apaga en el cielo —se oyó retumbar una crujiente voz metálica a sus espaldas. Detrás de un peñasco apareció una figura conocida, una figura que los había acompañado durante muchos días de viaje. Dana graznó y tanto Cráteros como Shen alegraron sus rostros ante la imponente altura, que sobrepasaba en algunos centímetros los dos metros y medio, del dragón nonato y traductor de la columna dragonut, Susurro en la Bruma.

Continuaron con un ascenso lento y fatigoso. Afortunadamente el tiempo invernal hacía varias semanas que había abandonado estos territorios. No se recuerda cuantas noches pasaron al raso, protegidos por arbustos, resguardados de la fina llovizna matutina en oquedades y bajo peñascos. Marcharon por pasos y dehesas, sin ascender a los albos neveros de las cumbres. La temperatura se hacía más agradable al alejarse del desierto y paulatinamente fueron encontrando más y más vegetación, lo cual fue motivo de gran alegría para Shen. Incluso la aldryani parecía haber recobrado parte de su verdor y de su *melena vegetal*. Lucía un brillante césped en la cabeza, el cual

empezaba a caer sobre sus puntiagudas orejas y delgados hombros.

Dana, desde el cielo, ayudaba a localizar senderos y vaguadas. El ascenso fue agotador en aquellos días, y durante los siguientes aún lo fue más; siempre subiendo, con el Pico del Sauce como única referencia para los abatidos ojos de Man–Yurý. Durante la noche era peor, descansaban las piernas pero la mente volaba donde nadie podía detenerla. Los recuerdos dolían mucho más que los músculos. Para Cráteros, descansar comenzó también a hacerse una tarea trabajosamente ardua. Pero otro era el motivo. Un sueño comenzaba a repetirse y no le dejaba una sola noche. En el sueño, una sensual mujer

kralorí de lacia melena oscura y uñas largas y pintadas, lo seducía hasta poseerlo carnalmente quebrantando sus votos de castidad y pureza, contrariando así a su dios Yelmalio, *la Luz contra la Oscuridad*, que desde el cielo lo miraba con decepción. Cada noche volvía la misma mujer de ojos rasgados y él pecaba.

Fue Shen quien localizó el paso que se internaba entre los macizos montañosos. A las faldas del Pico del Sauce habían encontrado tres troncos viejos con una inscripción tallada en lengua aldryani y unos lazos de colores trenzados en las ramas.

—Algunas palabras las desconozco —

se lamentó la aldryani—, deben de ser locales, pero indican que desde aquí parte un sendero para llegar al Bosque del Sauce Floreciente... y que sólo los hijos de Aldrya serán bienvenidos: «Quienes osen cometer cualquier daño contra *la bosque* (\*) y la vida que contiene, serán duramente castigados. Que no osen entrar quienes porten tempestades y malos augurios, o aquellos que no veneren al Gran Rey Élfico, flor de nuestro esplendor»—. Levantó la cabeza y se dirigió a sus compañeros: —Esta noche cenaremos miel y néctar de flores.

(\*)Al hablar idioma común, muchos aldryami nombran en femenino el sustantivo «bosque» al emparentarlo con

la diosa Aldrya. Aldrya es el bosque en sí mismo, la comunidad, el hogar, y la deidad de todos los seres que lo pueblan.

Y lo cierto es que resultaba arduo seguir los pasos ligeros de la veloz aldryani cuando raudos discurrían entre espeso follaje, grandes árboles y frondosa vegetación. Sólo en los momentos que Shen ayudaba a acarrear la paila donde transportaban a Li-Wan, el resto de caminantes podía despreocuparse por seguir sus gráciles pasos sin perderlos de vista.

El ascenso se fue complicando paulatinamente. El silencio de Man-Yurý se volvió incómodo para sus

compañeros de viaje, acostumbrados a la curiosidad que el oriental mostraba tiempo atrás, en occidente, cuando todo llamaba su atención. La vegetación de altura fue dejando paso a otra más frondosa, de resplandor más verdoso y brillante. La muralla natural que impedía pasar a Kralorela a todo extranjero se fue entreabriendo progresivamente en una amplia hondonada a los pies del Pico del Sauce. Una hendidura de espesa vegetación daba la bienvenida a los viajeros, como oposición a las desangeladas paredes de roca que parecían querer repeler y expulsar a todos cuantos pretendiesen cruzar la cordillera. Shen se movía con soltura entre el follaje y a menudo volvía sobre

sus pasos o se detenía a esperar a sus compañeros. En varias ocasiones paró a recoger la savia de unas grandes hojas puntiagudas que crecían entre arbustos. Mostró a sus compañeros cómo debían usarse para limpiar la suciedad e impurezas de su piel, así como para sanar cortes y rozaduras. «*Aloe vera*», las nombró en lengua aldryani. Una tierra boyante de vida teñía de verde intenso las faldas del Pico del Sauce. Y entre toda la flora y vegetación circundante, fueron apareciendo los primeros y grandes sauces, erguidos y vigilantes, como los legítimos guardianes de aquel paso.

Al entrar en el Valle del Sauce, la compañía dejó de ver el cielo, oculto

por el techo de las numerosas ramas que pendían de las copas de los árboles. En ingente número, cada sauce proyectaba multitud de ramillas flácidas, de flexibles filamentos vegetales, que caían sobre las cabezas de los viajeros.

Árboles de tronco grueso que ascendían buscando la luz del sol hasta alcanzar una cuarentena de metros como auténticas torres de vigía. Aquel paisaje era un libro abierto para los plateados ojos de Shen; sus compañeros, sin embargo, lo percibían como una informe mancha verdinosa de vegetación amontonada. No sabían si el bosque les daba permiso para entrar o les advertía de su imprudencia. El sol debía estar alto en el cielo pero, bajo la

impenetrable capota de copas de sauce, vagos eran los rayos que penetraban. Y aun moviéndose con cautela, para no perturbar el plácido reposo de los árboles, fueron los viajeros los primeros en resultar sorprendidos.

Siete flechas cayeron a los pies de Susurro en la Bruma quien caminaba en vanguardia junto a un desconocido Man-Yurý, taciturno y silencioso. Los siete proyectiles apenas silbaron impactando a pocos centímetros. El dragonut se mantuvo imperturbable mientras, a su lado, Man-Yurý hizo brillar el filo de su katana reflejando uno de los pocos haces de luz que se colaban entre la espesura de la techumbre vegetal.

Instantáneamente, Shen y Cráteros

depositaron en el suelo la paila donde transportaban el cuerpo de Li-Wan. Fue un momento de silenciosa espera, como la calma que precede a una tormenta. El kralorí no escuchó ningún ruido excepto el de su propia vaina. De pronto sintió que la mano de Shen lo sujetaba del brazo que portaba el arma. La pequeña aldryani susurró unas palabras con dulzura, unas palabras que casi imperceptiblemente fueron arrastradas por el viento.

Una ligera brisa agitaba con melancolía las ramas entristecidas de los sauces.

Shen acarició el tronco de varios árboles. Los extranjeros percibieron que éstos agitaron levemente sus ramas, pero

el balanceo nada tenía que ver con la fuerza de los vientos. Por entre los troncos, tras los matorrales, bajo las ramas apareció un número indeterminado de aldryami con floridas cabelleras y piel parda y verdusca como corteza. Las criaturas del bosque, guardianes de la vida vegetal, rodearon a los intrusos apuntándoles directamente al rostro con sus nudosos arcos.

Mimetizados en completa sinfonía con su entorno eran difíciles de distinguir. Realmente resultaba complicado precisar el número de elfos, de aldryami, escondidos en los alrededores. Shen habló sin elevar el tono de su voz:

—*Hashála Arstóla Shen yúre jonála*

*inokén* —musitó en su propia lengua.

Ciertamente los aldryami se parecían a los árboles junto a los que vivían. El color, la textura de su piel, sus suaves movimientos o los susurros de su voz... Eran descendientes de una misma madre vegetal. Shen parecía bastante más humanizada que los arbóreos elfos que los rodeaban. Éstos poseían espesas melenas trenzadas que se asemejaban al aspecto de los mudos sauces vigilantes. De entre esos elfos, que pertenecían a la subespecie vronkali: algo más altos y fornidos que los mrelis como Shen, apareció otro aldryani de aspecto menos vegetal, tan humano como Shen... ¿o deberíamos decir tan humana? Sin duda era una aldryani. Y las leyendas sobre la

belleza de las mujeres vronkalis, traídas por mercaderes afortunados que mantenían su comercio con los protectores de los bosques, se quedaban cortas ante la exuberancia de semejante ejemplar. Mientras los aldryami varones se asemejan a los árboles con los que viven y pasan desapercibidos ante ojos de cualquiera si no quieren ser vistos, las hembras, al menos las dos que allí estaban, se parecían más a mujeres humanas de tersa piel verdosa. Menuda de estatura, apenas rebasaría los ciento cincuenta centímetros, pero poseedora de un curvilíneo contorno, generoso e imposible de dibujar sobre la figura de una mujer humana. Avanzó contoneando sus sensuales caderas con paso firme.

Desnuda completamente, exhibía con naturalidad un cuerpo del que, sin duda, no conocía lo atrayente y voluptuoso que resultaba a ojos humanos. Tan bella de rostro como Shen pero de rasgos más salvajes, mucho más exóticos, menos delicados. Una marcada quijada terminaba en el hoyuelo del mentón, unos labios gruesos y carnosos que enmarcaban la hermosura de su expresión, la nariz recta, puntiaguda, sobre la que destacaban un enorme par de ojos penetrantes de color malva, sin pupilas. Poseía la misma melena de sauce que el resto de vronkalis, recogida en un enrevesado moño. Su piel brillaba, más oscura que la de Shen, pero como en la mreli, la textura se

asemejaba más a la tersa piel humana que al acorchado tacto maderero de los varones vronkalis. En su espalda colgaba un combado arco aldryani, así como un pequeño carcaj con varias flechas de madera oscura, casi negra.

Llegó junto a Shen. Entre sus manos portaba un asta con dos filos de su misma altura. Sobre el mástil de madera rojiza que se retorció salomónicamente en espiral, y sobre el que crecían ramitas, hojarasca y musgo, engarzados estaban dos grandes filos curvados, uno a cada lado, creando una hélice como dos garras enfrentadas en un espejo. Man-Yurý le encontró cierto parecido con las *naginatas* empleadas por la infantería en su tierra, solamente que

ésta parecía doble; una *naginata* en cada extremo del mástil que relucía con un fulgor bronceo, casi rojo.

—*Shumin dará haufasénia dirá umhe loé* —dijo Shen con un susurro por voz.

—*Mau nahén dure cable* —contestó la exuberante elfa verde con un bisbiseo.

—*Minha angará sue traza nué prokeza* —respondió de nuevo Shen con un silbido.

Se giró hacia sus compañeros:

—Nos estaban esperando. Dicen llevar vigilándonos desde ayer por la tarde, asegurándose de que no éramos hostiles. Nos conducirán a través del corazón de este bosque para que alcancemos el otro

lado de las montañas. Pero ahora debéis entregar vuestras armas.

—¡Jamás! —contestó expedito Man-Yurý—. ¡Un soldado de Su Majestad Imperial jamás entrega su arma! Soy uno con mi katana. El tigre nunca entrega sus uñas. Solamente cuando yazca sin vida, podrán separarme de mi espada.

—Debes entender que... —Shen se detuvo pensativa—. Bueno, debéis entregar las armas para atravesar el bosque. Yo conservaré mi arco, pero vosotros...

—¡Nunca! —volvió Man-Yurý a negar con la cabeza—. ¡Antes moriré aquí mismo!

La aldryani contempló contrariada al

ofuscado kralorí de piel amarilla. Volvió a dialogar con la exuberante aldryani desnuda que parecía portavoz del grupo. El resto de viajeros seguía la ininteligible conversación sin entender palabra, pero resultaba tan hermoso contemplarlas...

—De acuerdo —admitió Shen mirando a Man—Yurý—. Entendemos que arrebatarte la espada es como arrancar a un aldryani de su arco. Man—Yurý podrá llevar su katana envainada, no podrás sacarla nunca. Pero todos iremos con los ojos vendados, yo incluida.

A cambio de sus armas, la comitiva de extranjeros recibió el mismo número de vendas, con las que los elfos taparon sus

ojos. Las vendas eran suaves y aterciopeladas pero, atadas fuertemente, impedían la visión. Caminaron así, a tientas, tropezando continuamente con hierbajos y raíces. Shen, sin embargo, era capaz de avanzar entre la espesura del bosque sin tropezar con matorral alguno a pesar de haber tapado sus ojos como el resto de sus compañeros. Su percepción, su orientación, su *sentido élfico* se veía potenciado en aquel entorno hasta el extremo de no necesitar lazarillo, como el resto de extranjeros. Confiaron a los aldryami el transporte de Li-Wan. Avanzaron así durante horas, con la visión restringida, los oídos alerta y las espinillas doloridas. La escasa claridad que traspasaba, no

sólo el techo vegetal de las copas de los sauces, sino también el velo de sus vendas, fue oscureciéndose dando a entender a los cegados caminantes que la noche había llegado. En realidad, y sin vendas, sus ojos no hubiesen visto más allá de una decena de metros debido a lo tupido del dosel de ramas que bloqueaba la luz del sol incluso a mediodía. Sin respiro para la vista hicieron noche en algún lugar de aquel, ahora más oscurecido, bosque. La noche se pobló de susurros y la imaginación de los extranjeros de monstruos acechantes, pero sólo el aleteo de un búho blanco y esquivo fue novedoso entre la foresta. El día siguiente transcurrió sin más dificultad que tropezones fortuitos. Los

guías elfos trataban de evitar los resbalones de sus guiados. Solamente Shen fue capaz de percibir que por tercera vez estaban pasando bajo las ramas del mismo cedro. ¡Algo importante debía ocurrir en aquel bosque para que sus guardianes se tomaran tantas molestias, incluso con «amigos de los bosques»! Aunque quisieran guardar celosamente el sendero que conducía al corazón de la arboleda, tantos rodeos se hacían exagerados. Shen no hizo comentario alguno.

Otro era el sentimiento Shen que empezó a martillar su cabeza. La arrogante portavoz de la guardia vronkali le parecía demasiado altiva. La actitud de

la desnuda vronkali de sauce, adoradora del protector Halamalao, *Hijo del Sol y Guardián del Bosque*, al que los humanos confundían con su Yelmalio, provocó un malestar desconocido en Shen. Un malestar que había aparecido en su pecho, sin aviso, confuso. Un resquemor que aumentó cuando Shen se cercioró que era la vronkali quien guiaba en persona a Cráteros. Con un sentimiento desconocido y encontrado, Shen presentía que la elfa verde flirteaba en exceso con el Mariscal y que éste disfrutaba de aquello.

Caminaron durante dos jornadas más, día y noche, y sólo en la mañana del cuarto día, los aldryami quitaron las vendas de los ojos de los viajeros; la

vista tardó llorosa en acomodarse de nuevo a la luz de Yelm. Ya no se encontraban bajo la espesa techumbre de combadas ramas de sauce que impedían contemplar el firmamento, ahora era una cúpula celeste de azul intenso, con alguna nube bardera, cuanto tenían sobre sus cabezas. Un amplio valle se abría ante ellos. Lo protegía un circo natural de altas cumbres aserradas. Ante sus fascinadas miradas, la hondonada se abría en forma de *Y*, y desde el punto donde se encontraban -uno de los vértices de la *Y*- veían que aquella cuenca era un enorme pando de emergente vegetación. Florecían multitud de arbustos y matorrales pequeños dispersos sobre la verde

alfombra de hierbas, entre las que sobresalían tréboles de cuatro hojas, que moqueteaba la superficie del valle. En el centro, en el lugar donde se cruzaban los brazos de la Y, sobresalía una pequeña elevación. Desde la distancia sólo Shen alcanzaba a distinguirla pero aquel parecía ser el único punto del valle donde crecían altos y vigorosos árboles, aunque imposible reconocer de qué especie o clase eran. Todo allí era verde y lleno de vida, en aquel prado oculto entre los enormes macizos montañosos de Shan-Shan. El rocío de la mañana aún no se había secado, y la vegetación mojaba tímidamente los pasos descalzos de los viajeros llegados de occidente. Absortos ante el encanto

preciosista de la pradera, se acercaron a la colina que presidía el centro del valle; de los árboles que allí crecían los humanos seguían sin reconocer la especie... De tronco liso como las hayas, pero fuertes como encinas y de hojas punzantes como cedros, a la vez que robustos como robles y melancólicos como cipreses. Shen avanzaba atónita, ella sí conocía cuán importante era esa colina, el Corazón del Bosque y sus árboles. La aldryani estaba maravillada por aquel entorno que tan dulcemente le daba la bienvenida. No sentía semejante dicha desde hacía muchas semanas, quizás desde antes de empezar semejante odisea. Ella que pensó tan sólo conocer los alrededores de su

bosque, ¡jamás imaginó la magnitud que su búsqueda adquiriría! Desorientada tras su terrible peregrinaje a través de los desiertos de los Yermos, ahora había vuelto a ver el verde de un bosque lleno de vida, y en la mejor época del año. Escuchaba de nuevo la *Canción de Aldrya*. Sin duda, la primaveral Estación del Agua había sido benévola con la flora circundante que rebosaba de un aspecto saludable. Ella misma se encontraba muy recuperada de la travesía por el desierto y pletórica de fuerzas.

Los viajeros se aproximaron al magnífico círculo de árboles, el Corazón del Bosque. Al salir a la pradera pudieron distinguir con claridad que

eran once los elfos que los acompañaban, contando con la líder. Sólo Shen era capaz de identificar a los *pixies*, diminutas hadas de brillantes colores, de entre la multitud de criaturitas que revoloteaban sobre las flores. Libélulas y mariposas acompañaban a los juguetones *pixies* que no paraban de danzar en el aire para recibir con cortesía a los recién llegados, posándose en sus hombros, zumbando en sus oídos y dando vueltas sobre sus cabezas.

Llegaron a las faldas de la colina. Cráteros dejó la escueta plástica que mantenía torpemente con la elfa *vronkali* adoradora de *Halamalao*. «¿Será éste realmente otro nombre de *Yelmalio*?»,

se preguntaba el Mariscal. La elfa verde avanzó con su cuerpo desnudo hasta el primero de los árboles que crecía en la colina. Los otros aldryami permanecieron junto a los extranjeros al pie de la misma. Entonces, para asombro y maravilla de los recién llegados, desde la corteza de uno de los maravillosos y desconocidos árboles, un busto femenino fue tomando forma. Lentamente se dibujó el torso y la cabeza de una mujer sobre la corteza del tronco que, al igual que el resto de seres del bosque, se presentó desnuda frente a los recién llegados. Shen sabía que quien surgía del árbol era su propio espíritu. Era una dríade, ninfa y alma de aquel árbol maravilloso. El aura que la

envolvía reflejaba un alma poderosa, tanto, que a la pequeña mreli no le extrañó que la dríade se presentara como parte del Consejo de los Ocho, quienes velaban sabiamente por el cuidado y expansión de cada bosque. Con amabilidad los invitó a descansar y a sentarse en la mullida almohada de hierba que cubría la falda de la colina. Shen ejerció como intérprete:

—Bienvenidos seáis, viajeros, a esta nuestra humilde morada abierta a los cielos, a las lluvias y al vuelo de los pájaros —dijo con dulzura—. Sabíamos de vuestra llegada y os esperábamos con ansia desde hacía tiempo. Permitid que nuestra primera atención sea para la hembra cara-amarilla gravemente

enferma. —Una pareja de aldryami se llevó la parihuela sobre la que descansaba Li-Wan hacia el interior de la corona arbórea que coronaba la colina—. Los druidas y los jardineros (*sacerdotes aldryami*) se ocuparán de ella. De vuestra llegada, informados fuimos por los rumores de occidente que portaban urgentes nuevas, sobre la importancia de vuestro viaje para todos los bosques. Temíamos por vuestra vida, pues las noticias se habían vuelto vagas y confusas al adentraros en el funesto infierno de los Yermos, y muy pocas fueron las esperanzas de que florecierais de allí. Y alzamos un velo negro creyendo lo peor cuando os perdieron la pista definitivamente en el

territorio conocido en otro tiempo como las Colinas Tuneladas. Pero al fin estáis aquí. Disculpad si nuestros vigilantes no os recibieron con pétalos de jazmín al encontraros en el bosque, mas debíamos estar seguros de que erais realmente a quien estábamos esperando con impaciencia y no impostores, una maliciosa treta, o un engaño.

—Lo entendemos —dijo Cráteros mirando de reojo a la vronkali desnuda—. Son tiempos oscuros; nuestro camino también se ha visto perseguido por una sombra.

—Ya hablaremos de vuestro viaje más tarde —continuó la dríade—, ahora debéis de estar agotados. Tendeos sobre

la hierba y descansad de los pesares. Al menos, aquí estaréis seguros. Descansad y comed la dulce savia que os devolverá la vida. Podéis comer de todo cuanto ofrece el Valle del Sauce Floreciente.

Sobre la hierba, los aldryami colocaron varias tablas de madera y en ellas depositaron cuencos con miel, pan de avena, de mijo, coloridas semillas desconocidas y exóticos frutos y bayas silvestres, además de manzanas rojas y varias flores que guardaban un brebaje amarillo y espumoso... cerveza de trigo parecía, pero de sabor más suave. No sólo descansaron sus fatigados pies, sino que pudieron darse una verdadera comilona como hacía tiempo no habían disfrutado. A Cráteros le faltó algo más

fuerte, la comida aldryani era insípida para paladares humanos, pero qué más podía pedir después de tanto tiempo. El único que quedó impertérrito contemplando la escena sin probar bocado fue el intérprete de los dragonut. ¿No encontraba alimento que satisficiera su gusto? Se limitó a mirar y a beber un solo trago de la cerveza espumosa que volvió a escupir sobre la hierba.

A ojos de Shen, aquel bosque parecía joven. La corona de árboles sobre la colina que formaban el *Corazón* era rala y despoblada. Su interior presentaba una inusitada actividad. No sólo había elfos, también pixies; musgosos; trasnos; lutíns; semidendros; y un encorvado fauno que soplabá con frescura una

flauta de caña. Todos, hijos de Aldrya, transitaban el lugar preparando alguna ceremonia. Las flores y los helechos estaban ansiosos, pero Shen no adivinaba el porqué; mientras comía, la mrelí se preguntaba cuál sería la causa. En esa época del año los aldryami realizaban multitud de liturgias para asegurar una buena floración. Durante el tiempo que duró la comida, la pequeña aldryani observaba intrigada los preparativos. «¿Cuál será la festividad?». De entre los árboles volvió a aparecer la dríade dirigiéndose a Shen en su propia lengua:

—Seguro que el fruto de Flamal, *el Hacedor de Vida*, podrá obrar el milagro y la maltrecha primavera

recobrará sus bríos en vuestra  
compañera.

—Somos su canción y su semilla —  
asintió Shen—. ¿Por qué tanta vorágine?  
¿Qué víspera se celebra? Estoy confusa  
desde que atravesamos la sequedad del  
desierto.

—¿No has oído los susurros de las  
flores? —se sorprendió la dríade  
mientras observaba como el resto de  
extranjeros seguía comiendo sin  
entender palabra de la conversación—.  
La primavera ha plantado las simientes y  
todos hemos de cantar a los brotes. Hoy  
es el Día del Agua de la Semana de la  
Fertilidad y ésta es la Noche del  
Semillero; hoy, Flamal fertilizará

nuestros campos para que germinen y crezcan con fuerza. ¡Ha tenido que ser duro el viaje para que olvidases una festividad tan señalada! Comunica la nueva a tus compañeros: durante la ceremonia de mañana, los jardineros recogerán el *Polen de vida* y vuestra compañera se recuperará con su néctar.

Shen no contestó, se miró a los pies ruborizada, ¡cómo había olvidado una fecha tan importante! La dríade le volvió a pedir que tradujera sus palabras.

—Esta noche, como cada siete primaveras, celebramos la Fiesta de la Siembra, en honor a Flamal. Todos los aldryami y pobladores del bosque estaremos presentes en la ceremonia. Es

uno de los días más importantes en el *Brotar del Bosque*, y del éxito de nuestra ceremonia depende la polinización de las próximas siete siembras. Los druidas, si Flamal atiende sus plegarias, curarán a vuestra compañera; todos estaremos allí presentes. Pero un terror nefasto conlleva esta noche; el amanecer no será plácido en el Valle del Sauce. Como cada siete primaveras, cuando con pleitesía adoramos la gloria de nuestra floresta, enemigos agazapados bajo el peso de las montañas intentan terminar con nuestros árboles más poderosos; enemigos de la vida escondidos bajo toneladas de roca, preparados para saltar desde las profundidades de la

herida tierra y acabar con la vida del bosque. Los malditos enanos que pueblan las raíces maltrechas de las montañas nos asaltan cuando el bosque es más vulnerable, cuando estamos ausentes atendiendo nuestras obligaciones religiosas con el Semillero. Su ávida sed de muerte y su odio por destruirnos hacen temblar la hierba... ¡malditos enanos! Sólo pretenden destruir nuestra creación. Nosotros somos un pueblo pacífico. Si permanecéis aquí, esta noche me temo que tampoco será una noche plácida para vosotros; si decidís marcharos, ¡que sea rápido o de camino os toparéis con los sanguinarios hijos de Mostal! Pocas horas restan para la batalla. Los

enanos llegarán en cuanto el velo de la oscuridad caiga.

Los viajeros se miraron abatidos los unos a los otros.

—Yo quisiera asistir a la Ceremonia del Semillero, debo estar presente, es un día que no se repetirá hasta dentro de siete primaveras —intervino rápidamente Shen con los ojos resplandecientes de deseo—. Además, los Jardineros de Aldrya devolverán la fuerza al cuerpo de Li-Wan.

—Pero nuestra misión es mucho más importante que la lucha por un bosque —objetó Man-Yurý.

—La lucha por un bosque es la lucha por todos. No podemos marcharnos y

dejar abandonada a mi gente. Además, esta ceremonia significa mucho para mí.

—Pero, ¿y si algo peor nos sucede en la batalla? ¿Cómo acabaremos la búsqueda de los Soles si morimos?

—El dragón no abandona su guarida — afirmó Susurro en la Bruma.

—Soy un Hijo de la Luz —intervino Cráteros con solemnidad— y como tal defenderé igual que lo haría mi dios Yelmalio, Hijo del Sol y Gran Luz del Crepúsculo, cuanta vida reina en los bosques. Custodiaré cada árbol con ímpetu y valor. —En realidad, el curvilíneo cuerpo desnudo de la guerrera vronkali que los había conducido hasta allí tenía un peso

notable en su decisión—. Pelearé al lado del bosque y contra los siervos de la oscuridad. Permaneceremos aquí hasta que Li-Wan sea sanada, aunque eso ponga en peligro nuestras viadas. Man-Yurý, ¿tienes algo que objetar?

El guerrero kralorí no contestó, se limitó a negar livianamente con la cabeza.

Parecía ausente de la charla, como si no le importase lo discutido. Una mueca de conformidad fue el único gesto de su rostro. Tampoco el dragonut, Susurro en la Bruma, dijo palabra alguna, pero su semblante era otro y observaba muy atento la conversación. Se relamía las fauces mirando las montañas, sujetando con fuerza su arma de hueso de dragón y batiéndola con energía.

—Bien —continuó Cráteros dirigiéndose a la dríade—, nos quedaremos y lucharemos a vuestro lado. ¿Con qué defensas contáis? ¿A cuántos enanos esperamos?

Susurro en la Bruma se puso en pie de un salto y comenzó a caminar colina arriba.

—Detente —se alarmó la dríade siguiendo con la vista el paso del dragonut—. Ningún extraño puede penetrar en el Corazón del Bosque antes de la ceremonia. Esperad hasta la mañana para gozar de su interior. —El dragonut se tumbó en la hierba y comenzó a revolcarse—. Si a nuestro lado vais a luchar, tengo esto para

vosotros.

La dríade tendió su mano abierta ofreciendo tres ramitas de madera. Susurro en la Bruma se acercó dando vueltas y sin esperar palabra cogió uno de los palitos.

—Parece que el futuro dragón ha elegido ya —dijo la dríade observando al curioso dragonut que olisqueaba la varilla de madera—. Estas dos son para los guerreros que guardaréis esta noche la ceremonia de Flamal.

—No necesito de ningún artificio —contestó lacónicamente Man-Yurý quien permaneció apartado de la conversación, ausente y receloso.

Cráteros miró con desaprobación lo que

consideraba una descortesía del oriental.

—Muchísimas gracias —dijo el Mariscal sonriendo—, pero, ¿qué son?

—Agitadlos si requerís la ayuda del Bosque... o si los árboles, sus hojas o sus troncos, son quienes precisan de vuestra ayuda. Zishla hará los honores previos a la batalla.

Con estas palabras la ninfa desapareció deslizándose hacia el interior de la corona de árboles sobre la colina, corazón, alma y santuario de todos los aldryami de aquellas tierras; por el brazo cogida llevó a Shen hacia el interior de aquel lugar mágico, prohibido para los extraños y fantástico

para los suyos, donde el verde brillaba cada vez con mayor intensidad según transcurría la tarde.

Cráteros quiso reprender a Man—Yurý por su actitud, pero encontró un guerrero hastiado, indolente y turbado, muy diferente al que conociera tiempo atrás y cuyo rostro reflejaba una maraña arácnida de preocupaciones tejidas dentro de su alma.

—Debemos prepararnos para la lucha —alcanzó a decirle simplemente—.

Man—Yurý, tu hermana estará bien, no te preocupes.

El guerrero kralorí no contestó. Con la cabeza gacha y dando la espalda al yelmalita se alejó meditabundo: «*Debo*

*volver a casa y llevar la noticia a mi honorable padre, debe saber que su hija no se perdió, ¡que no está muerta! Pero a la vez debo concluir la misión, no puedo desoír el mandato del Emperador. ¡Qué ironía que fuese ella quien mi vida salvara! ¡Carpa Bailarina vive! Y casi muere después, por mi culpa, ¿qué he de hacer? ¡Mi hermana nacida de mi misma madre eligió el camino del infierno! Ya la perdí una vez y si no sale de ésta con vida no podré perdonármelo; fue por mi culpa, ¡qué humillación! Mi debilidad casi la mata y ahora pone en peligro al resto de la misión; no soy el guerrero que debiera ser. Mi debilidad es un poro en la armonía del universo,*

*pero no puedo desobedecer el mandato del Emperador Dragón. He de seguir.»*

Susurro en la Bruma olisqueó la varilla de madera que había cogido a la ninfa. Con una uña se dispuso a seguir la fina línea de runas que la cruzaba en espiral.

De entre el círculo sagrado de árboles, sobre la colina, volvieron a aparecer las exuberantes caderas contoneándose de la guerrera vronkali de la lanza retorcida que había conducido a los viajeros hasta el interior del valle.

Cráteros no pudo apartar la mirada de sus curvas. La aldryani se acercó al humano y extendió un enorme mapa en la alfombra de hierba sobre la que reposaban sus cuerpos cansados.

—Que Aldrya bendiga vuestras flores  
—saludó usando idioma comercial, a continuación llamó al dragonut para que tradujese sus palabras: —Disponemos de pocas horas antes de que anochezca y comiencen las ceremonias en honor al Padre de las Semillas. Ruego vuestra ayuda para resistir ante la oscuridad que caerá sobre nosotros.

—Tendrás mi ayuda y la de mis compañeros de viaje —contestó Cráteros con orgullo, aunque echando una mirada de soslayo al desanimado Man-Yurý. Susurro en la Bruma había dejado su varita y ponía ahora toda su atención en el mapa de la aldryani.

—Cada siete siembras, tres son los

puntos por los que nuestros enemigos penetran en el bosque. Por cualquiera de los tres caminos, esos enanos quemarán árboles nos atacan desde sus escondites bajo el suelo: el Sendero de Poniente, por donde llegasteis vosotros, y los dos caminos que parten hacia oriente. Uno de ellos sigue la ruta a la tierra de los cara-amarilla y el otro vira hacia las selvas de Fethlon en el sur. Estas son las tres rutas que debemos salvaguardar.

—¿Contra qué nos enfrentamos exactamente? —preguntó Cráteros.

—Apestosos enanos. Hace siete años atacaron en oleadas. Ya han herido las raíces de la tierra que pisamos con sus venenos, y de noche pretenderán arrojar

sus ácidos sobre nosotros. Su ponzoña amarga y burbujeante abrasa la corteza de los árboles y corroe los frutos. Los apestosos cobardes nunca vienen solos, siempre acompañados de horrorosas criaturas de piedra y máquinas diabólicas contra las que las puntas de nuestras flechas rebotan. ¡No pueden ser atravesadas! Esta noche el dolor segará vidas.

—Quien conoce la fuerza de su enemigo es inteligente, quien conoce la suya propia, es un sabio —intervino Susurro en la Bruma.

La guerrera aldryani, inmutable, fue señalando varios lugares del mapa.

—Contamos con seiscientos arqueros —

prosiguió—, somos los mejores silbando nuestros arcos, pero mucho peligro temo si las hachas enanas alcanzan estos alcorques.

—Debemos apostarnos aquí y aquí, y recibirlos con una lluvia de flechas — Cráteros señaló dos puntos en el mapa.

—Aquí, aquí y aquí —corrigió el dragonut con una fogosidad desconocida, parecía haber despertado de un largo letargo.

La aldryani hizo un gesto para hacerlo callar; parecía estar escuchando el susurro de las plantas y las noticias que los árboles traían—: Nuestras plegarias han encontrado oídos sensibles. Desde la jungla de Fethlon, al sur de las

montañas, están llegando en nuestra ayuda. Ya han entrado en el desfiladero del sudeste y llegarán aquí antes del anochecer. Son otros trescientos más. ¡Alabado seas gran Halamalao!

—¿El qué? —preguntó Cráteros con interés—. ¿Aldryami?

—Nuestros hermanos de las selvas del sur —dijo la aldryani sonriente—. ¡Embylis!

De pronto Man-Yurý alzó la cabeza como si un resorte hubiera saltado dentro.

—Embylis son los espíritus de las selvas oscuras y tenebrosas —dijo en su propia lengua con palabras que denotaban desconfianza hacia esos

aldryami selváticos.

—Embylis lucharán hasta la muerte —  
contestó la guerrera vronkali en el  
idioma del ahora apagado oriental.

—¿Qué son embylis? —preguntó  
Cráteros.

—Son el folklore y las leyendas que  
mantienen a los caras-amarillas fuera de  
los bosques de Kralorela —dijo Susurro  
en la Bruma con un silbido.

—No podemos desechar ayuda alguna  
—exclamó el Mariscal—. Hasta que  
esos embylis lleguen, debemos reunir  
aquí a todas las tropas para desplegarlas  
sin demora en los tres corredores.

—Nuestras flechas serán la sepultura de

los enanos —aseguró la guerrera aldryani.

En pocos minutos, al pie de la colina, los viajeros vieron que se habían reunido algo más de seiscientos aldryami. Prácticamente todos eran vronkalis; eso significaba elfos de hoja perenne emparentados con árboles fuertes y recios como abetos y hayas. Exhibían sus temibles arcos, conocidos a lo largo y ancho del mundo por su precisa puntería. Semejante unidad de arqueros hubiese sido el orgullo de innumerables ejércitos, causando estragos en la mayoría de las batallas. ¿Pero qué podían hacer si los enanos llegaban con sus ingenios de piedra y pólvora? ¿Y si la batalla llegaba al

cuerpo a cuerpo? Si la lucha llegaba a las manos y el arco se volvía inútil, sus armas serían endebles comparadas con las hachas y las armaduras de hierro forjado de los enanos; era la lucha de la madera contra la piedra. Tendrían que ganar la batalla desde la distancia, desde la altura de los corredores de acceso al valle, entre escondites y laberintos de árboles... o la perderían para siempre. Cráteros miró a todos aquellos elfos, miró a sus dos compañeros que lo flanqueaban, con quienes había compartido muchas millas de camino, miró a la elfa guerrera orgullosa de sus tropas y pidió al intérprete dragonut que tradujera sus palabras:

—Os lo ruego, quiero que tu ejército escuche mi voz antes de partir. —El Mariscal se alzó sobre un tocón antes de jalearse a la tropa con vehemencia—: Esta noche tocaremos la gloria y vuestros hijos cantarán sobre esta hazaña; los cantares pasarán a vuestros nietos y os perpetuarán eternamente. La muerte es la mayor de las victorias, si con ella abatimos al enemigo dispuesto a quemar el bosque y a destrozar todo en cuanto creéis y por cuanto lucháis. La muerte es el único destino para los enemigos de la luz y de la vida, de la verdad y de la hermosura. Mientras un solo aldryani permanezca en pie en este bosque, mientras uno de vosotros sobreviva a esta noche, el bosque estará seguro de la

carroña; y a la mañana, cuando Yelm ilumine con sus rayos la hierba y bañe de calor las copas de vuestros árboles, veréis como tanto dolor ha merecido la pena; el orgullo de ser libres y no arrodillarse al yugo de los viles enanos; el orgullo de ver como vuestro bosque continua creciendo libre y hermoso; el orgullo del guerrero que ha destruido a sus enemigos. ¡Despidamos a esos enanos como merecen! ¡Que prueben la amargura en cada una de vuestras flechas! ¡Que regresen llorando bajo la tierra de donde nunca debieron surgir! ¡Que ahoguen su apestosa hiel en las cavernas y jamás vuelvan a poner un pie fuera de ellas! ¡Que lo único que recuerden sea que aquí murieron

millares de los suyos y que éste es un territorio vedado, donde no deben volver a pisar! ¡Que Yelmalio vele por este bosque donde ellos no son bienvenidos! ¡Que la Luz que Nunca se Apaga ilumine vuestras flechas y dé calor a vuestros arcos! ¡Que el Resplandor Crepuscular nos ampare, y su reflejo brillante espante a nuestros odiados enemigos! ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria!

Cráteros jaleó a las tropas sintiendo la gratificante mirada malva de la aldryani sobre su figura. La guerrera se dispuso a dividir las tropas cuando de pronto, de entre las ramas de un acebo, apareció de nuevo la bella dríade que les había dado la bienvenida. Se dirigió a Zishla con la

dulzura de la miel, como si sus palabras hubiesen sido bañadas en una gran colmena de abejas. Ensimismado miraba Cráteros la lindeza destilada por su plática sin igual. Sin embargo, Susurro en la Bruma lo sacó de su encantamiento cuando le habló con su voz sibilante. Era tanta la belleza con la que las aldryami se expresaban...

—La dríade dice que la guerrera no puede luchar a nuestro lado, que su sitio está en la ceremonia. Dice que no existe ningún motivo por el que un miembro del Consejo de Ocho pueda ausentarse de la ceremonia. Ni siquiera la guerra.

Man-Yurý escuchó pensativo, en silencio. Cráteros frunció el ceño. La

elfa guerrera volvió su mirada, con resignación, de las tropas de arqueros al círculo de árboles sobre la colina.

—Yo puedo dirigir la defensa — interrumpió Cráteros la conversación. Ambas se quedaron perplejas. Susurro en la Bruma se acercó y tradujo sus palabras.

—¡Pero qué está diciendo! —dijo la vronkali escandalizada—. Él no es un hijo del Bosque.

—Pues dile que soy un Hijo de la Luz, al igual que ella.

—Yo soy Hija de la Luz y protectora de mi pueblo, pero esta noche debo atender asuntos bien distintos a la guerra. Como miembro del Consejo de los Ocho, debo

estar presente en la ceremonia del Fertilizador. En este bosque no hay nadie más que ostente estos rangos. ¿Es mi deber asistir a la liturgia y dejar la lucha en pétalos ajenos?

—Si no hay más Hijos de la Luz, yo lo haré.

—Aldrya ya confió en el calor de Halamalao —dijo la dríade en lengua común.

—Estaré intranquila dejando a los míos en vuestras manos... pero he de confiar, tal y como Aldrya lo hizo en Halamalao; es una prueba de fe para mí. Pongo mis raíces en vuestra tierra y deposito mi confianza en vuestro corazón.

Había congoja y resignación en sus

atribuladas palabras, como de un deseo que se escapaba por entre sus dedos. Miró con resignación a la dríade.

—No te fallaré —afirmó Cráteros con seguridad. —Man—Yurý, ¿estás apto para combatir?

El oriental apenas levantó la cabeza y respondió escueto con una sentencia:

—Los copos de nieve siempre caen sobre las copas de los árboles; es inevitable.

Así dividió Cráteros las tropas en tres centurias dobles. Cada extranjero se integraría en una distinta. Susurro en la Bruma quería ponerse en marcha con impaciencia tras haber bisbiseado lacónicamente—: En el camino del

sudeste encontraré embylis. Hace tiempo que no veo elfos amarillos. Quiero ver elfos amarillos.

Pero el dragonut no había empezado a marchar cuando los embylis llegaron primero. Apenas había comenzado a movilizarse con su destacamento de arqueros cuando su mirada se volvió hacia el Sendero del Sudeste, el cual venía de las junglas de Fethlon. Primero escuchó murmullos, siseos en lengua aldryani y palabras que sólo los árboles descifrabán; pero de entre todas, el intérprete dragonut distinguió una con claridad: «embylis».

A los arrullos de las plantas pronto acompañó una música dulce, como la

que producía la flauta de caña del fauno encorvado. Pronto la melodía se volvió rítmica y armoniosa, cargada de un sentimiento que inundó de optimismo a todos los que escuchaban. Y con ella apareció un gran destacamento aldryami de embylis, o elfos amarillos como eran conocidos entre los kralorís, de entre la espesura. Sombras silenciosas, espíritus de la hiedra; de repente, ya estaban allí. Habían venido en número algo inferior a quinientos. En principio no parecían ni más grandes ni más pequeños, ni más altos ni más bajos, ni más gordos ni más flacos, pero ni de lejos se asemejaban a los vronkalis de aquel bosque o a los mrelis como Shen. Una vez los embylis entraron en el valle, las diferencias con

sus parientes se hicieron más obvias, tanto como podían serlo un bosque de cedros y nogales con una agreste jungla sureña de enmarañada vegetación selvática. Los llamados elfos amarillos eran el alma de las Selvas del Sur.

Desnudos como el resto de aldryami, exhibían sus pieles casi completamente tatuadas de colores chillones. Mostraban símbolos, runas y todo tipo de adornos con motivos tribales. En algunos casos parecían vestir verdadera ropa y había que fijarse para darse cuenta que no era lino sino pinturas y tintes. Franjas con diferentes grosores, verticales, horizontales, zigzagueantes... Incluso cicatrices y quemaduras eran aprovechadas, y quién sabe si

provocadas adrede o fortuitamente, para formar parte de los dibujos. Tan artística exhibición de formas y colores sobre la piel, ya de por sí más verdosa que la de los vronkalis, les daba un aspecto mucho más salvaje. Pinturas de guerra que eran tan singulares como las pobladas cabelleras de los lacerados elfos. Los embylis eran un pueblo orgulloso de sus greñas selváticas; cada cual las lucía y peinaba con un estilo completamente único. Llamaban la atención las cabezas rasuradas solamente de un lado, los afeitados simulando extrañas formas vegetales, crestas altas, dobles y triples, flequillos rectos y trenzados de pelo con lianas y enredaderas, moños espesos y altos

recogidos o nudos... Los embylis exhibían sus peinados como orgullosos pavos reales, junto a millaradas de pendientes y pinchos de madera, semillas, o incluso hueso, que atravesaban sus caras y no sólo sus orejas puntiagudas, también sus labios, sus cejas, mofletes...

Quienes esperaban la venida de los embylis celebraron con estrépito su llegada. Los extranjeros advirtieron con sorpresa que muchos no portaban arcos ni flechas, tampoco lanza o cayado como los vronkalis usarían para el cuerpo a cuerpo. Los embylis traían pequeñas hachas de hueso y madera fijadas al mango con lianas. La mayoría apoyaba su paso al caminar en un flexible junco

alargado, todos los que no acarreaban arco ni carcaj. Durante la batalla, los viajeros aprenderían lo valioso de estas cerbatanas embylis para la lucha de guerrillas. Entre la espesura del follaje eran capaces de disparar dardos envenenados dando curvatura a la trayectoria de los proyectiles, los cuales impactaban en blancos ocultos tras troncos y arbustos.

Las presentaciones no se hicieron extensas pues Yelm descendía peligrosamente tras las montañas de poniente y la noche asomaba, ocultando bajo su capota de negrura el avance de los enemigos de Aldrya. Las sombras del ocaso anunciaban la proximidad de la batalla. El ulular del viento

penetrando en el valle parecía mofarse de los que allí iban a perder la vida.

Tras rendir pleitesía a los dioses del Bosque y orar con fervor a sus cerbatanas, los embylis se dividieron en grupos iguales, cada uno con alguno de los tres extranjeros, y partieron dispuestos a cubrir cada una de las tres entradas del Valle del Sauce Floreciente.

Cada columna marchó durante más de hora y media hacia el interior de la floresta boscosa. Cuando la noche cayó completamente y la otra luna, la azul y blanca, sacó a relucir su rostro -la Luna Roja nunca abandonaba el cielo- sobre el manto negro salpicado de estrellas

que esa noche era el cielo, todos los aldryami ya se encontraban apostillados en los desfiladeros y gargantas que daban acceso al Valle del Sauce.

Protegidos por el dosel de árboles que cubría los tres pasos, cualquier humano podría haberlos recorrido durante horas sin reparar en la presencia de los más de mil aldryami ocultos, escondidos con los arcos y los nervios en tensión.

Hileras de flechas a sus pies, ocultas tras setos y matorrales, esperaban pacientes el advenimiento de la tormenta enemiga. Los embylis ultimaban fervientes el veneno de los dardos que colocaban con sumo cuidado junto a sus cerbatanas. Una pulsión intranquila se iba apoderando de cada uno de los

aldryami según se aproximaba la hora. Los ruegos a los dioses del bosque se hicieron más claros. Cráteros continuaba arengando a sus tropas, proclamando vítores y palabras de gloria. Susurro en la Bruma revisaba por última vez las coberturas de los aldryami; se aseguraba de no dejar un solo flanco descuidado en el paso que protegía. Man-Yurý esperaba reflexivo, con la vista clavada en el horizonte, más allá del paso, más allá del camino.

Los embylis miraban con desconfianza al humano de cara amarilla.

En el camino del oeste las proclamas de Cráteros terminaron de pronto. Las plantas espías, los matojos y los

helechos, trajeron la señal: un gran ejército había penetrado por el camino en aquella dirección, un ejército grande que doblaba en número a todos los aldryani juntos. A su paso la tierra temblaba y los árboles caían arrancados de raíz, las plantas chillaban aterradas y de poder, hubiesen puesto pies en polvorosa y habrían salido corriendo; pero los desesperados mensajes que viajaban en boca de los susurros de las plantas advertían de algo más, pues ni uno solo de los invasores era enano, ni una sola gárgola de piedra los acompañaba. Cráteros dio una última consigna antes de ordenar tensar las cuerdas de los arcos:

—¡Que esta información llegue a todos

los rincones del bosque! —ordenó con premura—. ¡De ser así necesitaremos refuerzos para contener el embate!

Cráteros musitó un momento, se levantó de su parapeto y se hizo oír:

—¡Atención! —clamó desde su cobertura—. ¡Ascendemos hasta aquella posición! Tenemos que evitar que el enemigo pueda vernos a pesar de la oscuridad.

Los mensajes viajan con rapidez dentro de un bosque aldryani; de árbol a árbol; de planta a planta; por las raíces y las ramas; en cada hoja que cae. Susurro en la Bruma entendió perfectamente el apremio de Cráteros y presto se movilizó:

—¡Dejamos la posición! ¡Marchamos al oeste! ¡Informad en el Camino de Oriente! Que se ocupen ellos de vigilar ambas sendas, nosotros marchamos al oeste, llegaremos antes que ellos. Que nos cubran las espaldas. ¡Marchad rápido!

Las tropas que en el sureste dirigía Susurro en la Bruma abandonaron su plaza con velocidad y sigilo, como correspondía a los movimientos de un aldryani en la espesura del bosque. Los arbustos y matorrales se hacían a los lados para permitir el paso de los arqueros que se dirigían a la inminente confrontación en el Paso del Oeste. Sólo confiaban en poder llegar a tiempo.

La espera se hacía cada vez más tensa. Los aldryami ya podían distinguir perfectamente los horribles gritos y berridos de los invasores que habían prorrumpido en el Paso del Oeste como alimañas. De oriente no había noticias, pero desde el sudeste se había informado que los destacamentos capitaneados por el enorme guerrero dragonut se habían puesto en marcha. Aun así, no les daría tiempo a llegar antes del choque. Una oleada inmensa de trolls avanzaba como una apisonadora barriendo cada centímetro de arboleda. Y como ocurría desde la antigüedad, cuando el sanguinario y despiadado demonio troll Zorak Zoran arrebató a Yelmalio la Runa del Fuego en una

batalla legendaria sobre la *Cima del Mundo*, los crueles trolls, a pesar de temer a este elemento, lo habían aprendido a usar sin misericordia contra sus enemigos. Con angustia, los aldryami tuvieron que esperar hasta que los trolls se pusieron a tiro de sus arcos y cerbatanas, haciendo oídos sordos a las súplicas de los árboles que desesperados rogaban ayuda ante la marea negra. Los uzs, ése era el nombre que los trolls se daban a sí mismos, continuaban su avance. Tan pronto como entraron en el campo de visión aldryani, también lo hicieron en el de sus arcos.

No eran grandes y orgullosos trolls los que primero avanzaban, sino esas lastimeras criaturas surgidas de la

degeneración causada por una antigua maldición de un traicionero dios, los llamados trollkins. Algunos aldryami respiraron aliviados, jamás diez trollkins podrían compararse en batalla con un verdadero troll negro, un auténtico uz. No obstante, y aun siendo trollkins, su número triplicaba al de defensores. Venían en manadas sedientas que sentían el mismo odio y repulsión hacia los hijos de Aldrya que los antiguos y señoriales trolls.

De los grandes uzs negros, eran contados los que podían distinguirse dirigiendo aquella masa de infectas y vergonzantes degeneraciones, cabalgando sobre robustas monturas: enormes y asquerosos escarabajos

gigantes del tamaño de bueyes.

Cráteros respiró, aguardó el momento y clamó desde su puesto—: ¡Disparad!

La Batalla del Paso había comenzado. La lluvia de flechas desde ambos lados de la vaguada cayó como el granizo sobre la cosecha. La primera oleada de saetas eclipsó el brillo de las lunas y de todas las estrellas. Los aldryami volvieron a disparar con rapidez, sin tiempo de susurrar ni acariciar más sus flechas; era sabido que así se comunicaban con sus arcos para dirigir los proyectiles con mortal precisión. Los sorprendidos trollkins gritaban al ver como decenas de los suyos caían atravesados por la multitud de saetas, en

este tan sangriento recibimiento, pero impulsados por un odio ancestral -o por el miedo al castigo de los amos trolls- las jaurías de trollkins cargaron a la desesperada contra un enemigo oculto entre la espesura del bosque, contra quien los había recibido con agujones afilados.

Manadas de trollkins avanzaron peligrosamente internándose en la dehesa. Caían, pero a pesar del acierto de los arqueros ocultos tras matas y arbustos, siempre que un trollkin era abatido, otro reemplazaba su lugar. Centenares de cadáveres se amontonaban ya en las laderas, atravesados por las saetas aldryami o alcanzados por los dardos venenosos.

Tras una hora de refriega entre vegetación, escaramuzas y razias, impactos y carreras, persecuciones y escondites, las fuerzas de choque invasoras empezaron a encontrar los escondrijos desde donde los elfos disparaban y se ocultaban. La lucha se hizo más cruenta. En el cuerpo a cuerpo, y dirigidos por grandes trolls y escarabajos gigantes, los invasores tenían las de ganar. Cráteros fue replegando sus tropas, disparando desde las laderas para volverse a ocultar. Casi medio centenar de aldryami habían caído a su vez presa de los zapadores trolls, ningún bando haría prisioneros. Cráteros temía que su margen se agotara, pero una esperanzadora nueva llegó

desde el interior del valle. Susurro en la Bruma, al frente de su destacamento, estaba tomando posiciones en el flanco izquierdo de la enorme horda enemiga. Los que ya estaban luchando tendrían que contener el inexorable avance del enemigo para que los recién venidos sorprendieran desde nuevas posiciones a la columna troll. Tenían que dar tiempo a la tropa dirigida por el dragonut. Los trolls ya habían penetrado demasiado y los defensores no podían permitir que avanzaran un paso más. Para contener la marea de sucias criaturas había que golpearla de frente. El Mariscal dio la orden definitiva a un destacamento entero de aldryani:

—¡Cargad! —fue el contundente grito

del Mariscal; no hubo una sola planta en aquel momento que no entendiera lo que significaban sus palabras.

Cráteros había pensado que golpeando la oscura marea de trollkins no conseguirían nada, la masa uniforme de *enlos* (como los trollkins se llamaban en su propia lengua) volvía siempre renovada; debía abrir un boquete en el tumulto y dirigir su ataque contra quienes organizaban las hordas desde el interior.

Debía abrirse paso al centro de la marea troll, del infierno uz.

Los arqueros emboscados recibieron con alegría los refuerzos aparecidos con el gran dragonut a la cabeza. La lluvia

de flechas se hizo tormenta. Y no se conoce si fue causa del destino, de la pericia o de algún sortilegio aldryani, pero ninguna de las saetas cayó sobre los suyos, sobre el medio centenar de aldryami con Cráteros a la cabeza que en ese instante cargaba violentamente contra la marea de trollkins. El templario yelmalita saltó a la vanguardia de sus soldados como había hecho siempre; ser un ejemplo para sus hombres era su forma de entender la batalla y su lanza de punta negra fue la primera que los trollkins saborearon. Con estrépito chocó contra la gran barrera trollkin, exactamente igual que quien arremete con una gran ola en un mar embravecido. Su última orden fue

ahogada por el restallar de las armas: «¡Matad!», gritó sumergiéndose en la marea negra.

De la guarnición dirigida por Man–Yurý no llegaban noticias. Esto era una señal cuanto menos inquietante. Todo parecía estar tranquilo en oriente, demasiado tranquilo.

Con sorprendente rapidez, los refuerzos aparecidos con Susurro en la Bruma a la cabeza se desplegaron cogiendo la espalda del enemigo, en una herradura mortal de silbidos y saetas. El guerrero dragonut ordenó atacar la retaguardia e intentar envolver el otro flanco. Aun así, el avance de la columna oscura era constante, pesado, lento pero invariable.

Susurro en la Bruma decidió detener definitivamente la apisonadora trollkin reordenando sus tropas más cercanas y dirigiéndolas al frente con la orden de aguantar. Pocos minutos después, los trollkins de vanguardia encontraron un muro de casi un centenar de elfos con los arcos tensados y apuntando directamente a sus caras.

En el epicentro de la turbamulta de trollkins se distinguía la pátina cobriza y reluciente de la coraza de Cráteros, luchando por salir a flote en la superficie de un mar enfurecido.

Valerosamente el Mariscal trataba de llegar, a golpe de escudo y lanza, hasta un escarabajo gigante (que doblaba en tamaño a un caballo) sobre el cual

galopaba un auténtico uz, un auténtico troll negro.

El cráneo del primer trollkin que probó la dureza del *klanth*, el arma ritual de hueso de dragón de Susurro en la Bruma, no pudo aguantar tan brutal embestida. El dragonut quería probarse con un enemigo de su envergadura, pues le aburrían sinceramente esas pequeñas y lendrosas criaturitas que apenas llegaban por su cintura. Cuando encaró de frente al primer troll, quedó también decepcionado por la facilidad con la que cayó abatido, con la cabeza fracturada por la mitad ante su primer envite. Ni los más grandes eran tan duros como los futuros dragones.

Tras más de dos horas combatiendo a sangre y fuego, desde que la primera flecha aldryani atravesó certera el gaznate del primer apestoso trollkin, los defensores parecían contener al fin el empuje de la fuerza troll.

El dragonut salió del frente más encarnizado para reagrupar a los dispersos grupos de tiradores aldryami y taponar definitivamente las posibilidades de escapatoria de los invasores. Las órdenes se transmitían con rapidez siguiendo la red de espías y mensajeros vegetales, una tejida red de setos, arbustos y matorrales cuyas palabras eran escuchadas sólo por las puntiagudas orejitas aldryami; sin embargo, desde el este no llegaba

ninguna noticia y esto si era desconcertante. Tanto para bien como para mal.

En el núcleo de la batalla, embistiendo con dureza a pesar del cansancio, cegado por el sudor y molido por los cortes que arañaban su piel, Cráteros buscaba entre el enjambre de invasores a los líderes de la oscuridad. El jinete de un segundo escarabajo gigante había caído de su montura empalado por el brutal impacto de su jabalina diestramente lanzada como en atlética competición. Tendido en el suelo quedó con la jabalina de negra punta y preciado metal insertada en el pecho. El férreo escudo de madera y cuero de un tercer jinete impidió a la jabalina del

Mariscal volver a tumbar a su enemigo desde la distancia. *Colmillo Dorado*, su espada corta, tuvo que emplearse a fondo para arrebatarse al troll de la silla de montar. Desde lo alto del lomo del muerto escarabajo, el Mariscal trató de divisar el verdadero daño de la jauría troll, quienes dirigían el tumulto de trollkins.

Susurro en la Bruma había comprobado con anterioridad que la cabeza de los trolls no era tan dura; tampoco lo fue la testa del escarabajo que cayó bajo el tremendo topetazo de su arma sagrada dragonut.

Los primeros mensajeros que traían noticias de los pasos del este, plantas

espías y arbustos que murmuraban, informaron a Susurro en la Bruma que varios incursores y exploradores trollkins habían sido avistados; las fuerzas a cargo de Man—Yurý solicitaban refuerzos ante el inminente enfrentamiento.

Tras tres horas de completa oscuridad en el Paso del Oeste salpicadas por el dolor, la sangre y el estrépito de la batalla, desde que el primer elfo soltara la primera flecha sobre un desgraciado trollkin de tez morena y funesta suerte, Cráteros escuchó el agudo graznido de Dana desde el cielo. Para cualquier oído, incluso para el agudo tímpano aldryani, hubiese resultado imposible escucharlo en la vorágine de aquella

masacre; entre el chocar de los cuerpos y las mazas; garrotes y lanzas; el quebrar de los huesos y el silbar de las saetas; entre los gritos de dolor y los que el pánico provoca, pero el Mariscal pudo escuchar perfectamente la llamada de su amada ave resonando dentro de su cabeza. Algo más que un vínculo entre amo y mascota unía a un yelmalita y su halcón sagrado. Dana sabía perfectamente lo que su amo buscaba y desde el cielo lo había encontrado para él: dos eran las sacerdotisas trolls que caminaban rodeadas de siervos. Dos eran las sacerdotisas de Kyger Litor, la Señora de la Oscuridad, matriarca de la sociedad uz. Aquellas dos brujas de la noche eran quienes dirigían la

turbamulta y contra quienes un héroe de la luz debía enfrentarse.

*Las hembras trolls, más fuertes y poderosas, eran quienes dirigían y reinaban sobre los miembros varones de esta raza; más parecida a las diferentes sociedades humanas en multitud de aspectos que las sociedades élficas o enanas. La gran seña de identidad uz era ser una sociedad matriarcal, una civilización donde eran las hembras quienes gobernaban a imagen y semejanza de Kyger Litor, su gran deidad suprema... Pero para vergüenza de las hembras trolls, desde que fueron castigadas con La Maldición Trollkin, nada había vuelto a ser igual al quedar*

*deshonradas e incapacitadas para traer sanos y vigorosos uzs al mundo.*

Como el buey que huye de los cocodrilos en estampida cruzando un río, Cráteros pasó sobre cuantos trollkins se interpusieron en su camino. Sintió de pronto una fuerte náusea, un agudo mareo, que lo hizo tambalearse; ellas también habían reparado en él y con su brujería le daban la bienvenida. También ellas se acercaban a su presa. Cráteros respiró hondo, resopló, tuvo que concentrarse para no caer; se sentía desfallecer, pero ni la brujería lo podría detener, ni las sucias artes de Kyger Litor. Trastabillado lanzó su jabalina antes de tropezar y desplomarse sobre el

suelo. La jabalina con la punta de metal rúnico surcó el cielo e imparable impactó con extrema virulencia contra el rostro de una de las dos brujas. Cráteros había hecho diana y la cara mutilada de la sacerdotisa troll no volvería a sonreír; el impacto atravesó el cráneo por completo. Quedó mansamente tendida con el rostro desfigurado; pero también todo se volvió negro alrededor del Mariscal.

La emboscada aldryani había mermado seriamente el avance de la columna invasora. Decenas de trollkins huían en desbandada y eran cazados por el sigilo y los arcos de los aldryami; un anillo de arqueros los detenía.

Con un centenar de elfos a sus espaldas, el enorme Susurro en la Bruma se puso en marcha hacia el paso del sudeste. Si Man-Yurý, el humano de la cara amarilla, había solicitado refuerzos, debía necesitarlos sin demora. Jamás antes el dragonut había escuchado pedir ayuda a aquel orgulloso hombre de piel cetrina y pelo negro, llegado de la tierra de Godunya el Dragón Emperador. Desde que salieron de El Ojo del Dragón ni una sola vez el oriental había rogado amparo, cobijo o auxilio. El dragonut marchó tan rápido como sus pies lo permitieron. Sólo restaban pequeñas escaramuzas, trollkins huyendo a su alrededor. A Cráteros no lo veía, pero no temía por él; para ser un

mortal, era un buen guerrero. El Paso del Oeste estaba bajo control.

Dentro de la todavía rabiosa jauría troll, la situación era distinta para el Mariscal a como el dragonut había creído.

Cráteros consiguió ponerse a cuatro patas sobre el suelo, exhausto, extenuado. Había perdido su lanza al arrojarla contra una de las brujas trolls tras más de tres horas de batalla. Apenas veía con claridad la hierba sobre la que apoyaba tembloroso las palmas de sus manos. Levantó la cabeza pues sabía que aún no había terminado. Habían detenido al invasor, habían acabado con la guardia montada de escarabajos que escoltaba a las Brujas de la Noche, había asestado un golpe definitivo a una

de ellas, pero, ¿dónde estaba la otra? No la veía con claridad. Despavoridos trollkins corrían dispersos en todas direcciones, para él eran borrones oscuros que corrían enloquecidos, demasiado desenfocados. Una cortina negra se cerraba opaca ante él. El Mariscal sintió como sus pulsaciones subían. Intentó levantarse a tientas, incapaz de distinguir más que bultos, todo a su alrededor se había teñido de un ceniciento manto impenetrable. «Estoy ciego. Maldita brujería troll», se lamentaba. Buscó ayuda, un apoyo, pero ninguna palabra surgió de su boca. ¡Demasiado estrépito para que alguien pudiera venir en su socorro! Pero una imagen se dibujó poco a poco en su

cabeza.

Dana, su inseparable compañera alada, había escuchado su inaudible reclamo. El ave sí podía *oír* las palabras de su amo. Una imagen se fue creando en la cabeza del Mariscal. Veía la batalla, a decenas de trollkins huyendo despavoridos, flechas silbantes de madera negra, elfos que ya no se ocultaban... pero todo lo veía desde el cielo. En medio del paso se contempló a sí mismo arrodillado, con la cabeza gacha y los hombros resplandecientes, perlados por el sudor, reflejando el crepitar del fuego troll. Se observaba desde el aire, desde un plano cenital, a través de los ojos de su halcón. Se concentró en la visión de su ave

sagrada. Pudo verse con más claridad, cada herida abierta, las yagas que hendían su piel... y frente a él vio a la horrorosa sacerdotisa de Kyger Litor, la Bruja Oscura de la Noche, grande y peluda, fuerte y aterradora, elevando sobre su cabeza una enorme maza que descargó con furia, antes de que pudiera reaccionar.

Todo volvió a ser negro. El tremendo golpe de la maza sobre la espalda lo tiró de nuevo al suelo. Chilló de dolor. Desconcentrado no podía ver a través de los ojos de su ave. Rodó sobre su cuerpo tratando de alejarse de la Bruja Oscura. Se quedó agazapado cubriéndose con el escudo. Otra imagen parecida a la anterior volvió a formarse

en su cabeza. Escuchó con ansiedad el aviso de su halcón: «¡cúbrete la cabeza!». Vio de nuevo a la hembra troll. Apenas tuvo tiempo de subir el escudo. Jamás había luchado en una situación tan desesperada: completamente ciego, vislumbrando su propio cuerpo desde fuera de sí mismo, como un espíritu, como si ya estuviera muerto. El escudo crujió al detener otro tremebundo golpetazo. El dolor fue infinito en el brazo que sostenía el broquel dorado; los huesos, aun soldados por magia, siempre se resentían. La extremidad quedó dormida al instante; ya llevaba demasiados golpes y éste había sido terrible, incluso las sujeciones se destartalaron. Cráteros

rodó hacia atrás, por intuición, para evitar el siguiente golpe.

El escudo, con la sujeción medio rota y caída, le molestaba para moverse; apenas podía levantar el brazo y los ajustes hacían bailar la inutilizada protección. Trató de desprenderse de él.

Tuvo el tiempo justo de contemplar por ojos de su halcón una nueva acometida. Interpuso el escudo, que ahora sujetaba suelto entre ambas manos como si fuera una bandeja. Desde el cielo, Dana contempló como saltaron chispas con el impacto. El broquel cayó a pies de Cráteros arrancado de sus manos. Ahora era su turno. Gracias a ese impacto tenía a la sacerdotisa troll más o menos

situada. No fue el Mariscal, sino su ave *despertada*, quien iluminó con un destello blanco el *Colmillo Dorado* cuando éste fue desenvainado. Si golpeaba con rapidez la bruja troll no podría escapar. Creía tener claro el lugar por donde le había llegado el último golpe. El resto de sus mermadas energías fueron a parar al filo del bruñido gladius cuando lo descargó guiado por su intuición. El restallido metálico de su arma le hizo sentir el cuerpo de su adversaria... y que ésta se protegía con habilidad.

Pero la sacerdotisa troll no esperaba tan ferviente reacción del yelmalita. La bruja erró al pensar que dejándole ciego acabaría fácilmente con la vida del

humano que capitaneaba a la chusma elfa. Se equivocaba. Tras la primera estocada del yelmalita, vino una lluvia furiosa de dentelladas del *Colmillo Dorado*. El Mariscal no podía perder la posición de la bruja, no podía dejarla escapar. Concentró todos sus sentidos en los ojos de Dana. Sacó fuerzas de donde ya no quedaban y golpeó otra vez, y otra más, y otra, y arrancó el escudo de los fuertes brazos de la troll. Y clavó triunfante hasta en tres ocasiones su gladius, en el mismo vientre de la Oscuridad.

Él quedó sin sentido, tendido, rendido sobre el cadáver de la Bruja de la Noche.

# Capítulo III. «Eclipse de sol y luna»

*Verde manto, fresca hierba, cuna  
donde mecerse molido*

*Con el cuerpo lacerado*

*Sin atrevimiento ninguno... ni siquiera  
a ser testigo*

*Prisión de negrura envolvente*

*Y escondido bajo un velo ciego  
un punto de claridad*

*¡Astro Rey! Aleja el telón de negra  
maldad*

-¿Hemos vencido? -preguntó Cráteros

sintiendo trizas en lugar de músculos, incapaz de moverse ni de fijar la vista-. ¿Hemos derrotado al enemigo?

-Hemos salido victoriosos -trató de alejarlo de toda preocupación una cálida voz acariciando las ondas de su cabello-. La luz de Halamalao ha vuelto a salir en este valle. Ya has hecho demasiado. Ahora descansa y bebe de la leche del sauce.

El Sol, Yelm, brillaba luminoso sobre la cabeza de Cráteros e inundaba el Valle del Sauce Floreciente con su luz y su calor. El Mariscal fue recobrando la visión a medida que también recuperaba la sensibilidad y el control de su propio cuerpo. Apenas se quejó. Sentía un

calor, un tacto y una delicadeza propios de una deidad. La dríade, espíritu del Corazón del bosque, le estaba dispensando el mejor de sus cuidados. Había limpiado sus magulladuras y bismado sus cortes. Había mimado su cuerpo, rendido y golpeado por la oscura magia uz que cegara sus sentidos.

El Sol era para el hombre un haz luminoso entre la cortina de tinieblas.

La dríade sólo permitió al resto de viajeros acercarse bajo el árbol donde velaba al Mariscal cuando éste mostró mejorías. Las noticias sobre la batalla fueron magníficas. Aquella gesta sería recordada durante los próximos siete años como la Batalla de los Tres

Extranjeros. El bosque crecería fuerte y vigoroso al amparo de las ceremonias e invocaciones que habían sido conjuradas durante la noche. Todos se alegraron de la pronta recuperación de Cráteros: Susurro en la Bruma, el dragonut que había aprendido a respetar al hombre de valiente conducta; Shen, la aldryani de tierna mirada plateada que había aprendido a admirar su liderazgo y decisión; Man-Yurý, sin embargo... Su rostro no expresaba la misma satisfacción ni el mismo entusiasmo. Desde el fondo de su mirada, una profunda vergüenza convertía en opaco lo que antaño fue brillo; sus ojos rasgados contenían un hondo pesar de súplicas impotentes. Ni siquiera cuando

el soldado oriental, otrora orgulloso y condescendiente, quedose a solas con Cráteros, fue capaz de confesar el tormento de su martirio. Lo guardaba sólo para él, bien dentro de su entristecido ego.

-No te fíes de los *cara-amarilla* - escuchaba Shen comentar a los aldryami de aquel lugar, junto a otras noticias que a oídos de Cráteros provocaron decepción-. ¡El dragonut tuvo que correr en su auxilio! ¡Zishla tuvo que abandonar la Ceremonia del Semillero en plena oración para luchar en el Camino de Oriente! ¡Ella es el tercer héroe y no el *cara-amarilla* que dobló su tallo ante los trolls! ¡Hasta los girasoles miran al suelo avergonzados a

su paso!

Cráteros no lo creía posible, su compañero, venido desde la cuna del Sol Naciente, había fallado donde parecía experto: en el arte de la guerra. Muy pesada sería la ultraja que su conciencia debería aguantar de ahí en adelante. No imaginaba hasta qué extremo.

El soldado de Su Majestad Godunya sentiría la más profunda de las vergüenzas.

Mariposas llenas de inquietud y el gusanillo del desasosiego volvieron a los estómagos de los viajeros tan pronto como estuvieron recuperados de la fatiga y las heridas de la batalla. Con

cada pájaro que volaba sobre sus cabezas, más se retrasaba la búsqueda de los Tres Soles. Por muchos agasajos, cumplidos y fiestas hechas en su honor que lo dilatasen, el momento de la partida habría llegado igual. Palabras de agradecimiento, loas y alabanzas llevarían desde el Valle del Sauce sobre sus espaldas. También alimentos, remiendos y botas nuevas sobre las que caminar; botas élficas, elaboradas con hojas, corteza y carentes de piel animal. Los extranjeros conservaron las ramitas que les fueron ofrecidas como ayuda, con la premisa de que sólo fueran usadas cuando la situación les fuese adversa en el interior de un bosque. Shen no sólo conservó la de Man-Yurý,

quien había rechazado su varita con desconfiados desaires, sino que le fue otorgado un cayado de soto, un báculo retorcido de madera mohosa extraída del Fresno Legendario. Una gran arma para lo que restaba de camino. La elfa estaba radiante y reluciente, con el pelo y la piel verde brillante, revitalizada tras las liturgias vegetales.

Pero fue una nueva nefasta lo que llevaron en su partida. El cuerpo inerte de Li-Wan tendría que permanecer aún durante muchas semanas en el bosque.

-Los druidas podaron su alma de males - informó la dríade- pero su tallo está desgarrado de las raíces. Hasta pasada la Estación Naranja de la Caída de las

Hojas, de su cuerpo no brotarán renovados esquejes. Su alma renquea moribunda. Pero su espíritu repetía de modo obsesivo un nombre, *Sha-Ming*. Espero que os pueda servir de ayuda. Seréis siempre bienvenidos a nuestro mundo, amigos extranjeros. ¡Que la Verde benefactora, *Aldrya Madre única de la Vida*, os conduzca por veredas gratas y vuestro paso sea grácil y venturoso! Marchad en paz; nosotros cuidaremos de ella.

Todos los compañeros buscaron la mirada de un rezagado Man-Yurý, cabizbajo, hasta que Cráteros lo obligó a responder.

-Debemos marchar y dejar a Li-Wan al

cuidado de los elfos, aquí estará segura mientras se recupera. ¿Dice algo para ti, amigo mío, el nombre de *Sha-Ming*?

-Sí -contestó apesadumbrado-. *Sha-Ming* es una ciudad muy próxima a mi hogar. El clan de mi hermana tiene allí su hogar y su dojo.

-¿Querrá ella que nos acerquemos a ese lugar? -sugirió tímidamente Shen.

-¿Nos desvía en exceso de la ruta hacia el Mar de la Niebla? -preguntó Cráteros.

Man-Yurý no contestó.

Para entonces, el reducido grupo ya sabía que no partiría solo. El Consejo de los Ocho del Bosque se había hecho eco de lo trascendente de la búsqueda.

Shen había demostrado una fortaleza encomiable y una validez asombrosa, pero no dejaba de ser una jovencísima mrelí que aspiraba a crecer a la sombra de Aldrya, hija de lo que los aldryami llamaban *ebanistas* (algo más parecido a «hablar» con la madera viva que a tallar la muerta); aún, ni siquiera, había encontrado su camino en el sendero del Bosque. Era demasiada la responsabilidad depositada sobre ella como única representante aldryani en la búsqueda. Las reticencias iniciales de Cráteros para llevar a alguien más, desaparecieron cuando el Consejo de los Ocho comunicó su intención de que la verde vronkali, Zishla, Espina de Rosal en lengua Aldryani, se uniera al

grupo en el viaje. Los señores del bosque no podrían convencer al Yelmalita de que aquella hembra lucharía al nivel de un varón, pero la fiel servidora de Yelmalio, o Halamalao como los aldryami decían, tenía algo especial que lo terminó por convencer. Además, el requerimiento de un Consejo de los Ocho debía ser aceptado, como Yelmalio lo había hecho en su juventud, muchos siglos atrás. Yelmalio, *El Albor que calienta en la noche*, se rodeó de cuanta ayuda, Aldrya, La Madre Bosque, pudo prestarle en su Búsqueda de la Luz. Era de sabios dejarse ayudar por los Ocho Ancianos del Bosque.

*El Gran Rey Élfico, una de las personificaciones de Aldrya en la*

*Glorantha mitológica, evitó la muerte de Halamalao cuando éste estuvo al borde de perecer en manos de un siniestro diablo uz, el Señor de la guerra y del odio conocido entre los trolls como Zorak Zoran. Halamalao (Yelmalio) siempre mostraría su gratitud a Aldrya.*

-Estoy de acuerdo -aceptó el Mariscal-. Pero deberá acatar mis preceptos y jurar lealtad a la expedición, tal y como hizo Shen Flor Perdida. Que se vista sin demora.

-Mantén las llamas de tu fuego bajo control -contestó la elfa vronkali con mirada desafiante-. Sólo acepto el mandato de quien es capaz de traer vida

al bosque, de traer vida a nuestro mundo, y no de sembrar la muerte.

-Zishla Espina de Rosal debería ponerse una túnica -intervino Shen tendiendo a su congénere un paño blanco con el que apenas podrían hacerse dos pañuelos-, fuera de nuestros bosques su figura desnuda atraería la mirada de los varones humanos.

-Lo haré si es necesario para el éxito de la búsqueda -dijo la vronkali tapándose con levedad sus encantos con los dos retazos de blanca tela-, pero no debes olvidar que cubrirse no forma parte de nuestras costumbres. La pequeña Shen Flor Perdida no debe olvidar a qué pueblo pertenece. No debes olvidar

nunca cuál es tu origen, quién es tu madre y a quién debes rendir pleitesía. Tampoco olvides quién guarda tu sueño con su calor cuando el invierno se apodera de ti.

-Amo a Aldrya y a todo cuanto forma parte del Bosque -contestó Shen harta de la arrogancia de la general vronkali-. Yo soy parte de Aldrya y lo seré siempre, pero afirmo que ahí fuera, los humanos son violentos y debemos mantenernos cautas. En este hombre llamado Cráteros, fiel seguidor de Halamalao, sin embargo, podemos confiar ciegamente. Ha iluminado mi viaje de madurez desde el lejano occidente.

-Eres demasiado ingenua -reprendió de

nuevo la vronkali clavando directamente sus ojos en los de Shen y apoyándose en su enroscada lanza de dos filos-, pero con las primaveras aprenderás a respetar a tus mayores; en eso consiste el Florecer del Bosque.

Abandonaron el Valle siguiendo peliagudas sendas de montaña. Durante varios días, la altanera Zishla los guio atravesando dehesas y desfiladeros al pie de auténticos macizos pétreos; los vigilantes de roca y hielo que blindaban el paso de Shan-Shan. La comida aldryani con la que llenaban sus buches y sus sacas duró aún varios días más. Aquellos manjares no terminaron de convencer al resto de viajeros, quizá por ser un tanto insípidos para los humanos;

el dragonut ni siquiera probó bocado de entre los frutos y raíces.

A medida que la aserrada cordillera se fue abriendo, el cielo fue encapotándose. El terreno comenzó a descender con brusquedad. Cada jornada salvaban desniveles de decenas de metros: barrancos y despeñaderos donde el mínimo tropezón era letalmente peligroso, caminos abruptos y gargantas escondidas por donde sólo un nativo los podía guiar. Los dientes afilados de Shan-Shan iban quedando a sus espaldas y las llanuras verdes de la espléndida Kralorela asomaron entre las últimas cumbres de la frontera montañosa.

Man-Yurý recobró ligeramente el ánimo

según se adentraban en La Tierra del Arroz, mientras que en Cráteros fue creciendo una sombra. Los sueños con la mujer kralorí de rostro pálido y largas uñas, que habían comenzado al poco de llegar a Shan-Shan, continuaban cada vez más intensos, más húmedos, más exuberantes, más dolorosos y sensuales.

Cada mañana se sentía *sucio* al despertar.

En occidente lo llamaban *La Estación de las lluvias*, en oriente *monzones*. Una tromba de agua interminable dio la bienvenida a los viajeros cuando todavía no habían dejado atrás las últimas estribaciones pétreas de Shan-Shan. Durante las siguientes dos

semanas, desde las faldas del macizo montañoso hasta encontrar las primeras aldeas habitadas de Kralorela, la lluvia no los abandonó en ningún momento.

Una cortina persistente de orvallo, que a veces se hacía tormenta, los acompañaba incansablemente. Contados occidentales habían alcanzado jamás semejantes latitudes viniendo desde el otro lado de las montañas, muy pocos; desde luego ninguno que ellos conocieran, o eso creían.

Empapados contemplaron las maravillas naturales de este mundo, completamente diferente al que conocían en occidente: colinas verdes esculpidas en escalera, caprichosos haces de luz en un cielo perpetuamente encapotado, el olor de la

tierra, el cantar de exóticas aves coloreadas como arcoíris, peces bigotudos que poblaban los ríos, y la suavidad de los bosques. Los árboles eran completamente desconocidos, incluso para Shen; especies extrañas y nombres ignorados en occidente.

Zishla mostró unos frutos carnosos, muy sabrosos, a los que llamó *naranjas* debido a su color. Después trajo otro fruto más ovalado, de color amarillento, de sabor más ácido. Aseguró que podían curar magulladuras. Cráteros lo probó sobre su piel lastimada y curara o no, lo cierto es que escocía como la magia. Todo cuanto crecía en aquellas exóticas tierras parecía deslumbrante y mágico a ojos occidentales. Pocos extranjeros

eran los que habían contemplado las maravillas de la Tierra del Arroz.

Aún en las faldas de Shan-Shan, los relámpagos y truenos del monzón los hacían apresurarse en busca de refugio. Contra la superstición y el folklore de los campesinos, Man-Yurý aclaró a los viajeros que no siempre el resquebrajar de los cielos era debido a la furia desatada de algún colérico espíritu de las tormentas. En aquellas laderas, varias eran las minas de las que se extraía la arcanita, el mineral que su pueblo convertía en *magia de polvo negro* o simplemente *pólvora*. Muchos de los estruendos que escuchaban no eran truenos, sino detonaciones que venían de las propias minas. Al igual

que orgullosa del hallazgo y cultivo del arroz, su patria se vanagloriaba del descubrimiento y uso de la pólvora, de la que hacían gala con mayor pericia que los imitadores enanos. Otro descubrimiento más, parangón del avance tecnológico de su cultura sobre el retraso bárbaro de occidente.

Cráteros quedó fascinado, tanto por aquella tierra sin igual, como por las leyendas que Man-Yurý narraba. Prendado quedó al escuchar la fábula sobre los espectaculares *fuegos de artificio* o *flores de fuego*, como los llamó Man-Yurý, con los que los kralorís embellecían sus ceremonias y celebraciones. De tanta hermosura y misterio rebosaba aquella tierra, que

Cráteros pidió al kralorí que le mostrara todas las maravillas de su patria cuando la búsqueda terminase. La respuesta del oriental resultó ser una nueva sorpresa, contraria a lo que el occidental hubiese esperado:

-Cuando concluya el camino, nunca regresaré a esta tierra -negó Man-Yurý taciturno-. He errado en el cometido que me confió Mi Señor Dragón Emperador. Debo zanjar dignamente mis vergüenzas mediante el ritual de *Utuma*.

-¿Utuma? -se preguntó Cráteros extrañado-. ¿De qué diablos hablas?

-El Utuma es una ceremonia con la que poner fin dignamente a mi deshonor. He fallado a mi linaje y a Mi

Emperador. No soy digno guerrero de llevar el apellido de mi familia.

-¿Pero qué sandeces dices? - exclamó Cráteros frunciendo el ceño.

-El Utuma purificará mi alma. Lo he meditado largamente y es mi única salida digna. He fallado a mi Emperador. Sólo así podré reencarnarme de nuevo. Cuando acabemos con el cometido que me fue encomendado, y para no avergonzarme al contemplar mi rostro, debo poner fin a mi cuerpo actual. No debo volver a mi casa y deshorrar a mi familia.

-Estás hablando muy duramente.

-Ya debería estar muerto, y sólo estoy vivo porque me salvó la mujer que

rechazó mi apellido, una indigna hembra que quiso ser plebeya. Mi ineptitud ha puesto la misión en peligro. Mi honor está pisoteado. Un filo manejado con precisión evitará más vergüenza y limpiará la mancha de mi apellido.

La marcha siguió dejando atrás las lejanas cumbres que rascaban el cielo.

Cráteros descubrió una mañana a Man-Yurý frotándose con una roca, muy ligera y porosa, las uñas de los pies.

-El cuerpo debe estar tan limpio como el alma -dijo el oriental-. Debemos estar siempre dispuestos para cuando llegue la muerte. Exponerte a ella desaliñado es un acto de tosquedad, una señal de barbarie y pobreza espiritual.

Cráteros entendió entonces, tras tantas semanas de viaje, por qué Man-Yurý jamás iniciaba de nuevo el camino, tras una fonda o descanso, sin afeitarse su rostro o rehacer su moño; incluso lo había visto perfumándose con flores.

Pero lo que más sorprendió al occidental durante aquellas primeras semanas de transitar por Kralorela, fueron los cultivos del arroz. Lejos aún de encontrarse aldea o lugar habitado que pudiera llevar semejante apelativo, cruzáronse con multitud de gentes laborando los campos en grandes extensiones de *arrozales*, así los había llamado Man-Yurý. Era realmente sorprendente contemplar cómo había sido moldeado el entorno para convertir

aquella tierra en un gran campo de cultivo, un inmenso arrozal.

Descubrieron llanuras anegadas por completo, inmensas praderas sumergidas bajo un palmo de agua, bueyes de largos cuernos que tiraban en la lejanía de yugos y arrastraban rastrillos para preparar la cosecha si el monzón lo permitía. Prodigiosas, a ojos occidentales, eran las terrazas en las que se escalonaban las laderas de las colinas, transformadas en campos de cultivo a varios niveles. Nunca antes habían visto un fenómeno agrario semejante; una ingeniería sin igual que no había sido siquiera imaginada por los recolectores de occidente. En lontananza contemplaban también lagos

amurallados. Man-Yurý explicó que aquellas ciclópeas paredes de piedra retenían el fluir de los ríos dejándolos correr por sus cauces sólo cuando era necesario. Derivaban cuencas enteras de ríos para administrar el riego a su antojo, otra de las grandes obras de la ingeniería kralorí. Si los embalses controlaban el regadío de los campos de cultivo y el Emperador Dragón controlaba las presas y los embalses, y por lo tanto el cultivo del arroz, el Emperador controlaba el sustento y la forma de vida de su pueblo.

Era un país entregado por completo al cultivo de un cereal.

Durante varias noches los sueños

lascivos de Cráteros se hicieron más repetitivos, intensos y largos, para su vergüenza como casto y virtuoso yelmalita.

La primera posta tampoco dejó indiferentes a los viajeros. Desde luego, la raza kralorí era diferente a cualquier otra que hubiesen conocido y semejantes entre sí. El parentesco de Man-Yurý con su hermana Li-Wan, no venía sólo de familia. En general, los campesinos con los que se cruzaron eran igual de parecidos: cetrinos de piel y de diminutos ojos escondidos en la cara. Muchos de los que labraban el campo llevaban ropas igual de diferentes, ridículas a ojos de occidente, como los sombreros cónicos de paja que los

protegían del sol. Los viajeros cabalgaron de posta en posta sobre unas espléndidas monturas equinas de raza oriental, caballos robustos y de pelaje alborotado, compradas con el dinero oriental que Man-Yurý había conservado para la vuelta. Con sorpresa, los extranjeros comprobaron que ningún campesino se atrevía a mirar directamente a los ojos del heraldo kralorí, quien era recibido en figones y casas de té con veneración y reverencias, pues aun cansado y sucio, portaba los emblemas de su noble estirpe de albaceas reales, de la familia Min-Tao. También los intrigados campesinos miraban con asombro al séquito acompañante del noble guerrero

imperial. Un cortejo era lo que los viajeros parecían a ojos de los labriegos, más aún cuando eran acompañados por un reverenciado y divino dragonut, un futuro dragón. Las miradas de asombro corrían de uno a otro. Para aquellas humildes gentes era tan exótico el dragonut, pues los suyos no se dejaban ver fácilmente lejos de sus territorios, como los mágicos espíritus del bosque y el robusto bárbaro occidental de espeso y rizado pelaje, piel bronceada y ojos grandes y redondeados. Las bellas hadas del bosque pasarían por concubinas, el bárbaro por guardaespaldas, y el dragonut, sin duda, por un sabio consejero.

Los forasteros miraban con el mismo asombro, no sólo a aquellas gentes, sino también a las construcciones de bambú en las aldeas. Hogares de finos muros y curvados tejados con colores llamativos; tan llamativos como los portones de madera en las entradas de las aldeas o en medio de los caminos. Dos postes verticales sobre los que reposaba otro horizontal, bellamente orlados con una asombrosa caligrafía... «Para ahuyentar a los espíritus fuera de nuestra aldea», decían las gentes más humildes.

Allá por donde los viajeros pasaban eran el centro de atención tal y como lo sería un circo. La paranoia por sentirse constantemente observados fue haciendo

mella en el grupo; un sentimiento que llegó a irritar especialmente a Shen.

«Desde que nos acompaña esa presuntuosa vronkali, Cráteros está más pendiente de ella que de la expedición», se decía observando al atolondrado guerrero.

En el subconsciente del Mariscal, y debido a su obligado compromiso de castidad absoluta, penitencia con la que debía asemejarse y acercarse más en vida a la figura de su dios, el virtuoso Yelmalio, la compañía de tan bellas y sensuales aldryami era una dulce tentación que costaba evitar. Él se debía casto a su voto y a su dios, y luchaba contra su pecaminosa conciencia, a

veces tan ofuscada. Cráteros trataba de ocultar el frenético bombeo de su sangre y aparentaba estar preocupado solamente por otros asuntos más «adecuados» a su virtud.

Durante esas primeras semanas, numerosas fueron las discusiones triviales entre ambas aldryami, enfrentadas por un sentimiento parecido a los celos.

-Deberías regresar bajo el auspicio de Aldrya -sugería Zishla a Shen-. Lejos de su amparo sólo Halamalao puede sobrevivir, y tú aún eres un joven brote en su seno.

-He visto amaneceres en lugares que jamás podrías imaginar -contestaba

Shen.

-Man-Yurý -preguntó Cráteros una mañana a su *viejo* compañero-, ¿cuántos días nos separan aún del puerto de Lur-Nop?

-Debemos ir primero a Sha-Ming y visitar allí el hogar de Li-Wan -insistía Shen enfervorecida-, y cumplir con su voluntad. Se lo debemos.

Efectivamente, la ciudad de Sha-Ming no los desviaba en exceso de la ruta y Man-Yurý acabó aceptando; de hecho, en su fuero interno, anhelaba intercambiar unas palabras con el mentor de su... de su hermana.

Sha-Ming no era otra de esas pequeñas aldehuelas que habían cruzado hasta el

momento. Era una gran urbe atestada de gente, como de recolectores de arroz estaban atestados los campos.

Construida con piedra y bambú sobre cuadrículada geometría oriental, la ciudad era la concentración humana más numerosa que habían encontrado hasta el momento (*excluyendo los centros de reclusión, junto a los pantanos, donde centenares de reos construían los fastuosos embalses amurallados; pero eso no lo supieron nunca. Tampoco Man-Yurý quiso dar explicación alguna*).

En aquella ciudad olía diferente. Los colores también eran diferentes. Eran cálidos y difuminados, vistos desde la óptica de quien ha hecho un largo

camino. La bella caligrafía, dibujada por doquier en bandos y pendones con caracteres tan exóticos e ilegibles, anunciaba el menú de los miles de puestos ambulantes que atestaban las calles con sus vapores y sus farolillos rojos. Olía a algo dulzón y picante. Man-Yurý preguntó en uno de los puestos, donde ofrecían empanadillas y fideos de arroz, por el Dojo del Dragón Negro, donde suponía que habría crecido Li-Wan, su hermana. ¡Qué vergüenza! Un albacea imperial de noble alcurnia preguntando por aquel antro del vulgo, preguntando a un vendedor ambulante por un orfanato donde se amontonaban los hijos de la plebe, o mucho peor, ¡los bastardos sin

familia reconocida!

Man-Yurý fue conducido junto a sus compañeros hasta la entrada del dojo. Los blasones familiares, con malvas y crisantemos bordados en su kimono, imponían respeto y hacían bajar la mirada de quienes se cruzaban en su camino. Tañó la campanilla de la entrada grabada con grafías ilegibles para ojos occidentales. Esperaron a la luz de un farolillo, y la espera se hizo desagradable bajo aquella persistente llovizna que no les había dado tregua salvo en contados momentos de contados días. Empapados esperaron a que una de las puertas de bambú se corriera lateralmente como hacían muchas de las puertas en Kralorela, otra

peculiaridad curiosa para cualquier occidental.

Tras la puerta apareció la achaparrada figura de un enjuto anciano de larga y estropeada barba blanca. Con los ojos prácticamente escondidos bajo unas pobladísimas cejas del color de la espuma del mar, hizo una mueca y sonrió. También era de tez alimonada, y las arrugas le surcaban la piel como los rastrillos al barbecho. Los foráneos dudaron que aquel hombre pudiera abrir más sus diminutos ojillos, parecían pintados con carbón sobre su cara ambarina, mas una segunda mirada los hacía florecer y parecían encerrar gran sabiduría.

-La lluvia entumece los huesos -dijo usando la lengua kralorí-. Es bendita para el campo pero dañina para el reuma y las articulaciones. Pasad y calentaos al fuego.

-Dice que pasemos -tradujo Man-Yurý la invitación. Después se dirigió a Cráteros-: No te fíes de este anciano, hay algo que no me gusta.

Entraron tras el hombre e, imitando a Man-Yurý, se descalzaron y colgaron sus caladas capas en un perchero de bambú. El interior era acogedor. Fueron conducidos hasta una sala cuadrada de suelo blando, tapizado. El anciano se sentó como tantas veces los viajeros habían visto hacer a Man-Yurý,

descansando sobre sus talones. De una mesita baja de madera recogió una tetera. No había sillas. Tras otra puerta corredera varios niños curioseaban con sus pequeños ojitos rasgados.

-¿Con qué motivo una visita tan ilustre debo? -preguntó mientras servía el té en varias tazas de porcelana, pintadas con dragones esbeltos y bigotudos.

-No venimos de visita. -El porte de Man-Yurý se había vuelto displicente al dirigirse al anciano usando su propio idioma.

-Oh, mi descortesía debe perdonar. ¿El camino abierto su apetito ha?  
Excelencia, permitidme que mi humilde comida le ofrezca.

-¿Qué ocurre? -preguntó Cráteros a Man-Yurý, a quien el soldado oriental había contagiado su desconfianza.

-Aún nada, solamente pregunta si deseamos alimento -concluyó el heraldo con suspicacia.

El anciano palmeó con energía sus manos y dio algún tipo de orden en aquella milenaria lengua que los occidentales se estaban acostumbrando a escuchar. Junto a una de las puertas correderas apareció una niña de unos ocho o nueve años, de oscuro pelo lacio y ojos grandes para ser kralorí.

-Yun-Xu -dijo el anciano-, pon arroz a hervir y trae palillos para almorzar. El arroz de nuestro noble invitado, albacea

del Dragón Eterno y Magnánimo Emperador de la Tierra Espléndida, servirlo aparte debes en un bol de porcelana; el nuestro en madera. Su paladar es de exquisito linaje y gusto para mezclarse con plebeyos.

-Lo agradezco pero no tengo hambre - adelantó Man-Yurý mirando a la niña-. Otros asuntos nos han traído a la ciudad, no somos osos buscando miel.

Era incómodo para Cráteros mantenerse en aquella postura arrodillada.

El arroz se le escapaba resbaladizo de entre los palillos que, manejados con torpeza, a menudo acababan sin atisbo del cereal. Man-Yurý se mostró reticente, pero el hambre, que tan

presente había viajado como fiel compañero durante aquella peripecia, le hizo dar cuenta y devorar el bol como can hambriento. Cráteros desistió de los palillos y engulló con las manos como buenamente pudo. Aquella cena le pareció un manjar. Incluso las aldryami parecían más concentradas en comer arroz que en discutir. Fue el dragonut quien tampoco comió esta vez y se limitó a observar.

La pequeña Yun-Xu espiaba silenciosa desde una esquina la voracidad del grupo de extranjeros. El anciano volvió a dirigirse a Man-Yurý cuando acabó el arroz hervido y mientras los demás aún daban cuenta de los últimos granos.

-Veo que un largo camino hecho ha, ¿venido con que motivo a un dojo humilde como este? Soldado imperial usted es, pero no de la magistratura de Sha-Ming. No viene del Palacio de la Colina del Loto. Sus ropas no pertenecen a esta...

-Vengo por... -empezó a contestar Man-Yurý interrumpiéndolo en su propia lengua antes de detenerse. Guardó un instante de silencio. Luego, con solemnidad, comenzó de nuevo, sin olvidar quien era él y con quien hablaba-. Soy Man-Yurý de la casa Min-Tao. Mis dos nombres denotan mi alto linaje.

Por primera vez, los ojos del anciano se

abrieron como dos grandes lunas llenas. Su mirada escrutadora encontró símbolo de veracidad en aquellas palabras cuando Man-Yurý le descubrió los blasones de crisantemos y malvas ocultos en su kimono. Por un instante, el silencio inundó el salón de té. El anciano cambió la expresión de su vetusto rostro agrietado.

-¿Usted el primogénito Min-Tao es? - preguntó frunciendo el ceño-. Visita esta, no por tardía, inesperada resulta. Decirle siento, que ella no se encuentra aquí. Carpa Bailarina tiempo hace que partió rumbo al lecho donde el sol sucumbe; fue enviada a occidente por orden del Emperador.

-Lo sé, y no es encontrar a Carpa Bailarina la razón de mi llegada. Yo también viajé más allá de los Dragones de Piedra del Oeste, formando con la tropa de heraldos imperiales que Su Honorable y Magnánimo Emperador Dragónenvió a...

-¿Estuviste con Carpa Bailarina? -  
interrumpió el anciano negando con la cabeza para sorpresa de Man-Yurý.  
¡Cómo osaba interrumpirle un plebeyo!-.  
Encontrarse, el principio de la separación es, me temo.

-¿Qué está ocurriendo? -preguntó Cráteros con desconfianza. Man-Yurý, sin escuchar a su compañero, continuó hablando en su idioma materno.

-Además de enviar polizones a las galeras imperiales, ¿con qué órdenes fueron enviadas tus *hierbas*? Carpa Bailarina mintió diciendo que tenía la misión de proteger mi comitiva. ¿Osas afirmar tú también que los Exarcas os enviaron para proteger a distinguidos heraldos imperiales? ¿Qué tontería es esa? ¿Por qué mentía? También mencionó el nombre de esta ciudad. ¿Por qué quería que viniésemos?

-Todos los caminos terminan en el interior de uno mismo, honorable Min-Tao. Si corres más veloz que la naturaleza, obviarás los milagros caprichosos que cada estación te ofrece -afirmó el anciano. A continuación, para sorpresa de todos, se dirigió a Cráteros

usando la lengua comercial-: No desconfíes de un anciano. Nuestra misma vela sopla. ¿Dónde Li-Wan ahora está? ¿Bien se encuentra ella?

Mezclando la milenaria lengua de la Tierra del Arroz y el útil idioma de la diplomacia, extendido por negociantes para realizar sus tratos y transacciones, los allí reunidos explicaron al anciano todo lo ocurrido en la expedición. Su cara ambarina se fue tornando temerosa conforme avanzaba la historia, sus peores augurios se cumplían con la presencia del primogénito Min-Tao y la ausencia de Carpa Bailarina. Los hermanos separados se habían encontrado en la expedición donde el

Emperador Dragón había mandado a morir a sus hombres a Occidente. Pero había una pieza en el puzle de aquella historia que Man-Yurý no encajaba.

-¿Por qué enviaron a tus *hierbas* como polizones para proteger a la Marina Imperial? -inquirió-. Carpa Bailarina no era guerrero para semejante responsabilidad.

-Carpa Bailarina una gran guerrera es -contradijo el anciano maestro-.

Preparada para la lucha intachablemente, adiestrada personalmente por mí. Si el alumno no supera al maestro, ni es bueno el alumno, ni es bueno el maestro.

-El amor hace poetas y la pobreza

ladrones, ¡contéstame con claridad! ¿Qué hacían tus *hierbas* en las fragatas imperiales?

-El sapo en el fondo del lago no sabe nada del Gran Océano -dijo refunfuñando el maestro mientras se frotaba las manos-. La mente, como el agua, cuando se agita no permite ver a su través. Escúchame bien, joven Min-Tao, pues tu comitiva de diplomáticos no portaba la auténtica misiva del Emperador Dragón.

-¡No seas embustero! -interrumpió ojiplático Man-Yurý sacando la carta del Emperador-. ¡Aquí está la carta! ¡Te haré azotar por insolente!

-¡Esta carta no la llevaba tu compañía,

sino la de tu hermana! -levantó la voz el anciano por primera vez, asustando a sus pequeños discípulos que en una esquina observaban en silencio-. Cuando quieras aprender algo no preguntes al estudioso, sino al viejo. Yun-Xu, recoger el bol y los palillos debes.

El anciano esperó a que su aprendiz abandonase la habitación.

-Joven Min-Tao, no es el sol quien te ciega, sino su resplandor que aún brilla en tu mundo mágico de grullas imperiales y tigres blancos. ¡Despierta! El viento sopla en tus espaldas pero no levanta las brumas de tu cabeza-. El anciano pareció crecer mientras pronunciaba estas palabras, incluso por

encima de la presencia del dragonut guerrero. A continuación cambió su discurso al idioma comercial-: La misiva que tú llevabas a occidente no era más que un señuelo. Los sabios adivinos del Emperador conocían un mal que buscaba ansioso los Tres Soles. Partidas de emisarios imperiales fuisteis enviadas con la intención de engañar al emboscado, pero la auténtica misiva firmada de las garras del Emperador Dragón Sabio y Esplendoroso, era transportada clandestinamente por un grupo oculto de zorros voladores del Círculo Interno del Sendero Inmanente al que los nobles tanto despreciáis con ese nombre de *hierbas*. Nadie sospecharía de tal artimaña. Como

sombras viajaban los polizones portando la auténtica misiva para escapar de quienes atacarían vuestro cortejo. Ellos debían seguir sigilosamente cumpliendo con su misión y dejándoos atrás. Nadie sospecharía que no fueran nobles, sino plebeyos, quienes llevaban las verdaderas instrucciones de Su Santidad Emperador Dragón.

-¿Cómo? -preguntó Shen haciendo verdaderos esfuerzos por entender el acento tan cerrado del maestro-. ¿Era Li-Wan quien portaba la verdadera carta de Godunya?

-Y era la comitiva del heredero de los Min-Tao, a quien habían sentenciado a

una muerte predicha por los oráculos. Cuando la escolta fuera asaltada y masacrada, el grupo enviado por el Círculo Interno del Sendero Inmanente tenía que seguir y entregar la misiva al dragón nonato de occidente. Pero es evidente que algo no salió como los Exarcas del Emperador habían previsto. Nunca imaginaron que los dos hermanos se encontrarían tan lejos de su hogar. Déjame ver la carta. Ves. Aquí dice que Su Excelencia Divino Emperador Dragón comenzó la búsqueda de los Soles hace ciento ochenta años pero fue una expedición llegada de occidente hace tan sólo veinte -se detuvo un momento mirando a Cráteros- quien halló su paradero definitivo en esta isla

que señala el mapa. Entonces se puso en marcha la misión.

-El Lord Príncipe de los dragonuts del Ojo del Dragón dijo que esa isla era nuestro destino.

-Joven Min-Tao, los dragones son sabios y no repiten obviedades, ¡claro que vuestro destino es esa isla! Pero no entendiste nada, lo que la sapiencia del futuro dragón quería decirnos era que la isla era isla Destino, no que la isla era el destino. Los dragones son sabios y no repiten obviedades. Sí, aquí lo dice, Isla Destino se llama. La expedición el paradero halló. Sólo con los Tres Soles, el Emperador Dragón la Alianza podrá reunificar.

-Isla Destino -repitió Cráteros las palabras del anciano maestro del dojo.

-Un juego de palabras es; y Destino es el nombre de la isla.

-Mi hermana me reconoció durante el viaje -cabizbajo prosiguió Man-Yurý hablando en su propia lengua sintiendo que él, y sólo él, era responsable del destino de Carpa Bailarina-. Fue ella quien intentó salvarme cuando fuimos emboscados y por eso no concluyó su misión, y fui yo quien le falló después. ¿Por qué lo hizo? ¡Salvarme no eran sus órdenes! Yo hubiera muerto orgulloso por decreto de mi Emperador; sucumbir con decoro en aquella emboscada hubiera sido un destino noble. Pero Li-

Wan, una vez más, quebrantó las normas.

-Li-Wan un rayo de luz a las tinieblas lleva -continuó el maestro hablando para todos otra vez-. No es sólo una magnífica luchadora digna de las enseñanzas de la escuela del Dragón Negro. Li-Wan tenía otro cometido mucho mayor.

-¡Li-Wan no ha muerto! -puntualizó Shen con ímpetu-. No habléis de ella como si se hubiera secado. Descansa protegida por los míos. Aldrya, Flamal y los druidas del Bosque sanarán su alma y su cuerpo.

-Li-Wan -prosiguió el maestro tras la interrupción-enviada a occidente fue

porque el Don de la Niña Joya posee. Si sólo de guerreros se hubiese precisado, cualquier otro haber ido podría.

Escuchadme bien: el paradero de los Tres Soles localizado ha sido, pero su magia, su forma o su estado, no será firme ni estable después de tanto tiempo. Han pasado muchos siglos desde los albores de la primera edad, cuando se perdieran. Para recuperarlos, es esencial la presencia de un catalizador, un orbe o manantial, que la capacidad de explorar y hacer fluir el poder de los Soles posea.

-¿Catalizador? ¿Y dónde se encuentra ese catalizador? -preguntó Cráteros-. ¿Hacia dónde tenemos que dirigirnos antes de ir a Isla Destino?

-Incluso las torres más altas empiezan en el suelo -sacudió la cabeza el maestro atusándose su bigote blanquecino-. Li-Wan es tan importante porque Li-Wan es el catalizador. El catalizador no es un objeto, sino una persona. Desde hace siglos al catalizador se lo conoce como Niña Joya. Ella estaba marcada desde la infancia por el Don de la Joya. Por eso, cuando la encontré vagabunda, me ocupé especialmente de su aprendizaje y de su tutela; con el catalizador de cuerpo presente, era sólo cuestión de tiempo que la magia de los Tres Soles regresara. Ella viajó a occidente porque desde allí debía partir con la comitiva de buscadores hacia el lugar donde el mapa del Emperador Dragón emplazaba

a los Tres Soles.

-Hay que volver a por Li-Wan. -Una luz brillante iluminó los ojos de Shen.

-Pero son varias semanas las que nos separan de Li-Wan -negó Zishla con la cabeza-. Hay que deshacer el camino para volver a rehacerlo después.

-Si es que tus druidas han conseguido sanarla -apuntó Cráteros.

-No hay tiempo pala volver atlas -dijo el anciano maestro levantándose con felina agilidad, como si de un adolescente se tratara-. Quien intenta hallar el escondite de los Soles y atacó a la expedición del Emperador, os atacará de nuevo. ¿Cómo saber por dónde golpeará? No podemos adivinar el lugar

de su próxima emboscada, así que debéis viajar veloces y discretos.

Respecto al catalizador, no os preocupéis: el Don de la Joya que corre por las venas de Li-Wan lleva corriendo durante generaciones por la sangre de su familia.

Todos giraron sus rostros hacia Man-Yurý.

-Ojalá fuera tan sencillo, pero no es posible -aclaró el anciano-. Su hermano jamás tendrá ese poder. La Joya siempre es una niña, la Niña Joya. Ningún varón puede ser el catalizador. Su madre la tuvo; ella la tiene, pero ahora se encuentra lejos y aunque estuviera aquí no podría caminar por las heridas que

quebraron su cuerpo y su alma; y su hija también la tiene. La hija de Li-Wan tiene el Don de la Joya corriendo por sus venas. Demasiado pequeña es, pero nuestra última esperanza será. Si vosotros ayudáis, conseguirá a la isla llegar.

-¡La hija de Li-Wan! -exclamó Shen sorprendida.

-Sí, su hija, la pequeña Yun-Xu... - aseguró categórico el anciano y alzando la voz llamó a la niña:- ¡Yun-Xu, dejar los boles de arroz debes! ¡Ven aquí de inmediato!

Afloraba para los absortos viajeros otro secreto hermético de la misteriosa guerrera de negros ropajes. La niña que

sirviera el arroz con primorosa atención era la hija de Li-Wan, y sobrina de Man-Yurý. ¿Qué otros secretos ocultaba el velo oscuro de la guerrera kralorí?

No hubo tiempo para más sorpresas. Un ruido sordo y seco que provenía de la cocina quebrantó el silencio. Un objeto pesado cayó y a continuación un chillido fue silenciado justo antes de producirse; tan sólo escapó como leve quejido.

Man-Yurý fue el primero en reaccionar al ser quien más cerca reposaba de su arma. Desenvainó su katana, *el Filo de las primaveras* como había sido bautizada por su padre, que volvió a lucir como hacía tiempo. Se dirigió presto hacia la cocina. Cráteros lo

siguió tras recuperar su jabalina de entre los bártulos. Para entonces, las aldryami habían dejado ya la estancia y salían a la carrera en una persecución; sus pies eran más ligeros que los de cualquier humano, fuera éste oriundo de oriente u occidente.

En la cocina, el cuenco donde habían comido el arroz reposaba en el suelo. A su lado, tirado, yacía el trapo con el que la pequeña Yun-Xu había limpiado los restos de la comida. Susurro en la Bruma apareció tarde, lo recogió con flema y lo engulló. Una entrada, que daba acceso desde el exterior, se encontraba abierta de par en par. No había rastro de la niña.

-¿Alguien vio algo? -preguntó el maestro a los discípulos que merodeaban por la zona. Nadie había visto nada. Cráteros observó con suspicacia al anciano. El dragonut se asomó por la ventana. El ladrido de un perro solitario era lo único que resonaba entre las casas.

Las aldryami volvieron al dojo poco después.

-Huyen con rapidez -informó Zishla, la vronkali fiel a Yelmalio-Halamalao, usando el idioma de oriente de un modo muy rudimentario-. No los alcanzamos a ver, pero los cerezos del jardín nos hablaron: la niña se dirige a la Colina del Palacio de Loto. Las flores de los cerezos son discretas a la vez que

atentos vigías.

-La Colina del Palacio -afirmó el anciano maestro-. El hogar del magistrado imperial Wu-Yen es. Ese hombre no es de fiar, más atento de los impuestos que recauda que de administrarlas para el pueblo. No es de extrañar que él hubiese raptado a la Niña Joya para dinero solicitar a cambio. Debemos actuar con urgencia.

-Las nubes no desaparecen, sólo se convierten en agua -dijo Man-Yurý usando su propia lengua, quien había permanecido mudo y reflexivo desde que se asomó a la cocina-. Nuestro enemigo tampoco ha desaparecido.

-Quien os atacó en mi tierra, ¿habrá

conseguido seguirnos hasta aquí? -le preguntó Cráteros poniéndole una mano en el hombro-. Si querían el catalizador, se lo hemos servido en bandeja de plata. Es obvio que no hemos pasado desapercibidos.

-Wu-Yen, por dinero, cualquier cosa haría -reflexionó el anciano maestro-. El magistrado es hombre vil y pendenciero, no sólo el funcionario diligente que aparenta. Llevo años sospechando de él y de sus artes oscuras. Es un noble engreído más preocupado de recoger diezmos que de administrarlos, y hace uso de artes que no...

Man-Yurý miró con dureza al anciano cuando pronunció semejantes

acusaciones. Un magistrado imperial era el representante del Emperador Dragón en la villa y no se podía admitir que un anciano pechero hablara así.

-Te haré cortar la lengua si no rectificas tus acusaciones -amenazó.

-No digo nada que no pueda probar, joven Min-Tao; cuando el dedo señala la luna, el imbécil mira al dedo.

-Vamos a comprobar si lo que cuenta es cierto o no -jaleó Cráteros a su ofuscado compañero mientras recogía sus pertenencias del suelo.

-El caballo avanza con convicción pero no es más seguro que el buey. La confianza la madre del descuido es -lo detuvo el anciano maestro en la puerta

del dojo-. Debéis saber que el Emperador Dragón, un valioso regalo a su magistrado-comisario hizo, un regalo con el que sembrar el miedo y el terror entre los que el pago de impuestos retrasan. El Emperador Dragón, en su magnánima generosidad, desconocía que su vil funcionario le traicionaría cuando le hizo un regalo tan letal; no encontraréis otra guardia en su morada. Temed la mirada asesina de su *pennagolan*.

-¡Pennagolan! -se atragantó Man-Yurý.

-¿Qué diablos es eso? -preguntó Cráteros con la mirada fija en su compañero.

-Pues justamente eso es, un diablo -

aclaró el maestro con su acento enrevesado.

-Una pennagolan es una vampiresa con la cabeza separada del cuerpo, que puede petrificar la carne sólo con la mirada. -El rostro de Man-Yurý hablaba por sí solo.

La cara de Cráteros empalideció. No podía creer lo que sus oídos habían entendido con dificultad debido al trabajoso acento de los orientales. ¿Habían dicho petrificar? ¿Hablaban de una criatura semejante a las gorgonas medusas de la mitología? En las leyendas yelmalitas se hablaban de estos seres con pavor. Hacía mucho tiempo, muchas décadas, que no se escuchaba

farfullar sobre ellas, ¡se habían extinguido! ¡Los héroes habían acabado con ellas! ¡Cómo iba a imaginar que tan lejos de su hogar, en el más remoto extremo del Oriente, iba a encontrar un ser semejante! Los espectros existían en oriente y occidente, los dragones también y, al parecer, lo mismo ocurría con las diablasas que petrificaban con la mirada. Imitando un viejo mito, Cráteros comenzó a sacar brillo al dorado de su escudo hasta que estuvo tan reluciente que pudo ver en él reflejado el temor de su rostro. Cuentos horribles sobre las pennagolans recordaba Man-Yurý del rico folklore de oriente. Debido a las leyendas sobre hombres petrificados que había escuchado en su infancia, el

oriental hizo lo propio agarrando con precaución uno de los espejos del dojo, donde los alumnos se miraban para perfeccionar sus katas, sus técnicas de lucha y sus posturas.

La mirada petrificante de la pennagolan resultaba espantosa.

Un espeso jardín de cerezos y arbustos rodeaba el palacio del magistrado imperial Wu-Yen. Tan tupido era que Zishla no tuvo ninguna dificultad en colarse saltando la empalizada y pasar inadvertida. El resto esperó impaciente a que la vronkali apareciera abriendo el portón. Cuando lo hizo, todos la vieron empapada en sangre y con la mirada perdida. Cayó de rodillas, extenuada.

Sus compañeros entraron presurosos. En aquel jardín no había nada más que cadáveres. Ella sola había eliminado a los guardias del patio que ni tan siquiera habían reparado en su presencia. La aldryani estaba exhausta y hablaba como ida, con un hilillo de voz apenas audible. Su arma había segado la vida de cuantos guardias de ojos rasgados y lanzas de alargado filo había encontrado a su paso; sus compañeros observaban incrédulos la carnicería. «Se tiene que haber ensañado con los cadáveres incluso después de muertos», pensó Shen. Susurro en la Bruma, sin hacer caso de los cuerpos ensangrentados, comenzó a andar sobre un camino de piedras que atravesaba un pequeño

estanque poblado de nenúfares y flores de loto. Aquel lugar era un remanso de serenidad. Entonces, sin previo aviso, el dragonut se lanzó al agua y se quedó allí dentro. Las palabras de sus compañeros no lo harían salir ni en millón de años. Al cabo de un rato desistieron. Zishla se quedó junto a él, aún no podía ni hablar, seguía exhausta tras la carnicería que había hecho con la guardia y necesitaba reposar. Los demás se dirigieron al edificio principal. El número de vigías parecía ridículo para custodiar semejante palacio. «Lógico, si en lugar de perro guardián, una pennagolan custodia la casa», cavilaba Man-Yurý. En el interior de palacio, la tensión y la ansiedad aumentaban con cada paso, no

fuese a ser aquel el último antes de toparse con la pétrea mirada de la vampiresa de cabeza separada. Si así sucedía, los músculos dejarían de obedecer convertidos en granito; debía ser espantoso sentir los pulmones convertirse en roca cuando aún estabas vivo y perdías la capacidad de respirar, el corazón transmutaba en pedernal y la sangre se solidificaba. Resultaría una muerte pavorosa colmada de dolores insufribles. Cruzar la mirada con semejante bestia supondría una muerte terrible, convertidos en piedra por toda la eternidad.

Habiendo esquilado cada rincón del palacio, con más cautela que en presencia del mismísimo Diablo, se

adentraron en los aposentos privados de la magistratura. Un rastro de baba en el suelo alertaba de la presencia del temido ser, pero en el interior del dormitorio del propio magistrado imperial Wu-Yen, todo parecía en calma. Cráteros se asomó tras comprobar en el reflejo de su escudo dorado que ningún demonio habitaba la estancia. El rastro de baba desaparecía por un extraño hueco en la pared, un umbral abierto que parecía una puerta secreta mal cerrada.

Al lado del *futón* donde descansaba cada noche el comisario, encontraron, arrugado y ensangrentado, el pequeño kimono blanco que llevaba la niña antes de ser secuestrada, junto a varias caretas

que representaban rostros demoniacos.

-¡Diabólicas máscaras como estas eran usadas en festividades populares! -se alarmó Man-Yurý observando las cuatro caretas-. Eran usadas para ocultar la identidad de sus dueños cuando el mal tentaba sus actos. Fueron prohibidas con sabiduría por el Emperador Dragón; un funcionario imperial no debería poseer tales abominaciones.

-Y todos estos papiros -susurró Shen mientras escrutaba horrorizada varios rollos de papel desplegados sobre una mesa-. Están grabados con trazas de mecanismos malvados y esquemas de máquinas diablas, como las usadas por los enanos. Trampas de piedra,

cerraduras de metal... ¡El magistrado es un demonio aliado del vil Mostal!

El hueco de la pared era oscuro. Un corredor estrecho descendía una docena de escalones. Charcos inundaban el suelo. Un goteo continuo era el único ruido que procedía del interior. Con cautela se arrastraron por el estrecho túnel. Llevaban consigo el inevitable ruido de sus propias respiraciones entrecortadas y el eco provocado por sus cuerpos al arrastrarse entre los charcos. Avanzaron despacio hacia el interior, hacia la oscuridad, extremando la precaución. A sus mentes volvía el recuerdo de leyendas y mitos donde las vampiresas petrificaban a sus víctimas con sólo mirarlas. Man-Yurý y Cráteros

avanzaban en primer lugar, despacio, con cuidado, preparados para el encuentro con la sierva del magistrado. A cada paso respiraban profundamente para sobreponerse a la tensión. Gotas de sudor se filtraban bajo sus yelmos; bajo el sobrio casco de bronce del yelmalita y el engalanado y ostentoso kabuto del oriental.

Man-Yurý parecía haberse sobrepuesto a sus fantasmas internos y avanzaba decidido en pos de su objetivo, en pos de la hija de su hermana. Decidido estaba a enmendar entuertos pasados.

De pronto, el túnel se ensanchó y sin previo aviso dieron de bruces con una imagen aterradora que les heló la sangre

durante un larguísimo y terrorífico segundo.

Frente a ellos se erguían multitud de figuras de piedra, efigies demasiado reales para haber sido esculpidas por manos artesanas. Parecía una tropa de mercenarios, a juzgar por las armas y vestimentas que portaban. Desde luego, no eran uniformes de ninguna unidad oficial del Imperio. ¿Qué hacían en los sótanos del palacio? Esculturas de cuerpo retorcido y rostro desfigurado reflejaban la máxima expresión del pavor paradigma del espanto. Por decenas, petrificados, con el terror grabado en sus rostros. Y todos muertos. Alertados por el ingrato descubrimiento,

los viajeros buscaron protección tras las primeras figuras de piedra, no fueran a toparse de manera fortuita con la aterradora mirada de la criatura.

Cráteros hizo un gesto a Shen para que se mantuviera oculta tras un desgraciado mercenario kralorí transmutado en terracota. Cráteros y Man-Yurý, a lo largo de su pesado viaje, se habían llegado a apreciar mutuamente como dos camaradas, viejos compañeros de batallón, y ambos sentían la responsabilidad por el devenir de la búsqueda. Utilizaron al mismo tiempo escudo y espejo para ver reflejado lo que había más allá del bosque de esculturas, mientras permanecían parapetados por los inhiestos cadáveres

de terracota. La mitología popular, tan voluble y cambiante debido al miedo, fluctuaba sobre cuál era la flaqueza de la pennagolan si se veía a sí misma reflejada. Algunos aseguraban que su mirada malvada petrificaría su propio cuerpo, otros muchos lo dudaban.

Durante varios y eternos segundos nada apareció reflejado en las relucientes superficies pulidas. Entonces avanzaron. Nada parecía haber más allá, sólo estatuas carentes de vida.

Los viajeros oyeron de pronto un jadeo. Se detuvieron. El espejo nada reflejaba, la pulida superficie del escudo tampoco mostraba más que cuerpos petrificados. Oyeron más jadeos provenientes de la oscuridad. Ágilmente los forasteros

ocultaron sus rostros cuando un reflejo confuso asaltó la superficie pulida del espejo.

-Aquí está la pennagolan -musitó Man-Yurý -, o lo que queda de ella.

A sus pies se encontraba, en el suelo, tendido y sin vida, el escamoso cuerpo lacerado de la vampiresa. Una cruenta batalla había tenido lugar en aquel subterráneo. No parecía haber transcurrido demasiado tiempo desde entonces pues la sangre no se había secado. Tumbados y ensangrentados reposaban los restos de la pennagolan; pero de su cabeza, no había el menor rastro.

-Con cuidado -advirtió con cautela-. Los

ancianos cuentan que su cabeza puede volar y morder aunque esté separada del cuerpo. Su mirada petrificante es un arma muy poderosa, tanto como la magia ácida de su sangre. No debéis tocarla.

-Creo que su cabeza ya ha encontrado reposo -dijo Cráteros señalando a lo alto.

Y así era. La cabeza reposaba ensartada en la lanza de piedra de una de las esculturas. Afortunadamente su rostro miraba hacia el techo. Las serpientes muertas de su cabellera era todo cuanto se contemplaba desde el suelo. Si los párpados se encontraban abiertos o cerrados, era algo que no quisieron comprobar. Un pútrido hilillo de

viscosa sangre verdosa goteaba rítmicamente.

El jadeo volvió de pronto a resonar, el respiro que habían escuchado momentos antes volvía a alertar a cada uno de sus sentidos convertido en la única prioridad.

Mediante gestos, Cráteros advirtió a Shen para que tensara su arco; la aldryani le susurró unas palabras. El jadeo provenía de la oscuridad; algo se ocultaba tras la última de las estatuas de terracota. ¿Qué había podido decapitar al monstruo y seguir viviendo? ¿Qué criatura se escondía capaz de semejante carnicería? Rodearon la petrificada figura con las armas en ristre.

Estaba moribundo.

Bajaron las armas al tiempo que sus pulsaciones, los músculos en tensión preparados para la batalla se relajaron de pronto, el choque con el asesino de la pennagolan no sería inminente. Por lo menos de momento.

Recostado en el suelo, con la espalda apoyada en una figura de piedra, reposaba el magullado cuerpo de quien sin duda era el magistrado imperial. El lujoso kimono de seda del funcionario había sido desgarrado y su cuerpo lucía numerosas contusiones. Sobre el kimono vestía un espectacular manto de un tejido demasiado parecido a las escamas de un reptil. De las heridas

abiertas bajo sus ropas manaba sangre a borbotones. El magistrado, semiinconsciente, respiraba con dificultad.

De la niña no había el menor rastro.

-¿Dónde está la pequeña? -rugió Cráteros cogiendo por el cuello al indefenso kralorí. El funcionario imperial miró con miedo al extranjero sin decir palabra.

-Dejadme a mí -intervino Man-Yurý -, no entiende vuestro idioma.

El oriental había recuperado su porte señorial perdido semanas atrás. Usando su milenaria lengua habló con la misma confianza con la que lo había hecho en otro tiempo, antes de enfrentarse a tantas

desgracias como las que los hados de este viaje le habían reservado.

-El mendaz niega haber secuestrado a la niña -tradujo Man-Yurý -. Dice que su misión consistía en evitar que los extranjeros secuestrasen a la Niña Joya.

-¿Evitar que la secuestráramos?

Nosotros no vinimos a eso -cuestionó Cráteros.

-Te cortaré la lengua por zafio embustero -se volvió a dirigir Man-Yurý al magistrado usando su propio idioma-. Por el honor del Dragón Emperadorte ordeno decir la verdad. ¿Dónde está la niña? Habla, y no mientas.

-Me muero -masculló moribundo-. Mis

palabras no mienten. Mis órdenes venían directamente de Su Santidad Dragón Emperador. Mi misión era proteger a la Niña Joya de los extranjeros que vendrían a capturarla. He fallado. La mujer maga ha conseguido llevarse a la niña. ¡Mátame! ¡No soy digno vasallo del Dragón Emperador!

-¿Una mujer maga? -inquirió Man-Yurý sorprendido-. ¿De qué estás hablando?

-Una bruja vino por la niña, pero no una extranjera. Era una bruja tan kralorí como vos o como yo. Acabé con sus mercenarios, pero ella lo hizo con mi pennagolan. Se llevó a la niña que yo debía proteger. He fallado. Si sois fiel súbdito del Dragón Emperador de la

Tierra del Arroz, corred tras su rastro, todavía lo hallaréis caliente. Dejadme un puñal con el que pueda poner fin a mi error.

De pronto, la mirada perdida del moribundo se heló, quedó fija en un punto indeterminado. Una expresión de pánico sustituyó a la compungida angustia y el dolor que anteriormente exhibiera. Man-Yurý giró veloz su cabeza buscando el motivo de su pánico y encontró a su espalda la expresión de rabia y odio con que Susurro en la Brumarugía enarbolando su *klanth*, su arma ceremonial de hueso dragontino. El intento del kralorí por detener al dragonut resultó en vano. Con una fuerza devastadora el dragontino guerrero

estrelló su arma contra la maltrecha testa del magistrado, empotrándola contra la figura de piedra junto a la que reposaba, destrozando el hueso frontal del cráneo y la nariz. Con claridad se escuchó el crujido óseo.

Los viajeros horrorizados fijaron sus ojos en el violento dragonut.

-¡Un asesino de dragones ha de ser castigado! -bramó Susurro en la Bruma arrebatando el manto de piel y escamas verdinosas que portaba el magistrado.

-¿Es piel auténtica de dragón? -preguntó Man-Yurý atónito.

-Escamas de *eravassarr*. Dejadme a solas, la Runa de Ouroboros debe buscar el equilibrio. Yo le arrancaré su

propia piel para restaurarla; piel por escamas.

-Quizás -dudó Man-Yurý - si son escamas de auténtico dragón, como la tradición predica, podríamos llevar en su interior, haciendo del manto un ovillo, la cabeza de la pennagolan. Aún después de muerta es una poderosísima arma. Las escamas nos protegerán de su sangre ácida.

-En mi país, las historias narran batallas donde los guerreros se protegían con armaduras de piel de dragón -añadió Cráteros perplejo ante el hallazgo.

El dragonut emitió un estremecedor rugido, un bramido capaz de helar torrentes de fuego y de petrificar la

carne, tal y como lo hacía la mirada de la pennagolan.

-¡Nadie tocará la piel! -bramó amenazante-. ¡Buscad la Joya y olvidad la piel! Sólo la ceremonia de Utuma puede restaurar la Runa de Eravassarr. *Ouroboros* clama reparación. Ninguna afrenta queda sin venganza de sangre. Pagará con su piel por tamaño desagravio, voy a desollarlo. ¡Nadie puede arrebatar su piel a un dragón! ¡Marchaos! El rito de Utuma espera. Os encontraré después, como un depredador encuentra a su presa. Debo enterrar la piel mancillada para que el espíritu de su dragón vuelva a renacer venturoso en el nido. La Runa de Eravassarr exige un Utuma. ¡Marchaos ya! ¡Buscad a la Niña

Joya!

En aquel sótano del palacio de la magistratura de Sha-Ming, los viajeros dejaron al dragonut preparando sus armas rituales para la ceremonia. Cráteros no quiso preguntar en qué consistía exactamente aquel ritual, ¿qué haría el dragonut con el cadáver del kralorí? El Mariscal recordaba haber escuchado hablar de Utuma a Man-Yurý... pero para aplicárselo a él mismo y no a otra persona ¿Cómo sería el ritual? Escuchado de voz del dragonut aquello parecía que sería una escabechina.

Tras inspeccionar minuciosamente el palacio y no encontrar rastro alguno, de

nuevo con Zishla, quien se había lavado la sangre en el estanque del jardín, decidieron ponerse camino al dojo. La niña se había volatilizado, esfumado, desaparecido. El verdadero problema estribaba ahora en localizar a una bruja kralorí que, según el magistrado, había secuestrado a la Niña Joya.

Descendieron la colina sobre la que estaba el palacio cuando el alba ya despuntaba. Un manto de rocío frío empapaba sus pisadas. El resonar de las melancólicas campanadas de una vieja pagoda acompañaba su camino. Un búho blanco se escapó del paso de la comitiva aleteando sobre unos cerezos cercanos. Los viajeros estaban cansados, habían pasado otra noche sin

dormir, no conocían las intenciones de la mujer que se había llevado a la hija de Li-Wan, y para colmo, las campanas no dejaban de tañer. Las dos aldryami descendían entre jardines de bambú y algún que otro riachuelo donde las flores de loto remoloneaban. Man-Yurý y Cráteros lo hacían atravesando un camino de tierra cercano a las viviendas. Un borracho se cruzó con ambos, saliendo de una casa de té, y la suerte de los extranjeros cambió de nuevo.

-Forasteros, ¿conocen este lugar? - tartamudeó en lengua comercial el borracho señalando la entrada. Debido a la galopante melopea tropezó, y a juzgar por la mugre de sus ropas no lo hacía

por vez primera, dejando caer una botella vacía de licor de arroz. Lo extraño era que aquel hombre era el primer occidental con el que se cruzaban en mucho tiempo. -Amigos, este licor es excelente, deberían probarlo.

-Estás muy lejos de casa si has venido sólo por licor -objetó Man-Yurý.

-Licor hay en todos lados, mujeres así, no. Soy mercader, ¿sabes? Mi nombre es Écaroh y juro por los dioses que estos amarillos están locos -balbuceó apoyándose en el hombro de Cráteros y señalando a Man-Yurý -. Si buscáis algo de buena mercancía, o compañía femenina, aquí dentro tienen de todo. Estos kralorís no descansan nunca.

De pronto, de entre los juncos que flanqueaban el camino, aparecieron las dos aldryami y al borracho pareció darle un vuelco el corazón.

-¡Que Etyries me guíe en mi camino!  
¡Dos elfas! Debo estar realmente bebido-. Aseguró antes de caer en redondo sobre la tierra del camino.

Aquel mercader estaba completamente beodo pero quizá tuviese razón y era en el salón de té donde los rumores y las habladurías volaban con más fluidez. Tal vez allí encontrarían alguna pista sobre la desconocida asaltante del Palacio de la Colina de Loto. Dejaron al borracho bajo la titilante luz de un farolillo rojo y entraron en el

establecimiento de venta de té; ya volverían al dojo más tarde. Algunos borrachos, taberneros y más de dos botellas de sake, fueron suficientes para comprobar que efectivamente, ellos no habían sido los únicos recién llegados a la ciudad que se habían interesado por el Dojo del Dragón Negro. Una misteriosa mujer no solo había indagado por el dojo, también lo había hecho por una de las pequeñas huérfanas que allí vivían al amparo de la caridad, una de las niñas abandonadas al nacer que había sido criada por el anciano maestro de artes marciales; además, había gastado una elevada cantidad de dinero reclutando mercenarios. La mujer había alistado a un montón de rufianes y

hombres de mal vivir, y los había albergado en el edificio de un viejo templo al pie de la colina de palacio. ¿Sería aquella pagoda donde no dejaban de repicar las campanas? Si el mariscal Cráteros hubiese entendido la descripción que los borrachos kralorís daban a Man-Yurý de la intrigante mujer, la imagen le hubiese recordado a la dama que desde hacía varias noches, desde que atravesaban la cordillera de Shan-Shan, le asaltaba cada noche en sus sueños tratando de seducirlo y poseerlo sexualmente.

No existía nada como una fonda llena de borrachos, y unas monedas de plata con las que comprar licor u otros brebajes, para conocer los últimos

acontecimientos de una localidad. Decidieron ponerse en camino a la pagoda donde la misteriosa mujer tenía reclutado su pequeño ejército.

Desde el exterior la pagoda parecía abandonada, nada se movía, a excepción del campanario donde los carillones danzaban con frenético baile. Como consuelo, los viajeros pensaron que, quizá, parte del ejército que la mujer había reclutado estuviera compuesto por las decenas de mercenarios petrificados que hallaron en los sótanos del palacio del magistrado. ¿Con qué otras fuerzas habría terminado la kralorí misteriosa con la vida de la diablesa petrificadora? Los buscadores se colaron en el interior.

A pesar de los centenares de velas el lugar estaba tenuemente iluminado. Montañas de cera se apilaban dotando de un halo lúgubre la tensa atmósfera del interior. Reflejos anaranjados titilaban sobre los frescos de las paredes con wyrms y dragones. Al final de la nave un enorme portón separaba aquella parte abierta a la plebe del vetado sanctasanctórum. El portón parecía sólido y no se veía cerradura alguna. Man-Yurý trató de abrirlo pero su intento fue inútil, las hojas no se movían. Después golpeó un enorme gong, con fuerza, pero no obtuvo ninguna respuesta. El oriental parecía extrañamente intranquilo. Shen observó la escena reflexiva inspeccionando la

gran puerta de madera, buscando una muesca o mecanismo que facilitara su apertura. Algo desvió su atención, no podía concentrarse en la madera del portón mientras la engreída Zishla rondaba a Cráteros. Ambos tortolitos buscaban por la nave otros pasadizos, y se alejaron hacia el campanario. Sin pensarlo dos veces, la pequeña Shen fue tras su «hermana» aldryani y el humano yelmalita. No pensaba dejarlos solos. Man-Yurý quedó solitario y reflexivo delante de la puerta.

Desde la calle se escuchó un ruido, unos pasos se acercaban. Presto, Man-Yurý desenfundó su arma. En el umbral de la entrada una figura contrastó con la luz del amanecer. La enorme estampa de

Susurro en la Bruma ocupó el vano.

-Vuestro rastro es luminoso como las llamas -dijo con un tono extraño, incluso para ser dragonut-. Cualquier enemigo podría comer los huevos del nido que protegéis.

Algo había cambiado en su catadura.

No eran sólo unos brazos embadurnados por el rojo color de la sangre; o las manchas del mismo fluido cubriendo todo su cuerpo como si se hubiera dado un baño en un estanque sanguinolento, o hubiese descuartizado con sus manos a un venado; era otro porte, otra expresión, otra cara: la satisfacción de un justiciero que ha puesto fin a una fechoría. Un brillo especial iluminaba

sus afiladas pupilas de ojiva, como el de quien ha satisfecho y cumplido con una obligación atajando un paso más hacia su destino. Aun así, mantenía ese halo tan fiero potenciado por el baño de sangre que teñía sus escamas de color carmesí.

-Afilad vuestras garras -dijo olfateando el umbral-. Aquí dentro huele a...

Y sin más aviso, el dragonut arrancó en una carrera con una potencia digna de una manada de bisontes. El aire se agitó a su alrededor y el suelo bajo sus pies. El resto de viajeros apareció en la estancia alarmado por la carrera. Enmudecieron, perplejos, observando al intérprete dragontino convertido en

ariete cuando restalló contra el portón de madera. El golpetazo hizo crujir los cimientos de la pared y desencajó los goznes del pórtico. Las hojas cedieron, el dragonut rodó por el suelo y el resto de la compañía se apresuró a irrumpir en la parte vedada del santuario. Las campanas dejaron de tañer.

Cráteros no pudo evitar palidecer ante la imagen que atónito contempló tras la puerta de madera. Tan sorprendido quedó, que a punto estuvo de dejar caer su pica de negra punta. Junto a la atada y amordazada hija de Li-Wan, se erguía la doncella que desde hacía varias noches lo había acompañado en sueños, quien lo visitaba durmiente y poseía su cuerpo con frenesí, el pecado contra el que su

virtud luchaba al acostarse, la bella doncella kralorí que formaba parte de sus fantasías, poluciones y sobresaltos nocturnos. Era el pecado contra la castidad yelmalita. Era la dueña de los sueños donde desataba la lujuria y donde ni el íntegro Yelmalio el Casto, podía frenar sus pulsiones más animales. La doncella que cada noche se entregaba a él y al placer. Ella estaba ahora enfrente, era real y no una fantasía onírica... Su carne también lo era, no era parte de ningún ensueño. Cráteros perdió su mirada entre los sensuales labios carmesíes de la doncella. Estos se abrieron lentamente dejando escapar un susurro cargado de erotismo.

-Por fin has llegado, mi guerrero. Te

estaba esperando ansiosa. Ven y entrégate a mí. Mi cuerpo es tuyo, como cada noche, mi carne te pertenece. Ven a por ella y tómame como una bestia salvaje.

El embelesado Mariscal no aguantó tan irrefrenable impulso; sus sueños más íntimos se habían materializado ante sus ojos. Ella se entregaría a él en ese mismo instante, sin esperar el velo de la noche, sin que nada más importara. La castidad de Cráteros no podía vencer a la tentación de ojos rasgados, era un voto demasiado pesado incluso para él; ya habría tiempo de buscar los Tres Soles después. Ahora era el momento de entregarse al puro placer de la carne.

Mientras el embrujo mantenía a Cráteros deslumbrado, para el resto, aquella mujer de pelo por la cintura y larguísimas uñas, de rostro tan maquillado como el plumaje de un pavo real, era solamente la bruja que había secuestrado a la Niña Joya.

Man-Yurý cogió por el brazo al Mariscal y lo abofeteó con la mano abierta; Cráteros reaccionó confuso. «¿Por qué haces eso amigo? ¿Quieres a la bella doncella sólo para ti? ¡Maldito envidioso, te arrancaré los brazos!».

Nunca recordaría que aquellos pensamientos se hubiesen cruzado en su mente. La dulce voz de Shen los irrumpió haciendo eco en la nebulosa que envolvía su obnubilada cabeza.

Sintió el tacto de la mano de la aldryani cuando le agarró por el otro brazo.

-Señor Cráteros, por favor -escuchaba el yelmalita los ecos de la aldryani-, deténgase y no se acerque más. ¡Es un espíritu malvado! ¡Despierte señor Cráteros!

-Guerrero, ven a mí y seré tuya -engatusaba la misteriosa dama melosamente-. Experimentarás los placeres de la carne con un delirio como jamás antes ningún guerrero experimentó.

-¡Cráteros, no! -gritó Shen poniéndose delante del corpachón del Mariscal-. ¡Es una bruja! ¡Deshazte de su influjo!

-¡Cállate lurpia! -aulló la misteriosa

mujer-. El guerrero terminará viniendo a mi lado.

Otra fuerte bofetada de Man-Yurý devolvió a Cráteros a la realidad. La mujer seguía allí adelante y, si bien seguía siendo hermosa, la sensual atracción que sintiera segundos atrás había desaparecido. Dama o bruja, la misteriosa oriental retenía a la pequeña Niña Joya. Cráteros volvió a mirar a los ojos de la mujer y no fue erotismo sino maldad lo que encontró en ellos y en sus palabras:

-¡Vendrás a mi lado o, si no, morirás! Ese inútil de Xvarnak os dejó escapar, pero él no tenía a mi mascota. ¡Vamos, pequeña! ¡Ha llegado la hora de la

comida!

De un salto felino la susodicha mascota se plantó entre los viajeros y la maga que retenía a la pequeña Yun-Xu, la Niña Joya. La criatura brincó desde un lugar incierto y oscuro y, si apareció invocada en aquel momento o escondida aguardaba la llamada de su ama, no es posible averiguarlo. Era una gran criatura felina, con hocico babeante y dos profundos ojos rojos, parecida a una gran hiena; una criatura similar a aquella contra la que tuvieron que luchar en la remota Prax cuando una tormenta de mágica arena les impidió seguir avanzando por los caminos dragonuts. Demasiado similar era aquel felino infernal al que de un zarpazo quebró un

brazo de Cráteros en aquel aislado pueblo donde había vuelto a aparecer el nombre de Xvarnak. Y ahora volvían a escucharlo allí, de boca de esa bruja. ¿Qué tenía que ver Xvarnak con la maga misteriosa? ¿Los habrían seguido a través del desierto de los Yermos y la cordillera de Shan-Shan? ¿Incluso a través de las Colinas Tuneladas?

Una cicatriz en el brazo izquierdo del Mariscal le recordaba que debía ser cauto con las garras de la enorme hiena, mas nunca mostrarle temor. La bestia rugió enseñando dos grandes colmillos en el interior de sus enormes fauces, del tamaño de cuchillos de carnicero, y propinando terribles dentelladas y arrebatadores zarpazos avanzó. Los

intrusos de occidente recularon sintiendo tan cerca su pútrido aliento y las salpicaduras de su saliva, que salían despedidas de las fauces con cada intento por morderlos. Shen susurraba una encomienda a su arco y Zishla a su lanza. Cráteros, protegido tras su escudo, intentó punzar al monstruo con su pica de negra punta. Susurro en la Bruma enarboló su *klanth*, rugió algo que sonó como: «*kámate, kámate*», y comenzó a danzar golpeándose los muslos y sacando la lengua. Man-Yurý se había detenido bajo el umbral, en silencio intentaba percibir las corrientes de aire que recorrían la estancia, captar su *ki* y su esencia. Adoptó una postura ofensiva extendiendo los brazos: *la*

*Grulla Imperial*, aprendida en el selecto dojo donde fue aleccionado.

Los ojos de la bruja se tornaron negros por completo y, protegida tras el monstruo, comenzó una sonora y estridente cantata girando una mano sobre la cabeza. De pronto la mujer gritó con fuerza, pero no fue como conclusión del sortilegio malvado o culmen de una invocación diabólica, sino por un enérgico pisotón. La pequeña Yun-Xu había pisado con fuerza a la bruja cuando ésta más concentrada en sus encantos se encontraba. El fuerte pisotón había desconcentrado los sortilegios de la arpía. La niña aprovechó el momento tal y como su maestro de artes marciales,

que anteriormente lo había sido de su madre, le había enseñado. Se deshizo de la atadura de la bruja, saltó hacia adelante para rodar bajo el cuerpo de la descomunal hiena, evitó una dentellada, y volvió a saltar hasta el regazo de Man-Yurý.

-No tocarás a esta niña, apestosa maga - afirmó el kralorí mostrando su katana, el *Filo de las primaveras*.

-Cuando acabemos con tu monstruo vas a decirnos dónde se oculta ese cerdo de Xvarnak -amenazó Cráteros-. Tengo un asunto pendiente y quisiera zanjarlo lo antes posible. ¡Voy a arrancarle la lengua y las orejas con mis manos!

Los viajeros avanzaron, el dragonut

volvió a rugir y la verdinosa Zishla volteó su retorcida lanza de dos puntas. La bruja cedió terreno; su bestia también retrocedía sin dejar de mostrar sus fauces. Con un rápido movimiento, la bruja cubrió su cuerpo por completo con la negra caperuza que vestía.

-¡Vámonos, pequeño! -ordenó a su bestial siervo-. Marchemos de aquí. Pero esto no quedará así, ¡la próxima vez que nos veamos os tendré bajo mis pies!

Y lanzando un beso al aire, un brillo cegador hizo parpadear a los viajeros. La maga kralorí desapareció junto a su aterradora hiena dejando tras de sí un fognazo y una pequeña nube de humo

blanquecino. Cráteros sintió en sus labios el beso húmedo de la bruja; fue capaz de percibir su tacto carnosos como si lo hubiese recibido realmente. Aquel ósculo tenía un sabor agridulce que rápidamente se volvió amargo. El Mariscal no supo en ese momento si le había gustado o no. Un beso era simplemente un beso, y no podía hacer daño a nadie.

-La niña dice que la maga esperaba la llegada de alguien -tradujo Man-Yurý las palabras de la pequeña cuando todo se hubo tranquilizado-. Ninguna otra cosa sabe sobre la maga, ni de dónde venía ni adónde tenía pensado encaminarse.

-¿Piensas que era Xvarnak a quien esperaba? -preguntó Cráteros mostrándose dubitativo de nuevo-. ¿Con qué otra razón conocería ese nombre? Sin duda, otra vez ese bastardo.

-Sea quien sea -continuó el oriental-, estoy seguro que ya no aparecerá. No busques donde no puedes encontrar nada, me dijo una vez mi maestro. Ya tenemos a la niña, pero todavía necesito respuestas. Volvamos al Dojo del Dragón.

-De acuerdo -dijo Cráteros-. Volvamos si lo deseas a la palestra, al dojo, como dice tu gente, mas los oráculos han marcado ya nuestro camino hacia el Mar de la Niebla. Vamos a hablar con el

maestro sobre la niña y sobre Li-Wan. Partiremos después rumbo a la niebla de Kahar llevando a la niña con nosotros.

-Este fruto de Li-Wan -dijo Shen a Man-Yurý - es su vivo retrato; sin duda es un pétalo de su corola. Si la semilla florece con la fuerza de la madre, será una gran hembra para vuestra raza.

Man-Yurý no supo qué responder, estaba confuso.

Sin más, el grupo emprendió el camino colina abajo, en dirección al centro de la población, en dirección al dojo de Yun-Xu y Li-Wan. Caminaban confusos, cansados y con la omnipresente sombra de Xvarnak planeando de nuevo sobre sus cabezas.

-Halamalao, a quien tú llamas Yelmalio -se acercó Zishla a Cráteros mientras marchaban-, ha estado de nuestro lado. Me gustaría saber por qué los hombres adoráis también a El Calor del invierno y Lucero en la noche. Sois seres que no tenéis Bosque donde crecer. ¿A quién protege el Hijo del Sol? Quizá tú quieras explicármelo.

Shen no sabía de qué hablaban exactamente la vronkali y el yelmalita, pero no le gustaban las miradas que ambos se cruzaban. Guerreros como Zishla, fieles de Halamalao, viajaban en muchas ocasiones fuera de las lindes de los bosques, conocían la naturaleza de los hombres y la vida exterior, más que ningún otro aldryani. Ella apenas era una

simple mrelí hija de ebanistas, pero tenía otras cualidades. Quizá no fuese tan ducha en la guerra ni en todo cuanto crecía lejos del amparo de Aldrya como lo era Zishla, pero llevaba viajando junto a Cráteros durante mucho tiempo y no era justo que desde la llegada de la vronkali el hombre pareciese haber olvidado todo lo demás. Apenas había vuelto a cruzarse con Cráteros desde que Zishla se uniera al viaje. Parecía haber olvidado que era ella con quien había recorrido todo ese camino desde Sartar hasta Kralorela, con quien había compartido tanto dolor y sufrimiento.

Cráteros se sentía profundamente halagado por el interés de la bella elfa verde y, confuso, creyó entrever un

reflejo incómodamente extraño en la mirada de Shen.

# Capítulo IV. «Agua salada es agua de mar»

*Rojo y brumoso*

*El cielo se despide soplando  
suavemente*

*Un intento de silbido, un susurro*

*Una lágrima que cae incisiva, entre las  
nubes*

*¿Quién la espera? ¿A dónde lleva? ¿En  
qué lugar fue a caer?*

El anciano maestro Konuke se despidió de la pequeña Yun–Xu mientras podaba con meticulosidad un pequeño árbol, un diminuto boj.

—El Dojo del Dragón Negro tu hogar no será más. Partir debes rumbo a Oriente donde sólo la Niebla y Kahar ocultarte del Vigilante puede. Cuidaos de la Bruma Ciega y del Terror Demente, supervivientes atávicos de épocas pretéritas, que aguardan ocultos en su seno. Sé astuta como el zorro, sabia como la serpiente y tenaz como el buey. Considérate afortunada y contempla al Dragón y su Sendero. El Sendero será el Dragón.

Durante más de dos semanas el grupo de extranjeros atravesó el país del Sol Naciente y Esplendor de Arrozales. A caballo viajaron de posta en posta, comiendo fideos de arroz y bebiendo té y licor. Hipnotizados presenciaron en

una posada un colorido *joruri* o espectáculo de marionetas. En barcaza navegaron por el mar interior de Kralorela, mientras Man–Yurý explicaba con orgullo cómo el Gran Bloqueo, que durante siglos había impedido la navegación por todos los mares conocidos, jamás había afectado al mar interior de su patria; el poder supremo del Santo Emperador Dragón había evitado esta maldición marina y siempre se había podido navegar. Shen, Cráteros y Zishla, contemplaban el mar, asombrados por ser la primera vez que se encontraban frente a él, ¡Qué gran tapiz azul de inconmensurable belleza! Ninguno creía posible que en el mundo hubiese tanta agua. De la maldición del

Gran Bloqueo jamás habían escuchado hablar, por lo que las palabras de Man-Yurý sonaron a cuento... a cuento kralorí. Ninguno sabía a qué se refería exactamente, pero aquello parecía sólo una leyenda. Nadie más que Susurro en la Bruma conocía historias sobre el Gran Bloqueo de los mares, aquella maldición que impidió durante muchos años la navegación por mar abierto. Comenzó varias reencarnaciones atrás, doscientos años antes de la Guerra Matadragones, y de aquello hacía ya cinco siglos.

Maravillados tanto por el paisaje como por las fábulas que Man-Yurý narraba, los buscadores se dejaron llevar por aquel mar interior, Suan Chow, como lo

llamaban en Oriente. Siguieron rumbo a Lur–Nop, *La Puerta que se abre al Océano*, el final del mundo conocido y frontera extrema de la Tierra del Arroz, mientras Man–Yurý recuperaba el orgullo y los demás se dejaban llevar embelesados por sus leyendas.

No obstante, Shen no dejaba de mostrar preocupación por la falta de discreción de sus compañeros. Tan peculiar comitiva era difícil que pasase desapercibida por aquellas tierras cerradas al tránsito de extranjeros. La pequeña aldryani se preocupaba más que nadie en proponer los caminos menos transitados y evitar ciudades y poblados. Pero Man–Yurý marchaba apresurado, ignorando a menudo la

presencia de la hija de su hermana. Parecía querer concluir con todo ese asunto y no siempre elegía los caminos por donde la heterogénea comitiva pasaría con mayor disimulo. Cráteros parecía también cambiado, distraído. El camino cruzaba una tierra de inmensos arrozales donde el Mariscal no mostraba tanta cautela como en anteriores ocasiones. Había perdido la preocupación de tiempo atrás, como si entre aquellos campos de arroz ya estuvieran a salvo. «Descuidado e incauto se ha vuelto», pensaba Shen, en realidad molesta por el flirteo del yelmalita con Zishla, la guerrera vronkali de la lanza espiral. Esto fue aumentando la irritación de la mreli,

quien se sentía cada vez más y más ignorada. ¿Es que era ella la única que se daba cuenta de que aún estaban en peligro?

Lur–Nop, con su enorme puerto comercial, era la ciudad más grande que habían visto desde la llegada a Kralorela, la Tierra del Arroz. En ella, por primera vez en muchos días sintieron que no eran una atracción de circo. La diversidad de sus gentes y la variedad de razas y etnias, convertían a la metrópoli portuaria en un gran y variado crisol de culturas. Aquel puerto era el único lugar abierto a los extranjeros en el megalómano imperio de los dragones del Oriente; aun así, Shen no cejaba en reticencias frente a la

temeridad de aventurarse alegremente por sus calles:

—Incluso aquí hemos de procurar deslizarnos con cautela —sugería preocupada.

Como cualquier aldryani, Shen se sentía intranquila al encontrarse lejos del Bosque, y para colmo de males, su malestar aumentaba sobremanera en las ciudades construidas por los hombres. En lugares así, aprisionada entre muros de piedra y techos bajos, era donde añoraba más que nunca a la *Canción de Aldrya, la llamada del Bosque*.

—Tenemos que ser más prudentes —insistió al ver de lejos la urbe—. No sabemos cuánto mal podemos encontrar

entre esos muros.

—Estoy de acuerdo —asintió Zishla para sorpresa de Shen—. Muchas noches ha que abandonamos la protección del Bosque. Siento un pesar por la lejanía, nostalgia por el Bosque evocado. Iré al gran templo de Halamalao, que dorada su cúpula veo asomar entre tejados. Necesito encontrarme con su calor y evitar el torturador desarraigo de la piedra.

—Yo también he de ir —apuntó rápidamente Cráteros tras las palabras de la vronkali guerrera—. He descuidado demasiado tiempo mis oraciones. Las plegarias a Yelmalio son siempre reconfortantes y necesarias.

—Pero señor Cráteros, usted no —negó Shen poniéndose delante y tratando de entorpecerle el paso—, usted debe buscar cobijo para pasar la noche... Y lo que es más importante, debemos buscar un transporte que nos conduzca a través de Kahar.

Cráteros dudó, se detuvo. Shen se había plantado frente a él agarrándole por la mano suavemente, pero a la vez con firmeza.

—Quizá los lanceros *yamabusis* de ese templo de la Cúpula Dorada me expliquen más semejanzas de vuestro Yelmalio con nuestro Halamalao —añadió Zishla contoneando ostensiblemente las caderas mientras se

alejaba por calles sucias y sinuosas. Shen sabía que la vronkali lo hacía adrede, para provocar al macho. Cráteros la siguió con la mirada.

—Debemos encontrar embarcación lo antes posible —insistió Shen—, y pasar inadvertidos.

Zishla se alejó caminando hacia el barrio pesquero donde se alzaba la cúpula del templo erigido al dios sol, Yelm en occidente, o Thaluzurni, como era conocido en estos lares. Su hijo guerrero, la Luz del Crepúsculo, se llamara Yelmalio o Halamalao, allí tendría su capilla. Sus legiones de lanceros, conocidos como *yamabusis* en Kralorela, velaban por la seguridad de

la región. El regalo que Thaluzurni (el Yelm de occidente) había hecho a Lur-Nop y por lo que este dios era muy adorado, era el Gran Faro, la construcción más alta de toda la urbe. Una torre recubierta con pan de oro que se alzaba hasta arañar el cielo con destellos dorados. Cimentada varios siglos atrás, su llama era alimentada por la veneración y la fe de los propios fieles y no por aceites o pez. De esta altísima y dorada torre se decía que podía ser vista desde las profundidades confusas de Kahar, y así conseguía que algún barco perdido llegara salvo a puerto.

—Bien —admitió Cráteros—, demos una vuelta. Después tendremos tiempo

de hallar un sitio donde guarecernos esta noche.

Por primera vez, y desde la parte alta del barrio portuario, los viajeros divisaron el mar de Kahar y su impenetrable telón de niebla gris. Realmente era una cortina lechosa que flotaba sobre el agua, espesa como manteca. Los imprudentes pesqueros que accidentalmente perdían de vista la línea de la costa jamás volvían a puerto. Hacía muchos años que los pescadores no faenaban lejos del malecón.

Man-Yurý convenció a Cráteros para que lo acompañase a una casa de té. No sólo probarían las exquisiteces de semejantes hierbas, bebidas en infusión

o fumadas en pipa, sino que también podrían darse un baño en agua caliente. Esto era lo que más había añorado el heraldo kralorí de la cultura de su país: un baño caliente y un masaje pausado por las manos de una geisha experta.

El masaje puso demasiado nervioso a Cráteros para disfrutarlo relajadamente.

Shen, el taciturno Susurro en la Bruma y la pequeña Yun–Xu, marcharon caminando a lo largo del puerto. Nunca antes la aldryani había visto el mar y estaba maravillada. Procuró ocultarse bajo su caperuza, discretamente, para pasar desapercibida. Hacer lo propio con el dragonut hubiera sido más difícil, pues más de dos metros y medio de

guerrero dragontino no eran fáciles de disimular, pero le tranquilizó comprobar que muy distintas a sus temores eran las miradas que se posaban sobre el intérprete dragontino. La gente lo miraba con admiración.

Ya tenían una habitación donde hospedarse. *El Pez Espada* era la traducción del nombre de la posada donde se instalaron. Zishla no dio señales de vida en toda la tarde, sus rezos en el templo debieron prolongarse también durante la noche. Shen y Yun—Xu cenaron un caldo caliente de fideos de arroz. Quien tuvo más problemas fue Susurro en la Bruma, debido a que su dieta era estrictamente carnívora. No era fácil satisfacerlo en aquella tierra

entregada a un cereal, aunque bien es cierto que en aquel puerto fue el único lugar de toda Kralorela donde encontraron pescado. Lo comió crudo, blanco y rojo, con suaves escamas plateadas, envuelto en arroz y algas. El dragonut quería más, y el asado de ánade servido entre aquellas frutas redondas de color naranja no estaba malo del todo.

Susurro en la Bruma no entendió a Man-Yurý cuando este le pidió, según apareció junto a Cráteros en la taberna, que bajara de la mesa para comer. El dragón nonato, extrañado, repitió lentamente la petición del oriental, ¿por qué la mesa no era un buen sitio donde sentarse? ¿Pero qué había de malo en

comer subido a ella? Esa noche cayeron dos botellas del licor de hierbas que tanto había gustado a Cráteros. Man-Yurý no quiso acompañarlo, un amargo recuerdo sobrevolaba todavía su cabeza; el recuerdo de la última vez que habiendo bebido en la lejana Pavis, quizás demasiado, se dejó llevar por sus pasiones y no mantuvo recta su conducta, lo que desencadenó la herida más dolorosa que soportaba su alma y su orgullo. Demasiados fantasmas habían vuelto a su cabeza y a su corazón. Debía ser más estricto consigo mismo. Shen quería ver el brillo de las estrellas y tras la cena decidió abandonar la posada. No necesitaba sueño alguno y decidió pasar la noche vagando bajo el firmamento y

no contemplando la techumbre de ninguna construcción; las paredes asfixiaban su espíritu libre. Dejó a la pequeña hija de Li-Wan arropada. Quería ver el mar y contemplar con sus ojos plateados la temblorosa alfombra azul de aguas eternas, escuchar el rumor de su suave ronroneo. Susurro en la Bruma, curioso por sus quehaceres nocturnos como había sucedido en otras ocasiones, fue con ella. A la aldryani le reconfortaba su compañía; al dragonut, nadie sabía qué motivos lo movían...

Desde lo alto de una tapia, sus ojos se encontraron -y no por primera vez- con el brillo amarillento de la mirada de un búho blanco vigilante.

Cráteros volvió a soñar con la kralorí que había secuestrado a Yun—Xu, desnuda y entregada. Se sentía su juguete, su capricho, su mascota. Su cuerpo no le pertenecía.

Cuando al despuntar el alba, aldryani y dragonut volvieron a la posada con la intención de reunirse con sus compañeros y emprender la búsqueda de una embarcación, Zishla ya se encontraba junto a Man—Yurý y Cráteros.

—Buscamos una barco poderoso con una gran tripulación —se dirigía la vronkali a un grupo de navegantes, con movimientos insinuantes y un tono en la voz que no gustó para nada a Shen.

—Mírala —dijo la aldryani a su silencioso dragonut compañero—. ¡Nunca pensé que una hija de Aldrya pudiera ser tan, tan, descarada!

—¿Qué me decís, marinos? —continuaba la vronkali con voz insinuante—. ¿Cuál es el mejor buque de todo el puerto?

—Pequeña —contestaba un marinero de pelo cobrizo y dientes ennegrecidos—, deberías venir conmigo si quieres la mejor carabela, y la tripulación más...

—No digas tonterías —contestó otro recibiendo una asesina mirada del primero—. Belleza, el único galeón que te mereces es la Dama del Mar. Ven conmigo y deja a estos borrachos.

¿Adónde os dirigís? ¿Vormain?  
¿Thesnos? ¿Kethaela?

—No pierdas el tiempo con esos botarates —decía otro marinero de espesa barba negra—. Venid conmigo lindura, ¡verás lo que es una buena tripulación!

—Kahar —dijo la vronkali expeditiva—, me dirijo al interior de Kahar.

La mirada de los marineros cambió radicalmente. Los ojos se abrieron grandes como platos. Pasmados. Se escucharon cuchicheos susurrantes, murmullos y voces sorprendidas. «Está loca, a Kahar sólo se va a morir. Nadie cuerdo se mete en la Niebla por su propia voluntad. No sabe lo que dice.

Majadera. ¿Qué quiere, hundir una tripulación?»». Entre Cráteros y Man-Yurý sacaron a la ofendida aldryani de la taberna cuando quiso acallar el farfallo de los marineros haciendo uso de su arma.

Shen y Susurro en la Bruma salieron del local y se encaminaron calle abajo por el barrio pesquero. Un anciano lobo de mar de piel oscura se dirigió a ellos:

—¿Kahar, dice vuestra amiga? Debe estar tocada del ancla si piensa que alguien quiere desaparecer tragado por la Niebla.

Y no fueron éstos los únicos estibadores y marineros que incrédulos miraron a los chiflados que buscaban embarcación

para desvanecerse en el océano de la Niebla. En el muelle había amarradas varias embarcaciones, cargueros y pesqueros de diferentes tipos, tanto kralorís como forasteras, pero en todas encontraron la misma negativa y la misma mirada de incredulidad. Más de algún marino pensó que le tomaban el pelo.

El día se apagaba tras la línea del horizonte en poniente.

Los buscadores habían recorrido el puerto de cabo a rabo, habían peinado cada uno de sus ancladeros y astilleros sin resultados positivos. Separados durante todo el día con la intención de acelerar la búsqueda. Man—Yurý se

había llevado a Cráteros y éste arrastró a su vez a Zishla, para decepción de Shen. La mreli partió con la pequeña Yun–Xu, hija de Li–Wan, y con Susurro en la Bruma. No sólo era un seguro de vida, el otrora intérprete de la columna dragonut se manejaba perfectamente en varios de los idiomas que se hablaban en el babélico puerto y su sola presencia provocaba el respeto de los demás. Ese día de búsqueda tampoco resultó satisfactorio. El desánimo y el pesimismo empezaron a hacerse patentes. ¿Tendrían que esperar a que algún capitán enloqueciese? ¿Habían viajado hasta tan lejos para concluir allí su odisea?

Cabizbajos y apesadumbrados volvían a

su hospedaje, cuando Susurro en la Bruma se topó de bruces con una solución.

—¿En venta? ¡Pero si este cascarón apenas flota! —le decía un marinero a otro entre carcajadas—. ¡Cómo no quieran hacer leña con él!

—Yo sí lo quiero —se entrometió el dragonut en la conversación acallando a ambos marineros. Su presencia provocó un mutismo absoluto.

Aquel viejo navío estaba en venta. El intérprete dragontino no había bromeado, su sentido del humor difería mucho del humor de los hombres. Shen tampoco quería eternizarse esperando a que algún capitán desafiara a sus miedos

y se atreviera a llevarles al interior de la Niebla, ningún loco querría desvanecerse en Kahar. La aldryani creía entender lo que el dragonut cavilaba. Si no conseguían que un barco los llevara, entonces ellos se llevarían un barco.

El dragonut pasó estático aquel día observando el viejo junco, como una estatua hierática y silenciosa. Shen, cansada de esperar sin saber exactamente el qué, dejó tras varias horas de silencio al dragonut, frente al navío de velas triangulares. La aldryani se escabulló seguida de Yun–Xu entre los callejones malolientes e intrincados del barrio portuario, una maraña de callejuelas sucias y sin sentido, depósito

de orines y pescado, de rincones turbios y fétidas talanqueras. Shen tenía una intuición, oyó una llamada, y siguiéndola llegó a un magnífico jardín de orquídeas y lilas al noreste del puerto. Allí inspiró el perfume de las flores perdiendo la noción del tiempo. Estaba necesitada de respirar y aclarar su mente, lejos de los hombres. Las flores de extraordinaria belleza cautivaron largo rato a Shen y a su pequeña acompañante, la hija de Li-Wan, Yun-Xu.

Esa noche, Cráteros, preocupado por su tardanza, partió en busca de las dos.

Zishla la pasó, de nuevo, rezando en el templo de Halamalao-Yelmalio.

Man-Yurý había encontrado a Susurro

en la Bruma antes de regresar a la posada. El dragonut sólo habló cuando el kralorí se marchaba desesperado por su indolencia. El dragón nonato le dijo que debían buscar al propietario de aquel viejo bajel. Había sentido que aquel navío quería escapar del puerto. ¡Ya tenían la embarcación que los conduciría en su rumbo incierto hacia el interior del océano! Ambos decidieron buscar entonces a su propietario. Nadie se encontraba a bordo, nadie se acercó por allí. Ambos observaron que el dañado casco del junco necesitaría más de una reparación. En el muelle se cruzaron con varios grupos de marinos, mercantes, estibadores, militares... y muchos borrachos. Sólo hubo que poner

la oreja en la conversación adecuada. El barco llevaba demasiado tiempo varado en el puerto y su capitán era de sobra conocido. Aquel casco segmentado en compartimentos, como era propio de los juncos orientales, se llamaba el *Rompeolas del Sur*. Fue navío mercante procedente del sureño reino de Thesnos, tierra de excesos, bellas mujeres y grandes mercaderes. El junco orilló en Lur–Nop y nunca volvió a salir. Apareció arrastrado a la deriva de las corrientes de Kahar. La tripulación había desaparecido en alta mar antes de amarrar en el puerto. Sólo su afortunado capitán había sobrevivido a la locura del Mar de la Niebla. Por primera vez parecía que la suerte sonreía. ¡Un

marino que había salido airoso de la Niebla de Kahar! El capitán, un demente arruinado y atrapado en Lur–Nop, era fácil de encontrar.

El opio le hacía olvidar su miseria mientras esperaba volver a su tierra.

Dragonut y kralorí se introdujeron en el fumadero de opio con intención de encontrar al antiguo capitán del *Rompeolas del Sur*. El lugar era oscuro, húmedo y desagradable. El local se sostenía sobre vigas de bambú. El intenso humo irritaba los ojos, quizá esa fuera la causa por la que todos los parias que allí se recostaban contra las paredes y el suelo, descamisados y sudorosos, los tuvieran enfermizamente

irritados y enrojecidos. El albacea oriental sintió vergüenza ajena por la degeneración de aquellos hombres indignos, siervos muchos ellos de su patria, y tuvo que sobreponerse a la humillante sensación -para un hombre de su estirpe y linaje- de codearse con aquellos excluidos, enclenques adictos al opio, en el corazón de su propio imperio.

El capitán todavía conservaba sus ropas de marinero. Un puntiagudo mostacho terminado en caracol resaltaba en su ennegrecida cara. El turbante, con un hueco donde seguramente faltaba una piedra preciosa, se mantenía a duras penas sobre su cabeza. Unos raídos pantalones bombachos de rayas

verticales y una casaca de variopintos colores delataban a tan peculiar personaje como marinero mercante llegado de las tierras conocidas como Thesnos, al sur de Kralorela. Junto a él, un mono de rojizas posaderas y pelaje blanco como nieve virgen jugueteaba sobre el turbante.

—Dejadnos en paz —se negó a hablar el marino utilizando su propio idioma.

Afortunadamente Man–Yurý podía hablar con fluidez aquella lengua sureña, Susurro en la Bruma apenas la chapurreaba, pero también podía hacerse entender.

—No queremos hablar con vosotros — balbuceó el marino entre toses, mientras

fumaba con ansiedad de su pipa.

—Dame un precio por tu barco —le cortó Man-Yurý expeditivo, ignorando su negativa. El capitán hizo lo propio con el kralorí, ensimismado con alguna visión potenciada por la hierba. El albacea oriental insistió—: Te daré quinientos *zens*.

—No quiero dinero —contestó el marinero, ahora sí, soltando una gran bocanada de humo al mono blanco que saltaba sobre sus hombros—. A Dimas y a mí no nos interesa; somos ricos. Dejadnos fumar tranquilos. Estamos descansando. Cinco mil *zens*.

—No estoy negociando —amenazó vehemente Man-Yurý —. Mientras estés

en suelo imperial, no debes negarte a la exigencia de un soldado del Dragón Emperador. Eres extranjero y aceptarás mi oferta.

—No puedo venderte el barco, es de Dimas— negó el marinero, sin parar de fumar y señalando al mono.

—¡Escúchame bien! —enfaticó Man-Yurý tirando al suelo de un golpe la pipa de opio—. Mírate, eres patético. Una vergüenza para tu pueblo. ¡Deberías hacer que tu estómago saltase sobre tu sable buscando redención!

El capitán se puso a cuatro patas e intentó recoger los pedazos de la pipa.

—¡Pero qué haces! —lloriqueaba patético.

—Los dragones amasan su fortuna con sabiduría —intervino Susurro en la Bruma mientras Man-Yurý hacía recuento de cuanta hacienda atesoraba su bolsa. El marino miró estupefacto buscando la voz, hasta entonces no había reparado en el dragonut. Éste volvió a hablar—: El wyrm que pierde sus alas nunca puede volver a volar, el dragón sí.

—Novecientos cincuenta zens, es mi única oferta por el barco. No sólo tu cáscara de nuez está en juego. Acéptalo —volvió a amenazar Man-Yurý.

—El barco quiere volver a navegar —dijo el dragonut—. El puerto lo asfixia.

—¡Un dragón nonato! —se alteró el cansado marinero entre sollozos, sin

comprender aún si la visión del dragonut era fruto del opio o de la realidad—. Os lo ruego, eminencia dragontina, ¡llevadme de nuevo a mi hogar! Quiero volver a mi patria. ¡Estoy atrapado en esta ratonera! He sido un hombre bueno. ¡Tened piedad de mí!

—Arreglaremos el casco del *Rompeolas del Sur* —dijo Man-Yurý—. Sólo lo precisaremos para un único trayecto. Después será tuyo y podrás volver arrastrándote a tu sucia madriguera en el sur y consumirte con tanta adormidera como aguantes.

—No puedes robarnos nuestro barco. Es lo único que tenemos. ¿Cómo volveremos a nuestro país?

—Fumando opio desde luego que no —  
recriminó Man-Yurý—. Necesitamos  
un capitán que dirija la nave, luego  
partirás a casa.

—Favor concedido —aseguró el  
dragonut—, volverás a casa después del  
viaje.

—Gracias, eminencia. —El marino  
intentó abrir los ojos enrojecidos—. Y  
los novecientos cincuenta *zens* los  
queremos en *wons*. El *Rompeolas del  
Sur* será vuestro, junto a su capitán.

—Vamos a cambiar zens por wons en  
una casa de canje —concluyó el kralorí.

Con una infusión en la mano remataron  
el trato. El capitán Basin Basin, contaba  
su dinero con ansias. Man-Yurý lo

observaba con desagrado.

—Todo en orden —dijo el marino—, el *Rompeolas del Sur* es todo suyo, señor.

Man-Yurý palmeó sus manos para hacer llamar a un empleado de la casa de té donde habían ido a rematar el trato tras la visita a la casa de canje.

—Esto está frío —se quejó levantando su taza—, calentadlo.

Del cuello del sirviente pendía un ramillete de colgantes de piedra y metal entre los que destacaba uno tallado con un glifo que en occidente recordaría a la Runa del Fuego circunscrita dentro de una Runa de la Luz: un trabajador de una casa de té debía dominar, sin duda, los secretos del calor. El sirviente encajó la

runa en un hueco similar grabado en la tetera. Lo frotó con energía. De la tetera comenzó a escapar un vapor cálido. Susurro en la Bruma le arrebató, sin mediar palabra, el recipiente, y se derramó su contenido por encima de la cabeza. El dragonut no se inmutó; del líquido vertido en su piel se elevaba un humillo cálido y vaporoso. El sirviente se alejó sin dejar de hacer continuas reverencias al futuro dragón. Todos los presentes en el local lo miraron atónitos. El marinero quiso romper la incomodidad del silencio acariciando entre sus manos a su pequeño mono de pelaje albo.

—¿Y a dónde nos dirigimos, patrón?  
Tenemos que empezar con los

preparativos.

—Nos dirigimos a Kahar, al interior del Mar de la Niebla.

La mirada de espanto del capitán salió huyendo del lugar, pero su cuerpo se quedó inmóvil, petrificado, incapaz de mover un solo músculo. Tragó saliva y tartamudeando balbuceó mientras negaba con la cabeza:

—Señor, no estará hablando en serio, ¿Kahar? Estáis loco de remate. No, por favor, a Kahar no podemos volver.

—Llevarás tu barco al interior de la Niebla —instó Man—Yurý con severidad—. De otro modo, te cortaré la lengua aquí mismo por desobediencia a la autoridad del Emperador y te entregaré

para los trabajos forzados de la nueva presa de Wan-Zou.

—Pero señor —gimoteaba el marinero —, no sabe lo que dice. Kahar es morir. El *Leviathan* nos comerá a todos. ¡El *Leviathan* acaba con todos los barcos perdidos! ¡Uno a uno! Aún no sé cómo llegué a puerto. Los dioses se apiadaron y sólo yo sobreviví. No sabe usted por lo que pasé. Volver a Kahar sería tentar demasiado a los hados.

—¡No digas nunca que es imposible! ¡Di que todavía no lo has intentado lo suficiente! —aseguró categórico Man-Yurý —. Si escapaste una vez de Kahar, lo harás dos.

Susurro en la Bruma vertió sobre su

propia cabeza el té tibio que aún rebosaba en la taza del marinero. El mono albino chilló brincando sobre los hombros del capitán.

Shen había nacido en una casa de lo que los aldryami llamaban ebanistas. Su destino era trabajar la madera con caricias y ruegos, no con punzones y lija. A la vuelta de su paseo se quedó en el casco del *Rompeolas del Sur*, observando, mimando y hablando con los viejos tablones. Aquel barco estaba agónico. La paleta que hacía las veces de quilla estaba astillada. Tenía mucho trabajo por delante para que ese cascajo volviera a navegar. Yun—Xu permaneció junto a la aldryani, era el mejor sitio para la niña. Ambas sentían un grato

aprecio la una por la otra, como anteriormente la aldryani lo había sentido por la madre. Y como entonces, la barrera del idioma no sería un impedimento.

El resto de viajeros partió en busca de tripulación.

Recorrieron cantinas, tascas, tugurios y todo local de alterne susceptible de contener marineros en su interior. No encontraron demasiado durante ese día. Muchos borrachos que habían cambiado las amarras por el licor, varios mendigos que aseguraban ser náufragos recogidos de Kahar, y algún lisiado demasiado mayor para volver a faenar. Demasiados eran los marineros en tierra

que anhelaban volver a faenar. Muchos ya eran sólo borrachos y dementes de triste mirada y buches escuálidos por la falta de yantar. Quizá una vez fueron marinos, pero hoy contaban sus batallas agarrados a una botella de licor. Al día siguiente la situación no mejoró mucho, pero debían tomar una decisión y la realidad apremiaba. Mercaderes y pescadores hábiles, y en su sano juicio, no aceptarían jamás un viaje al interior del infierno nublado de Kahar, al interior del hogar de sus miedos y terrores de infancia, morada de sus pesadillas y de los cuentos con los que las abuelas asustaban a sus pequeños. Tendrían que conformarse con la tripulación que Lur–Nop ofrecía: los

mendigos, los borrachos, los rufianes sin salida, cualquier infeliz que hubiese perdido el aprecio por su propia vida y malviviese como una rata en aquel agujero, y de esos en Lur–Nop encontrarían unos cuantos. Tal vez no fuesen los mejores pero con ellos se podría juntar una tripulación. ¿Acaso era mejor el pordiosero capitán adicto al opio que iba a dirigir la nave? Zishla y Susurro en la Bruma se habían dirigido en busca de tripulación a las lonjas y al Gremio de Pescadores. Man–Yurý y Cráteros partieron junto a la Guardia Portuaria. Los agentes habían aparecido en la cubierta interesados por tanto ajetreo en el *Rompeolas del Sur*. La Guardia recordó (amablemente, tras

reconocer los nobles ropajes de Man-Yurý ) los aranceles y autorizaciones que los patrones de barcos debían arreglar con los funcionarios imperiales para fondear, reparar y partir, desde aquel puerto: «Ancladero y orgullo del Imperio Majestuoso del Dragón Emperador».

El dragonut y la vronkali volvieron a bordo, junto al capitán Basín Basín, con una lastimera recua de «marineros»: una imagen patética para quien pretendía convertir aquella tropa de pesarosos mendigos y borrachos en una tripulación. La primera labor sería acondicionar la nave para el viaje y de inmediato se pusieron a trabajar a las órdenes de Basín Basín cosiendo velas

de seda (más resistente que la tela), tensándolas con cañas de bambú, calafateando con brea las secciones del casco (inspiradas en los compartimentos de los juncos), preparando paños para cabos y aparejos...

La nueva «tripulación» del *Rompeolas del Sur* trabajaba afanosamente en los preparativos. Para muchos de aquellos pordioseros, el viaje era la única vía de escape de aquella cárcel que era el puerto de Lur–Nop, viejos marineros que se habían quedado sin patrón o sin agallas ni trabajo, obligados a mendigar y pedir limosna. Las autoridades imperiales no permitían que ningún extranjero abandonase la ciudad hacia otros territorios interiores del Imperio,

por lo que los marinos estaban condenados a morir tirados en sus calles, ahogados en sus aguas o en los licores de sus cantinas.

Algunos supersticiosos marineros se habían asustado, recordando antiguas fábulas, al encontrarse a bordo con la presencia de una niña. «Trae mala suerte llevar una chiquilla a bordo», cuchicheaban mirando a Yun–Xu con recelo. «Las niñas atraen a la fatalidad». «No es augurio de buen viaje». Cuando descubrieron que además partirían junto a un espíritu del bosque algunos incluso dejaron el barco y volvieron a las cantinas. Shen trabajaba sin descanso cuidando y mimando la madera de la quilla que tanto había padecido.

Siempre que ambas aparecían juntas en cubierta, los marineros se escupían en la mano tres veces pasándose la palma humedecida con saliva por la frente, tratando así de ahuyentar a la mala fortuna. Susurro en la Brumarepetía con exactitud milimetrada el supersticioso gesto cuando lo contemplaba. En una de tantas, se escupió con sonoridad tres veces sobre la palma de su enorme garra izquierda (la saliva de un dragonut es bastante más densa y viscosa que la de los humanos) y se dirigió hacia la proa donde se encontraba el capitán Basín Basín. A continuación restregó todo el esputo de su zarpa por la frente de éste, quien lo miró con desagrado pero incapaz de hacer cualquier otra cosa que

no fuese sentirse bendecido.

Cráteros había acompañado a Man-Yurý a resolver los «pormenores administrativos» con la guardia del puerto. Las continuas esperas y las conversaciones en la lengua de Kralorela hicieron que en su cabeza otro asunto rondara. Demasiados eran los días que no ofrecía plegarias ni oraciones a su dios en lugar sagrado. Tarde o temprano tendría que pasar por el templo de Yelmalio.

Los guardias portuarios los habían conducido al edificio de Jefatura Naval de Lur-Nop. Tras esperar durante más tiempo del que estaban dispuestos a perder, un funcionario imperial hizo

pasar a la extraña pareja. Cráteros era un mero espectador en aquel intercambio verbal de incomprensible significado. Eso sí, aún sin deducir palabra, conocía lo suficiente a su compañero de viaje para entender que Man-Yurý se estaba crispando sobremanera.

—Lo siento señor, pero sin el Certificado de Idoneidad del Casco, no puedo extender el permiso. Debe recoger el formulario para el Certificado en el Gremio de Constructores y Astilleros.

—Usted no sabe quién soy yo. Lo lamentará —amenazó Man-Yurý—. Necesito reparar mi embarcación y

abandonar el puerto con la mayor premura posible.

—Lo siento señor, pero sin el Certificado del Gremio de Constructores y Astilleros no hay nada que hacer. Si me disculpa.

Ofuscado e impotente frente a la burocracia imperial abandonó Man-Yurý la oficina. Por supuesto, el edificio del Gremio de Constructores y Astilleros se encontraba ya cerrado a esas horas. Tendrían que regresar al día siguiente.

El picor en la cabeza de los marineros se había vuelto inaguantable.

Trabajando juntos en las tareas de preparación y restauración del junco,

alguno de los estibadores había traído consigo a bordo un cargamento de chinches, liendres o piojos. La plaga se expandió con rapidez de cabellera en cabellera y de barba en barba; en pocas horas la totalidad de la tripulación sufría el susodicho picor capilar y lo combatían rascándose hasta el punto de provocarse magulladuras y rasguños ensangrentados. Si no se ponía remedio, el viaje sería una continua picazón. Afortunadamente para su cabellera, la pequeña Yun—Xu había permanecido junto a Shen, aislada de los hombres, observando con atención el modo en el que el mágico ser de los bosques curaba la madera roída del navío.

Zishla propuso la solución para acabar

con la plaga de parásitos y que la tripulación volviera a su trabajo. En el bosque se terminaba con las plagas de termitas y larvas de raíz. Ella misma oficiaría de barbera para rasurar barbas, mostachos y melenas (todas muy pobladas entre los marineros sureños, como lo era el propio capitán Basín Basín). Costó convencer a los hombres de que aquello era necesario. Los marinos aceptaron, a regañadientes. La vronkali se aplicó con diligencia durante todo aquel día antes de regresar por la noche al templo de Halamalao-Yelmalio donde pernoctaba. No llegaba a entender la causa de que su presencia en el barco alterase a los marineros. Era desagradable sentirse observada todo el

tiempo, escuchar sus cuchicheos...

Susurro en la Bruma permaneció inmóvil todo aquel día con su noche.

Cráteros partió antes del amanecer a cumplir con sus quehaceres religiosos en el templo del Sol. No había otra tarea para él. El dragonut despertó después, tras varias horas de inmovilismo. Se acercó sin previo aviso a una pareja de marineros que se encontraban reparando unos tablones. Con mucha facilidad levantó sobre su cabeza a uno de los desconcertados marinos, como a un pelele. El marinero chilló viéndose a merced del dragonut y contemplando el suelo del barco desde más de dos metros y medio de altura. Sin mediar

palabra, el dragonut lo arrojó por la borda de estribor. Inmediatamente se detuvo, paralizado, mudo, espectador de las ondas provocadas por el choque del cuerpo con el agua, observando con atención cómo los círculos concéntricos se abrían como flores a la mañana.

Shen apareció corriendo junto a él.

—¡Pero te has vuelto loco! —le chilló. Nunca habían visto a la aldryani tan tensa—. ¿Qué es lo que quieres? Se supone que tenemos que pasar desapercibidos, de otro modo nos volverán a encontrar. No te das cuenta que en este lugar los hombres amarillos son una plaga. Tú eres más fuerte, sí, pero ellos son multitud y gustan de la

violencia. No debemos desatar la ira de nadie en estos territorios. Estoy cansada de vuestras imprudencias; así nos acabarán encontrando de nuevo y no habrá lugar seguro para nosotros.

—El mar no es eterno —dijo el dragonut—. El dragón es inmutable e imperecedero.

Man—Yurý pidió al dragonut, para evitar males mayores, que lo acompañase al edificio del Gremio de Constructores y Astilleros. Susurro en la Bruma abandonó la nave siguiendo al kralorí bajo la temerosa mirada del resto de marineros.

Zishla y Cráteros permanecieron toda aquella jornada en el templo solar.

—¿Un Permiso de Idoneidad del Casco?  
—repitió el escriba del Gremio de Astilleros con reticencia—. Pues ahora mismo va a ser imposible.

—Voy a hablar con quien sea responsable de esos permisos — contestó Man-Yurý visiblemente molesto por toda aquella burocracia—. Mis dos nombres denotan mi alto...

—Me temo que su ímpetu no acelerará los trámites. El escriba jefe se encuentra reunido con el primer oficial y no pueden ser molestados.

—En eso te equivocas, soy el primogénito de la casa Min-Tao, albacea real de la provincia de Wan-Zou, y voy a ver a tus superiores. Por

los poderes que el Exarca de la provincia concede a mi familia, así lo reclamo. Como representado del mismísimo y honorable Emperador Dragón, y bajo su gracia, exijo el permiso para mi barco. Si leal al Magnánimo y Sabio Dragón te declaras, y en algo valoras tu vida, desaparece por esa puerta y trae a tus superiores. ¡Ahora!

Las palabras de Man-Yurý habían alcanzado un carácter superlativo. El escriba salió disparado hacia el interior del edificio.

En las dependencias interiores del Gremio de Constructores y Astilleros encontraron al primer oficial de

astilleros y calados. Era un funcionario de edad avanzada, no muy interesado en agitar su tranquila existencia con imprevistos y sobresaltos. Accedió sin reticencias a entregar el permiso pero una última objeción crispó de nuevo los ánimos de Man-Yurý.

—Aquí tiene, honorable excelencia — dijo el funcionario tras haber reconocido los emblemas de la casa Min-Tao en el kimono de Man-Yurý. En aquellos lares, los maestros de armas habían alcanzado la consideración de nobleza. —Con este permiso se le autoriza a realizar las reparaciones necesarias para su navío en los astilleros de Lur-Nop. De cualquier modo, permítame advertirle que para

partir de los muelles necesitará la Credencial de Navegabilidad de la Magistratura Naviera y el Sello del Registro Portuario. ¡Que la paciencia del Santo y Divino Dragón Emperador guíe sus pasos!

Allí marcharon, a la oficina del Registro Portuario, donde sellaron el Certificado del Gremio de Astilleros previo un generoso pago, pero para cabreo (y monumental) de Man-Yurý, tuvieron que abandonar la búsqueda de la Credencial de Navegabilidad frente a las puertas cerradas de la Magistratura Naval. Al día siguiente volverían por el último visado que restaba para tener todos los permisos en regla. Después, sólo prolongarían su estancia en aquel puerto

el tiempo necesario para reparar el buque. El kralorí y el dragonut regresaron a pasar la noche en su prácticamente reformado navío.

Al día siguiente, Zishla y Cráteros decidieron volver al templo de Yelmalio. Man–Yurý les pidió que llevaran a Susurro en la Bruma para que éste no atemorizara a los marineros. Él quería salir cuanto antes por la credencial que les faltaba y el dragonut dormía aún. Shen, que ya había terminado de reparar el casco, junto a la pequeña Yun–Xu se acercó a Man–Yurý antes de que éste saliese. La aldryani estaba temerosa pues oía los cuchicheos y rumores que la supersticiosa tripulación vertía sobre ambas, y temía

que estos pudieran tramar algo. Le pidió acompañarlo para no quedarse a solas con la tripulación y de ninguna manera iría junto a la presuntuosa Zishla. Al oriental no le hizo ninguna gracia que la hija de Li-Wan lo acompañase, pero tampoco quiso discutir con la elfa en aquella mañana y no puso mayor objeción.

El capitán Basín Basín había hablado la noche anterior usando un dialecto oriental que Man-Yurý, Zishla y Susurro en la Bruma pudieron seguir.

—La Niebla fue perdiendo espesor hasta que el brillo de luz dorada me sacó de la oscuridad —relataba el capitán, descamisado y con los ojos

enrojecidos, entre caladas de su pipa—, aún no consigo recordar cómo Dimas y yo arribamos a puerto. Las corrientes nos fueron propicias pues nadie más manejaba el Rompeolas. El Gran Faro del Templo del Sol me salvó la vida. Sin su brillo, aún estaríamos perdidos entre la niebla de Kahar, siempre que el Leviathan no me hubiese dado caza antes y ahora estuviéramos dentro de su estómago. Es esencial que el Gran Faro esté encendido para guiarnos en la partida.

—Eso será difícil —contestó Zishla—. Su luz no se enciende con frecuencia. ¿No es posible continuar el rumbo siguiendo a las estrellas?

—¡Ja! ¡Pero qué dices! —objetó el capitán—. Ninguna luz atraviesa la Niebla. Ni las estrellas, ni la luna, ni el sol entran en Kahar. Dentro de la Espesura Blanca no hay modo de guiarse. Sólo puedes seguir a tu intuición; si el miedo no la ha devorado.

—Podemos llevar brújulas —propuso Man-Yurý —, otro gran avance tecnológico de mi país. En nuestro idioma se llaman *cucharas que siempre señalan el sur*.

—¡Tonterías! Las brújulas se vuelven locas, las piedras se desimantan. Los astrolabios y los gnómones se vuelven trastos inútiles, ¡cacharros que arrojar por la borda! Por eso es importante que

enciendan el Gran Faro. He revisado el mapa que me mostró el occidental — dijo refiriéndose a Cráteros— y desde aquí puedo trazar un rumbo.

Abandonaremos el puerto ayudados por la luz del Gran Faro durante la partida, después que cada cual rece a sus dioses para no desviarnos demasiado. El Gran Faro será la referencia para alejarnos de la costa en la dirección correcta. Ni la luz del sol penetra en Kahar, pero el Gran Faro tiene magia y nos acompañará varias millas hacia el interior de la Niebla mostrándonos el camino.

—Rezaré para que su luz dorada nos acompañe —dijo Zishla.

—Aparte de en el Gran Faro, sólo

podemos confiar en la suerte —siguió el capitán mostrando el mapa—. La isla no se encuentra a más de cinco días hacia el interior de la Niebla, alejada de ese borde. ¿Veis la marca que cruza el plano aquí? Si el Gran Faro nos muestra el camino, y los dioses son benevolentes, no tendremos porque acercarnos demasiado a la línea del Velo.

—¿Qué es la línea del Velo? —preguntó intrigada Zishla al capitán mientras éste daba otra calada.

—¿El Velo? —repitió sorprendido el capitán—. ¿No habéis oído hablar del Velo de Kahar? ¡Ignorantes! Es la frontera entre éste y el otro mundo. Si nos perdiésemos rumbo a la isla y

atravesáramos el Velo, jamás podríamos regresar a estas tierras; estaríamos fuera del mundo de los vivos para siempre.

¿Alguien ha visto un mapa de más allá de Kahar? ¿No? Yo os diré por qué.

¡Porque no lo hay! Allí se acaba el mundo, no hay nada más allá, detrás del reino del Dios Tiburón, el océano se acaba y caes al Infierno.

—Pero tú vas a guiar la nave sin acercarla a la línea del Velo —exigió Man—Yurý.

—Eso si no nos desviamos, patrón —dijo el capitán dando otra calada de su pipa—, y para eso necesitamos partir del puerto con la luz del Gran Faro mostrándonos su posición. Necesitaré

esa referencia para mantener el rumbo durante las primeras millas.

Zishla y Cráteros marchaban al templo del Sol con la intención de convencer al sacerdote responsable del Gran Faro. Susurro en la Bruma los acompañaba curioso por contemplar de cerca la mágica fuente de luz.

Conforme se acercaban al templo contemplaron la resplandeciente cúpula dorada que reflejaba el sol de aquella mañana estival. El dragonut se quedó inmóvil observando la empalizada que rodeaba al santuario. Un resplandor brillante en los muros hacía suponer que, o bien esos bloques estaban contruidos con bronce, o los habían

revestido con pan de oro. Al aproximarse fueron las tallas de los bloques, y no su fulgor, lo que llamó su atención. Un friso continuo de calaveras había sido labrado a lo largo del templo. Una interminable línea de cráneos resplandecientes y brillantes. En el hueso frontal de cada cráneo había grabados varios extraños caracteres, signos desconocidos e irreconocibles incluso para el dragonut.

—Los grabados son los nombres de los Hijos de la Luz que han protegidos este templo —explicó Zishla a Susurro en la Bruma, quien se había quedado observando con atención el friso—. Cada guerrero graba su nombre en los cráneos de los monstruos que derrota y

lo coloca en el muro para que la eternidad lo recuerde.

La vronkali había pasado bastantes horas entrenando y orando en aquel templo y algo relativo al Muro de las Calaveras había escuchado a los *yamabushi* que guardaban tan sacro lugar.

—Así los espíritus de los Hijos de la Luz muertos, que ahora protegen el Salón Celestial de la Verdad, serán enviados de nuevo a este mundo para proteger su templo en caso de que Kahar vuelva a escupir sus terrores hacia la costa.

Zishla se dirigió a la puerta de entrada para mujeres llamada *Ginecón*. Debía

coger un velo oscuro y taparse rostro y cabellera. Cráteros se fue a la de hombres donde sólo tenía que descalzarse y lavar sus pies. Susurro en la Bruma no dio un paso más e inmóvil se quedó contemplando la prolongada orla de deslumbrantes calaveras bruñidas.

En la puerta de acceso a la torre de la Magistratura Naviera del puerto, una fila de impacientes marineros miraba con suspicacia a Shen. A pesar de ser Lur–Nop un lugar de personajes variopintos, para los kralorís y pueblos circundantes resultaba extraordinario contemplar a un mágico elfo de los bosques paseando por una ciudad, tan lejos de sus sotos y selvas.

Man—Yurý estaba el primero de la fila. No habló con sus dos acompañantes durante la espera. Se mantuvo en silencio, hierático, esperando su turno sin prestar atención a ninguna de las dos. Yun—Xu miraba expectante, presa del miedo con el que una niña de ocho años observa lo desconocido, pero sus ojos siempre volvían y se quedaban contemplando la alfombra azulada: el mar. Los abrazos de Shen la arropaban y la hacían sentirse mejor. Apenas era la aldryani unos centímetros más alta, pero su presencia la hacía sentirse más segura. La mágica hada de los bosques no permitiría que nada malo pasara, y ella lo sabía.

Abrieron las puertas de la Magistratura

y Man-Yurý entró en primer lugar, seguido de sus dos acompañantes. Fue directo a por el primer escriba mostrando los emblemas que su kimono lucía como maestro de armas y albacea de la provincia de Wan-Zou. Aun así, la pesada burocracia lo irritaba. Aquel sereno guerrero que había viajado a occidente, había vuelto muy cambiado, había perdido la armonía y el sosiego que antaño exhibía, y él mismo sabía que aquello lo alejaba del Sendero de la Dragontina Iluminación.

En aquel momento nada de eso le importaba. Poco a poco se fue crispando.

—Señor —le contestaba pausado el

escriba—, siento repetir que una Credencial de Navegabilidad tardará varios días. El trabajo de la Magistratura es preciso y minucioso. Necesitamos al menos tres días para validar el documento. Su Santidad Dragón Emperador siente orgullo de nuestro perfeccionista y meticuloso trabajo.

—¡Orgullosos dices! —reprochó Man-Yurý—. ¡Siente orgullo de los que servimos y morimos en el campo de batalla! ¡Tú de eso no sabes nada! ¡Nunca has salido de estas paredes! He derramado demasiada sangre por el Emperador, sangre de mi propia estirpe, y estaré orgulloso de caer por él cuando me llegue el momento. ¡Ahora necesito

ese papel para cumplir la tarea que el propio Emperador Dragón me ha confiado! Me debo a una alta encomienda imperial que he de cumplir... O pereceré en el intento. Cuando el Exarca de Wan-Zou sepa de tu ineptitud, te hará azotar. Deja de engordar tu seboso trasero y dame de una vez la credencial. ¿De qué orgullo hablas? ¡Corre por ese maldito papel! ¡Te lo exijo!

Ni el kimono mandarín, polvoriento y deteriorado, impresionó al funcionario en esta ocasión. Demasiadas semanas de viaje habían desmejorado el talante de las prendas y del propio rostro del albacea imperial.

—Lo siento, pero no puedo hacer nada. Vuelva en tres días. Si me disculpa...

—Señor, espere —se adelantó la pequeña Yun—Xu saliendo del abrazo protector de Shen y adelantándose a Man—Yurý —. Nuestro barco es muy bonito y lo necesitamos para ir a una isla. Mi madre se está muriendo y no volveré a verla si no regreso pronto. Mi tío no es malo, a veces se enfada pero lo hace por nuestro bien. Por favor, señor, ayúdenos. Mi tío es un hombre bueno y leal al Emperador. Ha viajado mucho para salvar a mi madre, pero se separaron sin despedirse y aún no se han perdonado.

Shen no pudo ver los ojos vidriosos de

Man—Yurý.

—Habéis viajado mucho. Sin duda vuestra causa es noble —admitió el sacerdote *yamabushi* de Yelmalio encargado del Gran Faro, tras escuchar el requerimiento de Cráteros y Zishla—. Dos Hijos de la Luz venidos de tan lejos... Pero me temo que no podemos encender su luz a la ligera. Es un legado poderoso, concedido en heroico viaje. Ahora sólo lo encendemos una noche al año, durante la madrugada del *Día del Fuego en la Semana de la Verdad*, cuando es el día grande de celebración de nuestro Señor, Yelmalio. En santa misa recreamos el mito que recuerda a la Luz del Ocaso ascendiendo a la Cima del Mundo y luchando contra el diablo

llamado Zu Zong. Sólo ese día encendemos el Gran Faro para guiar la ceremonia.

Zishla entendió que Zu Zong se refería al demonio troll llamado Zorak Zoran.

—Pero es de vital importancia para nuestra búsqueda —continuó Cráteros hablando la litúrgica lengua del fuego—. No podemos revelarle el destino de nuestro viaje pues lo pondríamos en peligro, como a este templo, incluyéndolo a usted, padre.

—El Gran Faro nos acerca a Yelmalio abriendo el Velo Divino —explicó el sacerdote—. No puede ser encendido a la ligera. Durante la ceremonia, el Velo que separa este mundo nuestro del Salón

Celestial de la Verdad donde habita Yelmalio, es traspasado por los *yamabushi* más virtuosos para arropar a nuestro Señor en su ascenso a la Cima del Mundo, y alcanzar así enormes favores para la comunidad. El Gran Faro es nuestro camino y nuestra guía, el camino a seguir durante el santísimo ritual.

—También necesitamos que guíe nuestra búsqueda —rogó Zishla.

—No puede ser —se volvió a excusar el sacerdote—. Imposible. Si encendiésemos el Gran Faro con frivolidad, en cualesquier fecha que no fuese la señalada para acompañar a Yelmalio a La Cima del Mundo y

recrear el mito con el que alcanzar su gracia, la brillante luz penetraría en la densa niebla del infierno blanco de Kahar. Atraería millares de bestias sedientas de sangre. La luz serviría para que toda la costa de Lur–Nop cautivase, como la miel a los osos, a las endemoniadas criaturas que habitan el amenazador Océano de la Niebla. No, ni hablar, no puedo encenderlo.

—Podríamos al menos ver la maravillosa Torre del Faro que alberga tan deslumbrante fulgor —pidió dulcemente la vronkali al sacerdote.

Éste no pudo negarse ante la gracia de su voz.

De vuelta al barco, los dos adoradores

de Yelmalio-Halamalao discutieron.

—Zishla —respondía Cráteros—, no creo que tu plan sea el más apropiado. Estoy de acuerdo en que si revelamos nuestro propósito al sacerdote, nuestros perseguidores tendrán otra pista para alcanzarnos, pero creo que colarnos en el templo como vulgares ladrones y encender nosotros la luz no es lo más correcto. Es una grave injuria. La virtud debe iluminar todas nuestras acciones.

—Pero he visto el camino despejado —intentaba la vronkali convencer al humano—. Esa luz está para servirnos y alimentarnos a todos los Hijos de la Luz y no sólo a un viejo y a sus feligreses. Yo puedo adentrarme en el templo,

durante estos días lo he explorado bien, puedo colarme y encender la luz del Gran Faro.

—No lo sé —dudó Cráteros—, no es lo correcto. No debemos obrar a hurtadillas.

—No estoy ultrajando ninguno de los votos —discutió Zishla—. No estoy ni mintiendo ni faltando a compromiso alguno con Halamalao. La decisión del sacerdote es la decisión de un hombre, no la de mi dios. Sólo Halamalao debe decidir sobre la luz del Gran Faro y no existe kralorí que pueda negármelo, por muy sacerdote que sea. Ningún amarillo tiene autoridad sobre mí, sólo respondo ante Halamalao.

—Escucha al hombre cuando habla como un dragón —resopló Susurro en la Bruma asustando a la aldryani. Hasta entonces había permanecido en silencio —. Nunca abandones tu destino, pues quien lo evita se encuentra con él de frente. El Sendero del Dragón es la verdad y la victoria.

—¿Ese destino del que hablas, lo forjamos con nuestros votos? —dudó El Mariscal, confuso por las palabras del dragonut—. De cualquier modo, aún no podemos hacer nada. Debemos volver y hablar con los demás. Mientras el barco no esté preparado, aquí no hay nada más que discutir. Volvamos con los otros y elijamos lo mejor.

Zishla subió al buque por la pasarela, refunfuñando, indignada por la negativa de Cráteros. Shen se alegró al verlos volver y percibir la contrariedad que flotaba entre ambos adoradores del guerrero hijo del Sol.

Pero todos los preparativos estarían dispuestos con brevedad. Habían trabajado con esmero y el barco podría salir a la mañana siguiente, si conseguían prender la luz del Gran Faro. Cráteros expuso la situación y Zishla su plan para encenderlo colándose de noche en el templo sin pedir permiso.

—Desde que conozco al señor Cráteros —dio su opinión Shen en cuanto Zishla había terminado de explicar su

noctámbulo plan—, siempre ha sabido solventar todas las vicisitudes por adversas que fueran. Confío en él ciegamente para que guíe nuestro camino. No existe persona con mayor virtud y generosidad con los suyos y con los que somos extraños, aún más si cabe, con los que somos hijos de Aldrya. Creo en su criterio tanto como en el de un Señor del Bosque, un Druida o un Jardinero. Estoy convencida que sabrá sacarnos de este entuerto.

Zishla miró con irritación a la joven aldryani que se ponía del lado del humano, cuanto le recordaba a las *desarraigadas* traicioneras rechazando la voluntad del Bosque.

—Gracias, Shen —dijo el Mariscal mirando con embarazosa amabilidad a la aldryani—. Lo cierto es que Zishla tiene un plan y yo no. ¡A oscuras voy y vengo por un camino donde no veo salida!

—Escucha a tu corazón —intervino el dragonut—, ahí es donde habita el dragón. Tú y yo sabemos la respuesta. Sigue la senda que indican los bombeos de tu corazón.

—Pero ya oíste al sacerdote —negó Cráteros con la cabeza—. No hay manera de encender el Gran Faro, ni siquiera por petición de dos Hijos de la Luz en apuros.

—En el santuario habló tu boca pero no

tu corazón —continuó Susurro en la Bruma—. Habla con él como un auténtico dragón para que tu luz encienda su espíritu.

—Entonces creo que sé lo que he de hacer —afirmó Cráteros tras unos instantes de reflexión—. Mañana volveré al templo y hablaremos claramente con el sacerdote. Sólo si conoce toda la verdad de nuestra búsqueda accederá a encender el Gran Faro.

Zishla fue a dormir lejos de allí muy contrariada. Buscó cobijo en el jardín de orquídeas a donde Shen le gustaba llevar a Yun–Xu. Las flores aliviaron su disgusto.

Aquella noche también Man–Yurý se sintió extraño, extranjero en su propia tierra como lo fuera durante el viaje por los lejanos territorios de occidente. Según iba conociendo al señor Cráteros, se daba cuenta de que en muchos aspectos no eran tan distintos. Aun así, se encontraban muy distanciados. Sentía como si él se hubiese occidentalizado y, a la vez, el templario yelmalita estuviese encontrando su senda de sabiduría dragontina. Su destino ya estaba escrito. Su falta en el pasado lo había hecho. Había hipotecado su presente y tenía negado un futuro. Cada vez lo veía más claro.

A la mañana siguiente Cráteros partió en solitario hacia el templo de Yelmalio

con la intención de hablar al sacerdote sobre lo trascendente de su empresa.

Esa mañana, desde el alba, el barco presentaba un inusitado ajetreo. Todos los tripulantes ultimaban los preparativos finales para la partida. El capitán Basín Basín había enviado varios hombres a buscar opio, especias y a un sacerdote de Dormal, patrón de los marineros. Sin la bendición de Dormal, ningún hombre de mar osaría abandonar el puerto. El capitán había pensado enrolar a un sacerdote de *Los que los mares exploran*, pues además de predecir los cambios en el clima, los sacerdotes de Dormal conjuraban rituales y ceremonias contra la maldición marina conocida como el

Bloqueo, la cual había asolado los océanos durante siglos. Basín Basín no creía que el Bloqueo hubiese desaparecido por completo de Kahar.

En el puerto, el rumor de un barco a punto de partir se extendía como la pólvora. Antes de dejar el junco en busca del templo de Yelmalio, Cráteros se cruzó con un orondo hombretón con aspecto sureño, como el propio capitán Basín Basín y varios marinos de la tripulación: hombres morenos de espesas barbas rizadas. Exhibiendo una gran sonrisa sobre un hoyuelo en su barbilla, aseguró proceder de Thesos, ser mercader y querer abandonar Lur-Nop. Fue interrogado minuciosamente. Con un fuerte tic, que le hacía giñar el

ojo izquierdo constantemente, explicó que estaba muy interesado en viajar a Isla Destino, pues era un lugar aislado y ningún barco se aventuraba a navegar hasta allá. En Isla Destino la sal escasearía y el mercader se proponía llevar un gran cargamento de especia blanca.

Su nombre era Mahatma Fut.

Cráteros dejó al traductor dragonut interrogando al mercader, y al capitán Basín Basín en la búsqueda de un sacerdote de Dormal que bendijese el navío. El templario yelmalita anduvo veloz hasta el templo y con premura fue a hablar con el sacerdote.

—Eres obcecado, como el propio

Yelmalio en sus convicciones —dijo el sacerdote nada más ver que Cráteros aparecía por la basílica solar.

—Honorable padre —hincó el Mariscal una rodilla en el suelo—. Quiero que me escuche antes de nada. Ayer hice una petición, pero no fui justo al guardar para mí los motivos de la misma. Creo que es importante que escuche el porqué de mi postulación y lo trascendente de mi búsqueda.

—Adelante con esos motivos, hijo —contestó—, pero creo que bien claro quedó, que el Gran Faro no será encendido hasta el día de nuestro Señor, a mayores sería harto peligroso, atraería como el olor de la comida caliente a las

criaturas demoniacas que infectan las profundidades inmundas de Kahar.

—Viajo desde la región de Sartar, próxima al Paso del Dragón.

—¡Pues sí que vienes de lejos! — exclamó el sacerdote—. Continúa por favor.

—A mi tierra llegó una comitiva de emisarios enviados por Godunya. El Emperador Dragón nos envió una misiva donde nos emplazaba a un cónclave secreto. Los Tres Soles de Yelmalio han sido descubiertos por Godunya y como en la antigua alianza, dragones, elfos y yelmalitas debemos recuperarlos antes que nuestros enemigos.

—¿Los Tres Soles dices? —preguntó el

sacerdote—. ¿Las Tres Ayudas de Yelmalio han sido encontradas de nuevo?

—¿Sabe lo que eso significa? ¡Después de tantos siglos! ¡Los Soles pueden ser recuperados contra el Caos Primordial! Con ellos, además, por fin podríamos arrebatarse la Runa del Fuego a ese demonio de Zorak Zoran... de Zu Zong, como lo llamáis aquí. Honorable padre, está en sus manos el ayudarnos a todos.

El sacerdote estaba boquiabierto, no creía lo que escuchaba y, sin embargo, sabía que aquel hombre de hombros anchos, quijada pronunciada y espeso vello rizado, decía la verdad. Largo y duro debía haber sido su caminar desde

poniente.

—Partimos desde El Ojo del Dragón, la ciudad de los dragonuts, con más de medio centenar de dragones nonatos en una poderosa columna de la que, apenas, media decena quedamos. El enemigo nos tendió multitud de trampas, añadidas a la dificultad de atravesar Prax y los Yermos. Hemos salido airoso y hasta este extremo, al oriente del mundo, hemos llegado. Viajamos con la Niña Joya, quien catalizará el poder de los Soles. El enemigo a punto estuvo de secuestrarla. Mientras nos mantengamos unidos con aldryami y dragones, habrá esperanza para nuestra expedición. Hemos dejado mucho a nuestras espaldas para llegar hasta aquí, y no

sólo sudor, lágrimas y llanto; también hemos dejado vidas y seres queridos. Tenemos que partir ahora hacia el interior de Kahar. En su Niebla se ocultan los Tres Soles, las Tres Ayudas. Solamente con la luz del Gran Faro podemos guiarnos con éxito en la travesía.

—Entiendo, hijo, entiendo —comenzó a admitir el sacerdote con mirada atónita.

—Si el Gran Faro fuese encendido, aunque sólo fuera unas horas —continuó el Mariscal con entusiasmo—, nuestro buque podría seguir el rumbo adecuado manteniendo su posición y sin desviarnos en demasía, podríamos llegar al lugar donde se ocultan los

Soles, los Tres Soles. Honorable padre, fíjese en este mapa.

Cráteros desplegó el plano donde se ubicaba la solitaria isla en el interior del Mar de la Niebla.

—Lo realizó un escriba —prosiguió— que viajaba en una expedición junto con mi propio padre. ¿Lo ve? Mire aquí: «de Jenofonte para Hiraclís Parthenonas». Ese es el nombre de mi padre. Apenas tengo recuerdos de él, yo era muy joven, y me temo que años después he descubierto el lugar donde vino a morir... Él siguió la estela de los Tres Soles mucho antes que yo.

—Hiraclís Parthenonas —repitió susurrando el sacerdote—. Ese nombre

no me es desconocido. Un gran guerrero fue. Hace muchos años que vino a mí e hizo la misma petición. Desde luego que fue hace tiempo, hace mucho, y después partió para Kahar. Nunca más supe de él. Para serte sincero, la luz del Gran Faro se encendió en aquella ocasión. ¡Qué casualidades nos traen los años!

De nuevo, el rastro de su padre volvía a cruzarse en el camino del Mariscal. De nuevo, los escalofríos recorrieron las dos cicatrices que cruzaban sus muñecas, las que lucía desde que siendo niño cayera de lomos de uno de los halcones gigantes que su padre adiestraba. Su padre, el héroe, el reflejo con quien eternamente lo comparaban desde la infancia. Cráteros siempre tuvo

la presión de llevar el apellido Parthenonas sobre sus hombros. Desde que pudo empuñar una lanza, de él se esperó que fuese el magnífico guerrero que fue su padre. Pero el magnífico guerrero había desaparecido. De aquel mismo viaje, el más grande de los generales yelmalitas, según los ancianos de su condado, nunca regresó con vida.

El Mariscal volvió con premura al Rompeolas del Sur. Allí lo esperaban con ansias, mas la sonrisa que se dibujó en el rostro del yelmalita delataba la buena nueva.

—Tendremos la luz del Gran Faro — anunció con optimismo—. Tenemos que estar preparados para zarpar

inmediatamente. El Gran Faro sólo permanecerá iluminado durante pocas horas.

Tras el soldado yelmalita, una mujer joven de polvorienta y raída ropa de viaje se acercó a la pasarela. El rumor de la partida del navío corría por todos los rincones del puerto. La mujer quería un hueco en el pasaje para poder viajar a Isla Destino. Arrojó una bolsa llena de monedas de oro a la cubierta. Tenía un extraño deje en el habla y dos enormes ojos de color azul pálido, casi blancos. Parecía estar nerviosa e impaciente por subir. Cráteros, que de tan buen humor se encontraba, se hizo a un lado en la pasarela permitiendo que la mujer embarcara. El Mariscal subió tras ella,

sin quitarle ojo.

En la popa, el Capitán Basín Basín mostraba a un enclenque sacerdote de Dormal dónde podía colocar la figura votiva del patrón de los marineros.

También parecía sureño, de tez morena y grasa. Correctamente afeitado y vestido con ropajes oscuros, un pantalón bombacho y un chaleco vengué. Cuando Cráteros volvió a la nave, el sacerdote había comenzado a bendecir tanto al buque como a su tripulación, salpicando sobre la frente de los presentes el agua de mar que portaba en una gran concha. Luego depositó la concha en las manos de la figura de Dormal que había colocado junto al timón. Allí alzaría su altarcillo. La concha siempre debería

contener agua marina, y un huevo duro, para que Dormal escuchase sus plegarias y dirigiese bien su rumbo.

Cuando el capitán Basín Basín recibió la bendición de Dormal, Susurro en la Bruma se acercó a él. Sin mediar palabra, el dragonut se escupió tres veces esa saliva tan densa y correosa de los dragones y, como hiciera días atrás, restregó el esputo de su garra sobre la frente del marino que volvió a quedarse atónito. El capitán sintió que ahora estaba doblemente bendecido. El resto de tripulantes miró con miedo al dragón no nacido.

Cráteros no prestó la menor atención ni al dragonut ni al capitán. Todo su interés

se centraba en la pasajera de ojos azules y pelo rojizo.

—¿Por qué quieres viajar a la Isla? — preguntó tratando de ayudar a la mujer a bajar su fardo a la bodega.

—Déjalo, puedo yo sola —contestó ella con suficiencia y un acento incierto.

—¿Viajas sola? —intentó el Mariscal establecer conversación de nuevo mientras la mujer encendía una pipa en cubierta, apoyada en la barandilla de babor.

—¿Es que no lo ves? —contestó escuetamente.

—Esto no es un viaje de placer — prosiguió Cráteros—. Si vas a viajar en

nuestro barco, queremos saber tus motivos.

—Coged mi dinero; mis motivos son sólo míos —contestó la mujer señalando al interior del puerto—. La Isla Destino, dicen, es un buen sitio para hacer fortuna.

—¿Eres una buscavidas errante, o vas a la caza de algún tesoro en particular? Por tu aspecto y habla, vienes de muy lejos, ¿me equivoco? Dime cuál es tu nombre.

—¿Y tú eres siempre tan pesado?

—¿Siempre respondes con evasivas? Te llamaré Ojos de Lobo, tus ojos me recuerdan a los de los lobos de Valind.

—Me da igual a qué te recuerden mis ojos, pero mi nombre no es asunto tuyo. Ahora sólo quiero descansar, llevo muchas leguas recorridas. He atravesado medio mundo para llegar a Isla Destino.

—¿Medio mundo? —repitió Cráteros desplegando el mapa de la expedición de su padre sobre la cubierta—. No digas tu nombre si no quieres, de acuerdo, pero dime, si es que viajaste tanto como dices, si estuviste ya en Isla Destino. ¿La conoces? ¿Has oído hablar, por un casual, de un general yelmalita llamado Hiraclís Parthenonas? Soy su hijo y voy tras su rastro. ¿No estaremos buscando lo mismo?

—A no ser que busques una cascada que fluye al revés, no.

—Señor Cráteros —llamó de repente Man-Yurý al Mariscal interrumpiendo la conversación que tenía con la polvorienta viajera—. ¿Podemos hablar en privado?

—Desde luego, Man-Yurý. ¿Qué ocurre? Aún el Gran Faro no ha sido prendido.

—Está usted loco —reprochó el oriental en voz baja—. No conocemos de nada a esa buscavidas y prácticamente le ha desvelado todos nuestros planes. Discreto debe ser, con ella y con cualquiera a quien no conozcamos.

—Sólo pretendía conocer las razones de

su viaje —se excusó sin decir lo que en realidad pensaba: «es que huele tan bien». Rápidamente buscó una excusa —: Pensé que al compartir las razones de nuestro camino, ella haría lo mismo.

—El gusano de seda no desaparece, se convierte en mariposa. Debes ser más cauto cuando su enemigo cambia de apariencia. Ella podría ser la mariposa. Permitirla subir sin saber nada acerca de ella ha sido una grave imprudencia. Aún no estamos a salvo. Por cierto, ¿Qué son esos *lobos de Valind*?

—Valind es el demonio del invierno, una criatura terrible que reina en un glaciar muy al norte de mi tierra. Es el padre de la bruja Inora, quien trató de

seducir al casto Yelmalio para helar su calor. Sus lobos son los perros del hielo, los perros del invierno; lobos de pelo blanco y ojos tan azules como el mundo que reflejan.

Un destello iluminó el cielo desde lo alto del Gran Faro, un fogonazo de luz que prendió repentinamente con más intensidad que el mismo Yelm oscureciendo el cielo a su alrededor y penetrando como una daga en la espesa niebla de Kahar.

El Rompeolas del Sur se puso en marcha, tenía que aprovechar el tiempo que el templo mantuviese resplandeciente su fuente de luz divina. Con ella como referencia, el capitán

Basín Basín había trazado indicaciones en el mapa y al menos, durante la primera jornada, dirigiría el junco por buen camino hacia Isla Destino. Luego, una vez que el Gran Faro se oscureciese, sería el turno de la suerte y de las oraciones.

El comerciante obeso del tic en el ojo, la arisca de los ojos azules y el escuálido sacerdote de Dormal, no habían sido los únicos invitados sorpresa en incorporarse al navío. Mientras Cráteros había estado con el sacerdote del Templo del Sol, una pareja de jóvenes kralorís habían pedido unirse a la expedición. Dos muchachos jóvenes vestidos con primorosos y caros kimonos de seda.

Llegaron con una elevada suma de dinero y víveres en cantidad, que fueron a parar rápidamente a la bodega del buque bajo la cubierta. Ambos muchachos, uno con la cara picada de viruela y el otro con el pelo anudado con una gran trenza, bajaron con rapidez a ocultarse en un compartimento, donde reposarían con el rollizo mercader del tic y el enjuto sacerdote de Dormal.

En lo que restaba de día no volvieron a aparecer en cubierta.

Lenta y silenciosamente, el Rompeolas del Sur fue perdiendo de vista, primero el puerto de Lur–Nop, y luego la costa de Kralorela. La Niebla de Kahar fue devorando la embarcación que

mansamente desaparecía en el estómago del Mar Blanco, el barco se desvaneció calladamente entre la espesura de su denso telón grisáceo.

La Luz del Gran Faro se mantuvo encendida durante varias horas dando la referencia al capitán Basin Basín (única e imprescindible) sobre su posición. Todos los viajeros bajaron a los compartimentos, había llegado la hora de descansar.

El mofletudo Mahatma Fut había desaparecido tras revisar su cargamento en la bodega. La última en retirarse de la cubierta fue la esquiwa viajera de rasgos occidentales, ojos profundamente azules, pelo rojizo y desconocido

acento. Apuró la pipa que fumaba en cubierta hasta la última calada y se quedó cavilando durante varios minutos. Tan obnubilada en sus propios pensamientos estaba que, la pipa casi consumida, le resbaló de las manos y rodó escaleras abajo en dirección a la bodega. *Ojos de Lobo* saltó como un felino cazador tras su todavía humeante pipa. Como quien se lanza al mar desde un acantilado, alargó los brazos alcanzando la pipa en el mismo instante en el que Susurro en la Bruma, subiendo las escaleras, detuvo el rodar del escurridizo objeto bajo su pezuña. La mano de *Ojos de Lobo* quedó atrapada bajo la garra del dragonut. La mujer no gritó, pero en su rostro se dibujó una

mueca de dolor contenido. Bajo la garra apareció su mano ensangrentada, llena de los rasguños producidos por las esquirlas de la áspera piel del dragón.

—La fuerza de las mareas arrastra a los imprudentes bajo las olas —dijo Susurro en la Bruma respirando el humo que ascendía desde la pipa.

La mujer se retiró de cubierta con la mano ensangrentada. Lo último que escuchó antes de dormir fue un agudo grito que provenía del compartimento contiguo.

—¿Está usted bien? —preguntó una voz indefinida.

—Sí, sólo me he cortado afeitándome —contestó el obeso mercader Mahatma

Fut.

# Capítulo V. «Sueños de dragón desterrado»

*Negro*

*Todo cuanto flotaba en derredor era  
oscuro*

*Opaco e impenetrable*

*Y sin embargo de un fulgor, por  
brillante, hiriente, intenso y mágico*

*Luz blanca o dorado resplandor del Sol*

*Grosero inmisericorde con las retinas  
desprotegidas.*

La sensación de flotar en el limbo era confusa. Susurro en la Bruma surcaba el

infinito a gran velocidad, un eterno cosmos de astros encendidos. ¿O acaso eran también miles de dragones de escamas brillantes? Incomprensible para mentes alejadas de la única y auténtica Iluminación Dragontina. Capaz era el dragón nonato de devorar cuantas innumerables sensaciones sus órganos sensoriales captaban a vertiginosa velocidad, y a la vez capaz de flotar aislado en el más absoluto vacío, la más absoluta nada, en la impenetrable oscuridad del universo. El dragonut no oía más que su propio silencio, no percibía aromas, ciego y mudo al mismo tiempo, incapaz de asimilar las sensaciones que sólo los dragones futuros podían comprender; no obstante,

a pesar del vacío, sabía que se movía por un espacio repleto. Sus sentidos estaban desbordados, colmados por la saturación y la presencia de millones de dragones. Un cosmos completo y primigenio, una onírica galaxia de sensaciones llenas de vida, conformaba los sueños de cuantos dragones nonatos esperaban el despertar iluminado. ¿Volaba rodeado de vida? ¿O sólo flotaba rodeado de nada?

En un lugar muy alejado, en el plano de los mortales, el sueño de Susurro en la Bruma era intranquilo. Resoplaba agitadamente en aquel barco que poco a poco iniciaba su incursión en Kahar, el Mar de la Niebla. El enorme corpachón del dragonut no reposaba tranquilo. Su

descanso no era plácido.

Soñaba, y para un humano aquel sueño apenas podría diferenciarse de una pesadilla. El dragonut miraba y no podía verse, ni tan siquiera recordarse.

Incapaz de concebir si disponía o no de los ojos necesarios para contemplar, o de la mente donde formar imágenes.

Para un futuro dragón, aquel sueño era la esencia misma del cosmos.

En el universo eterno de los dragones, el tiempo no significa nada. ¿Qué importancia puede tener un siglo o una centuria para quien versa con la inmortalidad? Nada. En el onírico mundo de los sueños de dragón, el tiempo tenía incluso una importancia

menor que la propia muerte, era algo ínfimo. Susurro en la Bruma no era consciente del paso del tiempo en aquel sueño. Pero lo que sí sintió fue su presencia.

Vio los millones de mundos que conformaban el universo, Ouroboros, el Dragón Cósmico. Percibía con todo su cuerpo y sin embargo era preso de la ceguera de sus sentidos. Era uno con él y a la vez nada con el Dragón Cósmico. Intuía la presencia de miles de límbidas almas que sutiles se esfumaban en la misma medida que aparecían, o quizá siempre estuvieron allí y continuarían así por los siglos. Escuchaba las miles de voces que suplicantes cruzaban el cosmos, su retumbar en millones de

tímpanos, el sonido de las gotas de la lluvia al caer, de los truenos y las tempestades en el cielo, el chapoteo de las ranas y los sapos en el agua dulce de los ríos, el latir de su propio corazón; y sin embargo, estaba sordo y aislado, pero rodeado por innumerables dragones, innumerables sueños distintos que conformaban uno solo: Ouroboros, el Dragón Cósmico. El dragón lo era todo, nadie más podía ser otra cosa.

Este sueño era demasiado inquietante. Godunya, el Emperador Dragón de Kralorela, estaba muy próximo a él, a su lado, y a la vez lejano en la inaccesible lontananza, remoto y tan alejado que tardaría cientos de años en llegar.

Ouroboros era el mundo, el universo, la vida. Godunya era parte de Ouroboros.

Los dragones auténticos no disturbaban sus sueños con nimiedades pasajeras. La magnánima presencia del Emperador de Kralorela en el universo onírico de Susurro en la Bruma era una inquietante muestra de trascendencia.

Godunya estaba furioso y Susurro en la Bruma confuso.

Con la ira de la que sólo un dragón auténtico era capaz, el Emperador de Kralorela Godunya asaltó el ensueño del dragonut, lugar donde los dragones se comunican y las realidades pasajeras se aproximan.

La creación del universo.

El estado perfecto donde se construye el cosmos de los mortales.

Mediante sueños, los dragones se relacionaban entre sí, por muchos que fuesen los años o las leguas que los separasen. Susurro en la Bruma se sentía centro, precursor y vórtice de la furia soberana del Dragón Emperador de Kralorela, sin saber a qué razón respondía. La conducta de los dragonuts, de los que en un futuro despertarán como auténticos dragones, se regía en base a un código de «acciones correctas». Por encima de sus impulsos, de sus intuiciones, de sus reflexiones... Todo ser que aspira a la Iluminación Dragontina debe actuar con sabiduría y medida conforme a dicho código.

El dragón es sabio, el instinto es primario.

Susurro en la Bruma estaba seguro de no haber seguido sus instintos irracionales ni primarios, sino haber obrado como la corrección dragontina requiere.

Susurro en la Bruma se vio a sí mismo desde fuera de su propio cuerpo, desde un plano cenital. Caminaba, volaba, flotaba... ¿Era él quien se movía o era cuanto había a su alrededor lo que se desplazaba bajo sus pies? Oía cada paso que daba, los pálpitos de su corazón, veía el detalle de sus escamas, cada muesca de su *klanth*, veía sus garras y sus fauces, olía la ferocidad, la furia y el miedo. Pero suyo no era este último

olor. Arrodillado ante él estaba el cuerpo indefenso del magistrado de Sha-Ming, el magistrado imperial Wu-Yen. Estaba de nuevo en aquel sótano del palacio kralorí, con aquel mortal; el magistrado ladrón que portaba la piel de un dragonut como vestimenta.

No se podía tolerar que un mortal luciese pretencioso la piel que envolvía, que cuidaba, el alma inmortal de un dragón. El alma, contenida en la esencia dragontina, o Runa de Eravassarr, sólo encontraría reposo cuando todo su continente estuviese correctamente enterrado tras un ritual de Utuma. Y esto era exactamente lo que Susurro en la Bruma hizo, además de arrancarle las entrañas sin ninguna compasión, la

misma que el asesino kralorí había mostrado con los dragones, tal y como el mortal había humillado a un hermano dragón nonato. Los mortales mataron durante siglos a los dragones por su piel; el poder que otorgaba a su poseedor una armadura de escamas de dragón excedía de la naturaleza humana.

Era el momento de ajusticiar al asesino de dragones y equilibrar la balanza cósmica.

El kralorí no pudo ni tan siquiera chillar suplicante ante la ferocidad homicida que exhibió el dragonut. En las paredes y el suelo, en las manchas del techo, y sobre todo, sobre sus fauces y garras, el color de la sangre lo tiñó todo de una

tonalidad carmesí oscura. El dragonut recreó de nuevo aquella acción de justicia con exactitud minuciosa. Volvió a hundir sus garras en el alma del mortal.

El dragón nonato experimentó de nuevo aquel éxtasis del que poco recordaba, salvo porque en lo más profundo de su ser aún se sentía obrando con la corrección dragontina requerida para continuar su ascenso hacia la Iluminación, hacia el despertar supremo y absoluto de la dragontinidad. Había actuado de nuevo como se esperaba de un dragonut, de quien aspiraba a dragón, ajusticiando a un mortal, a un asesino de dragones que vestía y alardeaba con la piel de un hermano.

Una mente no preparada para la trascendencia y sabiduría dragontina no podría entender si el dragonut estaba reviviendo in situ aquel acontecimiento pasado o simplemente lo estaba recordando en su memoria. No sabría si era un pensamiento silencioso que golpeaba la mente o un hecho narrado de viva voz escuchado por millares de oídos. No sabría si había viajado atrás en el tiempo para resurgirlo del pasado o era sólo un recuerdo en el presente, tampoco si esto era narrado como respuesta a una pregunta o había surgido como un monólogo solitario, si era sólo imaginado o rememorado, si era sólo ideado por su mente u olido por su olfato.

El dragonut saboreó de nuevo la sangre del asesino de dragones.

Había sentido el poder supremo de Ouroboros *Dragón Cósmico* y de Godunya Emperador de Kralorela. El Señor de Oriente no pacía plácido.

Furioso, el Emperador Dragón envolvió al dragonut en un mar de fuego y lava, en una lluvia de hielo y nieve, devoró su cuerpo escupiéndolo una y otra vez para volver a engullirlo de nuevo. Sentía que en cada una de estas reencarnaciones su alma volvía a ser presa de la furia desbordada del soberano Emperador Dragón de Kralorela y que así sería para siempre.

¿Siempre? El tiempo no importa para un

dragón.

El tiempo.

La duración no existe en los sueños de los dragones, tampoco en sus viglias ni en sus vidas, tampoco en sus muertes.

Todo aquel castigo entre reencarnaciones podía durar un instante a escala humana. Durmiendo no existía el tiempo.

Todo tenía sentido. El dragonut no tuvo que cavilar pues lo sabía desde el principio. No pensó, simplemente lo entendió sin que nadie lo dijera, lo susurrara o lo escribiera. Aquel hombre, el magistrado imperial Wu-Yen, era en realidad el enviado de Godunya para proteger a la Joya, a la catalizadora del

poder de los Tres Soles, enviado para guardarla. No fue el magistrado quien había secuestrado la Joya, sino una mujer que viajaba con una gran bestia de piel parda, garras afiladas y cuernos puntiagudos. Ni siquiera la piel de dragón obsequiada por el Emperador de Oriente Godunya para su vasallo, pudo protegerlo del ataque de la bestia cuando intentó evitar el secuestro de la Joya. El magistrado imperial Wu-Yen intentó protegerla en cuanto los extranjeros sospechosos asomaron la nariz por la ciudad. La bruja aprovechó la distracción y se llevó a la Niña Joya. La malvada secuestradora era la misma mujer que casi mata al magistrado, y que Susurro en la Brumarecordaba

perfectamente de aquel templo abandonado donde tañían las campanas.

Susurro en la Bruma intentó defenderse ante el tribunal de magnánimos dragones que lo rodeaban en aquel espacio estrellado, aquel purgatorio de dragones eternos y supernovas donde no percibía si seguía flotando plácidamente o viajaba a gran velocidad, rodeado por tintineantes estrellas, por dragones o por asteroides.

Obró correctamente. Siguió los cánones y preceptos dragontinos. ¡Así se avanza en el sendero hacia la dragontinidad! ¡No era justa la ira del Emperador de Oriente!

El sueño de un dragón puede durar

cientos de años, de décadas, de siglos.  
A la vez, una vida soñada podía perecer  
en un solo instante.

Como la existencia de un dragón, eterna  
e inmortal, Susurro en la Bruma percibió  
la presencia elevada y omnipotente.  
Había ofendido a Godunya, Emperador  
Dragón de Kralorela, y por lo tanto  
había ofendido a todos los dragones.  
Había actuado con violencia contra un  
siervo del dragón, sin permiso ni  
autorización, sin justificación ni  
medida... El soberano de oriente  
clamaba y todos conocían de antemano  
la respuesta. La acción correcta, aunque  
fuese por enterrar una piel y devolver un  
alma perdida a su nido, no justificaba el  
asesinato de un siervo de Godunya.

¿Cómo distinguir la luz de la Iluminación? ¿Cómo actuar correctamente si la acción correcta se vuelve a la vez incorrecta? ¡Susurro en la Bruma obró con corrección y aun así era castigado! ¡Por ajusticiar correctamente a un asesino de dragones!

Aquel sueño era el principio de la penitencia. Godunya exigía que se negase el renacimiento de su alma en El Ojo del Dragón, adonde pertenecía y regresaría en la próxima reencarnación. Exigía que esa alma se volviera mortal y desapareciera, en los confines del firmamento, una vez su cuerpo físico se hubiera eclipsado marchándose para siempre de la tierra que pisaba. Exigía la exclusión de Susurro en la Bruma de

la senda a la Iluminación Dragontina. Si su alma no podía reencarnarse, jamás progresaría en la vereda de la dragontinidad, de la Iluminación.

Condenaba al dragonut a no trascender a dragón, a ser poseedor de una única y caduca vida.

Como un árbol con hojas doradas al llegar el otoño.

Susurro en la Bruma, sorprendido, no pudo evitar revolverse contra su destino injusto: excluido de la Senda del Dragón por haber obrado con corrección ante un mortal. Sentía rabia ante la incoherencia de su castigo habiendo actuado como de él se esperaba. La furia se apoderaba de su interior. Los instintos le alejaban de

la Iluminación, debía controlarlos ahora. Si Susurro en la Bruma quería recuperar la Senda de la Iluminación tendría que comenzar de nuevo el viaje desde bien abajo, desde la vergüenza y humillación del excomulgado y desde la humildad del aprendiz. Recuperar la Senda dragontina le costaría un verdadero suplicio de dolor, lágrimas y sangre.

La exclusión de la Senda Dragontina conllevaba la incapacitación para usar todo poder que fluía de la Runa de Eravassarr, la esencia dragontina y Runa del Dragonut. Nunca más podría celebrar el ritual de Utuma con el que avanzar un paso más hacia el despertar dragontino, ni podría retornar al nido y reencarnarse con un nuevo cuerpo.

Aquel instante de luz y de sombra fue un castigo que duró milenios.

Sentía náuseas y mareos. Sabía que había perdido una parte de sí. Le dolía todo el cuerpo, tanto el onírico que viajaba flotando por el universo como el físico que reposaba en la bodega de aquel barco navegando por Kahar. Sentía calambres en los músculos y quemazón en la piel. Tiritaba de frío y se asfixiaba por un furor interior descontrolado; su termostato interno había enloquecido violentamente. No quería morir y por primera vez en siglos sentía miedo. ¡Qué haría al despertar sabiéndose desposeído de su alma inmortal y excluido de su nido y de su vida anterior!

No temía a la marginación, vagar sin rumbo fijo era lo que menos le preocupaba. Sabía de la existencia de dragonuts renegados sin un nido donde refugiarse.

Era el miedo a la muerte lo que le bloqueaba.

Poco a poco fue despertando de tan agitado sueño con una tensión en los músculos desconocida para su recién estrenada mortalidad.

# Capítulo. VI «Cuaderno de bitácora. El Rompeolas del Sur»

*Gris*

*Muro de vapor impenetrable.*

*Manto cerrado como noches sin  
estrellas.*

*Ciegos, sordos, perdidos y aislados,  
atrapados buscadores.*

*Vapor de manteca, muralla de fosco  
celaje.*

*Hosca es la nube brumosa sobre Kahar  
implacable*

*Hambriento de embarcaciones, sin rumbo a la deriva.*

**Diario de a bordo. El Rompeolas Del Sur.**

**Fecha: Día Salvaje, Semana de la Armonía, Estación del Fuego, Año 1621.**

*Necesito fumar. Creo que el opio que llevo en la bodega no será suficiente.*

*¿Cómo me he dejado convencer?*

*Obligado, engañado, de nuevo me hallo en el interior del infierno, el interior de la Niebla. No tengo salida, ésta es la única oportunidad de escapar de Lur-Nop y volver a mi hogar, o de no regresar nunca. Viajamos con hembras a bordo, dos espíritus de los bosques,*

*quién sabe si son brujas o hadas. Necesito flor adormidera. No saldremos con vida de este infierno. A sumergirse en la Niebla dirijo esta nave insensatamente. Aquí dentro no existe el Sol. ¿Por qué nada atraviesa la Niebla? ¿Por qué la luz no puede penetrar? Son preguntas que jamás podrán ser contestadas. Dicen que los dragonuts traen la dicha pero...*

El Capitán Basín Basín escribía sus primeras impresiones en una vieja vitela, mientras daba las últimas caladas a su pipa de opio bajo la tenue luz de una tea, junto a su mono de pelo blanco. En la cubierta, el cielo hacía tiempo que se había tornado grisáceo y la calina de Kahar había envuelto completamente al

Rompeolas del Sur. En pocos días, sin la luz del sol como guía, nadie sería consciente del paso de las horas. El hambre o el sueño vendrían y se irían, pero la luz del cielo seguiría completamente igual. En Kahar, ninguna señal exterior atravesaba la obtusa bruma. No pasaban las horas, sólo la sed y el cansancio.

*—Tenemos suerte, la isla apenas se encuentra en el interior. Está muy alejada del Velo de la Niebla. De otro modo jamás hubiera pensado que tuviésemos posibilidades de arribar a puerto, y aun así, dudo que la travesía sea calma. Necesito más hierba. Ni Dormal mismo puede creer que lo conseguiremos sin pagar a Kahar un*

*alto precio. Viajamos con dos elfas, un mal augurio. Atraerán a los demonios del mar.*

Durante las primeras horas el capitán ya había intentado asustar a las aldryami, con la esperanza de que abandonaran la nave, con historias sobre el Velo de la Niebla. «Atravesarlo significa perder toda esperanza de vuelta», aseguró con gesto taimado. También intentaba asustarlas con leyendas sobre las *scylas*, las gigantescas serpientes marinas que engullían buques de un bocado. El capitán seguía convencido que si alejaba a las elfas de su nave, atraería a la buena fortuna.

—¡Enormes como montañas! De un solo

muerdo, una scyla puede engullir una flota entera, sea de barcos mercantes o militares.

Susurro en la Bruma despertó sobresaltado tras su agitado sueño. Estaba confuso. El sueño había resultado tan turbulento que Cráteros y Man-Yurý habían permanecido inquietos junto al dragonut, hacinados en la bodega del buque entre las viandas de marineros desconocidos. Nunca lo habían visto yacer de aquella manera; el despertar entre alaridos fue sobrecogedor. Las aldryami se habían llevado a Yun-Xu al camarote del capitán, el más aislado y apartado de allí, para que no se asustara con los gritos, pero allí les esperaban las

leyendas sobre las scylas. Cuando el dragón nonato recuperó el resuello, entre bramidos y bufidos, intentó exponer a Cráteros y Man-Yurý lo que dormido había conmocionado su universo onírico. Su despecho, su decepción y su equívoca desviación del Sendero del Dragón.

«No es un sueño como el vuestro», quería decir, pero intentar explicarlo sería inútil para las almas mortales. «Es la voluntad de uno de los Siete Dragones Auténticos, es el sueño del Emperador Godunya y con él se construye la realidad». Nunca lo entenderían. A partir de ahora estaría separado del que había sido su destino y la capacidad de morir formaría parte de su ser. Los

dragones eran seres más antiguos que el dios que trajo la muerte al cosmos. Los dragonuts no aptos para reencarnarse en dragón tendrían que aprender a fajar con ella, sin la vuelta al nido, sin la reencarnación tras cada perecer. La runa dragontina se había esfumado. Sentía que ya no formaba parte de él.

—Las scylas pueden sorber el mar de un solo trago —continuaba el capitán amedrentando a las elfas— y en Kahar hay siete por lo menos. Cuando aparecen, hacen que el mar hierva a su alrededor...

—Me llevo a la pequeña de aquí. — Shen agarró por el brazo a Yun–Xu y la condujo hacia las escaleras de cubierta.

Llevarla al camarote del capitán no había sido la mejor idea—. Las historias de este... hombre, me están poniendo nerviosa.

—Quizá el sueño sea otro peldaño — intentó tranquilizar Man-Yurý la enojada narración del dragonut—, otra prueba que superar. Quizá sea sólo un sueño, una ficción. La Senda de la Iluminación es un camino difícil que sólo la sabiduría de los dragones...

—¡Este mundo es el sueño del Dragón! —bramó el dragonut interrumpiendo al oriental—. ¿Qué diferencia un sueño de la realidad cuando estás dormido? ¡Nada! ¡Esta vida es un sueño y para mí ya no habrá despertar! ¿Cómo sabes que

tú no existes sólo porque estás siendo soñado por un dragón dormido? Así se construye el universo. Un descanso, buscando paz y armonía, que para un mortal es una vida entera de lucha y muerte, para un dragón es sólo reposo. Yo lo vi y lo oí, percibí a Godunya, Emperador Dragón de los Reinos de Oriente y la Tierra Sumergida. Estaba furioso, furioso conmigo. Mi tiempo ha empezado a terminar pero... ¡Obré correctamente! Como es la voluntad de Ouroboros. Él se equivoca...

Con estas palabras, el dragonut salió airado de la bodega aplastando un barril lleno de sal entre sus garras. Subió las escaleras de cubierta y con paso decidido se detuvo ante el palo mayor

del barco que mostraba orgullosa, triangular y extendida, la vela principal. Respiró profundamente, exhaló un sonoro grito de furia y arremetió contra el mástil sin contemplaciones.

A punto estuvo de derribarlo de un solo golpe. La madera crujió y el mástil giratorio (otro avance tecnológico oriental) viró violentamente. Tras dejar el mástil seriamente mermado, el dragonut se dirigió hacia la proa. En silencio, inmóvil, con la mirada perdida, se detuvo al lado del espolón delantero de la nave. Cráteros y Man-Yurý lo contemplaron atónitos. Dos marineros descendieron a la sala del cabestrante para enderezar el mástil de nuevo. Man-Yurý puso una mano sobre el hombro de

Cráteros y proverbio:

—La fuerza del tigre no será más poderosa que la sabiduría del dragón por mucho que afile sus garras.

Zishla dejó al capitán entre leyendas de serpientes colosales que devoraban flotas enteras mientras iba perdiendo la consciencia calada tras calada.

Paulatinamente, el capitán se había ido silenciando al tiempo que las palabras salían más arrastradas en ininteligibles manojos de balbuceos. Dormido quedó con la pipa aún encendida bajo una nube de humo blanquecino con olor a opio. La aldryani de melena salvaje y ojos malvas subió a cubierta. Buscó algo de luz tras aquella densa capota grisácea

que envolvía la nave. En la cubierta, ni el sol ni las estrellas brillaban; sólo una tenue atmósfera parda sin resplandor alguno. Luego bajó a los camarotes donde la luz de las teas resultaba más intensa que el pálido albor del exterior. No sabía si sería suficiente, pero comenzó a tallar runas en la madera de un compartimento tras haber reunido gran cantidad de focos de aceite. En la pared iluminada fue grabando diversas runas y glifos, de la luz y la verdad, runas sagradas y símbolos primordiales de Halamalao, a quien algunos humanos confundían con su «Yelmalio».

Demasiado tiempo iba a pasar lejos de santuarios conocidos y su dedicación a los rezos y oraciones solía ser

ininterrumpida. Con minuciosa  
meticulosidad terminaría su  
improvisado altar donde tararear  
súplicas y ruegos a la Luz del  
Crepúsculo.

La *Espina de Rosal* era algo más que un  
símbolo para las lanceras del Valle del  
Sauce en la cordillera de Shan–Shan.  
Para Zishla era más que un deber, y  
también una fortuna, proteger al Bosque,  
como Halamalao había hecho desde el  
principio de los tiempos. A estas  
alturas, navegando por Kahar, sólo ella  
podía recuperar los Tres Soles para su  
pueblo; y ningún otro pueblo los merecía  
como el aldryani. Shen era apenas un  
brote recién florecido, era un capullo  
demasiado débil y confiado.

—Puedo arreglar la madera herida —  
aseguró Shen tocando con delicadeza el  
astillado mástil del navío—, mi familia  
es, ¿cómo lo decís vosotros? Quienes  
tallan y cuidan la madera.

—¿Carpinteros? —intentó Cráteros  
ayudar mientras daba de comer a su ave.

—Sí, carpinteros —dijo Shen dudando  
sobre la idoneidad de esa palabra—.  
Ebanistas, oí una vez, creo que es un  
término más acertado; mi padre susurra  
y la madera se amolda. Mi familia me  
enseñó a tratarla con delicadeza. Creo  
que también podré arreglar esto y  
recolocar el bambú que tensa las velas.  
Pero no descuidéis a la niña mientras yo  
estoy aquí, no la dejéis sola ni un

momento.

—Bajaremos con la niña a los camarotes —dijo Cráteros— mientras reparas el mástil. No quites ojo al dragonut, está demasiado irascible y podría tener otro arrebato.

—Desde aquí apenas lo distingo entre la nube de niebla —dijo Shen achinando los ojos—. Es tan espesa que prácticamente no veo los lados del barco. ¿Por qué no quiere hablar? ¿Qué le pasa?

—Algo inesperado lo ha disturbado —dijo Cráteros—. Ya hablará cuando necesite hacerlo. Ahora déjalo estar.

Cuando Zishla hubo terminado de canturrear y reunió las teas suficientes

para que su improvisado sagrario fuese el lugar más iluminado del barco, subió a cubierta. Allí, las amarras crujían con chirridos fantasmales. Encontró al inmóvil dragonut, a Shen, a la partida de marineros encargados de ayudar a reparar el mástil principal del navío y al timonel. La belicosa aldryani vronkali extendió sobre el suelo un paquete que llevaba envuelto por varias hojas de palma. De dentro extrajo su extravagante arma, *Punzante*, como sonaría su nombre en idioma comercial. Era una lanza retorcida salomónicamente en su mango, recubierta de musgo verdoso y hojarasca, con sendos filos curvados a cada lado, lo cual la dotaba de la apariencia de una mohosa hélice.

Halamalao gustaba de tener fieles guerreros entrenados en la suerte de la lanza.

Con prodigiosa habilidad, la aldryani la hizo girar sobre su cabeza. Haciendo que rotara con potencia y velocidad, la arrojó girando sobre sí misma hacia el interior de la niebla produciendo un sonido similar al batir de las alas de cientos de pájaros. La lanza desapareció engullida por la Niebla, girando cual torbellino. Su sonido se difuminó igualmente, volviendo a aparecer desde el impenetrable telón grisáceo, regresando a las manos imantadas de la aldryani.

Entrenando con su arma permaneció la

vronkali durante varias horas. Tantas estuvo que rendida bajó a dormir, cuando los ojos se le cerraban, junto al altar que había erigido a Halamalao.

Cráteros no se iría a descansar sin limar ciertas asperezas con la intrigante mujer de los ojos azules, la polvorienta viajera de desconocido acento e ignota procedencia. Man—Yurý velaba el sueño de la pequeña Yun—Xu cuando el Mariscal se dirigió a la bodega.

Cráteros pensaba que quizá la niña hubiese ablandado finalmente el corazón del terco oriental; a fin de cuentas, por sus venas corría la misma sangre, la sangre de la casa Min—Tao. Tal y como esperaba, en la bodega halló a la mujer de ojos azules.

—Aún no me has contado por qué querías dejar Lur–Nop tan apresurada.

—Se acercó Cráteros con una sonrisa.

—Quizá porque no quiera contártelo — contestó ella con rudeza—. ¿Eres siempre tan molesto?

—No debes contestarme así —se soliviantó Cráteros herido en su orgullo varonil—. Me debes un respeto, eres una mujer.

—Vinga es también una mujer, y nunca se doblegó ante un hombre.

—No sé quién será esa Vinga, pero no me gusta su nombre. ¿Cuál es el tuyo?

—¡Que me dejes en paz! Guarda tus energías para los peligros del mar.

—¿Y esa herida de la mano? —La atención del Mariscal estaba fija en las sangrantes magulladuras que exhibía *Ojos de Lobo*—. ¿Cómo te la hiciste?

—Gracias por el interés... pero déjame en paz. Me gusta viajar sola. Para hablar con gente me hubiese quedado en el puerto de Lur–Nop.

—Eres una arrogante. ¿Naciste en una aldea orlanthi? Ya rogarás por la protección de un hombre.

Cráteros la dejó allí sentada fumando de su pipa. Se marchó cabizbajo, herido en su orgullo, en dirección al camarote que compartía con Man–Yurý y donde reposaba Dana con su capucha de cetrería. Cráteros escuchó la voz de la

mujer.

—Me lo hizo el dragón —dijo a sus espaldas—, me pisó la mano por accidente. Y el motivo de mi viaje ya te lo dije: voy buscando una cascada que fluye del revés.

—¿Una cascada que fluye del revés? ¿Cómo? ¿Agua que sube en lugar de caer?

—Eso es lo que busco. Dicen que tiene un gran poder. La primera vez que oí mentarla fue en el templo de Zola Fel, en Pavis, durante una ceremonia del Purificador. Una mujer la estaba buscando, se llamaba Gabriel y viajaba acompañada de un tipo llamado Eladar. Los Sacerdotes dijeron que una cascada

que se encontraba en la Isla Destino sería su cura.

—¿Su cura? ¿Estaban enfermos?

—Estaba manchada. El Caos Primordial la había infectado.

—La Mancha... ¿Y por qué buscas tú la cascada? —El rostro de Cráteros cambió.

—Yo estoy limpia. Era Gabriel quien estaba enferma, yo sólo quiero conseguir el agua. Se lo prometí a Eladar, su acompañante; en realidad estaba enamorado de ella... Pero basta ya. He pagado un pasaje, creo que tengo derecho a viajar sin que me molestes. — Y sin esperar respuesta se marchó. Cráteros la siguió con mirada suspicaz.

«La Mancha», caviló rumiante. Aquella historia no le gustaba nada. Al menos, desde que embarcaron, el Mariscal se encontraba más aliviado con respecto a otro problema: podía dormir sin temor, no había vuelto a soñar con la maga kralorí y sus besos lascivos.

En la cubierta de la nave, Shen reparaba el mástil del navío sin entender todo cuanto hablaban los marineros que la ayudaban: un viejo marino llamado Ulo Pencil, con la piel de la cara gris y dura debido a los miles de afeitados, procedente de Thesos como casi toda la tripulación y contramaestre del navío; un agimori de piel azabache llamado Onaeko, de gran estatura (no en vano los agimoris eran conocidos como

«hombres y medio» por su altura) y varios anillos de oro que adornaban su nariz y orejas; y un oriental llamado Hatori Ogami, procedente de un archipiélago llamado Vormain. Shen lo observaba tratando de distinguirlo de un kralorí, había oído afirmar a Man-Yurý que nada tenían que ver la gente de Vormain y la de Kralorela. Shen tampoco entendía gran parte de lo que hablaban, pero creía intuir que los tripulantes se refirieron varias veces a la mujer humana apodada *Ojos de Lobo*. Vio que la señalaban cuando salió a fumar, que gesticulaban nerviosos. Instintiva, la elfa concibió por las muecas que algo sabían de ella, o por lo menos que les era conocida. Varios se

llevaron el dedo pulgar al gáznate, un gesto que entre los hombres significa «muerte», lo cual hizo que la aldryani se sintiera intranquila y se apresurase con los arreglos de la madera.

## **Diario de a bordo. El Rompeolas Del Sur.**

**Fecha: Día Divino, Semana de la Armonía, Estación del Fuego, Año 1621.**

*¿Dónde está mi Dimas? Mi querido mono blanco, ¿dónde te has marchado? La hierba anda escasa en la bodega y ahora tú me dejas. ¿La locura de Kahar te ha llevado a desaparecer? Dimas me lo decía: «No vuelvas a la Niebla», y ahora ha desaparecido. ¿Dónde está mi*

*mono? Necesito fumar adormidera.  
¿Has salido huyendo del Terror  
Nublado? A Dimas le asusta la Lluvia  
Carnicera. Si el mono ha desaparecido,  
escondido en un rincón de la nave, tal  
vez sea porque una tormenta  
devoradora de carne se aproxima. El  
mono es un visionario, Dimas ve el  
futuro y prevé el tiempo. Hoy  
decretaré, como capitán al mando, que  
nadie pueda salir a cubierta... Nadie  
que no quiera morir devorado por la  
Lluvia Carnicera.*

Al lado de la estatuilla de Dormal,  
patrón de los marinos y expedicionarios,  
que sujetaba entre sus manos la concha  
de agua marina con que se bendijo el  
barco en su nueva botadura, el austero y

parco en palabras sacerdote fue el único que permaneció en cubierta, aparte del hierático y enhiesto dragonut que continuaba inmóvil en la proa. Desde la proa, el timón y el altar permanecían ocultos tras el tupido muro de densa Niebla. Desde la popa a su vez, invisible era la figura adelantada del dragonut que como estatua de cera se erguía junto al bauprés de proa.

El capitán había convocado en la bodega tanto a la tripulación como al pasaje.

Zishla bajaba las escaleras pensando que el vetusto azorado que guiaba la nave ya estaría asustado por alguna leyenda de marineros y serpientes.

La vronkali, tras encender todas las luces del pequeño altar que había construido y dedicar varios salmos y odas a Halamalao, *La Luz que nos Protege del Frío*, había subido a cubierta para desentumecer su cuerpo del rocío perpetuo de la Niebla, buscar un mínimo atisbo de luz en el cielo y entrenar el vuelo de su *Punzante* lanzándola con enormes parábolas a los confines de la Niebla y recogéndola al volver como si tuviera las manos magnetizadas. Apenas llevaba entrenado pocos minutos cuando había sido convocada la asamblea. Bajó de mala gana las escaleras que descendían a la bodega sin querer escuchar más cuentos del capitán sobre serpientes gigantescas

que engullían flotas enteras. En cubierta, mientras entrenaba, la elfa verde había tenido que soportar una vez más las supersticiones de la tripulación, escuchando como varios marineros asustados aseguraban que el canto de las sirenas hacía enloquecer a cualquiera que lo escuchara, guiando las naves a zozobrar irremediablemente. Los marinos habían estado toda la mañana lamentándose de su suerte y rogando a los dioses por no caer bajo el hipnótico canto de las sirenas. Todos ellos conocían al dedillo cientos de cuentos y sabían de primera mano decenas de casos de marineros que, tras escuchar la melodiosa voz de las sirenas de Kahar, habían perdido la voluntad

desapareciendo para siempre en la Niebla o apareciendo ahogados en la costa. Para sorpresa de la aldryani vronkali, no fue ninguna fábula del capitán de lo que se hablaba en la bodega.

—¿Cuántos más tienen náuseas? — preguntaba Basín Basín—. Se tendrán que quedar en un camarote aislados hasta que sepamos qué ocurre y quién es responsable. Podría ser contagioso.

Tendidos sobre sendos jergones de paja en el suelo de la bodega, se encontraban dos marineros. Se quejaban dolorosamente llevándose las manos al vientre. Uno convulsionaba incontroladamente. A ambos, de entre

los labios, se les escapaba una espesa baba de tinte azulado, mezclada con sangre.

—Alguien ha envenenado los víveres — anunció Cráteros acariciando la cabeza de Dana—. Tenemos que encontrar cuáles están inservibles y quién es responsable.

—Vámonos de aquí —dijo Shen agarrando por el brazo a Yun—Xu.

—Tened cuidado, y por si acaso, no bebáis ni comáis nada —aconsejó el Mariscal.

De pronto, Man—Yurý apoyó su mano temblorosa sobre el hombro de Cráteros. Éste lo miró y vio que el oriental tenía el rostro enfermizamente

pálido, la mirada perdida, la expresión endeble, mareada. El Mariscal sujetó a su compañero cuando le fallaron las rodillas. Se babó la comisura de los labios con saliva azul sanguinolenta.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás bien? —Se sorprendió el yelmalita—. Déjame ayudarte, apóyate aquí. Vamos, échate... tienes el rostro desfallecido.

—¡Decreto la cuarentena en el navío! —anunció el capitán Basín Basín a gritos, mientras el buque se llenaba de rumores y supersticiones sobre la mala suerte y el mal de ojo—. Contra maestre, hay que aislar a los enfermos hasta saber si el mal es contagioso.

Cráteros llevó a su compañero al

camarote que compartían.

—Afortunadamente —dijo el yelmalita — aún guardo una pequeña dosis de la infusión que las sanadoras blancas de Pomar nos regalaron en agradecimiento por su rescate; desafortunadamente, no hay para todos los enfermos. Nos aseguraron que estas raíces eran capaces de recuperar la salud ante cualquier mal. Vamos a comprobarlo.

El oriental quedó plácidamente adormilado tras ingerir la infusión que Cráteros preparó con las hierbas de Chalana Arroy, la Sanadora Blanca.

Todos los pasajeros volvieron a sus compartimentos. Cráteros regresó a la bodega y rápidamente se puso a

escudriñar entre los barriles del cargamento. Tenía una sospecha. «Infectados por la Mancha», mascullaba entre dientes. En uno de los barriles abiertos, repleto con agua dulce, encontró un paño empapado de un tejido oscuro. Examinó el jirón de tela mojada y comprobó que la prenda tenía lo que parecía... ¿Un resto de sangre? ¿Qué hacía esa tela en el interior del barril de agua dulce? ¿Era un resto de sangre o de veneno?

—¡Las magulladuras en las manos de la mujer! —exclamó saliendo de la bodega con rapidez en dirección al compartimento donde se alojaba la viajera apodada *Ojos de Lobo*. Zishla había permanecido callada observando

la escena. Cuando el Mariscal salió en busca de la mujer de ojos azules, la aldryani vronkali fue por el mismo pasillo pero en dirección opuesta. Recordaba que el obeso mercader del tic en el ojo había aparecido en la bodega con un corte en la cara.

En aquel momento nadie más se encontraba en el camarote del mercader.

—¿Has comerciado alguna vez con aldryami? —preguntó Zishla desde el umbral del habitáculo. El comerciante de Thesnos se sorprendió dando un respingo ante la aparición de la bellísima aldryani.

—¿Si he comerciado con... con qué? —preguntó guiñando el ojo incontrolado y

visiblemente ruborizado. La naturalidad y la escasez de ropa con que la vronkali se paseaba hacían enrojecer las costumbres culturales de la mayoría de los hombres. Ni las ninfas, ni las dríades, ni las aldryami eran humanas, pero las menos semejantes a sus árboles eran tan hermosas que la mayoría de los hombres sucumbirían por su belleza.

—Con aldryami —repitió la vronkali resoplando—. Con elfos, elfos como yo.

—Sí, por supuesto —contestó atropelladamente—. Siempre ha sido gratificante el comercio con... con, bueno, esto... con elfos. En mi país es muy valorado la artesanía y los tallados en madera de abedul. Siempre

esperamos a que pase la Estación del Aguapara fletar caravanas hacia el sur, hacia Fethlon. Una vez fuimos en expedición hasta...

—Entonces sabrás que somos un pueblo de palabra que repudia el engaño.

¿Cierto? —cortó tajante la aldryani al mercader, posando su dedo índice sobre la frente del hombre—. ¿Por qué te diriges a Isla Destino? ¿Qué hay allí de interés para ti? ¿Cuándo te hiciste ese corte en la cara?

—Me lo hice afeitándome y bueno; soy un hombre de negocios —dijo sonriente mientras secaba el sudor de su cara. De un arcón, junto al camastro donde sentaba sus enormes posaderas, extrajo

un pañuelito azulado—. Isla Destino es un lugar bastante aislado, por eso hay que aprovechar cada viaje para llevar mercancía. Seguro que los isleños pagan bien, he oído que tienen mucho bronce.

—Espero que, cualesquiera que sea tu comercio, no lleves nada de lo que puedas arrepentirte —amenazó sensualmente la aldryani vronkali adoradora de Halamalao.

—Solamente es sal —contestó el mercader visiblemente nervioso, acentuando el molesto tic que le hacía guiñar el ojo repetidamente—. Llevo un cargamento con varias gavetas con sal. La especia blanca se vende cara, es muy rentable para mí, y los isleños la

esperan con impaciencia.

Sin decir ninguna otra palabra la vronkali se dirigió hacia la bodega.

Cráteros detuvo a *Ojos de Lobo*, la mujer de polvorienta indumentaria e incierto acento, cogiéndola por el brazo. En cuanto la viajera sintió el contacto de la mano del Mariscal cerrándose en torno a su muñeca, con una sacudida se desembarazó hábilmente.

—¿Qué haces? —se quejó visiblemente molesta.

—Ahora quien hace las preguntas soy yo —contestó el templario impetuoso, arrinconando a la mujer contra una pared—. ¿Por qué buscas la cascada que fluye al revés? Los peregrinos viajan a

Zola Fel para que sus aguas los purifiquen. No me mientas, te lo advierto. Mírame a los ojos y dime, ¿estás libre de la Mancha?

—Ya te lo dije, yo estoy limpia. Era esa mujer, Gabriel, ella estaba infectada por el Caos y yo le prometí a Eladar que... Conseguiré las aguas y limpiaré a todos de la Mancha. El agua de una cascada que fluye al revés puede curarlo todo.

—¡Tú estás manchada! —bramó Cráteros abalanzándose sobre ella como un oso—. Tú has infectado a los marineros... ¡Has traído la Mancha a bordo!

—¡Estás loco! —La mujer evitó la acometida con una suave finta. Al

recuperar la compostura, el resplandor del filo de un puñal asomaba en su mano.

—¡No mientas! —acorraló Cráteros a la mujer mostrando el retazo de tela manchado con sangre que encontró en el barril de agua potable—. ¿No es esto tuyo? Has envenenado toda nuestra agua.

Desde su camarote apareció la pequeña Shen chistando.

—El señor Man—Yurý duerme junto a Yun—Xu. La infusión curativa está haciendo bien y le ha bajado la fiebre, pero ahora deberían ustedes bajar la voz para no molestarlo mientras descansa.

—Esta mujer —dijo Cráteros conteniendo la rabia— es la culpable

del envenenamiento de Man-Yurý y  
quién sabe de cuántos más. Encontré en  
un barril de agua potable este jirón de su  
ropa, manchado con su sangre infectada  
por el Caos. Este jirón de tela es suyo,  
seguro.

—Tranquilícese señor Cráteros —lo  
apaciguó la aldryani—. Esta mujer no  
está manchada, lo que está es  
atemorizada. Su ropa está raída, sí, pero  
eso no la hace culpable de  
envenenamiento. Mi túnica está también  
hecha jirones. ¿Acaso luce mejor la  
suya? ¡Mire nuestro atavío después de  
marchar durante tanto tiempo!

Shen tomó con delicadeza una de las  
manos de la mujer, quien permanecía

callada, respirando pesadamente y congestionada. La aldryani cerró los ojos un instante y sintió el tacto de su piel.

—No creo que mienta —dijo—. Está asustada como un cervatillo perdido.

—¡Está asustada porque sabemos que está infectada! —bramó el hombre.

—Que no —respondió la aldryani—. Está atemorizada, pero no está manchada... puedo percibir que su miedo es real.

—Sólo intento encontrar una cura para los enfermos, se lo prometí a...

—La sensibilidad aldryani es de aguda percepción. —Desde el otro extremo del

pasillo apareció Zishla. Ella tampoco percibía maldad en la mujer—. Vengan a la bodega. Solamente espero hallar un cargamento de sal, y si no, habré encontrado al culpable de los envenenamientos.

Cráteros la siguió con una mirada de desconfianza.

## **Diario de a bordo. El Rompeolas Del Sur.**

**Fecha: Día del Frío, Semana de la Muerte, Estación del Fuego, Año 1621.**

*La niebla nos ha tragado. Sólo nos queda rezar a Somash Mimi, protector de mercaderes, y a Dormal, patrón de*

los marinos. El pesado manto blanco de Kahar nos envuelve completamente y no existe rayo de Sol que logremos atisbar. Kahar respira pesado y los marineros están asustados. Me falta hierba para fumar. He visto fantasmas menos terroríficos que este océano. Dimas sigue perdido, tal vez asustado y escondido en algún rincón del Rompeolas. Nadie sale a cubierta, en cualquier momento puede caer la Lluvia Carnicera, estoy seguro. Confío en no perder el rumbo y mañana llegaremos a la isla. Calculo que tres jornadas han pasado sólo desde la partida pero en el interior de Kahar no podemos estar seguros. Aún no sabemos que produjo el

*envenenamiento y la tripulación sigue cayendo. Un marinero ha perecido y otros dos han enfermado entre desgarradores dolores. Nos desharemos del cadáver.*

El capitán Basín Basín contendía con Shen frente al cuerpo del primer marinero que había fallecido debido al envenenamiento del agua potable. Todavía no sabían si el cadáver podría contagiar alguna enfermedad pero el capitán quería deshacerse de él. Shen estaba realmente asustada por las leyendas que había oído acerca de las terribles scylas, las serpientes marinas que provocaban las mareas con sus movimientos y cuyas mandíbulas eran capaces de tragar embarcaciones

enteras. La aldryani mreli se oponía a arrojar el cadáver al mar, pues si una de estas colosales serpientes olía el cuerpo, vendría a comerlo y reclamaría más alimento; el *Rompeolas del Sur* estaría en peligro si una scyla seguía el rastro de la sangre del cadáver. El capitán, en cambio, quería lanzar el cadáver al mar antes de que fuera Drospoly, el diablo de *La Muerte Fría*, quien lo reclamará:

—No podemos navegar con un muerto a bordo —negaba con la cabeza repetidamente—. La scyla podría olerlo, pero *La Muerte Fría* lo requerirá seguro. ¿No has oído hablar de Drospoly? Todos los marinos que fallecen en Kahar desaparecen

sumergidos en la Niebla hasta que el *Abismo de las Aguas Heladas* los exige. Los muertos, los cadáveres, los difuntos... Todos desaparecen hasta llegar al *Templo Abisal* donde nunca pudo llegar la luz del Sol, y pasan a engrosar las filas de los barcos fantasmas de Drospoly. Flotas de buques submarinos que navegan igual sobre y bajo el mar, con tripulaciones enteras de muertos, momias y esqueletos, son gobernados por *La Fragata del Horror Secreto*. Si un cadáver despierta en el *Rompeolas del Sur* será Drospoly, *La Muerte Fría*, quien vendrá a reclamarlo seguido por sus embarcaciones de difuntos y sus deformes monstruos abisales.

—Podemos conservar el cadáver en salazón —se le ocurrió a la aldryani, quien seguía horrorizada ante la idea de atraer a una serpiente del tamaño de un bosque—. Si utilizamos uno de los baúles del cargamento de sal, el muerto quedará conservado por la especia. No habrá esquejes que germinen para el diablo marino.

Fue la propia Shen quien se encargó de embalsamar el cuerpo y guardarlo en el baúl convertido en sarcófago de sal. Durante ese tiempo, Zishla rezaba entregada en su altar. Susurro en la Bruma seguía impertérrito en la proa del navío. Cráteros velaba el debilitado despertar de Man—Yurý, las hierbas de las Sanadoras Blancas de Chalana Arroy

habían obrado el milagro. Yun—Xu no se despegó un solo instante del lecho de su tío. El oriental despertó endeble y muy desorientado. Cráteros le ayudó a ponerse en pie. Si el capitán estaba en lo cierto, en pocas horas llegarían a Isla Destino. Convenía que Man—Yurý paseara para despejarse, antes de arribar a puerto.

—Subiremos a caminar a cubierta — dijo Cráteros—. Te vendrá bien que la brisa marina te despierte. El aire aquí abajo está rancio y viciado.

—Tened cuidado —advirtió el capitán Basín Basín—. No permanezcáis mucho tiempo ahí fuera; horrores marinos acechan en el interior de la Niebla

sedientos por la sangre de incautos marineros. *La Lluvia Carnicera* no os daría tiempo de guareceros.

Pocos eran los tripulantes que faenaban en cubierta; el timonel agimori de nariz anillada; el sacerdote de Dormal orando y salpicando la cubierta con agua de mar; dos marineros, menos barbudos tras el afeitado obligatorio, que se encargaban de mantener el velamen y los cordajes del navío; y otros tres más que estaban atareados en arrancar del maderamen las malditas *termitas de* Kahar. Sujetos mediante cabos, se descolgaban por el casco tratando de limpiarlo de las voraces *termitas*, que más parecían mejillones, capaces de abrir boquetes en el casco del tamaño de

un puño en cuestión de minutos. Nadie estaba encargado del puesto de vigía, era absurdo, ningún marino alcanzaría a otear nada a unos pasos de distancia. En la proa aún permanecía paralizado e irreductible, ante cualquier estímulo exterior, el enorme cuerpo de Susurro en la Bruma.

Cráteros ayudaba a caminar a su debilitado compañero Man-Yurý. Un lento y sosegado paseo que esperaba desentumeciera los rígidos músculos envenenados del oriental. La densa bruma los envolvía pesadamente, una niebla espesa, viva. Se podía palpar el tupido tacto de la nube, catar su aroma... Un amargo sabor quedaba en el paladar al respirar tan envenenada brisa

marina. El viscoso nubló que devoraba la embarcación parecía latir con espasmos hambrientos, el vapor de Kahar era un mantecoso muro que impregnaba la piel de olor a espanto, de oscuridad blanca, de ceguera y muerte. Desde estribor apenas se intuía el babor del barco, y ni mucho menos se alcanzaba a ver al dragonut desde la posición del timonel o viceversa. El barco se balanceaba siguiendo las corrientes marinas. La Niebla permanecía estática, densa, compacta, como un depredador que inmóvil y sigiloso espera un descuido de su presa. Cráteros y Man-Yurý decidieron volver a la seguridad del interior del casco, ahí fuera la atmósfera hedía infecta.

Caminaban a paso lento cuando un murmullo atrajo la atención de ambos. Oyeron un quejido y detuvieron su caminar, el bisbiseo se transformó en llanto. Entre la Niebla se vislumbraba una figura.

El fantasmagórico contorno parecía ser el de una niña, una muchachita pequeña que lloraba amargamente. Ambos se asustaron, «¡Yun—Xu!», exclamaron. Guiados por el llanto de la pequeña se acercaron a la figura de la niña vestida con un kimono blanco.

—Yun—Xu, te ordeno que vengas aquí de inmediato —mandó quedo Man—Yurý.

—¿Son mis ojos que me engañan? —

Cráteros dudó—. La maldita Niebla blanca nos está devorando los sentidos, creo que no es de Yun—Xu de quien oímos el llanto.

Al acercarse, incapaces de distinguir el trémulo rostro con claridad, la figura de la niña desapareció desvanecida entre jirones de niebla, como si nunca hubiera estado allí. Entre lamentos y el ulular del viento escucharon una pregunta que también se difuminó: ¿Tiene usted sal?

El eco de esas palabras rebotó en los oídos. Aquella pregunta les confundió tanto como el espesor del manto neblinoso que los envolvía. Ambos se miraron extrañados, ¿era aquello real? ¿O sólo una mala pasada que la Niebla

jugaba a sus sentidos? La figura de la niña había desaparecido y el llanto se había apagado.

—¡Demonios yacen escondidos en la Niebla! —se alarmó Cráteros—.

¡Volvamos junto a Yun–Xu! No debimos dejarla sola.

—Yo también la he oído llorar —dijo la pequeña Yun–Xu apareciendo de improviso entre los cúmulos de vapor. Los dos guerreros se sobresaltaron. Hasta que la pequeña llegó a su lado, no estuvieron seguros de si aquella niña era real u otra alucinación potenciada por la Niebla y el miedo.

—¡Nunca te muevas sola por el barco!  
—Man–Yurý exclamó usando su lengua

natal, con las escasas energías que había conseguido reunir—. Me has oído bien, Yun—Xu. He dicho que nunca subas sola. Siempre debes permanecer con uno de nosotros.

—Lo siento, no volverá a suceder. Sólo escuché que alguien lloraba y quise...

—¡Sal! —Susurro en la Brumahabía despertado súbitamente de su letargo con aquel bramido. Sus compañeros de viaje no lo vieron pero escucharon su voz. De entre la espesura blanca apareció rala la enorme e imponente figura del dragonut, avanzando a grandes zancadas. Pasó junto a sus compañeros sin cruzar palabra. Como un rayo, el dragontino traductor bajó las escaleras

que descendían desde la cubierta a la bodega.

—¿Tienes fuerzas para llevar a la pequeña al camarote? —preguntó Cráteros a Man-Yurý confiándole el cuerpo de Yun-Xu—. El dragón ha despertado.

A toda prisa, el yelmalita encaminó sus pasos siguiendo al dragonut.

Expeditivo, el dragón nonato entró en la bodega donde Shen todavía embalsamaba el cadáver del marinero muerto. Con estrépito, Susurro en la Bruma arremetió contra varios de los baúles que embarcara el mercader del tic nervioso en el ojo. Los abrió con fuerza esparciendo el cargamento de sal

por el suelo de la bodega.

—¡Ten cuidado! —lo reprendió Shen, molesta aún por el silencio que el dragonut había mantenido hacia ella desde que embarcaran, y enojada además por sus airosas maneras que ponían en peligro el devenir de la búsqueda.

—¡Sal! —volvió a gruñir el dragonut rebuscando entre la especia de los arcones.

El obeso mercader, Mahatma Fut, nunca vio su enorme cargamento de especia desparramado por los suelos de la bodega. Pero no fueron las ingentes cantidades de sal lo que llamó la atención de los allí presentes... El

dragonut se arrodilló y lo recogió del suelo, de entre una montaña de sal. Cráteros y Shen se acercaron en silencio. En la entrada de la bodega aparecía el perfil, aún algo encorvado, de Man-Yurý, protegiendo entre sus brazos a la pequeña Yun-Xu. El traductor dragontino recogió entre sus garras un papiro de color rojizo. Le quitó la sal con un fuerte soplido. Lo desplegó leyéndolo en voz alta y traduciendo su contenido escrito en *Nuevo Peloriano* al idioma comercial.

*«La Palabra no Pronunciada ha dictado:*

*Se recurre a sus artes para que La Palabra recupere a la Niña Joya.*

*Tras los fracasos del agente Xvarnak con los mensajeros de Godunya en Occidente, y la ineptitud de la Dama Ming en Kralorela para conservar a la Niña Joya, quien fue raptada delante de sus propias narices, se requiere de sus siempre eficaces y sofisticados servicios. Su misión es recuperar a la Niña Joya durante el viaje marítimo que los entrometidos emprenderán, acorde con las informaciones de nuestro espía Horacé, desde el puerto de Lur–Nop.*

*Si alguien resulta molesto, elimínelo. Utilice sus poderes oníricos para conseguirlo. Cuando llegue a Isla Destino, los agentes Horacé, Xvarnak y la Dama Ming estarán esperando en el*

*puerto, para encargarse de la Niña  
Joya.*

*El fracaso en esta misión acarreará su  
propia ejecución.»*

*No nos defraude*

*La Palabra No Pronunciada*

Cráteros arrebató la vitela al dragonut.  
La apretó con fuerza entre sus manos.  
Sintió ira, furia, un arrebató de violencia  
que le ascendía por la espina dorsal.  
Resopló y contuvo la respiración. Una  
gota de sudor resbaló por su sien. No  
sólo debían lidiar con el infierno de  
Kahar, un inesperado invitado se había  
sumado a la travesía. Man-Yurý se  
sintió mareado, el oriental se encontraba  
muy débil aún. Tuvo que sentarse en el

suelo apoyándose en el marco de la entrada para no caer. Shen quedó boquiabierta, no daba crédito a lo leído por el dragonut. El miedo se multiplicó y sus temores volvieron a golpearle la cabeza.

—¡Muéstrate sombra infernal! —estalló Cráteros sintiendo el latir acelerado de su corazón, bombeando sangre hirviendo a la cabeza. Parecía hacer un gran esfuerzo por no salir corriendo, convulso y al borde del colapso nervioso—. ¡Todavía no nos has cazado! Sal de las tinieblas y enfréntate...

—Si ese maleante de Thesnos es quien ha osado... —susurró amargamente

Man-Yurý, poniéndose en pie con un hercúleo esfuerzo debido a su convalecencia—, quien ha intoxicado la vitualla, pagará con su vida por tamaña ofensa...

Tuvo que callar el orgulloso albacea oriental cuando, sin fuerzas suficientes, sus palabras quedaron silenciadas. Necesitaba reposo para recuperarse plenamente.

—No hagas esfuerzos en vano —trató de tranquilizar Cráteros al desfallecido Man-Yurý. Sus roles parecían haber cambiado—. Debemos estar fuertes para encontrar el origen del mal.

—Si Xvarnak nos está esperando en el puerto —temblaba la voz de Shen—

quizá el capitán pueda desembarcarnos en otro lugar de la isla, donde no nos espere una funesta bienvenida.

—La Guerra de los Tres Soles empezó hace tiempo —se inmiscuyó Zishla que llevaba rato observando la escena desde el pasillo de los camarotes—. No debemos andar con remilgos y contemplaciones hacia un enemigo que nos amenaza. Los Soles entregan su calor al Bosque, son néctar para Aldrya y semillas para Flamal. Son el alimento para que la hierba crezca verde y el fruto caiga maduro. Son los estambres polinizados de la corola que pisamos, el germinar de la primavera y el calor protector en invierno. Arrasaremos a los enemigos que pretenden acabar con

nuestro mundo, cuyas raíces se extienden dentro de este barco. Ninguno merece misericordia, ni la vida que desprecia. Ningún hombre en este barco merece la compasión de Aldrya ni el calor de Halamalao, sino las espinas puntiagudas de sus rosales. Si arrasamos con toda la podredumbre, se terminará con la plaga.

Todos miraron anonadados las belicistas palabras de la vronkali. Sólo Shen las había seguido sin perderse en las metáforas vegetales de tan agresivo discurso. Zishla hizo un molinillo girando su arma retorcida sobre la cabeza.

Dana graznó, posada sobre el guante cetrero de Cráteros.

Como impulsado por un resorte, Susurro en la Bruma arrebató de nuevo la carta de las manos del Mariscal propinándole un empujón que lo hizo tambalearse. Salió disparado por el pasillo de los camarotes en dirección al cuchitril del obeso mercader de Thesnos que se hacía llamar Mahatma Fut.

El sorprendido comerciante no tuvo tiempo ni oportunidad de reaccionar. Comía plácidamente en su aposento cuando el huracán dragontino irrumpió con estrépito. Le arrancó la comida de entre las manos e introdujo en la boca la carta que acababan de encontrar en la bodega, el pergamino rojizo tenía un gusto salado.

—¡Así que ahora comes tus propios alimentos! —exclamó Zishla aparecida junto al dragonut—. ¿Ya has envenenado todos los nuestros, cerdo seboso?

Susurro en la Bruma, sujetando por el cuello al mercader, lo levantó en vilo varios palmos del suelo con descomunal fuerza bruta. El tic del ojo se le acentuó. A un lado Cráteros y al otro Zishla, exhibieron sus armas. Ambos clavaron en el asustado y sorprendido rostro del mercader sendas miradas cargadas de furia.

—¡Confesarás ahora! —rugió el dragonut—. Ya no poseo una eternidad.

—¡No sé de qué me hablan! —  
lloriqueaba el mercader con el papiro

aún dentro de la boca—. ¡Tengo dinero!  
¡Os daré todo lo que pidáis pero no me  
hagáis daño!

—¡Querías envenenarnos a todos! —lo  
acusó Cráteros—. Pagarás por lo que ya  
has hecho y por lo que pretendías. Luego  
iremos por Xvarnak de una vez por  
todas.

—¡De verdad, os lo ruego! —gimoteaba  
el mercader entre sollozos—. ¡No sé de  
qué me hablan! ¡Yo no he envenenado a  
nadie! ¡Tengo oro! ¡Joyas! ¡Cogedlo  
todo!

—Vamos a registrar tu pocilga —dijo  
Cráteros—. Si encontramos la ponzoña  
con la que envenenaste el agua, date por  
muerto.

No pasó mucho tiempo antes de que todo el pasaje y la tripulación se hallaran reunidos en torno al compartimento. El alboroto provocado era demasiado bullicioso para pasar inadvertido al resto de embarcados. El mercader había sido atado al taburete donde se encontrara comiendo. Una mordaza improvisada le impidió protestar mientras ponían patas arriba todas sus pertenencias. Buscaban con dedicación, seguros de que allí encontraría algún indicio.

—Siento el enérgico palpito de la Runa de la Verdad, Yelmalio no equivoca sus presagios —aseguró Cráteros—. El enemigo está muy cerca, pero no logro reconocer su rostro.

—Ante Halamalao jurarás inocencia, o abrasada quedará tu piel si mientes, pusilánime criatura —advirtió Zishla posando una de las hojas de su arma retorcida sobre la mejilla del mercader. La vronkali comenzó a canturrear concentrando sus oraciones en las runas solares grabadas en su arma; sin embargo, no obtuvo el efecto deseado. El metal, orlado con una fila de runas, símbolos de la verdad, no cambió de temperatura como hubiese hecho ante la aparición de falsas palabras.

—No estoy segura de que mienta —reconoció finalmente la aldryani—, pero tampoco de que diga todo lo que sepa.

—Nos están tendiendo una trampa y no

somos capaces de ver el cepo —musitó Shen angustiada.

—Esos tres gandules de ahí, ¡que suban a cubierta a quitar termitas del casco! No quiero acabar en el fondo de Kahar antes de llegar a puerto —ordenó el capitán a tres marineros recostados en la bodega; el agimori imberbe, negra piel como ébano y nariz anillada con oro, y otros dos barbudos procedentes de Thesnos, de pelo grueso y ensortijado —. Si los parásitos abren una vía de agua en medio del océano, me dará igual que me hayan contagiado *la enfermedad del agua*. De momento y por si acaso, no bebáis de los barriles abiertos. Estamos cerca de llegar.

El cansancio y la sed estaban haciendo mella en el pasaje y la tripulación... Y el puerto seguía sin aparecer. Susurro en la Bruma se quedó con el mercader, atado y amordazado, mientras Cráteros y Zishla peinaban la embarcación en busca del antídoto que delatara al envenenador del agua.

Man–Yurý estaba demasiado cansado y reposaba atendido por Yun–Xu y Shen.

Dormida se quedó la niñita kralorí cuando Shen escuchó un gemido tras la puerta, era un llanto débil, apagado. Man–Yurý refunfuñó desde su lecho pero no abrió los ojos. La aldryani agarró su bastón con fuerza y se acercó a la puerta.

Abrió con cautela. La débil luz de alguna lejana lámpara de aceite apenas permitía distinguir a contraluz el contorno de una pequeña figura.

Lloriqueando en el umbral oscuro de la puerta, Shen encontró la silueta de una niña kralorí, no más alta que Yun—Xu, pero bastante más delgada. Entre pucheros y gimoteos extendió una mano paliducha hacia la aldryani. Cuando la escuálida mano quedó extendida, la niña calló. El crujir de los viejos maderos se detuvo, sólo se escuchaban los latidos desbocados del corazón de Shen.

La aparecida figura formuló una pregunta: ¿Tiene usted sal?

Shen parpadeó entre el miedo y la

sorpresa. Aquel pestañeo fue suficiente para que la niña de delgada figura y pálido rostro se esfumara frente a sus ojos. La aldryani, más asustada todavía por la inexplicable desaparición, tropezó con sus propios pies. Cuando levantó la vista hacia el umbral, la niña se había evaporado. El aire no se movió en el pasillo. Simplemente, ya no estaba allí. Shen brincó hacia atrás asustada. ¿Había sido sólo una alucinación tras tantas horas encerradas? El chasquido de los tablones de madera crujiendo ocupó de nuevo el silencio de la nave.

Cráteros, Zishla y Susurro en la Bruma, habían reunido a todos los hombres disponibles en la bodega. Las horas pasaban y la búsqueda de bebedizos

resultaba infructuosa. Ni veneno, ni antídoto, ni tampoco rastro alguno de Isla Destino en el inescrutable horizonte blanco.

—Será mejor que el culpable aparezca pronto —amenazó Cráteros a los presentes—. Si no llegamos en pocas horas a puerto, los envenenados morirán, a menos que encontremos la cura del agua. ¡Mataré a quien la oculte!

—¿Y si la enfermedad no sólo se propaga por el agua, sino que también lo hace entre las personas? Será peor que morirnos de hambre. Ya no queda un solo tasajo de carne en salazón — aseguró el sacerdote de Dormal, dios de los marinos, un enjuto sureño de tez

oscura y ojos penetrantes.

—Ten fe en tu capitán —contestó Basín Basín—. Llegaremos pronto a puerto.

Un chillido de desgarrador espanto rompió la tensa atmósfera. Un alarido que provenía desde la cubierta de la nave. La tripulación corrió alarmada en todas direcciones.

—¿Qué sucede ahí arriba? ¡Rápido! ¡Tened cuidado! ¿Qué demonios pasa en cubierta? ¡Vamos! ¡Rápido! ¡No os quedéis mirando como pasmarotes!

Varios marineros se detuvieron bajo el mástil principal de la embarcación. Miradas de horror y espanto se cruzaban trémulas. Rostros empalidecidos mostraban la congestión desesperada del

pánico. Un rojo goteo de sangre había encharcado la base del palo mayor.

Los más valientes marineros lo encontraron en la traviesa del mástil, del cual pendía la vela mayor. Del listón colgaba un cuerpo enrojecido y oscilante. Como un péndulo inerte, acompañaba a los vaivenes del oleaje. El cuerpo tenía rajada la barriga y de sus propias entrañas aparecía un tenso y ensangrentado intestino que lo ataba al mástil. Era el cadáver de un marinero lo que colgaba, horriblemente mutilado, un sureño originario del reino de Thesnos, tendido de sus propias tripas. La imagen resultaba terroríficamente dantesca; y la muerte, humillante.

—Bajadlo de ahí —ordenó Basín Basín tragando saliva—. ¿Dónde está mi pipa? ¡Quiero fumar! ¡Necesito mi hierba!

Algunos marinos no pudieron soportar tan espeluznante visión y de entre ellos, sólo los más rápidos llegaron a vomitar por encima de la barandilla hacia el exterior del barco, hacia las aguas heladas de Kahar. Otros muchos lo hicieron allí mismo, salpicando los pies de sus compañeros. Los marineros más enteros se aplicaron con esmero para descender el cadáver colgado. Quien lo pusiera allí arriba lo había hecho con diligencia. El intestino, anudado fuertemente, había aguantado todo el peso del cuerpo. Al bajarlo, comprobaron que el cadáver guardaba

otra sorpresa para el capitán. El capitán estalló en sollozos. El fallecido mordía un trozo de carne ensangrentada, el cuerpo pulcramente despellejado de su mascota, su mono Dimas, con la cabeza introducida en la boca del marino. De la piel blanca no había el menor rastro. El capitán necesitaba fumar imperiosamente y salió disparado hacia el interior del navío.

—¿Tiraremos el cuerpo al mar? — preguntó un marinero de pelo ensortijado, más bajito que el resto.

—No —contestó Shen apareciendo entre el horrorizado corro de pasmados marinos—. Lo bajaremos a la bodega y yo lo embalsamaré. Ninguna sierpe

marina debe oler el hedor de la sangre roja.

—¡Pero no escuchaste al capitán! Muy cerca estamos de los dominios de Drospoly —se alertó el sacerdote de Dormal, patrón de los marinos—. Si *La Muerte Helada* hace despertar a los cadáveres en el barco, Drospoly vendrá a reclamarlos con una flota de horrendos muertos vivientes, de ahogados vueltos del infierno.

—Primero lo embalsamo antes de que las scylas lo huelan —insistió Shen con ímpetu—. Otro marinero debe ocupar su puesto arrancando la plaga de termitas. Puedo percibir que la madera está sufriendo.

—Eso es lo más terrible de todo —  
apuntilló el contraamaestre Ulo Péncil  
señalando al muerto—. Él no se  
encontraba en cubierta. Estaba  
durmiendo abajo cuando de repente, y  
sin que nadie lo viera, apareció colgado  
ahí arriba. Del sueño a la muerte.  
¡Estamos malditos!

—¿Cómo es eso posible? —preguntó  
Shen con ojos incrédulos.

—Estaba en un jergón descansando,  
durmiendo. Yo no lo vi moverse y, de  
pronto, apareció aquí arriba, colgado de  
sus propias tripas.

—¡Eso es imposible! —exclamó Shen.  
Incluso asustado, su timbre aldryani  
sonaba dulce a los oídos humanos—.

Alguien tiene que haber visto cómo lo subían al palo.

Cuando la aldryani descendió los escalones de cubierta, escuchó que algunos marinos aterrados acusaban a un «*espectro chupasangre*» o «*espíritu lame-heridas*» de la muerte del marinero y del mono.

El silencio se apoderó del interior del barco. El mismo silencio, sólo alterado por suaves olas y parsimoniosas mareas, que agitaba mansamente el Océano de Kahar. De Isla Destino no había el menor rastro y el pesimismo oscureció a todos y cada uno de los corazones que intranquilos temían por dejar de latir. La isla podía estar a menos de un centenar

de pasos pero la Niebla blanquecina de impenetrable opacidad hacía imposible localizarla si el barco no se golpeaba de bruces contra ella. El cansancio, la sed, los enfermos, y ahora un asesino... Una atmósfera angustiosa inundó el interior del navío. El capitán Basín Basín no fue capaz de escribir ni una sola página más de su diario de a bordo. Se quedó en su aposento, fumando y fumando de la escasa hierba que aún conservaba como tesoro, adormilado por el hipnótico tóxico del opio, mezclando la realidad con sus propias fantasías, buscando refugio y escapando de aquella pesadilla endemoniada llamada Kahar. A su lado, un mono imaginario de nevado pelaje blanco le susurraba al oído.

Las horas pasaban interminables.

Isla Destino no aparecía.

Otro marinero y el contraamaestre cayeron enfermos.

Entre la tripulación asustada se extendían los rumores sobre la infección. Decidieron aislar a todos los enfermos, pero ningún marinero quiso enfrentarse a Cráteros cuando éste se interpuso entre ellos y su amigo oriental. Man-Yurý se encontraba mejor, a pesar del fuerte dolor de barriga y la incontrolable tiritona. Poco después fue el propio Cráteros quien comenzó a sentir náuseas y mareos. No recordaba haber bebido agua envenenada, pero sin lugar a dudas, esos eran los primeros

síntomas de la infección. «No puede ser posible, yo no», se lamentaba el Mariscal sufriendo en silencio un frío seco que recorría el interior de su cuerpo. El graznido de Dana sonó angustiado. Tanto penar por desiertos y montañas para morir intoxicado en aquel miserable barco, perdido en el interior de Kahar.

Shen percibió que algo no andaba bien, distinguió un velado rostro de padecimiento en el semblante de Cráteros.

—No se encuentra bien, puedo sentirlo —aseguró tocándole la frente—.

Señor... ¡Está ardiendo! ¡Se ha contagiado! Déjeme hacerle una infusión

con la última hierba de Chalana Arroy que aún conservamos. Hay suficiente para una última dosis, una dosis para usted. Necesitará estar fuerte si el asesino destripador vuelve a atacar.

—¡Voy a buscar mi propio antídoto! —farfulló Cráteros con la furia de un depredador reflejada en sus ojos almendrados. Trató de ponerse en pie. Las paredes daban vueltas a su alrededor. La mirada pétrea del Mariscal, impositora de respeto, había sido sustituida por un perturbado gesto de rabia asesina, de ira, de odio, de terror. Cráteros salió tambaleándose por el corredor. Desenvainó su espada, cruzó un corto pasillo e irrumpió en el aposento donde todavía permanecía

atado y amordazado el obeso mercader Mahatma Fut (nadie sabía cuántas horas llevaba, pero ya se había orinado encima en dos ocasiones). Cráteros entró cabeceando, hecho una furia iracunda, un animal herido, reflejo de la frustración del guerrero vilipendiado por artes oscuras. Babeaba saliva levemente azulada. De un violento tirón arrancó la mordaza que tapaba la boca del comerciante.

—¿Dónde está el veneno? —le gritó golpeándole la cara con la palma de su mano—. ¿Con qué ponzoña me has envenenado? ¡Tú no enfermas pero comes como un gorrino! ¿Dónde guardas el antídoto? Acabaré contigo, después con Xvarnak, y con el asesino cobarde

que ha colgado al marinero de sus propias tripas. ¡Que venga aquí si tiene agallas!

—Por favor, señor Cráteros —pidió Shen susurrante apareciendo tras el Mariscal—. No sabemos quién ha envenenado el agua. Déjalo ya, puede no ser este hombre.

El Mariscal tenía la mirada robada por la locura, alzó su *Colmillo Dorado* y lo acercó al cuello del aterrorizado mercader que volvió a orinarse encima, esta vez producto del pánico. Antes de asestar el golpe, Cráteros sintió una enorme fuerza que lo retuvo por la muñeca. El dragonut que tanto camino había compartido con él, le sujetaba del

brazo con firmeza.

—Los bosques llevan siglos sobre la tierra y hablan con sabiduría —dijo Susurro en la Bruma con voz sibilante—. Quitar una vida es fácil, pero, ¿cómo se la devolverás si has errado la presa? El sendero de la Iluminación es complicado para los impetuosos y recto para los justos.

Cráteros sentía el punzante dolor del veneno en su estómago y la ira de la impotencia en su corazón. Él no podía morir, todavía no, así no. Rompió con una lágrima de rabia y miedo. Respiró hondo. El dragonut rebajó la presión sobre su muñeca cuando sintió que se tranquilizaba.

El enajenado Mariscal reparó entonces en otras dos personas que estaban observando la escena en silencio, los dos pasajeros kralorís de ostentosos y pulcros kimonos que desde Lur–Nop habían viajado, ya nadie recordaba por cuánto tiempo, sin mezclarse con el resto del pasaje. Los dos kralorís habían permanecido sin comunicarse con nadie ni salir del camarote en ningún momento. Uno con marcas de viruela en el rostro; el otro, con una trenza. Ahora temblaban asustados, arrinconados en una esquina.

—¡Ellos! —gritó de nuevo Cráteros recuperando la tensión en la cara y la mirada turbia—. ¿Quiénes son esos polizones? ¡Han sido ellos!

Con rapidez se lanzó sobre el kralorí del pelo recogido. Lo agarró por el brazo, sujetó la muñeca contra la pared y punzó dolorosamente la afilada punta de su espada contra la mano del oriental. El rojo de la sangre comenzó a fluir en un delgado hilillo sanguinolento. El oriental gritó de dolor sacudiendo la coleta.

—¡Vas a hablar ahora o te rajaré aquí mismo! —ordenó el encolerizado Cráteros fuera de sí, mientras de su boca salían borbotones de saliva azulada mezclada con sangre—. ¿Dónde está la cura del veneno?

El oriental de la cara picada hizo un ademán por acercarse a defender a su

maltratado compañero. Susurro en la Bruma lo detuvo con una sonora bofetada. El oriental cayó redondo al suelo mientras el atrapado por Cráteros gritaba horrorizado al sentir como el filo del enloquecido occidental se clavaba entre los tendones de su mano.

Shen chilló asustada contemplando semejante locura.

# Capítulo. VII «Cuando el opaco velo de la ceguera hace enloquecer a los cuerdos».

*Azul turbado nubla el corazón más  
valeroso*

*Oscura ceguera que siembra pavor  
desde la infancia*

*Retorcidas enredaderas*

*Sumergidas en el humo no distinguen  
la quimera*

*Disoluto el raciocinio*

*El palio que la vergüenza oculta y*

*divide a los templados*

*Si la desconfianza se nutre de las  
sombras,*

*¿Qué no hará si depende de la  
voluntad?*

*¿Quién es el loco?*

*¿Cómo distinguirlo?*

Fue Susurro en la Bruma quien llevó por la fuerza a Cráteros hasta la cubierta, para alejarlo de los demás pasajeros y tranquilizarlo de su enajenada sinrazón. Velamen y amarras silbaban como espectros quejicosos.

Los rumores entre la tripulación sobre la locura que inundaba la nave desataban las especulaciones y crispaban los

ánimos, más aún después del macabro asesinato del marinero destripado. La situación provocaba una necesidad entre la marinería de encontrar un culpable. El dragonut permaneció junto a Cráteros hasta que Shen apareció en cubierta buscándolo preocupada. La aldryani rogó al dragonut que bajara a la bodega, donde su sola y venerada presencia disuadiría a los nerviosos tripulantes del motín que planeaban.

El Mariscal había rajado a sangre fría la mano de un indefenso viajero, sin contemplaciones. En la cubierta, junto a él, sólo permanecían un timonel y el silencioso sacerdote del dios de los marineros, quien seguía implorando con oraciones y plegarias para que el buen

clima los acompañase, la maldición del *Bloqueo* no los barriese del mar, y la travesía terminara con éxito.

Shen preparó las últimas hierbas de Chalana Arroy en una infusión para Cráteros. Con temor, se acercó al Mariscal. La *Madre de los Bosques* enseñaba que siempre había que temer a los humanos, germen y fruto de una violencia que al final estallaba, volviéndolos tan fanáticos como a trolls y enanos. Por primera vez, la elfa vio a aquel rudo hombre de armas llorando como un niño. Cráteros estaba deshecho, salivaba esputos de tonalidad añil y se retorció de dolor. La aldryani no estaba segura de si su fortaleza se habría derrumbado a causa del dolor físico o

de la locura. No sabía si era el veneno, la frustración o la impotencia, la causante de sus lágrimas.

—Beba esto, señor, le hará bien. Yo estaré abajo. Hemos convenido con toda la tripulación buscar el antídoto en cada rincón del navío.

—Voy a matarlo —contestó Cráteros balbuceando—. Voy a encontrar al culpable y lo voy a aplastar. ¡Yelmalio, sácame de las tinieblas y muéstrame tu luz!

—Tranquilícese y quédese aquí —insistió Shen dándole la infusión—. Necesita descansar y reponerse en salud.

La aldryani regresó junto al dragonut.

Cráteros no fue consciente de cuánto tiempo pasó allí arriba, en soledad, acompañado tan sólo por el rumor de las olas, el crujir del velamen y la constante presencia de la Niebla infinita de Kahar. Aquel lugar era sin duda el *Fin del Mundo*. ¿Y si Kahar no terminaba nunca y se prolongaba eternamente en un mar interminable de brumas? La infusión hizo efecto en el Mariscal y no tardó en sentirse aliviado del dolor; sin embargo, para el dolor de corazón no conocía bálsamo alguno. Yelmalio era dios cabal y honesto, y él trataba de personificar las virtudes de *La Luz Crepuscular* en la tierra que pisaba. La locura era más opaca que la Niebla. La verdad y la luz mostrarían el final del

camino.

La exhaustiva búsqueda de indicios resultó yerma y agotadora. Shen rebuscaba junto a Susurro en la Bruma.

—El depredador se deshizo del tóxico lanzándolo al mar —sugirió la aldryani con pesimismo—. Ni en la bodega ni en los compartimentos encontraremos el menor rastro.

—El dragón que busca con los ojos cerrados no halla el camino —filosofó Susurro en la Bruma—. El tiempo de los mortales se acaba. Subamos a cubierta, pues es en la Niebla donde se oculta lo que buscamos. Los ojos, en ocasiones, se niegan a ver lo evidente.

—Pero subamos con cuidado de no

atraer bestias marinas —tartamudeó Shen.

En la cubierta, el todavía febril y pálido Cráteros había fijado su atención en el sacerdote que profería salvas y plegarias a Dormal, patrón de los marinos y exploradores. No le gustaba aquel hombre enjuto y de ojeras remarcadas. Quedó largo rato observándolo, luego, el sacerdote marino dejó el altar y sin levantar la vista de sus pisadas se dirigió a las escaleras de bajada. Pronto apareció un marinero para relevar al timonel agimori que llevaba incontables horas gobernando la nave, con la única misión de no desviarse del rumbo. Hacía horas que el capitán había desaparecido en su

habitáculo, recluso sin querer hablar con nadie. Había demostrado ser un cobarde sin palabra.

No tardaron en subir más viajeros entre los que se encontraban Shen, Zishla, Susurro en la Bruma y *Ojos de Lobo*, para continuar con la búsqueda por la cubierta del barco. Revisaron la veintena de metros de eslora que tenía de proa a popa, y los casi ocho de manga, de estribor a babor. Todo estaba en orden: cabos, pesos, aparejos de navegación... Pero de venenos o antídotos, de armas y sangre, no hallaban el menor rastro.

El dragonut distinguió algo pequeño, entre la penumbra perpetua de rácana

luminosidad, insertado en el espolón de proa del navío. Intentó dilucidar que era aquello de forma ovalada y del tamaño de una sandía, pero el tupido manto vaporoso impedía verlo con claridad. Cuando el navío zarpó, ya nadie podía calcular con certeza cuánto tiempo atrás, aquel pincho de madera no tenía ningún objeto empalado, de eso estaba seguro. Desde ahí no distinguía con claridad de que se trataba. Un pavoroso grito de terror proveniente de la bodega le sobresaltó. A sus espaldas, quienes acababan de subir a cubierta junto a él descendían ya a la carrera. Susurro en la Bruma bajó en último lugar sin dejar de pensar sobre el extraño óvalo empalado en el bauprés.

Algo terrible había sucedido en la bodega. Onaeko, el timonel agimori que hacía pocos minutos había dejado su puesto para descansar, fue encontrado dentro de un barril de agua. Lo habían desmembrado e introducido por separado en el tonel. Lo sacaron por partes: primero las piernas, luego los brazos, el tronco... pero de la cabeza no hallaron el menor rastro. La testa del desgraciado había desaparecido. Susurro en la Bruma comprendió al momento lo que era aquel melón empalado en el estilete de proa. Truculento final para otro miembro de una tripulación cada vez más desesperada. Cuando recuperaron la cabeza del fallecido, vieron que el

asesino había cortado la lengua del desafortunado timonel, haciéndola desaparecer. El depravado homicida había actuado por segunda vez tan sigiloso como la primera, y no había dejado rastro alguno. Como en el anterior asesinato, nadie había observado nada. Un marinero recordaba haber visto al timonel recostándose en soledad. Nadie había visto u oído ninguna otra cosa hasta que el dragonut dijo saber, alimentando más los cuchicheos de la tripulación, donde se encontraba la cabeza.

Los rumores sobre la identidad del asesino de marineros enrareció más el ambiente. El capitán se negaba a salir de su cubículo y ejercer como tal. Los

comentarios entre la tripulación señalaban al irascible yelmalita o al esperpéntico dragonut como los asesinos. Las miradas se tornaron del pánico a la esquizofrenia. Las horas pasaban lentas y no llegaban señales de tierra firme. Incluso retazos de Niebla habían penetrado en el interior de la nave como el miedo en las cabezas y corazones de los tripulantes. Una parda humareda se colaba por algunos recovecos del buque. El espíritu de Kahar se encontraba en todas partes.

Un llanto prolongado volvió a escucharse desde cubierta.

Los viajeros reunidos en la bodega vieron, en el último peldaño que

ascendía al exterior, una paliducha niña de ralo y trémulo contorno que se encontraba gimoteando. La tenue luz de las teas apenas mostraba parte de su blanquecino kimono; su larga y lacia melena ocultaba una cara donde sólo resaltaban dos oscuras ojeras. Entre sollozos, la inquietante niña extendió una mano y pidió compungida: ¿Tiene usted sal?

—¡TÚ! —exclamó Cráteros aún dolorido—. ¡No la miréis! ¡No existe entre los vivos! ¡Es un fantasma! ¡Pertenece al *Otro Lado*! ¡Esa niña no está entre nosotros!

Susurro en la Bruma tomó un puñado de la sal esparcida por el suelo de la

bodega. La niña volvió a pedir especia y el dragonut le arrojó con fuerza el puñado. La sal se confundió con la Niebla, pero todos los allí presentes pudieron ver como los granos de blanca especia atravesaron la imagen de la niña, que ni tan siquiera se inmutó. La sal traspasó la figura lacrimosa y se fundió a sus espaldas.

—¡No eres un sueño! —Shen la miró atónita—. ¿Eres un espíritu del mar?

—¡Es el espíritu de la Niebla! ¡Y ha venido por nuestras almas! —gritó el capitán Basín Basín avanzando vacilante por el corredor. Tenía los ojos enrojecidos. Caminaba tambaleándose, portando su pipa de la que por primera

vez no salía humo—. Llámala por su nombre, llámala Kahar.

Shen protegió entre sus brazos a Yun-Xu quien observaba atenta la aparición.

Zishla hacía oscilar su lanza, *Punzante*, desde que entre vapores y humos apareciese la figura. La aldryani vronkali llevaba tiempo susurrando salmos a su dios, Halamalao, conocido como Yelmalio entre los hombres. Pero en ese instante comenzó a recitaba un antiguo panegírico en lengua aldryani. Era un rezo tradicional aprendido de los druidas que permitía a los impetuosos defensores aldryami combatir espíritus y espectros en su propio territorio, al *Otro lado* de la barrera que separaba este

mundo, el de los vivos, del suyo, el de las ánimas y los fantasmas.

—*Hísurena mashála, Halamalao hien sué nékta filana aramarívo (¡Oh, Gran Halamalao! Traspaso el velo, si es esta tu voluntad, y me sumerjo en las sombras para combatir las con tu luz).*

La rogativa a Halamalao y Aldrya terminó en el mismo instante en el que Susurro en la Bruma arrojaba más sal sobre el ente aparecido.

Paulatinamente todo se fue oscureciendo alrededor de Zishla, las paredes de madera fueron disipándose, eclipsadas por la negrura de la noche sin luna. Los allí presentes se desvanecían ante sus ojos quedando ensombrecidos como

contornos difusos donde antes había personas. Por el contrario, la rala figura de la niña aparecida fue tornándose más clara y precisa, o eso era lo que los ojos de la aldryani creían percibir. Dejó de oír las voces de sus compañeros y el crujir de los tablones de madera. Ecos y susurros silbantes los fueron sustituyendo, como si hubiese sumergido la cabeza en las aguas de un lago. La aldryani estaba traspasando el velo de este mundo y viajando hacia el *Otro lado*.

Con asombro, los viajeros contemplaron como el cuerpo de Zishla se desvanecía entre la espesura nebulosa de Kahar y desaparecía de éste, el mundo de los vivos, tornándose una jirón de Niebla

más. Zishla se había fundido disipándose y envolviendo su cuerpo con la fosca capa de Niebla. Esta asombrosa y desconocida muestra de poder chamánico había hecho a los presentes levantar la vista de la niña aparecida en el último peldaño de la escalera. Cuando volvieron a mirarla, el espíritu encarnado con forma de pequeña niña había desaparecido. Shen extrajo una saeta de su aljaba y dulcemente la acarició con mimos, pidiendo entre arrullos que fuese precisa y mortal al ser disparada. En los escalones, la niña fantasma había desaparecido y en su lugar, negros humos y volátiles contornos fantasmagóricos se habían formado.

Sombras difusas aparecieron también donde había estado Zishla antes de pasar al *Otro lado*, y se arremolinaban como torbellinos al pie de la escalinata, ascendiendo al encuentro de la espesa bruma oscura que descendía desde el último escalón. Las sombras y vapores se entrelazaron en un alocado tornado, formando una tolvanera que agitó el aire denso de la bodega. Los allí presentes contemplaron como se mezclaban las sombras y brumas en un vertiginoso vórtice que giraba precipitado.

Apenas duró un instante lo que rodaron los espectros neblinosos. Del vórtice del tornado restalló un resplandor y la enloquecida nube de humo se expandió como lo hacen las hondas provocadas

por una piedra lanzada sobre la superficie cristalina del agua. De la oscuridad, de la nada, del *Otro Lado* donde habitan los espíritus, apareció despedido el cuerpo de Zishla. Voló sobre la bodega y chocó estrepitosamente contra una pared cayendo al suelo con languidez. La hermosa guerrera vronkali de marcialidad castrense y lenguaje belicoso había quedado tendida sin sentido. Su retorcida arma de dos filos había volado en la dirección opuesta, casi golpeando al capitán Basín Basín en la cabeza.

Cráteros se acercó raudo al cuerpo caído de la vronkali.

—¡Shen, corre! —ordenó alarmado—.  
¡Necesita tu ayuda!

Susurro en la Bruma subió corriendo las escaleras por donde había aparecido la niña del blanco kimono. Shen dejó a la pequeña Yun-Xu entre los brazos de su tío y con premura se acercó al arrodillado Mariscal. Man-Yurý rodeó a la pequeña ocultando su rostro asustado entre los brazos. Aquello sí fue el primer abrazo sincero entre tío y sobrina.

Zishla estaba sin sentido, pero aún respiraba. Cráteros se afanó en apretar un rudimentario torniquete que había hecho presuroso con un jirón de su propia túnica. El charco de sangre

verdosa bajo el cuerpo de la aldryani era enorme. El torniquete trataba de cortar una hemorragia en lo que quedaba de su brazo derecho totalmente amputado. La bella y belicosa guerrera había perdido una extremidad; completamente seccionada. Del muñón brotaba un torrente de sangre verdinosa, y a su lado, flácido, yacía inerte el miembro cercenado.

—¿Crees que podrás salvarla? — consultó Cráteros a Shen tratando exasperadamente de ajustar el torniquete.

—No depende de mí, sino de Aldrya — aseguró la pequeña mreli de hoja caduca recogiendo el brazo-. ¡*Madre salvadora*

*y alma del Bosque*, concede a tu sierva, la fogosa Zishla Espina de Rosal, un nuevo germinar y otra oportunidad de brotar con vida! Que este esqueje que recojo, ¡oh Aldrya! ¡*Suprema Bendición de vida y misericordia!* Sea devuelto con salud al tallo que lo ha de alimentar. ¡Brote por brote!

Con susurrantes oraciones en lengua aldryani continuó el ritual, con el que la mreli esperaba restaurar el miembro amputado. Largo tiempo duraron los rezos y plegarias a la *Madre Bosque*, Aldrya; toda la noche habrían dicho, si hubieran visto la luna pasar. Ante los ojos de los presentes, sorprendentemente el brazo se fue adhiriendo mediante una correosa resina

que fue segregando el muñón de forma milagrosa. Aldrya estaba escuchado las súplicas. La resina, fruto de los rezos aldryami, funcionó como pegamento natural dejando tan solo una gruesa cicatriz. Las dos aldryami (la *verde* vronkali de hoja perenne y la *marrón* mreli de hoja caduca) descansaron tumbadas un largo tiempo tras los esfuerzos que ambas acababan de realizar.

Aquella calma trajo reposo, pero el descanso prolongado se vio quebrado cuando un rumor entre la tripulación se convirtió en un bullicioso jaleo. Los marineros habían encontrado otro cadáver asesinado con truculento ensañamiento, el tercero. ¡Clamaban

justicia! Basín Basín no quiso siquiera escuchar de quién se trataba esta vez, ni en qué estado se encontraba el cadáver; jamás imaginaría que había sido la misteriosa viajera occidental apodada *Ojos de Lobo*, y no uno de sus marineros, a quien habían acuchillado y despellejado con extremo sadismo. Abrumado por tanta sangre, el capitán ordenó pesaroso que tirasen el cuerpo al océano. Esta vez Shen, aún dormida, no guardaba la energía suficiente para contradecir las órdenes.

Los rumores sobre la identidad del asesino circulaban rápido. Muchos habían visto discutir violentamente a Cráteros y a aquella mujer, ahora descuartizada. La divina presencia de

Susurro en la Bruma impidió un motín y linchamiento del yelmalita en aquel mismo momento. El miedo enconaba disparejas posturas enfrentadas.

Miradas de sospecha apuntaban al templario yelmalita, aún convaleciente del envenenamiento.

Zishla despertó por los chillidos de los marineros desesperanzados. En cuanto la aldryani verde recuperó el aliento, vio con orgullo la tremenda cicatriz recién ganada en batalla. Reunidos en torno suyo, el resto de viajeros quisieron conocer cuánto la aldryani había visto al *Otro Lado*, y cómo era el espíritu neblinoso de Kahar.

Zishla relató lo que había contemplado

con sus propios ojos:

—Al principio no vi nada, todo se había vuelto borroso, tanto los que estabais en este mundo como lo que me esperaba al *Otro Lado*. A mí alrededor no había nada más que sombras difuminadas. De la oscuridad emergió con una furia estremecedora; sin duda era el asesino. No era el espíritu del mar quien me esperaba, era otra cosa invocada con sangre. Al contrario que los fantasmas y las sombras, no era gélido ni frío, sino sofocante y caluroso. Apareció de pronto, desde las sombras, maquiavélico. Me intentó golpear pero me cubrí, nada recuerdo después, perdí el sentido. Sólo vi que se ocultaba tras un manto, una capa oscura. Me resultó

extraño, pues la percibí como... ¿Piel? Los fantasmas no visten pieles. Había algo más... Un sombrero. Sí, cubría su cabeza con un sombrero rojizo ocultando su rostro.

—Extraño relato —sopesó Cráteros, aún dolorido en sus intestinos—. Cierto es que jamás escuché de espectro o fantasma vestido con pieles y sombrero. ¿Estás segura que era piel? Debe ser un engaño o embrujo, ¡hechicería malvada del *Otro Lado*! Delirios propios de algún alucinógeno, como la flor adormidera.

—Estoy segura —se reafirmó la aldryani tocándose la cicatriz—. Digo que el espectro vestía con pieles, que

era cálido, y no frío como los muertos.

Un runrún de cuchicheos chismosos continuó entre la tripulación. Muchos no encontraban explicación a lo que la elfa verde decía; sin duda, embrujada había vuelto del *Plano de los Muertos*, si es que no había marchado hechizada de antemano. Otros marineros, no obstante, encontraron una explicación más lógica.

—Veis como tenía razón —aseguró uno de los grumetes—. El asesino es un *espectro chupasangre*. No tenemos escapatoria... Cuanto más mata, más fuerte se hace.

Man-Yurý y Susurro en la Bruma habían escuchado hablar sobre espíritus que se alimentaban con la sangre de sus

víctimas. También el capitán Basín Basín.

—Los fantasmas *lame-heridas* atacan cuando estás dormido —narraba el capitán—. Se introducen en tus sueños para alimentarse de tu sangre, por eso están calientes a pesar de estar muertos, por el baño de sangre que los cubre. Les encanta mutilar y humillar a sus víctimas. ¡Quien duerma hoy debe saber que mañana no despertará!

—Como un oso famélico, son atraídos por la miel —intervino con esfuerzo Man-Yurý, a quien no se veía del todo recuperado—. Los *yurei* sólo vienen a este mundo si un mago los atrae. Un nigromante ha tenido que invocarlo

mediante un encantamiento.

—Los espíritus son almas atormentadas que no han encontrado el camino de la sabiduría ni de la paz —añadió Susurro en la Bruma—. La magia los atrae, la sangre los alimenta... Debemos encontrar qué lo ata a su penitencia esclava.

—El sombrero bañado en sangre es lo que lo ata a este mundo —aclaró Man-Yurý—. Cuentan que los hechiceros que invocan espectros devoradores de sangre tienen que humedecer una prenda que el difunto tuviese en vida. Si el espectro lleva un sombrero, seguro que es un sombrero lo que lo ata a este mundo. Mientras el brujo tenga

empapado en sangre el sombrero del espectro, lo controlará y lo guiará a su antojo.

—Pero hemos registrado el barco de arriba abajo y no hemos encontrado resto alguno de altares malignos o sombreros regados en sangre —protestó un marinero.

—Lo revisaremos todo otra vez —dijo el capitán— de arriba abajo. Es nuestra única salida.

—Si el fantasma piensa venir a por mí en sueños, entonces yo iré a buscarlo primero —dijo Cráteros con la mano en el vientre—. No perdamos el tiempo esperando a la siguiente víctima. Despertad a Shen, que no siga

durmiendo. Yo voy a ir a por él.

—No lo entiendes —le contradijo Man-Yurý resoplando—. Tú puedes combatirlo con tus armas, pero no romperás el hechizo y el espectro volverá cada noche por más sangre. Cuando de nuevo vuelvas a cerrar los ojos, más fatigado cada vez, él estará ahí, esperándote.

—¿Entonces qué podemos hacer? —preguntó Cráteros—. ¿Permanecer despiertos eternamente? No estamos seguros siquiera que sea un *Bebesangre* de esos que habláis.

—Debemos hallar el sitio donde fue convocado —concluyó Man-Yurý.

Lo cierto es que el cansancio parecía

multiplicarse por el simple hecho de la amenaza que suponía dormir. Nadie quería cerrar los ojos y ser la siguiente víctima del espectro carnicero, pero el sueño crecía con el paso de las horas. Demasiado tiempo llevaban cautivos del miedo a ser envenenados, con cada barril de agua dulce que bebían, y ahora enflaquecían esclavos de un demonio onírico y de la locura del insomnio. Pasaban las horas y los párpados plomizos se volvían cada vez más pesados. Otro marinero caía enfermo de veneno, nadie sabía ya si contagiado por el agua o por los caprichos del destino, y eran más los marinos convalecientes que los aptos para tripular la nave. Cráteros estalló hartó de la

incertidumbre. La búsqueda del altar endemoniado había resultado infructuosa.

—¡Esto es demencial! No estamos seguros de que el asesino sea el espíritu del que habláis —berreó el Mariscal desquiciado—. ¿Un espectro que ataca en sueños? La gente no aguantará despierta mucho más tiempo antes de perder la razón. No resisto más. Voy a dormir, y que Yelmalio vele por mi sueño.

—¿Deseas combatir al fantasma en su dominio? —admitió Man-Yurý débilmente.

—Pero señor -dijo Shen asustada—, todavía está convaleciente. Aún tiene

fiebre.

El Mariscal negó con la cabeza. Su mirada perdida aseguraba lo contrario.

—Voy contigo —dijo Man-Yurý esforzadamente, sintiéndose en la obligación.

—¡No! —le cortó rotundo el Mariscal—. Uno de los dos debe recuperar sus fuerzas y proteger a la Niña Joya.

—Insisto —continuó Man-Yurý sin mucha energía—, mi espada clama por pago.

—¡Las espadas son más útiles entre los vivos! —protestó Shen airadamente—. Debemos proteger a Yun-Xu. Ambos tenéis todavía fiebre.

Man-Yurý hizo ademán de levantarse. Trató de blandir su espada con brío pero un tembleque invadió tanto sus brazos como sus piernas. No aguantó en pie. Cayó junto con su espada. Tendido quedó cabizbajo.

—Descansa ahora, y concluye tú la búsqueda si yo no vuelvo —dijo Cráteros mirando al infinito—. Iré solo en busca del espectro. Nadie me hará cambiar de idea.

—Tus ojos mortales jamás han visto espíritus como ese —intervino Susurro en la Bruma—. Soñando se construyen nuevas realidades, los sueños son el territorio de los dragones. Tu alma mortal no duraría ni un suspiro. El sueño

es la gloria del dragón. No esperaremos la llegada del ánima roja, los sueños son mi terreno y en ellos voy a guiarte.

Un silencio tan denso como la Niebla invadió la estancia.

—Entonces acostaos ambos —intervino Basín Basín para romper el hermético mutismo—, si el fantasma invocado es aquel que suponemos, os visitará sin demora en cuanto vuestros ojos se cierren. Así conoceremos la identidad del fantasmal asesino... Y podremos descansar.

Mientras ambos, templario y elmalita y dragón nonato, se recostaban armados sobre sus yacijas, el resto del pasaje imploraba a sus dioses para que éstos

tuvieran suerte en su vagar noctámbulo. Shen rogaba melodiosamente a Aldrya que cuidase del alma del hombre y del dragón. Inscribía pequeñas runas en los tallos de varias flechas con la incierta superstición de que serían capaces de herir al fantasma si éste aparecía buscando el alma de los vivos.

Un silencioso Man-Yurý era el único que no oraba ni imploraba con esotéricas cábalas. No requería de hados a los cuales encomendarse. De entre sus ropajes extrajo un pergamino de papel, papel fino, de arroz, distinto a cualquier grueso pergamino de los acostumbrados en occidente. El papel de arroz era más flexible y resistente, corroborando de nuevo la creencia

etnocéntrica del oriental sobre la superioridad tecnológica de su país, respecto a los bárbaros de occidente. También guardaba un pequeño bote de vidrio con tinta negra, como el papel, símbolo del progreso tecnológico de su civilización. La tinta kralorí era mucho más duradera y fácil de usar que los colorantes vegetales de los escribas occidentales. Con una alargada pluma de faisán azul comenzó a escribir, a dibujar, con una caligrafía esplendida, parecía que su mano danzaba con la pluma. Concentrado en cada uno de los trazos, en cada uno de los ideogramas con los que iba ilustrando el papel, meditaba largamente cada palabra trazada con hermosura artesana.

Cráteros se quedó observándolo antes de cerrar definitivamente los ojos, y explorar lo que les esperaba del lado de los sueños.

—Te protegerá —aseguró Man-Yurý—. Un milenario proverbio de mi familia dice que un soldado debe manejar por igual la pluma y la espada. Estoy aún cansado y el *Filo de las Primaveras* necesita una mano fuerte que lo esgrima, mas esta pluma puede ser igualmente poderosa si es usada con habilidad. El *encanto* que invoco mediante la milenaria caligrafía de mi país te protegerá en tu sueño como si de una espada fuera. ¡Sueña calmo, amigo, volveremos a encontrarnos cuando despiertes!

—Gracias por el... *encanto* —dijo Cráteros—. Dormiré ya, ese fantasma está esperándonos.

La habilidad de Man-Yurý con la escritura, con la pluma, era primorosa. Con habilidad y fineza había rimando con exactitud y métrica cada palabra de su *encanto*, palabras de protección y auxilio, versos primorosos contra los espíritus que del infierno regresaban a vengarse de los vivos. Con la misma delicadeza que había usado el oriental para delinear los trazos del *encanto*, Cráteros cerró sus ojos febriles y sosegadamente se fue entregando a los hados del sueño. Para entonces, Susurro en la Bruma ya se encontraba resoplando.

—¡Qué Aldrya os proteja! —exclamó Shen con tono susurrante y dulce, propio de los hijos del Bosque.

Junto a los dormidos, meditabundos y observantes quedaron el resto de la expedición que viajaba rumbo a Isla Destino, velando el sueño temerario de los valientes. Shen observaba con preocupación, Man-Yurý herido en su orgullo, Zishla con devotas oraciones, Yun-Xu asustada... Todos expectantes.

Viento. Frío. Oscuridad. Un paisaje desolado por un incendio apareció ante Cráteros cuando al cerrar los ojos, cayó dormido profundamente. Oía ruido de animales nocturnos, una lechuza, algún ratón correteando y grillos, multitud de

grillos, muchísimos grillos, tal vez millones agrupados, pero de pronto, todo se apagó. Estaba en una caverna, en el interior de una cueva donde solamente oía goteo de agua y algo que se arrastraba sobre la arena. Ni siquiera Dana estaba con él para protegerlo. Su ave sagrada había desaparecido. Oyó un correteo de pisadas, pero a su alrededor no había nadie. Cayó al vacío, súbitamente el suelo no estaba allí, y cayó, y cayó durante siglos volando por un estrellado cielo nocturno. Tenía hambre y cogió dos pequeñas estrellas, se las comió sin partirlas (en la tradición yelmalita se aseguraba que las estrellas estaban hechas de queso y cuajada). Comía plácidamente sentado

en un tronco caído. El árbol solitario se encontraba en un árido desierto. Había mucha bruma y de pronto también muchos árboles. Cientos de inmensos árboles oscuros, tal vez miles recubiertos de moho verdoso. Del interior del bosque surgió el aullido de un lobo. Preguntó a Shen, quien paseaba recogiendo bayas moradas, si había visto al espectro asesino. La elfa dijo que no, y desapareció volando entre las copas de los árboles. Escuchó el traqueteo de algo que golpeaba las ramas de los árboles, sintió la presencia de alguien más. No estaba solo. El Mariscal embrazó su escudo y aferró su lanza. Rítmicos golpecitos sobre algún tronco vacío le avisaban de otra

presencia. Buscó con ansias pero la oscuridad era impenetrable. Giró la cabeza con rapidez cuando sintió un calor pegajoso a su espalda. Contempló una figura que se tapaba por completo con un manto rojizo y sobre la cabeza, un sombrero de ala ancha del mismo color sanguinolento. Bajo el sombrero empapado de sangre, distinguió dos profundas estrellas carmesíes, brillo resplandeciente de los ojos. Por entre el manto apareció la afilada punta de tres dagas que sostenía unidas en una mano, como si de una garra con tres uñas se tratase. El Mariscal retrocedió intuitivo cuando los filos pasaron a escasos centímetros de su cara, rozando su hirsuta barba.

—Ya estoy aquí, ¿me buscabas? - retumbó en su cabeza como cascabeles la espantosa carcajada del ser de ultratumba—. Yo te he encontrado primero. He venido a por ti... No tienes escapatoria.

Cráteros supo en ese momento que, aun en sueños, esa criatura era muy real, tanto como la garra afilada que volvía hacia su cara tratando de arañarlo.

Confuso, se echó a un lado. De pronto, junto a él, apareció la figura de su padre. Miraba la lucha como si fuera juez de combate. Cráteros sintió la presión de la mirada paterna sobre su cabeza y se sintió torpe como un niño. Trataba de esquivar los embistes del

oscuro atacante, oculto bajo el rojizo sombrero, pero apenas podía verlo. Un arañazo del espectro rozó su barbilla.

—¡Padre! —gritó conmovido el militar yelmalita—. ¿Cómo es posible que...?

—¡Reacciona! —le reprendió su progenitor—. Debes contraatacar más rápido. ¡Bendito sea Yelmalio! ¡Volverás a la palestra de los principiantes! ¡No te rindas! ¡Busca la luz en la cumbre de la Colina Dorada! Espera al nuevo amanecer. El diablo caerá atravesado por tu lanza y...

En ese instante, se dio cuenta que la voz no era la de su padre, ni siquiera entendía el idioma que le hablaba. Su

padre había desaparecido de su lado. El sermón que estaba escuchando venía de otro lugar, desde más arriba, desde fuera de su fantasía. No entendía palabra pero sí reconoció el timbre de Man-Yurý, era el guerrero oriental recitando versos en su milenaria lengua quien hablaba.

Cráteros supo que leía pues el tono le parecía declamado, la métrica exacta y los finales rimados. La voz de su compañero kralorí había entrado en su sueño para socorrerlo; aquellas palabras eran sin duda, el *encanto* que Man-Yurý cuidadosamente había escrito con hermosa caligrafía. Su amigo lo estaba leyendo para él, y contra el ser de ultratumba que lo acosaba.

El *encanto* llevó luz y calor a la

oscuridad del sueño.

Sintió la tibieza del amanecer y la proximidad del despertar. El demonio sangriento se había quedado paralizado, petrificado, inmóvil y congelado. Estaba rígido desde que empezaron los versos. A espaldas del espectro de ultratumba apareció la enorme y tempestuosa figura de Susurro en la Brumas saltando desde la oscuridad y estampando su *klanth* ceremonial, su arma de hueso de dragón con incrustaciones de obsidiana, contra la cabeza del espíritu rojizo. Cráteros, atónito, supo que el dragonut también era real y no parte de su sueño.

Ambos, dragonut y yelmalita, despertaron a la vez, sobresaltados,

sudorosos, jadeantes y con los ojos abiertos como enormes luceros. El Mariscal trataba de recuperar el aliento huyendo de una pesadilla mal despertada; tenía tres pequeños cortes en la barbilla. Susurro en la Bruma habló, poniéndose en pie ante la atenta mirada de los allí congregados. Su *klanth* estaba teñido con sangre rojiza.

—Los dragones tienen mil ojos y los espíritus son ciegos —dijo herméticamente—. Mis escamas son arcoíris y el chupasangre tiñe su tul de rojo. Volverá sediento.

—Las bendiciones jamás vienen a pares —se lamentó Man-Yurý tras las palabras del dragón nonato— y los

funestos augurios nunca vienen solos. Definitivamente es un fantasma chupasangre.

—El espectro necesita la sangre de los vivos —señaló Zishla visiblemente recuperada, aún con su brazo en cabestrillo—, eso quiere decir que volverá para nutrirse como las plagas de langostas regresan a los campos. Volverá regado de sangre, con la intención de segar las flores del jardín y extirpar las raíces de cuantos vuelvan a cerrar los ojos. Y tened presente que posee espinas afiladas, de eso podemos estar seguras.

—¿Y qué podemos hacer si nuestras armas son inútiles? —preguntó Shen.

—Jamás busques la respuesta en el lugar donde no existe —dijo Man-Yurý poniéndose en pie—. No podemos acabar con el vampiro luchando directamente. Pero si buscamos el sitio donde lo alimentan podremos deshacer la invocación antes de que vuelva, y atrapar al mago que lo demanda. Quién sabe si es el mismo demonio que envenenó las viandas.

Los viajeros se pusieron en marcha y comenzaron a peinar de nuevo la nave, de arriba abajo, de estribor a babor, sobre la cubierta y bajo ella... Zishla subió y examinó toda la balaustrada que bordeaba el casco, no fuese a hallar amarrado un bote polizón donde implorasen a escondidas al demonio

rojo y lo alimentasen con la sangre de sus víctimas. Cráteros acompañó en silencio a la vronkali, visiblemente cariacontecido, pesaroso y compungido. Sabía que sin el *encanto* de Man-Yurý y la aparición fulgurante de Susurro en la Bruma, su sueño habría acabado en pesadilla. Llevaba un rato en cubierta, en silencio tras la vronkali, cuando reparó en algo que se le antojó diferente.

—¿Dónde está el sacerdote de Dormal?

—preguntó a un sobresaltado marinero que limpiaba el casco de termitas.

—Dejó el altar hace rato —contestó otro marinero dedicado al timón—.

Habrá perdido la fe, como todos nosotros.

Cráteros dejó a Zishla buscando cordeles en la popa y como una exhalación bajó al camarote del barco donde aún estaba atado el obeso comerciante de Thesnos. Entró con ímpetu desenvainando su *Colmillo Dorado*. El comerciante palideció de pánico ante la irrupción del irascible occidental. Atado y amordazado no tenía escapatoria.

—¿Es éste tu compinche? —exhortó Cráteros al mercader señalando al sacerdote de Dormal que reposaba soñoliento en una yacija de paja. Los dos kralorís vestidos con caros ropajes se echaron a un lado, temerosos y asustados, sobre una esquina del habitáculo.

—Lleva rato durmiendo, ¿verdad? -  
continuó el Mariscal—. Desde antes que  
yo despertara. ¿No es cierto?

Lentamente el yelmalita se acercó al  
sacerdote durmiente. A su lado, el  
comerciante del tic en el ojo forcejeó  
inútilmente contra las cuerdas que lo  
mantenían atado a la silla, con los ojos  
abiertos como un búho que caza en la  
noche. Cráteros se arrodilló junto al  
lecho del sacerdote de tez morena y  
remarcadas ojeras. Levantó su espada  
susurrando una ceremoniosa letanía, una  
legendaria proclama yelmalita usada  
ante las grandes batallas, utilizada desde  
antes de la segunda era. Su arma pendía  
sobre el cuello del dormido adorador de  
Dormal.

*«Luz de mi camino y calor de mi hogar,  
Brasas de mi lumbre y filo que has de  
matar.*

*Yo te imploro, oh, gloria de Yelmalio,  
Para que me traigas el don;*

*La virtud de tu legado y de acabar con  
el terror.»*

Shen entró en la habitación. Gracias a sus agudos sentidos había oído las palabras del Mariscal. La mreli miró escéptica la escena, sin creer lo que el hombre se disponía a hacer. De un salto agarró el brazo de Cráteros con el que sujetaba el arma.

—¡No lo haga! —imploró la aldryani—. No puede segar una vida así, sin más. La

vida es un regalo... Además, ¿quién suplicará por nosotros a los dioses del mar?

Cráteros se desembarazó de la elfa con rudeza, empujándola por el suelo. Tensó los músculos de su brazo y respiró hondo. En ese instante el sacerdote abrió los ojos... Lo último que contempló fue la pátina reluciente del filo de *Colmillo Dorado*. La hoja descendió con velocidad clavándose en el cuello del sorprendido sacerdote, cercenando su garganta. La sangre comenzó a manar en abundancia. Los kralorís abrazados en la esquina comenzaron a chillar angustiados.

—Ya nunca darás de comer a tu parásito

de ultratumba —dijo Cráteros poniéndose en pie y dejando el habitáculo. Shen corrió tras él.

-Pero, ¡qué has hecho! —le reprochó temblando—. ¡Cómo has podido! ¡Lo has matado a sangre fría! ¡Como una alimaña! ¡Como un troll!

—Auspicio un mal desenlace. — Apareció tras una esquina Man-Yurý aún tembloroso—. El tigre se ha liberado del yugo templado del dragón.

—¡Se ha vuelto loco! ¡Matar a sangre fría es lo último que debe hacer un líder! Ha asesinado sin remordimientos al sacerdote del dios marinero. ¿Quién velará ahora por nosotros en este océano? ¡En este desierto! ¡Qué importa

si es de arena o de agua! En este océano blanco me siento tan *desarraigada* del Bosque como en los Yermos. Ni la *Canción de Aldrya* se alcanza a escuchar con claridad, sólo la violencia de los hombres retumba en mis tímpanos.

Se armó un gran revuelo alrededor de Cráteros pero ningún marino se atrevió a acercarse; a su paso se abrían atemorizados. El Mariscal se dirigió a la popa del barco. Susurro en la Bruma se le unió en la bodega. Algunos tripulantes quisieron lincharlo pero la proximidad del dragonut ejerció como disuasorio. Al dúo se sumó Zishla cuando salieron a cubierta, volteando su arma por encima de las cabezas. Su

malabarística habilidad para manejar el filo retorcido de su lanza también contribuía a enfriar las arengas y los incendiados ánimos de la tripulación.

Juntos llegaron los tres al pequeño altar erigido a Dormal, dios de marineros y exploradores del océano.

—Halamalao otorga espinas a sus rosales para que protejan sus jardines —se dirigió la vronkali al templo yelmalita mientras éste registraba el altar—, pero los hombres sois demasiado fogosos. El fuego es luz y calor, pero también es infierno que se desata apasionado, incendios que se convierten en dolor y en muerte. No olvides que el poder de la llama puede

calcinar vidas. Espero que la Runa de la Verdad, y no la del Fuego, guiase tus actos. Confío en ti, Hijo de la Luz.

El altar de Dormal era simplemente una pequeña estatuilla policromada, de unos treinta centímetros, sobre un cuadrículado pedestal de madera y un relicario con caracolas y agua de mar. La figura estaba arrodillada en actitud rogativa y sostenía sobre las manos una concha marina. La práctica religiosa decía que la concha debía rebosar de agua del mismo mar por el que se pretendía navegar. Un huevo duro flotaba en el agua.

Cráteros levantó la estatuilla sobre su cabeza. Bajo ella no había rastro de

nada sospechoso... Arrojó la figura de madera contra el relicario tallado. Ésta rebotó rodando hasta llegar a los pies del dragonut.

—Písalo —ordenó el hombre lacónicamente.

—¡No le hagas caso! —se escuchó la voz de Shen—. Necesitamos su bendición para poder navegar.

Susurro en la Bruma hizo estallar la madera bajo sus garras. Cráteros se acercó, se arrodilló, y del interior extrajo un sombrero arrugado y completamente empapado en sangre. Todos los presentes observaron boquiabiertos sin dar crédito a sus ojos. La sorprendida Shen no supo si

encomendarse a la intuición del guerrero, o a su suerte.

A pesar de encontrarse resguardada en su camarote, el triunfante graznido de Dana se escuchó con claridad.

—¡Aquí invocaba al asesino carroñero!  
—exclamó el Mariscal desafiante—.

Aquí está el sombrero sangriento que ata al espectro a la voluntad del brujo.

—¡Prendamos fuego al sortilegio!  
¡Arrojémoslo al mar antes de que el espíritu vuelva! —fue el clamor que se alzó entre la tripulación.

El capitán Basín Basín apareció corriendo sobre la cubierta.

—¿Pero qué hacéis, insensatos? —

prorrumpió desde la distancia—.

¿Dónde está la imagen de Dormal? ¡Sin ella sólo conseguiréis que el barco se hunda!

—Capitán —dijo Cráteros mirándole a los ojos con sobriedad—, el sacerdote era en realidad... ¿Qué necesita para que este buque llegue a puerto?

—¿Que qué necesito? —repitió éste la pregunta con un tono entre incredulidad y desesperación-. Pues necesito que Dormal escuche mis plegarias. Necesito un sacerdote del Patrón de los Marineros que se las haga llegar. ¡Locos! ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Eso ya lo anticipé yo —se escuchó la voz apesadumbrada de Shen—. Vamos a

necesitar mucha ayuda de los dioses para sobrevivir al océano.

Volvieron a la bodega entre farfullas y elucubraciones, palabras de incredulidad y de sospecha. Urgía un plan de inmediato. Sólo el timonel se quedó en cubierta, debía mantener el rumbo con fe y perseverancia. Por el momento no haría falta nadie más manejando los aparejos, por el momento, Kahar se mantenía como una balsa de aguas mansas bajo un inmenso cúmulo estancado de Niebla.

Descendiendo las escaleras Man-Yurý se acercó a Cráteros para susurrarle al oído.

—Ha actuado como un búfalo impetuoso

—le reprochó el oriental sin mirarle a los ojos—. Sugiero que a partir de ahora consulte antes sus locuras. Ha puesto en peligro a la niña y a toda la expedición. ¿Cómo podía estar seguro que era el sacerdote? ¿Y si se hubiese equivocado, una vez más?

—Su altar era el único sitio que quedaba por registrar —aseveró categórico el Mariscal—. Ese sacerdote era el brujo que invocó al espectro.

Shen bajaba detrás de ellos y no pudo evitar escuchar la respuesta.

—¿Y si no lo fuera? Lo mataste como un asesino.

—¿Será el comerciante de Thesos veneno de la misma serpiente? —Man-

Yurý se apresuró a cambiar de tema antes de que Cráteros y Shen se enfrentaran abiertamente—. Aún está amordazado. Hemos humillado su honor y probablemente no fuese el culpable.

—Permanecerá atado —contestó Cráteros volviéndose hacia el oriental—. Todavía no podemos fiarnos de él, hasta que estemos seguros que no estaban compinchados. Déjame ver de nuevo la carta.

Man-Yurý bajó la vista ante la tozudez del Mariscal. Resopló. Le recordaba a un búfalo impulsivo que no entraría en razón, a un tigre de furia desatada y hambrienta. Man-Yurý dudaba que el culpable del envenenamiento y el

responsable de la presencia del espíritu *chupasangre* fuesen distintas personas. ¿Cómo podía Cráteros estar tan seguro que todo aquello respondía a un plan en común? Por seguro que se mostrara, el occidental no podía saberlo.

El Mariscal buscó asiento junto a Shen, ésta ni siquiera lo miró. Un gesto severo, grave, delataba que la aldryani se encontraba muy molesta y decepcionada con el hombre.

—¿Qué te ocurre, Flor Perdida? — preguntó Cráteros—. Parece como si yo hubiera actuado en contra tuya.

La aldryani no respondió, no hizo ademán o gesto alguno. Con mirada imperturbable ignoró las palabras del

Mariscal. Dentro de su cabeza, el miedo y la decepción se precipitaban en oleadas alocadas hacia el resto de su ser. Miedo ante lo desconocido, ante la Niebla que todo lo cubría, ante la violencia y la locura, ante la ira de Cráteros, su mentor en el viaje de inicio fuera del Bosque. Sentía decepción, porque a la postre, Cráteros había resultado ser tan fanático y peligroso como el peor de los humanos. El yelmalita no era distinto: *los hombres fueron quienes nunca quisieron renunciar al poder destructivo, abrasador y asesino de la Runa del Fuego*. Shen sentía nostalgia de su hogar, quería volver al amparo del Bosque, al abrigo y protección de las

copas de los árboles y los troncos, del frescor del rocío y los arroyos. Tenía miedo, pero en la inmensidad del océano no sabía qué hacer ni adónde ir. Se juró que no volvería a fiarse de ningún humano. Sentía que debía seguir hasta el final y recuperar los Tres Soles para poder proteger a los suyos.

La aldryani no contestó ninguno de los llamamientos del yelmalita.

—¿No piensas hablarme? —Cráteros enfatizaba la expresión de su rostro mientras los demás tomaban asiento—. No me juzgues mal... He hecho lo que era menester y no debo justificarme, y menos ante ti. No entiendes nada. Te he protegido durante todo el viaje, ¿y así

me lo pagas? Estoy seguro, él era el brujo. ¿Cuántos más debían morir en el barco? Estoy orgulloso de lo que he hecho.

—Ese es el problema de los tuyos — contestó la mrelí con frialdad—, que estáis orgullosos de matar y NO de traer vida.

—Tenemos un serio contratiempo — terminó el capitán con todos los murmullos y conversaciones—. Viajamos por el océano sin la protección de Dormal. No sólo se ha destruido la imagen que bendecía el barco, sino que además, sin sacerdote no hay manera de que escuche nuestras plegarias. Rezad cuanto sepáis.

—¡Era un asesino! —saltó Cráteros interrumpiendo el discurso del capitán.

—Sí, pero también era nuestro sacerdote de a bordo, y el problema del que hablo es estrictamente de navegación. Quiero decir que, bueno... El rumbo no es del todo...

—Estamos extraviados sin un rumbo concreto —sentenció Man-Yurý con un tono que avergonzó al capitán.

—Sí, bueno —continuó el capitán con sofoco—, es decir... No hemos debido seguir el rumbo como inicialmente lo tracé. Deberíamos haber llegado ya a Isla...

—Fuera de la Niebla amaneció y anocheció en nueve ocasiones —fue

Zishla quien volvió a interrumpir al capitán para su desesperación—. Cuento el paso del tiempo con las velas de mi altar.

-¿Nueve días? —exclamó el propio capitán—. Pues hay algo peor. Tenemos otro problema además de tener la mitad del agua envenenada. Prestad atención. Al haber ultrajado la figura Dormal, y sin su sagrada protección, no sé cuánto tiempo tardará en aparecer un tornado, un vendaval, o un huracán... O lo que es peor, la maldición del *Bloqueo*.

—La maldición del Bloqueo nos expulsará del mar —aseguró un marinero.

—¡y nos arrastrará a los infiernos! —

exclamó otro.

—¿Nadie más sabe conjurar a los espíritus marinos o predecir tormentas?

—preguntó Cráteros, pero nadie quiso contestar.

—¿Es imposible navegar sin encomendarse al dios de los marinos?

—inquirió Shen agarrando la mano del capitán, y dando de lado al yelmalita.

—Tú lo has dicho, elfa. Es imposible completamente.

Cada cual desapareció con la intención de organizar sus ideas, seguir sus tareas, revisar su equipaje o de rezar simplemente.

Cráteros levantó el capuchón que

ocultaba la cabeza de Dana para darle de comer. Man-Yurý entró tras él en el compartimento.

—No debemos actuar como entes divididos —reprochó el oriental con un discurso que más parecía propio del yelmalita en épocas pasadas—. Las escamas protegen al dragón cuando se mantienen como un bloque indivisible. Todo lo que hacemos condiciona el destino de los demás. ¡No vuelva a ponernos en peligro por una intuición!

—¡Pero yo lo sabía! —se defendió el Mariscal—. No era una intuición. Sabía que era él. Su altar era el único sitio desde donde podía invocar al espectro.

-¿Y si se equivocaba? —continuó Man-

Yurý frunciendo el ceño—. El dragón es amado, no debido a su poder ni a su fuerza, sino a su sabiduría.

—Pero yo... ¡Debéis confiar en mí!

—¿Debéis? ¿O debemos?

—Sí, debemos; todos juntos. Debemos permanecer unidos—. El Mariscal dejó a su ave y se acercó a Man-Yurý Sería

—: ¿Todavía piensas en hacerte ese ritual para...?

—Utuma. Sí, es mi obligación; pero no hablemos de eso...

En ese momento Shen cruzó por el umbral del camarote junto a la pequeña Yun-Xu. Cráteros salió disparado tras la aldryani dejando al oriental con la

palabra en la boca.

—¡Shen! No puedes seguir callada el resto del viaje —exclamó el yelmalita; sin embargo, la aldryani no se detuvo ignorando sus palabras y continuó caminando junto a la pequeña Yun-Xu —. ¿Qué he hecho mal? ¿Por qué estás en mi contra?

El eco de su voz se perdió rebotado contra las paredes de madera.

Lluvia era todo cuanto llegaba desde el cielo, ninguna luz. Una fina capa de agua que moría sobre la cubierta de la nave, un baile de gotas que se estrellaba contra la madera. El sol seguía vetado, oculto, sobre la mantecosa bruma que envolvía el Mar de Kahar. Tampoco

estrellas, invisibles. El Rompeolas del Sur seguía su camino. La intuición era el único faro que la nave podía seguir, Dormal los había abandonado.

La Niebla de Kahar, un acompañante perpetuo en la travesía.

Cráteros se acercó a la proa, necesitaba alejarse del tumulto de los marineros. Todos seguirían murmurando a sus espaldas, estaba seguro. Ni a él le gustaba estar allí, encerrado en aquel barco, ni a ellos les gustaba su presencia. El Mariscal no recordaba el tiempo que llevaba solo, en cubierta, dejando que la lluvia empapase su cuerpo, cuando una luz llamó su atención... una luz que provenía desde

el interior de las aguas.

Es sabido que en Kahar no penetra la luz del sol debido a la espesa niebla, por eso, cualquier rayo de luz es bien recibido. Pero aquel brillo parpadeante no provenía del cielo. Cráteros se agarró a la baranda de babor.

El parpadeo, que ahora parecía rojizo, estaba cada vez más cercano. Se acercaba con velocidad. Los ojos del Mariscal estaban hipnotizados. Cráteros no levantó la vista de la luz hasta que ésta emergió de las profundidades. En la cubierta del Rompeolas del Sur no quedaba nadie a quien avisar. ¿Qué era eso? El Mariscal quiso dar la voz de alarma, pero sólo un murmullo salió de

su garganta.

La luz cambió entonces de color. Se volvió azul. Comenzó a parpadear en intervalos más largos. Tras la luz apareció el lomo, envuelto en algas, de una enorme bestia marina. Cráteros retrocedió unos pasos en busca de su jabalina. Un zumbido molesto acompañaba a los destellos de luz. El Mariscal recordó una vieja historia que se aseguraba que los trolls marinos estaban infectados por el Caos... ¿Sería ese el aspecto de un troll caótico? Un chirrido metálico silenció al zumbido. Cráteros dio un respingo y agarró su jabalina por la punta negra.

Volvió la vista hacia la bestia que

flotaba al lado del Rompeolas del Sur. Una columna de vapor oscuro ascendía desde el lomo del ser. Un potente silbido resonó incluso más molesto que el anterior chirrido metálico. El Mariscal se asomó enarbolando su arma, dispuesto a atravesar las escamas... cuando contempló que sobre la bestia se encontraban media docena de *mostali*.

Sí, *mostali*, los también conocidos como *enanos*. Achaparrados y barbudos. De complexión robusta y piel brillante. Caras grotescas, rubicundas, que sin duda los emparentaban con duendes y diablillos subterráneos. Los que Cráteros tenía delante vestían muy diferentes entre sí, no seguían ninguna pauta. ¿Qué hacían en medio del Mar de

Kahar? Parecían algo aturridos, tropezaban, yendo de un sitio a otro sobre el lomo de la bestia marina.

Cráteros se agachó, no le habían visto; sin duda, los mostali estaban demasiado mareados para fijarse en él sobre la cubierta del barco.

El Mariscal recordaba demasiado bien su último encuentro con los adoradores de Mostal. Eligió al que parecía más peligroso. Sin duda, el que recubría su cuerpo con placas de metal; un mostali, de esos, que parecía estar hecho de hierro. Cráteros pestañeó. La punta negra de su arma podía atravesar el hierro. Alzó la jabalina, echó atrás el peso de su cuerpo, sobre su talón

derecho, estiró el brazo en su totalidad... y sintió que algo tiraba de su túnica hacia atrás. Se revolvió. Y a punto estuvo de tirar al suelo a la pequeña Yun—Xu. Le había asustado. La niña oriental se zafó con elegancia, como un gato, no parecía asustada. Dio un paso adelante, hacia la barandilla de babor. Señaló con su manita hacia los mostali.

—No vienen a hacernos daño.

Cráteros no la escuchó. Corrió a protegerla, dispuesto a atacar. Pero sobre el lomo de la bestia sólo quedaba un mostali, el del cuerpo más robusto y plateado. Metálico, de espaldas anchas y mandíbula cuadrada, embutido en una

reverberante armadura estriada y recubierta de punzones en las articulaciones. Los demás mostali habían desaparecido por una boca, por un agujero, que se había abierto entre las escamas del monstruo. El Mariscal respiró hondo. No iba a errar su lanzamiento. El mostali de hierro lo vio. Enarboló una larga asta terminada en un hacha doble. Cráteros sintió que le sudaban las manos. La sangre bombeaba su cabeza. El mostali agitó la cabeza de arriba abajo. Le estaba llamando. El Mariscal apretó el asta de su arma, como hacía siempre antes de arrojarla... y sintió que volvían a tirar de su túnica. La pequeña Yun-Xu se interpuso entre el enano y él.

—¿No me oíste? No vienen a hacernos daño.

—Apártate, Yun—Xu, los enanos no son de fiar.

—Tienen miedo, como nosotros, también intentan salir de la Niebla.

Cráteros se quedó mirando a la pequeña niña oriental con los ojos muy abiertos. Era tan menuda, parecía tan frágil... ¿De dónde sacaba esas ideas? El Mariscal volvió la vista hacia el mostali. No se había movido. A su lado había aparecido otro, con el porte menos fiero, menos aguerrido y bastante más orondo. En lugar de vestir con una armadura de metal, vestía con ricos bordados de fina tela, los cuales no

podían ocultar ni la redondez de su barriga ni los pliegues de su papada. El nuevo mostali se acercó al casco del barco con gesto amistoso. Sus labios dibujaban una enorme sonrisa. Una pequeña cadena de oro cruzaba la mitad de su rostro, engarzada entre un anillo que perforaba su nariz y otro que atravesaba su oreja izquierda. Agitó sus manos con gesto apaciguador a la vez que bajaba cortésmente su cabeza pelada, en la que sólo crecían dos grandes mechones de pelo dorado sobre las orejas. No tenía barba.

—Sólido respeto para el capataz de la nave de superficie humana y su tripulación. —El mostali hablaba en idioma comercial con eco metálico—.

Mi nombre es Katsuranis Bocabierta y estoy destinado a tareas de protocolo y relaciones extramostalianas. —Mientras hablaba, con tono completamente aséptico, agarraba la cadenita de la cara entre dos de sus dedos—. Ruego que escuchen el comunicado que traigo y disculpen la actitud agresiva del sargento Nikolaidis Hacha de Acero. Ya se sabe que los mostali de hierro suelen extralimitar su energía de combustión. —El mostali avanzó hasta que tocó con la mano la cubierta del barco. A esa distancia, Cráteros pudo distinguir que su piel tenía un color ambarino, casi dorado—. Rogamos asistencia técnica y logística... por favor.

—Pero qué demonio eurmalita está

tratando de tomarme el pelo —Cráteros se rascó la barbilla—. ¿Desde cuándo los mostali piden las cosas por favor?

—Desde que la tripulación del Sumergible 2 está varada y alejada de toda base de provisiones —contestó el mostali de piel dorada, volviendo a tirar levemente de la cadenita que cruzaba su mejilla—. Necesitamos algunos elementos para la reparación y acondicionamiento de la maquinaria dañada...

—¿Maquinaria? ¿Como una polea para subir un cubo en un pozo de agua?

—Esta maquinaria se trata de algo más complejo.

—Pero... ¿eso no es un monstruo

marino? —Cráteros señaló a los pies del mostali.

—Desde luego que no. Es un sumergible de manufactura hidrófuga y subacuática.

—No me hables en tu idioma — espetó Cráteros algo confuso.

—Disculpe. Necesitamos litio y mercurio para la reparación de la maquinaria pesada. También sal para la reconducción energética.

El tío de Yun—Xu, Man—Yurý, apareció sobre la cubierta. La pequeña, excitada por el descubrimiento, corrió hacia él. Lo agarró de la mano y lo llevó a tirones hasta la baranda de babor.

—Mira, son mostali.

Cráteros no salía de su asombro. No sólo los mostali se habían presentado sin intención de pelear, sino que estaban rogando y pidiendo por favor. Perderse en el Mar de Kahar debía ser también una situación desesperada para los adoradores de Mostal.

—El nilmerg encargado del radar para la captación de elementos condujo el sumergible hasta su embarcación. Queremos proponerles un trato y cambiar la sal que lleven en exceso por piedra de magnetita.

—¿Piedra de magnetita? ¿Y para que vamos a querer nosotros eso?

—Para elaborar cucharas imantadas

que puedan indicar el rumbo a través de la niebla.

—¿Cucharas imantadas?

—Sí, herramientas de orientación más precisas y fiables que la burda imitación elaborada en Kralorela. Además, en el casco llevan adosados una elevada carga de, las comúnmente conocidas como, termitas de Kahar. Si dejan que esos moluscos se adhieran por mucho más tiempo a la madera, terminarán por roer todo el casco. Nosotros podemos eliminar esa plaga si nos permiten quedarnos con sus conchas.

—¿Y para qué las queréis? — Cráteros arrugo el entrecejo con un gesto constreñido.

—¿Y qué más da para lo que las quieran? —intervino Man-Yurý soltando bruscamente la mano de su sobrina—. Estamos rodeados por la Niebla... De aquí sólo hay una manera de salir. Sus vidas están tan perdidas como las nuestras.

—De la composición genética de los parásitos de Kahar podemos obtener una solución química de litio y mercurio. ¿Lo he dicho bien, Maestro Rubí?

Un nuevo mostali apareció por el agujero de acceso al interior del... sumergible. Asintió tres veces, con la cabeza cubierta por un puntiagudo sombrero y el rostro tapado con una

máscara plateada en cuyo centro destacaba una alargada nariz, similar al pico de un pájaro. Se adelantó hasta el mostali dorado, arrastrando los pies y apoyando cada paso en un retorcido báculo donde se engarzaba una gran piedra roja. El nuevo mostali cuchicheó usando su propio idioma cuando llegó junto al intérprete. ¿Qué tramaban esos enanos? El Mariscal apretó los labios. Las manos también, convertidas en puños, cuyos dedos se clavaron en las palmas. Escuchaba su propia respiración, jadeante. No quería escucharla. Debía tranquilizarse. Entonces habló en voz alta:

—El trato no parece malo.

—Efectivamente, como su acompañante ha indicado —el mostali de piel dorada soltó la cadenita que pendía de su cara para señalar a Man-Yurý con una mano ensortijada—, lo más probable es que si no cooperamos, ni vosotros ni nosotros consigamos salir de Kahar.

—Vamos a ayudarles, señor Cráteros. —La pequeña Yun-Xu volvió a tirar de la túnica del Mariscal. Sus ojos resplandecían, parecían enormes para ser de una niña oriental. Cráteros la miró y halló algo conmovedor en el fondo de esa mirada. Poseía tanto conocimiento y a la vez tanta inocencia.

—Debemos hablar con el capitán

de nuestra nave antes de ayudaros.

Una flecha pasó fulgurante sobre el hombro del Mariscal. Una estela de luminosidad azul la perseguía. La flecha descendió hacia el mostali de hierro, quien balanceó su arma de dos hachas y partió el proyectil antes de que impactara contra su cabeza acorazada. Había sido un movimiento demasiado rápido. Las dos mitades de la flecha cayeron a las aguas de Kahar. Cráteros se giró, pero sabía con seguridad quién había arrojado la flecha.

Shen ya había cargado de nuevo su arco. Se acercaba a la barandilla para disparar de nuevo al mostali de hierro. Tras ella, Zishla levantaba su retorcida

lanza sobre la cabeza haciéndola girar cual molino de viento. Ambas aldryami susurraban a sus armas. Sus miradas estaban cargadas de brillo.

El mostali de hierro arremetió hacia el casco del barco. El de la máscara plateada y sombrero puntiagudo retrocedió mientras sus susurros se volvían cantos y comenzaba a gesticular con su mano libre; la piedra roja engarzada en su cayado comenzó a vibrar. A Cráteros no le gustó aquello. Pero los mostali no habían sido agresivos. Si ellas no hubiesen salido a cubierta... Demasiado tarde. Eran sus compañeras de expedición. El Mariscal volvió a elevar su jabalina con una postura ofensiva. Kahar iba a ser su

tumba. Seguramente la de todos. No arrojó la jabalina.

El mostali de la piel dorada se plantó delante de sus congéneres. Cráteros supuso que debía ser muy poderoso... o no tener ningún miedo. Pero el mostali, simplemente, agitó los brazos pidiendo paz. Sudoroso. Guiñaba un ojo. Su rostro reflejaba que estaba aterrorizado.

—No, por favor, no hemos venido a luchar. Si no llegamos a un acuerdo, el Mar de Kahar será nuestra tumba... La de todos.

Cráteros dio un paso lateral estorbando a Shen antes de que la aldryami volviera a disparar su arco. La

flecha se perdió en el océano. El rostro de la aldryami estaba compungido, su ceño fruncido, sus labios apretados, su mirada encendida... Respiraba como un fuelle. Shen escupió al suelo. De un salto se alejó del hombre. Agarró otra saeta de su aljaba. La preparó en el arco a una velocidad endiablada, Cráteros no tendría otra oportunidad de estropear su tiro. Tensó el arco... y fue la pequeña Yun—Xu quien se colocó delante, ocultando su blanco. ¿Cómo había sido tan rápida?

—No es momento de pelear. Los necesitamos.

Shen abrió la boca. Aturdida. Elevó una ceja. ¿Yun—Xu estaba del lado de

los enanos? De Cráteros, que había enloquecido, podía creerlo todo, pero no de la pequeña kralorí. Shen escuchó un ruido a sus espaldas. El gigantesco Susurro en la Bruma y Man—Yurý tenían sujeta a la otra aldryani. Zishla se revolvía con violencia. Estaba rabiosa. Intentaba morderlos y arañarlos, pero la fuerza de un dragonut era demasiada.

Un impulso se apoderó de Shen. Tensó de nuevo su arco. Esos sucios enanos.

—No necesitamos guerra para atravesar Kahar. —La voz de Yun—Xu era suave y tranquila, casi una bendición en medio de aquel infierno.

Shen bajó el arco. Miró a la niña,

después al mostali de hierro, al de piel dorada, y por último a Cráteros. Ahora era el hombre el que parecía estar más sereno que ella. La aldryani quitó la flecha del arco. La guardó en la aljaba.

Man—Yurý arrugó los ojos y el mentón. Sólo él había visto cómo su sobrina había utilizado tres de sus dedos para representar la Runa de la Armonía mientras hablaba con la elfa. ¿Qué más cosas habría aprendido la pequeña?

—A nosotros nos gusta tan poco como a ustedes, pero es la única manera de salir de aquí —observó Bocabierta, el mostali dorado. Volvía a sujetar la cadenita que cruzaba la mitad de su cara con dos de sus dedos ensortijados.

—De acuerdo, hagámoslo rápido —  
admitió Cráteros—. Sal a cambio de....

—Magnetita.

—Eso, magnetita. ¿Y las termitas  
del casco? ¿Qué hacemos con ellas?

—No debéis preocuparos. Nuestro  
técnico en roca domada, Nikopolidis  
Cincel, tiene dos nilmergs programados  
para esa tarea.

—¿Nilmergs?

—Son muy útiles a bordo, facilitan  
mucho el trabajo.

—¿Vas a dejar que esos mostali  
manden a sus bichitos a pasear por  
nuestro barco libremente? —La mirada  
entrecerrada de Shen denotaba

repulsión. Escupía al hablar. Al chillar. Su piel verdosa se había oscurecido. La aldryami parecía estar a punto de marchitarse.

—Nuestros marineros se ocuparán de las termitas. —Cráteros se rascaba la sien—. En cuanto a la sal, dejaremos los sacos aquí, en el casco de nuestra embarcación. Pero antes nos traeréis la ma... la maniática esa.

—Me temo que no estamos programados para eso. —El mostali dorado giró la cabeza para observar a sus congéneres—. Ningún mostali de los que se encuentra de servicio está programado para acarrear sacos de sal... En alta mar no hay motivo para

ello. Y reprogramar un nilmerg para esa tarea llevaría demasiado tiempo. Debo rogar que sean ustedes los que almacenen los sacos de sal en nuestra bodega.

—No lo he oído bien, ¿que lo hagamos nosotros? ¿Que no podéis levantar sacos? ¿Estás de broma? Se supone que los mostali sois mineros...

—Ya se lo dije: mi función está enfocada al intercambio verbal y al protocolo.

La boca de Cráteros ofreció una mueca retorcida al mostali. ¿Pero qué broma era aquella? El Mariscal estaba a punto de negarse al trato cuando escuchó a Yun—Xu dirigirse a Man—Yurý.

—¿Puedo ir yo? ¿Puedo entrar en el sumergible?

Su tío negó con la cabeza. Con gesto serio. Tosió. El oriental aún no estaba recuperado de su enfermedad. Pero fue Shen la que contestó a la pequeña.

—De ninguna manera. Nadie en su sano juicio querría entrar a un lugar lleno de enanos. Sólo un loco lo haría...  
—Miró a Cráteros—. A saber qué llevan ahí dentro.

La aldryani agarró a Yun—Xu por el brazo y se la llevó al interior del Rompeolas del Sur. Hacía tiempo que Susurro en la Bruma había desaparecido ya arrastrando a Zishla consigo. Shen echó una última mirada de odio a los

mostali. Después fijó su vista en Cráteros. Ladeó la cabeza con desconfianza y desapareció.

—Reuniré a unos cuantos marineros. Yo mismo llevaré la sal a vuestra bodega a cambio de la..., de la... —dudó el Mariscal resoplando. Quería ver a los mostali más de cerca. Le daba igual si el resto de la tripulación pensando que estaba loco.

El mostali dorado hizo un gesto de asentimiento.

Le costó encontrar a marineros dispuestos a acarrear los sacos de sal. Los mostali habían asegurado que cuatro sacos de sal serían suficientes. Para el

Rompeolas del Sur, no eran ni la décima parte de lo que transportaba en la bodega... ¿merecería la pena la magnetita?

Lo primero que llamó la atención del Mariscal cuando posó los pies sobre el sumergible mostali fue que, efectivamente, no estaba hecho de escamas, sino de planchas de metal. Era una gran coraza. Una caja de hierro que flotaba. El sumergible tenía una abertura redonda por la que fueron bajando los sacos. El túnel era muy estrecho, vertical, y tenía una escalera adosada a la pared, también de metal. Cráteros esperaba encontrarse el interior lleno de filtraciones y humedades; sin embargo, el interior estaba completamente seco.

¿Cómo harán los mostali para mantener el agua fuera? El interior del sumergible tenía montones de pasillos y compartimentos. Bolas de luz se repartían por las estancias pegadas mágicamente a las paredes y al techo. Un pitido discontinuo iba y venía acompasadamente. Al bajar la escalerilla, Cráteros se encontró con otro mostali. Remojaba su larga barba en el océano a través de un agujero en la chapa de metal. Pegaba la cara a una abertura y la barba quedaba fuera, flotando. Las algas se enrollaban y confundían con el pelo rojizo. Cráteros lo observaba con el ceño fruncido.

—Es nuestro guía, Gem Pil Sar —explicó Bocabierta—. Al final de este

corredor se encuentra el almacén. Por favor, depositen allí los sacos de sal.

Al final del pasillo, lo que había era una puerta, cerrada. Junto a ella se encontraba otro mostali sentado en un taburete. Se encontraba ensimismado puliendo una pequeña figura de metal, quizá plata, similar a los trebejos usados en los juegos de mesa. La figura representaba a un ser con cola de pez y parte superior humanoide, que sujetaba una red con una mano y un tridente con la otra. Cráteros, cargado con el saco de sal, se dirigió al mostali pulidor:

—¿Puedes abrirnos la puerta para dejar la sal en el interior de la bodega?

—No estoy programado para ello.

El Mariscal bufó. Pero más que la negativa, la sorpresa vino porque el mostali había hablado usando el idioma comercial. Al lado de Cráteros, apareció el mostali de piel dorada sujetándose la cadenita de la cara.

—Yo abro. Sobre la cubierta de su embarcación de superficie hemos depositado las cucharas imantadas.

—Pensé que tú sólo estabas programado para hablar, no para abrir puertas.

—Ésta es una tarea sencilla que hasta un nilmerg podría hacer.

—¿Y éste para qué está programado? —preguntó el Mariscal señalando con la barbilla al mostali

sentado—. ¿Sólo para pulir figurillas de plata?

—No, Aritmós Pente está en periodo de reposo. Pulir representaciones a escala es su afición.

Los ojos de Cráteros se abrieron como dos lunas llenas. Su boca se cerró. Cada vez entendía menos a los mostali. Arqueó la espalda y, bajando la cabeza, penetró en el almacén junto a los tres marineros.

Nada más depositar los sacos de sal en el suelo, un gran estruendo sacudió el sumergible. Algunos recipientes de metal que reposaban por las baldas que recorrían las paredes de la bodega cayeron al suelo. El buque mostali se

estremeció y las luces parpadearon un instante. Volvió la calma. Cráteros buscó con la mirada a Bocabierta.

—No se preocupe, debe ser el *jolanti* que tenemos para tareas pesadas y conflictos armados. —El mostali de oro sonrió—. Pero como no estamos en una situación violenta, sino en un intercambio comercial, no tenemos motivo para liberarlo. No se preocupen por los envases de comida deshidratada, tenemos un nilmerg que se encarga de colocarlas en los estantes. Voy a ver por qué se ha agitado el *jolanti*.

—No ha sido el *jolanti*. —Cráteros se sorprendió al escuchar la voz de Aritmós Pente, quien se había levantado

de su taburete—. Ése golpe ha venido de fuera del sumergible. —Se volvió a sentar—. Tengo que terminar la figura antes de que empiece mi turno de trabajo.

Y el mostali extendió la mano con la que sujetaba su figura. Sobre la palma, la miniatura de plata relucía con intensidad. Era asombrosa. Cráteros se fijó bien. Pudo distinguir cada escama que recubría el cuerpo diminuto, las agallas del cuello, las membranas entre los dedos de las manos, los nudos de la red, las aristas estriadas del tridente... La cara, sólo faltaba tallar la cara.

A la vez que el mostali comenzaba a tallar el rostro de la figura, una nueva

sacudida golpeó al sumergible. La embestida hizo que los forasteros cayeran. Algunas piezas de metal rodaron por el suelo. Una nube de vapor blanco irrumpió a presión en la bodega. Los marineros que acompañaban a Cráteros miraban hacia todos lados. Temblaban. Los pitidos continuos se hicieron más cortos e intensos. Los globos de luz pegados a las paredes enloquecieron. Empezaron a parpadear y muchos cambiaron de azul a rojo. Cráteros no sabía que significaba aquello. ¿Sería una trampa? Uno de los marineros agarró al Mariscal por el brazo. Varios mostali corrían en todas las direcciones. Cráteros sintió algo húmedo y cálido que salpicaba sus pies.

El marinero se había orinado encima.

—Hay que salir de aquí —ordenó el Mariscal tirando del brazo del marinero. Pero la luz parpadeante y los silbidos intensos habían desorientado a los hombres. Casi de bruces, Cráteros se tropezó con el mostali que no paraba de pulir.

—¡Sácanos de aquí! —lo espetó el Mariscal.

—No estoy programado para ello —respondió tallando frenéticamente la miniatura—. Debo terminar la representación antes de comenzar mi jornada.

Cráteros lo apartó a un lado de un fuerte empujón, los tres marineros le

siguieron a través del pasillo. Buscaron la salida. Encontraron una puerta abierta... por la que escapaba un calor asfixiante. El barco estaba en llamas. Un fuego abrasador rugía en el interior del habitáculo. Sólo un mostali luchaba contra él. Uno de los que parecía estar hecho de arcilla. Intentaba sofocarlo arrojando rocas negras con una pala. Así nunca lo conseguiría. Cráteros intentó protegerse del fuego alzando las manos. Las llamas eran muy potentes.

—Por ahí no. —La voz de Bocabierta hizo que el Mariscal se girara—. Salgan de la sala de Calderas.

—Pero el barco está ardiendo. Malditos mostalis... Es que están ciegos.

—Tranquilícese, hombre alto. Esta es la sala de Calderas, nuestro espíritu elemental de fuego. Calderas es la salamandra que hace funcionar la mayoría de nuestra maquinaria. Necesitamos que esté bien nutrida para activar la propulsión.

—¿Nutrida de roca negra?

—No es roca. Es la carne fósil del dios Piedra, hermano de Mostal. Ahora síganme, la salida es por aquí.

Bocabierta abrió un agujero en el techo del pasillo. La luz del exterior conquistó a las bolas iluminadas. De la nueva abertura descendía otra escalerilla metálica. Cráteros se apresuró hacia ella. Al asomar la

cabeza, lo primero que encontró fue el acorazado cuerpo del mostali de hierro agitando su hacha doble frente a un gigantesco monstruo marino. Un monstruo de verdad.

El monstruo acuático se revolvía. En sus garras portaba una red enorme confeccionada con algas; en la otra, un tridente blanco con el que arremetió contra el submarino. Era una representación inmensa de la figurilla del mostali. Exacta.

El Mariscal ayudó a salir al último de los marineros. Tenía que volver al Rompeolas del Sur y recuperar sus armas para luchar. Cuando el tridente golpeó el casco del sumergible, éste se

tambaleó. Los humanos estuvieron a punto de caer al agua. Desde el Rompeolas del Sur la tripulación y los compañeros de expedición de Cráteros no dejaban de arrojar proyectiles contra la bestia marina. Apenas se inmutaba. Todo cuanto impactaba sobre sus escamas salía impelido sin provocarle el más mínimo daño. Era una bestia capaz de hacer añico ambos navíos. Cráteros corrió sobre el sumergible y saltó al llegar al borde. Consiguió agarrarse a un cabo suelto que pendía del casco del Rompeolas del Sur. Trepó escuchando los gritos de angustia y las sacudidas. Cruzó la barandilla de babor. Corrió hasta su jabalina. Se dispuso a arrojarla... y entonces lo vio.

El monstruo estaba inmóvil, paralizado. Visto desde ahí, con ese instante de pausa, resultaba evidente que podría haber acabado con ambas embarcaciones sin dejar rastro de ninguna... Entonces, ¿por qué se había detenido?

Sobre el sumergible, entre el enano de hierro y el de la cara plateada, se encontraba el mostali pulidor. Tenía el brazo extendido y sujetaba firmemente la miniatura a escala del ser. La inclinó a un lado... y el monstruo también se inclinó. La detuvo, y la bestia escamada se detuvo. Con un aparejo metálico limó las puntas del tridente pequeño, y el tridente gigante se fue deshaciendo convertido en polvo. Entonces agarró la

figura con fuerza y la lanzó contra el agua. La miniatura desapareció hundida.

El gigante se sumergió también.

Había desaparecido. Sobre las aguas de Kahar no quedaba ni rastro del monstruo, ni de la miniatura. Cráteros observaba perplejo. Agua cristalina, sólo eso. Niebla blanca y espesa, sólo eso. La voz de Bocabierta resonó desde la cubierta del sumergible.

—El trabajo de Aritmós Pente es dominar monstruos marinos; pulir figuras a escala es sólo su afición.

Ningún humano entendió de qué hablaba el mostali de piel dorada. Cráteros sonrió. A su lado, Yun—Xu también sonreía.

No tardarían los mostali en tener el sumergible reparado. Tras el intercambio de materiales desaparecieron sumergidos. No se los tragó la Niebla, como al Rompeolas del Sur, sino las aguas de Kahar. No hubo despedidas. Muchos eran los que respiraban aliviados con la separación. No dejaban de ser mostali.

Durante un tiempo, el Mariscal no pudo dejar de dar vueltas a la idea de que los mostali los hubieran ayudado. Aunque aún quedaba por ver si la magnetita esa funcionaba de verdad. ¿Cómo funcionaban las cucharas imantadas? Pero lo más sorprendente de todo había sido descubrir que los barcos mostali no navegaban sobre el mar, sino

bajo él. Pero todos estos pensamientos pasaron a un segundo lugar. El miedo por viajar sin la bendición de Dormal regresó a la tripulación. Y hacían bien en sentirlo.

Dormal se había olvidado de ellos.

Y sucedió tras este encuentro que se cumplieron los miedos supersticiosos de los marineros. Muchos asegurarían que se debió al sino engendrado por la venganza de Dormal tras ver su figura votiva vilipendiada; otros, los más ateos y escépticos, que fue debido a la casualidad.

Finalmente estalló la tormenta más rabiosa que jamás, aquella viajada nave

había sufrido nunca.

Como tambores de guerra los truenos anunciaron la llegada del vendaval. La brisa que inmóvil no había agitado la espesa Niebla de Kahar durante tantos días, se convirtió en ciclón. La lluvia se transformó en granizo y los tablones de madera comenzaron a quejarse por el hiriente golpeteo que caía del cielo. Entre la Niebla impenetrable, los relucientes relámpagos, nervios de brillante oro y fuego, centelleaban con cada tronar. Las ráfagas de viento azotaban al barco de costado, meciéndolo con violencia, como si de una cáscara de nuez se tratara. Torrentes de lluvia asaltaban la cubierta y quienes desde allí trataban de combatirlos, no

supieron si el agua caía sólo desde el cielo o acaso era escupida por el mar. Un océano caía sobre el propio océano.

Susurro en la Bruma se apresuró a buscar artilugios con los que bombear el agua que, peligrosamente, empezaba colarse en el interior del navío. No obtuvo ayuda de ningún amedrentado tripulante, a los marineros les atenazaba un pánico supersticioso. Basín Basín miraba también con espanto al dragonut... pero los cubos de madera y la rapidez para achicar agua por la borda serían sus únicas herramientas. El jaleo formado por la tripulación obligó a organizar el achique de agua, que amenazaba a la embarcación con acuciante riesgo de zozobra. Los

marineros empezaron a obedecer llevando y trayendo cubos de madera.

Shen abrazó a Yun-Xu, la pequeña kralorí también temblaba de miedo con cada trueno, dando un respingo, incapaz de mantener los pies en el suelo. Protegidas entre las paredes del camarote tiritaban abrazadas; la tempestad rugía fuera con intensidad. Shen sentía que debía proteger la vida de aquella niña, tan pequeña e indefensa, el fruto de Li-Wan.

Entre el fragor de la batalla, el viento contra las aguas, las olas contra la nave, se escuchó una orden del capitán: «¡jarriad velas!». Los marineros corrían alocadamente como pollos sin cabeza.

Man-Yurý y Zishla llegaron los primeros bajo el palo mayor. El mástil se vencía y oscilaba fluctuante con cada sacudida de viento, azotado por el vendaval. Si no plegaban pronto la vela, la potencia de la tormenta la destrozaría... ¿Y si arrancaba el palo mayor? ¿Y si éste se vencía sobre la cubierta? Con habilidad felina, ambos (aldryani y kralorí) se encaramaron veloces por los obenques del mástil. No existía marinero que lo hubiera podido hacer con más pericia; mucha era la destreza que se requeriría para salvar el velamen. Tanto el kralorí como la vronkali alcanzaron la cumbre del mástil y comprobaron que deshacer los nudos y cordeles que la tripulación había

dispuesto con esmero y trabajo, era tarea laboriosa para tan delicado momento, con un torrente de lluvia que caía sobre sus rostros y latigazos de viento que los hacía bambolear peligrosamente a tantos metros sobre la cubierta.

El riesgo de recoger la vela era demasiado temerario.

No tuvieron duda de lo que hacer. Se miraron a través de la cortina de lluvia, asintieron, y sin decir una sola palabra se entendieron. Tenían que cortar aquella vela antes que la fuerza atroz del viento tronchase el mástil. Miraron hacia abajo, doce metros era una enorme caída. Un crujido bajo sus pies les hizo

agarrarse al velamen.

Susurro en la Bruma dejó los cubos de agua y saltó hacia el mástil; él también había escuchado el crujido y con energía agarró el palo mayor del *Rompeolas del Sur*. Una visible grieta había aparecido en la base del mástil, pero el dragonut sostuvo todo su peso con una fuerza descomunal. La espalda dragontina se marcó con todos los músculos en tensión. Con la fuerza de un coloso, el dragón nonato soportaba el mástil.

La tormenta empeoraba a cada instante. El vendaval estallaba contra el barco. El *Rompeolas* parecía un endeble barquito de papel a merced de la galerna, azotado con más y más virulencia, como si la ira

de un olvidado dios de las tormentas se hubiese desatado huracanada. La lucha entre el cielo y el mar había reventado, tremebunda, furiosa, y en medio del vendaval de agua y viento la pequeña cáscara de nuez se veía desamparada, sin posibilidad de escapar de entre las garras brutales de los elementos desatados.

Shen intentaba mantener la calma pero estaba muy asustada. Aun así, podía sentir claramente el terror en la piel de la pequeña Yun-Xu. La niña saltaba y respiraba entrecortada con todos y cada uno de los truenos. Shen estaba segura que las maderas de aquel barco no aguantarían la ira de la tempestad. Decidió dirigirse precavidamente al

único bote que habían embarcado al salir de Lur-Nop.

La vela cayó cuando todos los cabos y cordeles que la amarraban fueron cortados habilidosamente por Zishla y Man-Yurý. Susurro en la Bruma aguantaba extenuado todo el peso del mástil. El albacea kralorí comenzó a descender cuidadosamente, agitado en cada paso por el viento, valiéndose de dos gruesas sogas que pendían desde la altura. Zishla, por el contrario, saltó al interior del cesto donde normalmente - en un mar abierto y con visibilidad- se hubiese apostillado el vigía para localizar tierra firme u otras naves. Con devoción, la aldryani aceptaba y cumplía cada uno de los votos sagrados

que la acercaban a su dios, Halamalao. Con fervor, la vronkali seguía el credo del *Hijo del Sol* y por supuesto, jamás buscaría cobijo o resguardo frente a tormenta alguna, ya cayera el cielo sobre sus hombros. Estaba dispuesta a retar a cualquier divinidad responsable de tan enorme tormenta como Halamalao retó a Orlanth. Defendería con fe y devoción la vida del *Bosque*, frente al sufrimiento que los vendavales traían.

El cubo de agua cayó a pies de Cráteros cuando, con mirada perpleja, clavó su vista en el aire. El Mariscal se detuvo atónito con el agua salpicando su rostro. El cubo rodó hasta perderse por la borda. Un fogonazo en el revuelto firmamento había atrapado toda su

atención, un zarpazo ígneo, un relámpago que se precipitaba desde el cielo. Había visto una enorme figura en el cielo. A continuación, el Mariscal buscó su equipaje. Lo encontró en su compartimento (dejando libre a su halcón sagrado) y volvió a cubierta tensando la cuerda de su arco. Allí arriba, inmerso entre la Niebla, volvió a ver aquella figura. La fuerza de la tormenta y la lluvia de rayos eran provocadas por el dios bárbaro Orlanth. Cráteros lo distinguió perfectamente entre la Niebla. Orlanth, el dios salvaje, caudillo de las tormentas, sacudía la pequeña embarcación con la fuerza de los vientos y la tempestad. El dios Orlanth en persona, quien agitaba las

nubes, atacaba sin compasión como antaño atacó al propio Yelmalio en su peregrinar a la *Cima del Mundo*. Los ojos de Cráteros vieron con claridad la efigie de la regia deidad arrojando rayos y centellas por doquier, soplando con furia la tempestad. ¿Cordura o delirio? El yelmalita respondió con bravura a cuanto sus ojos contemplaban, por místico y descabellado que resultara, y lanzó una saeta directa a la cabeza del colosal Orlanth. El dardo volador se perdió centrifugado por la fuerza del huracán.

—¡Maldito traidor asesino! —gritó Cráteros colérico preparando otra flecha —. ¡Tú y tu sarta de seguidores no sois más que escoria bárbara! ¡Algún día te

tendré ensartado en mi pica!

Calado por el aguacero, Man-Yurý intentaba deslizarse con cuidado hacia la cubierta del buque. Descender por los obenques del palo mayor resultaría bastante más complicado que treparlos. Zishla había desaparecido de su vista. El oriental apoyó un pie sobre las amarras tanteando con cuidado. El peligro estaba en resbalar desde semejante altura. El diluvio, la Niebla, el viento que azotaba su cara, apenas distinguía salientes donde apoyarse con claridad. El descenso se hacía harto complicado. Resbaló. Intentó agarrarse a un cabo suelto pero no lo alcanzó. Man-Yurý cayó a plomo desde la altura. Con un enorme trastazo, el kralorí

traspasó los tablones de madera de la cubierta, abriendo un boquete en el piso y cayendo sobre los fardos de sal de la bodega.

—¡Lucero que me has de guiar en la oscuridad! —imploraba Zishla desde la cofa del navío, con los brazos abiertos, mirando al cielo a través de la Niebla y la lluvia—. ¡Ante ti me humillo! ¡Señor de los valientes, calor de los hogares y luz de la esperanza! ¡A ti suplico, Gran Halamalao, para que entregues a esta humilde vasalla el valor necesario con el que vencer a la tormenta, al huracán y al ciclón! ¡Al vendaval y al aguacero! ¡Envíame tu luz para guiarme en estos momentos aciagos!

Y ocurrió el milagro. Un resplandor tan potente como el propio Yelm, el Sol, iluminó todo el barco durante un instante, dando la sensación de que el cielo se había abierto, de que el manto de Kahar se había quebrado, y los luminosos rayos de un auténtico sol habían penetrado en la Niebla. Zishla era el epicentro, el vórtice, el núcleo de aquel astro solar. Su cuerpo se iluminó como si se tratara del Emperador Yelm. Todos los miedos, temores y locuras desaparecieron durante ese instante, el manto de Niebla se desvaneció. El barco quedó iluminado y los ojos de los viajeros pudieron contemplar cómo, milagrosamente, el mediodía llegaba -o una luminosa mañana- desde cualquier

otro lugar del mundo. Incluso la lluvia  
cejó durante ese instante. Los corazones  
se llenaron de esperanza, las alma se  
alimentaron del calor y la luz de un  
nuevo Sol. Hasta aquel recóndito océano  
viajó el poder de Halamalao para dar un  
momento de auxilio a su fanática  
adoradora. Pero tan lejos de sus lugares  
de oración, o tan cerca del *fin del  
mundo*, se encontraban que incluso el  
poder de una deidad tenía sus límites. La  
Niebla de Kahar volvió espesa,  
infranqueable aunque fueses aldryani,  
dragonut o deidad. La luz y el calor  
fueron apagándose paulatinamente. La  
tormenta regresó furiosa.

El corazón de Cráteros había sentido  
también el calor de Yelm; había visto la

luz que iluminó el cielo durante ese instante desde lo más alto del mástil. La bruma abandonó su cabeza. Respiró aliviado. Contempló los cielos, pero en ellos no halló rastro de Orlanth o Yelmalio, quizá todo había sido una alucinación. Volvió la lluvia pero arrojándola sobre ellos no había dios alguno. Entonces observó como un relámpago caía sobre el barco, ya no estaba seguro si enviado por la mano colosal de Orlanth. El rayó estalló contra el palo mayor de la nave envolviéndolo en llamas y arrojando por la borda tanto a Zishla, que se hallaba sobre la cofa, como a Susurro en la Bruma, que seguía sujetándolo por la base.

—¡Abandonad la nave! —gritaba desesperado el capitán Basín Basín—. ¡Todo el mundo al agua!

—¡Vamos a morir! —se oyeron gritos entre la tripulación—. ¡No sé nadar!

Shen llegó corriendo junto a la niña hasta el bote salvavidas cuando el mástil comenzó a arder sobre la cubierta del buque. El barco se convirtió en un infierno. Una fuerte amarra ataba el bote de escape. La aldryani buscó un objeto útil que le sirviera para cortarla. Una voz conocida resonó a su espalda.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Cráteros entre jadeos, con tono desconcertante—. Debemos asegurar la vida de la niña. El barco arde en llamas.

Ayúdame a bajar el bote y pondremos a salvo a Yun-Xu... Si todavía quieres viajar conmigo. Tu prueba de madurez está más que superada para marcharte donde te plazca.

La mreli lo miró recelosa. No estaba segura de poder confiar en el humano.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Shen con desconfianza.

—Están cayendo al agua, todos — contestó el hombretón.

Muchos eran los marineros que chapoteaban en las aguas de Kahar. Prácticamente toda la cubierta del barco estaba en llamas. La tormenta comenzaba a consumirse pero un refrán añejo pregonaba que: «*las desgracias*

*nunca vienen solas*», y nadie supo si fue el chapoteo de los caídos o el olor a sangre fresca, lo que atrajo la presencia del kraken.

La Niebla volvía a ser espesa y la lluvia tormentosa daba sus últimos coletazos cuando los tentáculos gigantes del kraken abrazaron el casco del *Rompeolas del Sur*. Los maderos se quebraron con facilidad y quienes trataban de salvar sus vidas chillaron con histeria. El casco del navío estaba siendo triturado. El kraken hizo el resto para despedazar el buque y comenzar con su festín de marineros, desesperados por agarrarse a alguno de los maderos a los que el casco había sido reducido. La tripulación iba disminuyendo a medida

que el apetito voraz del colosal y silencioso octópodo gigante iba tomando cuenta de ellos.

Presas demasiado fáciles para dejarlas escapar.

Cráteros y Shen habían hecho descender el bote justo a tiempo, exactamente en el momento en el que varios tentáculos abrazaban al *Rompeolas* y varios marineros encontraban la muerte en las fauces del descomunal pulpo. Uno de los tentáculos gigantes enganizó el bote cuando comenzaba a alejarse de los restos destruidos del barco. La sacudida casi lo hizo volcar, tambaleando a los que sobre él se encontraban. Cráteros dejó los remos desenfundando su

reluciente espada mientras Shen tensaba con rapidez la cuerda de su arco.

Desde lo más alto del navío Zishla había caído a las gélidas aguas de Kahar. La zambullida le había dejado algo atontada pero rápidamente salió a flote. La aldryani observó desconcertada los enormes tentáculos (desconocido monstruo para ella) a los que confundió con grandes lianas del tamaño de troncos. La vronkali no lo pensó. Su instinto guerrero, y sobretodo el ansia de sangre de su arma, la llevaron a saltar sobre uno de los tentáculos propinándole una espectacular sajadura. Aquello sangraba como un animal, no como una planta; aquello podía y debía morir.

Un enorme tentáculo se deslizaba sobre el bote en dirección a Yun-Xu. Cráteros se lanzó frenando el avance del apéndice con un pinchazo de su *Colmillo Dorado*. Con un veloz movimiento, el apéndice se enroscó en torno al dorado escudo del Mariscal, con la cabeza del halcón tallada, estrujándolo sin miramientos como al brazo que lo sostenía. El broquel se arrugó doblándose cual amasijo. El brazo de Cráteros quedó atrapado; la presión lo constreñía dolorosamente. Shen actuó con premura y hasta tres fueron las flechas que, en un abrir y cerrar de ojos, se clavaron sobre las ventosas que apresaban la extremidad de Cráteros, constreñida dentro de su

escudo.

Sangraba, el monstruo era enorme pero sangraba; y si sangraba, podía morir. Ningún otro pensamiento rondaba la mente de Zishla cuando, tras rajar el primer tentáculo, se lanzó al agua de nuevo. Su retorcida arma se había adueñado de sus músculos y pedía la sangre de la bestia. No importaba lo peligroso que pudiera ser: cuando su lanza se adueñaba de ella, no había obstáculo que la detuviera. No era buena nadadora, ni siquiera había buceado más que por los mansos lagos que rodeaban su valle, pero estaba resuelta a encontrar la cabeza del tremebundo ser acuático y rebanársela de un tajo. Como un rayo, la verde vronkali se sumergió en las

profundidades oscuras y revueltas de Kahar. Sus ojos brillantes ya nada contemplaban más que la muerte de la bestia marina.

Susurro en la Bruma había salido despedido del barco cuando el rayo estalló contra el mástil. El guerrero dragontino había sostenido el agrietado palo mientras Man-Yurý y Zishla descendían. Sintió una sacudida, un brillo intenso, una explosión, y salió volando hacia las frías aguas de Kahar. Vio el barco arder, los tentáculos del kraken arrastrar marineros a las profundidades y una barcaza atrapada por un enorme tentáculo, con el espíritu del bosque y la Niña Joya a bordo. El dragonut se dirigió al bote nadando con

rapidez, sorteando tablones calcinados y cuerpos de marinos.

El tentáculo del octópodo se cerraba aplastando el brazo de Cráteros, atrapado entre el amasijo metálico a lo que estaba siendo reducido su escudo. El Mariscal respiró hondo y soltó una estocada fuerte y precisa. La hoja de *Colmillo Dorado* atravesó las capas de piel y grasa del tentáculo. La dolorosa punzada hizo al pulpo aflojar su presa. Cráteros sacó rápidamente su brazo mientras Shen hundía otra flecha en el descomunal apéndice. El amasijo de bronce que fue su broquel cayó a las aguas heladas de Kahar.

Entre los restos del naufragio, y bajo los

últimos estertores de la tormenta, no había rastro ni del capitán ni del resto del pasaje. Cada vez eran menos los miembros de la tripulación que torpemente chapoteaban y que suplicantes chillaban aferrando su vida a un tablero flotante. Mientras, el descomunal pulpo seguía devorando implacablemente. Desde el oscuro fondo marino emergió la horrenda cabeza del kraken para concluir su ansioso festín.

Zishla nadaba, trepaba y saltaba entre la selva de tentáculos, poseída por la fuerza de su arma. No era ella sino su *Punzante* quien buscaba con ardor al corazón de la criatura, el lugar más letal donde atravesarse. Ningún otro estímulo hacía reaccionar a la vronkali.

Shen volvió a clavar una precisa flecha sobre el tentáculo que al fin dejó el bote.

Susurro en la Bruma subió alborotadoramente a la barca, que se agitó con patente riesgo de vuelco. Cráteros le ayudó cuando vio que era él.

—¡Debemos alejarnos de aquí! — exclamó el Mariscal—. Mientras el demonio marino esté entretenido con los restos del navío tenemos una oportunidad. ¡Rápido!

—¿Vamos a dejar a los otros indefensos ante la bestia? —cuestionó Shen con energía mientras apuntaba su arco hacia la cabeza del descomunal pulpo—. No podemos dejar aquí a los demás. ¿Dónde está el señor Man-Yurý ?

El kraken fue lo que salvó a Man-Yurý del fuego. Con una pierna seriamente dañada por la caída, el oriental no hubiese podido abandonar la bodega antes de que esta ardiera; Man-Yurý se habría calcinado en su interior. El abrazo del kraken, destrozando los tablones, lo había expulsado de la bodega, resquebrajada como el resto del casco. Una vez en el exterior, el agua helada del mar le devolvió la consciencia. El dolor en la pierna le resultaba inaguantable pero, «Qué diablos. ¡Soy un soldado imperial de Su Majestad Dragón Emperador! ¡Debo aguantar!». Apenas le quedaban fuerzas para flotar y respirar a la vez. Consiguió asirse dolorido a un madero en el que

mantenerse a flote.

Cráteros agarró uno de los remos y entregó otro a Susurro en la Bruma. Con fuerza, empezaron a remar alejando el bote del lugar donde el kraken continuaba con su almuerzo de náufragos. Shen se dirigió al Mariscal:

—¡No puedo creer lo que está haciendo!  
—profirió perdiendo su habitual tono calmo—. ¡Debemos rescatar a los otros!

La aldryani se abalanzó, hecha una furia, con intención de arrebatarse el remo a Cráteros. No hubo forcejeo posible pues el hombre era mucho más fuerte que la pequeña mreli. Ésta salió despedida del conato de brega en cuanto el yelmalita se revolvió. La aldryani cayó a las

heladas aguas de Kahar. Salió a flote y braceó desesperada, no sabía nadar. Susurro en la Bruma, de espaldas a la pugna, remaba con energía alejando la barca del lugar. Cráteros permaneció un instante con la vista puesta en el lugar donde chapoteaba la aldryani. Ella trataba de mantenerse a flote; lo miró desesperanzada. Definitivamente, la bella Shen había perdido la fe en aquel hombre.

Cráteros hizo que Susurro en la Brumadetuviera la barca.

—Llegaré antes si voy a nado. ¡Sígueme remando y recógenos! ¡Rápido!

El Mariscal se lanzó al agua con la pechera de la coraza incluida, lo cual

era una locura, y nadó en dirección al lugar donde Shen braceaba desesperadamente. Llegó asfixiado y jadeante; agarró a Shen por debajo de la barbilla y trató de mantenerla a flote. El templario yelmalita gritó llamando al dragonut. «¿Por qué no se mueve?», se preguntó viendo inmóvil la barcaza. «¿Por qué no viene hacia nosotros» Sentía que no aguantaría mucho más. ¡Bastante hacía ya revestido con su pechera de bronce! No se dejaría hundir.

Entonces, oscuros y desdibujados, vio las sombras flotar sobre la barcaza.

Sombras difusas y etéreas sobrevolaban el bote.

Desde el agua, Cráteros alertó a Shen y

ambos las vieron descender veloces, más de diez, más de veinte, quizá una treintena. En aquel momento escucharon un ruido rítmico y constante, como un aleteo, parecido al vuelo de halcones gigantes o de grifos. Tan fosca era la Niebla que impedía distinguir con claridad de que se trataba. Las sombras oscilaban sobrevolando la barcaza y el aleteo era todo cuanto ululaba hasta sus oídos. La Niebla de Kahar se había vuelto de nuevo impenetrable; un denso telón de blanquecina oscuridad. Cuando Cráteros arrastró a Shen hasta la barcaza, la alzó sobre la borda para que subiera en primer lugar.

La aldryani se encontró de bruces con una de las «sombras voladoras»

registrando arrodillada, entre las pertenencias que habían dejado en el bote. Shen la miró con sorpresa, había oído hablar de aquellos seres a los ancianos de su bosque, pero jamás había visto uno de cerca.

*Los sabios contaban que la guerra entre aldryami y los hijos del viento estaba por siglos concluida. El conflicto por la tierra donde anidar había terminado. Los aldryami los habían expulsado de sus territorios. Cuanto más extendían los aldryami sus dominios copados, de menos espacios disponían los hijos del viento para volar libremente; así empezó la guerra. Los derrotados y huidos seres alados desaparecieron para siempre de los*

*bosques y las leyendas contaban que, los supervivientes, moraban ahora sólo en las cumbres nevadas de las cordilleras más altas del Paso del Dragón, donde ninguna floresta entorpecía sus vuelos. Los hijos del viento habían sido vencidos y expulsados del Bosque hacía muchísimo tiempo.*

El que la barca registraba era tan pequeño como Shen e igualmente delgaducho, de figura frágil y pueril rostro aniñado, imberbe, pero de brillante melena ensortijada. Poseía ciertos rasgos mestizos, orientales de Kralorela mezclados con sangre de occidente. Lucía completamente desnudo. Piel clara y ojos verdemares.

Lo que más destacaba en su fisionomía eran las dos enormes alas que crecían a su espalda, como las de un águila o un halcón. No cabía duda: era uno de los antiguos *hijos del viento* que lucharon contra el *Bosque* en las leyendas de la antigüedad. ¿Cómo habría llegado hasta aquí?

El individuo de grandes y majestuosas alas miró sobresaltado a la aldryani cuando esta se aupó a bordo del bote. Dejó caer el montón de objetos brillantes que estaba registrando. Shen no vio ni rastro de Yun-Xu ni de Susurro en la Bruma, nadie más se encontraba allí. La mrelí se abalanzó contra el ser alado. Cráteros trataba con dificultad de incorporarse al oscilante bote; tarea

complicada, entorpecido por su armadura de bronce. El *hijo del viento* abrió las alas y saltando con energía se elevó por los aires con un potente aleteo. Shen saltó con el tiempo justo de engancharle por el tobillo, se aferró con fuerza. Cráteros los miró sorprendido mientras ambos ascendían por los cielos; la elfa asida y una sombra voladora, una sombra en la que ahora sí distinguía forma humanoide y enormes alas.

Ambos, sombra y aldryani, se perdieron entre las brumas del telón neblinoso y opaco de Kahar. La pequeña mreli se sujetó con fiereza al delgado tobillo. El tacto de la piel era muy suave. El ser alado no dejaba de patalear con la

intención de deshacerse de ella. Shen no podía permitir que escapara habiendo desaparecido la pequeña Yun-Xu. La aldryani se horrorizó cuando desde la altura, no alcanzó a ver el agua del mar. Sintió mucho frío, el aire pasando a toda velocidad golpeando su rostro como nunca antes lo había sentido. El *hijo del viento* aceleró su vuelo cayendo en picado y girando sobre sí mismo. Pataleó dando bandazos y girando con vertiginosos tirabuzones hasta que la aldryani no pudo sujetarse por más tiempo. La pequeña se soltó precipitándose al vacío, cayendo como un peso muerto sobre las gélidas aguas de Kahar.

# Capítulo. VIII «La isla de los hombres pájaro»

*Añil*

*Teñido el cielo escapa de tormentas*

*Resignados corazones rendidos al  
capricho*

*Desesperanza vestida de espíritu  
valeroso*

*Cual dócil marioneta a la fortuna  
rendida*

*Aleteo de sombras ocultas, inoportuno  
presagio*

*Voluntad del hado que domina el*

A la deriva quedó la barcaza. Cráteros buscó a Shen durante un tiempo, que se hizo eterno, entre las gélidas aguas de Kahar y la espesura de su bruma, sumido en la opacidad de aquella neblina perpetua y obtusa. Flotando encontró el cuerpo de la aldryani, a quien subió a bordo y con ruegos divinos arropó con su calor. La hipotermia había dejado el pequeño cuerpo de Shen en un letargo hibernado. Cráteros ejerció de Yelmalio, y Yelmalio de Halamalao, y Halamalao bendijo con su calor al Bosque. Y para la pequeña aldryani fue un avatar del mismo Hijo del Sol, quien llegó a socorrerla y alejarla del frío de Kahar. El calor del yelmalita hizo que

recobrase los sentidos. Perdidos se encontraron de nuevo los dos, solos y huérfanos de padre y madre, en la selva oceánica de Kahar, sin víveres, sin compañía, sin esperanza. Tras mucho remar, un nuevo batir de alas se escuchó retumbando entre la Niebla. El sonido llegaba con claridad a sus oídos.

—¡Son ellos! —exclamó Shen—. Son quienes secuestraron a Yun—Xu.

El ruido del aleteo creció paulatinamente cuando desde las alturas, entre la lechosa Niebla que los rodeaba, aparecieron moteados puntos imprecisos, flotando a lo lejos pero acercándose con rapidez.

—¡Bajad aquí demonios alados! —

retaba Cráteros impetuoso, desde la barcaza, elevando su lanza a la oscuridad del cielo—. ¡No temo a ningún demonio con alas!

Las sombras voladoras se desplazaban con rapidez. Ocultas por la neblina, era imposible precisar a simple vista cuantas manchas los sobrevolaban. Tanto Cráteros como Shen percibieron una voz resonando dentro de su cabeza.

—Con maldad a los *heithir* vinisteis a socorrer, pero sabed que el espíritu de la tempestad os ha recibido como merecíais. ¡Los *heithir* no podrán derrotarnos por muchos monstruos que invoquen! Morid abandonados, bestias, los *heithir* han huido ya.

—¡Pero qué diablos! —gritó alterado Cráteros levantando su lanza hacia el firmamento—. Baja aquí, donde pueda verte; voy a explicarte como solucionamos estos encuentros en mi tierra.

—Nosotros no somos monstruos —Shen elevó la voz tratando que Cráteros callara—. Además, voz voladora, no sabemos que son los *heithir* de los que habláis.

—¡Mientes! —reprochó la voz al escuchar las palabras de la aldryani. Dos flechas hicieron blanco en un madero a escasos centímetros de sus pies—. La luz en el mar, el resplandor de la invocación, el brillo que iluminó

las aguas en medio de la tormenta.

Vimos como los *heithir* volaban hacia vuestra llamada, tras ultrajar al Santo de nuestro poblado.

—¡Baja donde pueda verte! —bramó Cráteros con agresividad mientras las sombras seguían revoloteando sobre sus cabezas—. No pienso hablar con el viento por más tiempo.

—Cierto es que hubo un resplandor en nuestra nave —continuó Shen—, pero en ningún caso era una llamada o una invocación monstruosa. ¡No conocemos a esos de los que hablas! Fue el poder de Halamalao el que vino invocado a socorrernos de la oscuridad y contra la tempestad. Fue una invocación a los

poderes de la luz.

—¿Y por qué acudieron al destello los malvados *heithir*? —interrumpió la voz resonando en sus cabezas, mientras los oídos sólo escuchaban el runrún de las olas y el batir de las alas—. ¿Niegas haber venido invocado por sus reclamos?

—No hemos venido invocados por nadie —contestó Shen—. No conocemos a esos...

—Los forajidos *heithir* vinieron hacia vuestra luz tras escapar de nuestro nido secuestrando al Santo.

—¡Pues id tras ellos por haber cometido tal fechoría —gritó el Mariscal—, pero dejadnos en paz a nosotros! ¡No

sabemos nada de santos secuestrados!

Otra flecha apareció desde la niebla clavándose a los pies de Cráteros.

—¿Son los *heithir* una tribu de *hijos del viento*? —preguntó Shen reflexiva.

—Hace tiempo que lo fueron —continuó la voz con tono pesaroso—, pero cayeron tentados por los oscuros espectros de la montaña.

—Antes de aparecer vosotros, entre las nubes surgieron volando otros *hijos del viento* —quiso aclarar la aldryani hablando sosegadamente—. Y secuestraron a una cachorra kralorí que viajaba con nosotros.

—«*Hijos del viento*» —repitió de nuevo

la voz—. Hacía tiempo que no escuchaba ese nombre. Así es como sonaba en idiomas extranjeros.

—Los *heithir* esos de los que habláis han secuestrado a dos de los nuestros y los hemos de rescatar —dijo Cráteros bajando la punta negra de su jabalina—. ¿Y si nos lleváis a tierra firme?

—Pero antes, ¿sería posible revisar los restos del naufragio? —pidió Shen—. Quizá alguno de nuestros compañeros se salvase de la furia del mar.

Dana no dejó de revolotear en derredor de su amo al ser éste acarreado en volandas por varios hombres pájaro. Sólo dos, sin embargo, fueron necesarios para elevar por los aires a la

ligera Shen.

De entre los maderos carbonizados del *Rompeolas del Sur* los exploradores aéreos rescataron los cuerpos extenuados de Man–Yurý, flotando a la deriva, y de la bella Zishla, quien chapoteaba exhausta en un mar enrojecido por la sangre y los restos de tentáculos y ventosas del kraken. La vronkali había sido dominada por *Punzante*, el espíritu del arma, quien se hacía poseedor de su cuerpo y no cejaba en la lucha hasta que, o bien terminaba triturando a su enemigo o bien consumía todas sus energías. Zishla nunca recordaba nada tras las posesiones. Sólo sabía que había sido ella, por el rastro de sangre y de muertes... algunas

desgraciadas. *Punzante* no distinguía entre los amigos y los enemigos de la propia Zishla. Era un precio que debía pagar el poseedor de semejante poder.

La Niebla se fue disipando mostrando a los náufragos una visión espectacular. Tras el viaje, inmersos en el estómago vaporoso de Kahar, los viajeros agradecieron escapar de allí. Shen contuvo la respiración, asustada, al descubrir las aguas del mar tan alejadas. Los hombres pájaro cargaban con los cuerpos de los cuatro viajeros cuando el telón de la Niebla se fue abriendo y, de entre la bruma, asomaron las enormes paredes negras de unos inmensos acantilados. Habían llegado a una isla.

Siguiendo las crestas de roca donde culminaba aquel pétreo paisaje, los ojos de los buscadores encontraron la imponente visión de una espectacular montaña rajada en su cúspide. Un inmenso cráter. Aquello no era una montaña sino un volcán. Habían llegado a una isla, una isla volcánica en medio del océano.

Volaron entre los negros acantilados que se adentraban como dedos esqueléticos en el mar. Paredes inmensas de piedra brillante y orgullosa, inamovible frente a los golpes de las olas. El aire soplaba desesperado, alocado bufaba buscando resquicios entre la roca. A sus pies, el oleaje luchaba contra la piedra. La espuma restallaba mojando la pared

negra. Las olas volvían a atacar pero la piedra era más fuerte. El mar contra el acantilado. Los viajeros llegaron a una zona donde los quebrados estaban tan erosionados que, a lo largo de toda la pared, existían multitud de huecos y hendiduras, como en un queso macerado con gusanos. Numerosos rostros curiosos asomaron precavidos observando a los recién llegados. Varios de ellos alzaron el vuelo desde sus ocultos escondrijos y se aproximaron volando con rapidez cerca de los extraños. Los viajeros aterrizaron en una cavidad grande y ancha, donde cabían decenas de estos medio-hombres medio-pájaros. Con delicadeza, depositaron los cuerpos de los cuatro

extranjeros en el áspero suelo volcánico del enorme cubículo erosionado. Una enorme multitud de hombres pájaro aterrizó con ellos y varias decenas se arremolinaron alrededor. Delgados y bajitos como elfos, y al igual que estos, con sus cuerpos generalmente desnudos. La partida de cazadores que había perseguido a los forajidos *heithir* hasta que hallaron a los extraños, vestía taparrabos; los pudorosos motivos culturales allí eran inexistentes, llevaban estas prendas por ser útiles para sostener el carcaj de las flechas y las bolsas con piedras para las hondas.

Después de navegar a bordo del *Rompeolas del Sur* fue una sensación extraña volver a poner los pies sobre

tierra firme, aunque fuese en la pared de un acantilado sobre un mar que rompía con golpes de espuma blanca. Dentro de la cavidad, el viento estaba calmo y la piedra caliente. El tupido dosel de la Niebla de Kahar se abría suavemente alrededor de la isla y el cielo era aquí más claro. Los rayos del sol se filtraban con velada libertad, aunque la atmósfera siguiera siendo turbia y siniestra.

Aquella no era una de las maravillosas y paradisiacas islas donde reyezuelos y nobles perdían su tiempo con cacerías y jornadas de pesca. Desde el acantilado, desde la terraza de aquella pared natural elevada sobre las aguas, el cielo ventoso y la lucha de la mar contra la roca eran lo único que podían

contemplar.

Zishla se reanimó al sentir el contacto de la roca caliente bajo su cuerpo.

Abrumada y aturdida, se sorprendió rodeada por aquella masa que la observaba. Su primera reacción fue recuperar su arma; sentía su poder y su presencia cercana, pero no podía verla.

Miró con desconfianza a las criaturas aladas. Durante años, en las cumbres nevadas de su Shan—Shan natal, aldryami e hijos del viento habían llevado a las armas su conflicto por el territorio, y ella los había combatido con fervor y devoción. El Bosque necesitaba crecer y auparse por las laderas de los collados, trepar las montañas y florecer en sus cumbres... Y

estas desdichadas criaturas, engendros de algún descastado espíritu de los vientos, provocadoras de los tornados que tumbaban árboles e inundaban vegas, se oponían feroces a la expansión de Aldrya. Habían sido expulsados de las faldas de las montañas. Tras largos años, la vronkali las volvía a encontrar. Combatirlas fue su primer impulso, ¿pero dónde estaba su lanza? Al igual que Cráteros y Shen, Zishla también escuchó una voz resonando en el interior de su cabeza.

—¿Qué vientos han impulsado vuestras velas hasta nuestra isla? —uno de los hombres pájaros avanzó hacia los extranjeros sin abrir la boca—. ¿Qué aires os han conducido hasta aquí?

—No estamos aquí por gusto —se enfureció el Mariscal—. Perseguimos una gran búsqueda digna de héroes. ¡No tratéis de retenernos o lo pagaréis con vuestras vidas!

—¿Dónde está mi lanza? —espetó Zishla con altivez.

Varios de los hombres pájaro apuntaron con sus arcos a los extranjeros.

—No hemos venido a hacer ningún daño —intentó tranquilizar Shen a sus compañeros—. Nuestro barco naufragó frente a estos acantilados.

—¿Y la luz poderosa que iluminó el cielo? —preguntó suspicaz la voz—. ¿Guiasteis a los *heithir* en su huida? ¿O vinisteis invocados por sus plegarias?

—Los... *heithir* —dudó Shen al pronunciar el nombre— sobrevolaron nuestro naufragio y se llevaron a alguien muy importante que viajaba con nosotros.

—¿Ese alguien tan importante fue el causante del resplandor? —preguntó la VOZ.

—No, no lo fue. Sólo Halamalao puede hacer algo así —contestó Zishla aparentando más tranquilidad que la que en realidad sentía. Había comprendido que sin su lanza, estaba en desventaja contra aquellas criaturas.

—No, no secuestraron a quien iluminó la oscuridad. Se llevaron a alguien muy importante, mucho más que cualquiera

de nosotros —concluyó Shen.

—¿Se llevaron a un chamán? Si se llevaron a alguien de pulmones poderosos, su invocación será más destructiva aún —reflexionó la voz que sonaba cada vez con menos volumen—. Si nos estáis mintiendo, *las plumas* dirán la verdad. Traed *las plumas de la verdad*.

Dos pequeños hombres pájaro aparecieron portando un ramillete de plumas azuladas. Con gesto ceremonioso extendieron las plumas dejando una a los pies de cada uno de los visitantes.

—Colocad una *santa pluma* en vuestra cabeza. Recogedla con vuestra cabellera. Si osáis mentir al *Espíritu del*

*Viento*, la pluma se teñirá oscura. Si algún daño pretendéis hacernos, la pluma caerá al suelo y os atravesaremos con nuestras flechas.

Para colocar las plumas, cada una contaba con un cordón que anudaron dejando la pluma ondear. Una pequeña hija del viento ató una pluma a la cabellera del aún inconsciente Man-Yurý. Su cuerpo seguía tendido e inerte sobre la roca volcánica.

Una brisa marina se alzó suavemente, fresca pero agradable, agitando las melenas de los *hijos del viento* y de los viajeros, agitando las plumas azuladas que pendían atadas. Sobre sus rostros sintieron el contacto de la brisa.

—Ahora decidme —volvió la voz a sus cabezas—. ¿Cuál es el verdadero motivo de vuestra presencia aquí?

—Ya hemos explicado que viajamos buscando algo... —intervino Cráteros sin prestar atención a la pluma que colgaba de su melena— algo de suma importancia.

—Necesitamos recuperar a una cachorra kralorí —continuó Shen, quien intentaba observar de reojo la pluma que pendía de su cabeza.

De pronto, Cráteros sacó de entre sus ropajes, empapado, el papiro manuscrito donde se situaba Isla Destino, lugar al que se dirigían y emplazamiento del hallazgo de los Tres Soles. Lo desplegó

en el suelo bajo la tensa mirada de los hombres pájaro.

—Nos dirigimos aquí —trató de explicar señalando con los dedos—. Viajamos a esta isla. ¿Os resulta conocida? ¿Habéis visto este lugar con anterioridad? El mapa lo hizo una expedición capitaneada por mi padre, Hiraclís Parthenonas, hace unos veinte años. Sé de buena tinta que para llegar a ella navegó atravesando estos mares.

—Claro que conocimos esa isla —dijo la voz en su cabeza con un susurro. Parecía satisfecha al comprobar que el color de las plumas no había oscurecido—. La conocimos bien durante mucho tiempo hasta que nos echaron de sus

cumbres y tuvimos que emigrar aquí, a esta tierra negra donde nada crece.

—Sólo pretendemos llegar a la isla — explicó Cráteros mejorando sus modales.

—Pero antes necesitamos rescatar a la niña —recordó Shen al Mariscal.

—Podríamos ayudaros a llegar, si el aire soplara a vuestro favor y vuestra vela se hinchara en la dirección correcta. Vosotros necesitáis al cachorro kralorí y nosotros necesitamos nuestro Santo, Pluma Roja. Los *heithir* en cambio, necesitan tres corazones, tres corazones poderosos. Si la niña es poderosa, han encontrado el segundo corazón, pero tres necesitan para la

invocación.

—¿Pero a quién tratan de invocar con una niña kralorí? —preguntó Shen.

—Invocan al Espíritu de Fuego — contestó la voz—, quien reposa adormecido en las entrañas del volcán, la Boca que Arde. La profecía dice que son tres los corazones necesarios para que el espíritu del volcán conceda sus favores y expulse las llamas de su interior. Siempre han pretendido acabar con nuestra tribu desde que llegamos aquí.

Shen interrumpió poniéndose en pie y señalando alarmada en dirección al océano.

—Pues ya tienen tres corazones

poderosos —se adelantó la aldryani—. Con nosotros viajaba alguien muy poderoso. También desapareció cuando los *heithir* llegaron... Un dragonut, un dragón nonato.

—El... ¿qué? —dudó la voz en su cabeza, resonando ya casi imperceptible—. Jamás el viento trajo a mis oídos un nombre semejante.

—Sí, un dragonut —siguió la aldryani—. Un dragón que todavía no ha germinado de su simiente. También fue secuestrado. ¿Será su corazón el tercero de la invocación?

—El viento no nos traerá ningún rumor con la respuesta. Si alguien más fue secuestrado, alguien poderoso, hemos de

ir a buscarlo antes de que le saquen el corazón.

—¿Qué pueden hacer si finalmente invocan a ese espíritu que tanto os asusta? —preguntó Shen intrigada.

—Ese espíritu es el alma del volcán, es *quien puede arrasarlo todo*. Su lengua de fuego abrasa todo cuanto toca, por eso nada crece en esta isla; puede lanzar llamaradas que calcinarían nuestras alas y nos harían caer del cielo.

—Y me temo que nos toca acompañaros al volcán y rescatar a los secuestrados. ¿Me equivoco? —dijo Cráteros con resignación. Estas criaturas decían conocer el paradero de Isla Destino. ¿Cabía otra salida?

—Los *hijos del viento* no somos guerreros, ni soportamos las profundidades bajo la tierra; ninguno de mi tribu puede sobrevivir al interior del volcán. Los *heithir* no esperarán que nadie entre en la cueva. Nos esperarán sobre el cráter. Vuestros brazos son fuertes y vuestras armas poderosas, si no tenéis miedo a la oscuridad. Nosotros los distraeremos desde el aire y vosotros entraréis en la Boca de fuego.

—Eres todo un estratega. ¿Por qué no atacamos ya? —preguntó Zishla socarrona—. La luz casi se ha ocultado por occidente, la noche es un manto sigiloso.

—Jamás habéis volado ninguno de

vosotros a oscuras, ¿verdad? —contestó la voz con un hilo—. Descansad ahora y comed. Partiremos al alba.

Cráteros se mordió la lengua para no contestar al hombre pájaro. El conjuro por el que los *hijos del viento* habían mantenido comunicación mental con los extranjeros expiró y, sin el chamán en el nido, tendrían que apañarse a partir de aquel momento con gestos y mímica. Sacaron varios pedazos de carne de algunas cavidades de las que también salía un vapor que apestaba a azufre. ¿Calentarían ahí dentro la comida? Las aldryami rechazaron la carne con asco, «*antes morir de hambre que comer aquello*». No habían visto pasto ni vegetación que tapizase los parajes de la

isla, solamente la negra piedra volcánica que llegaba hasta el acantilado. Cráteros agradeció el tasajo de carne; la hija del viento que lo sirvió sólo contestó con un susurro.

—*Hashala nisé* —dijo en un hilo mínimo de voz.

—¿Es ese tu nombre? —preguntó Cráteros sumamente despacio—. El mío es Cráteros, hijo de Hiraclís, de la familia Parthenonas. ¡Qué Diablos! Si no me entiendes... Cráteros, yo soy Cráteros.

Mediante señas y gestos, el extranjero entendió que el alimento pertenecía a algún tipo de animal subterráneo; «un topo», imaginó. Engulló la comida tras

alimentar primero a su ave y se echó a descansar. Las aldryami se arrinconaron juntas en una oquedad separada.

Cráteros se tendió junto al cuerpo de Man-Yurý, quien no había despertado ni lo haría en toda la noche. El Mariscal no tenía ánimo para pensar en otra cosa que no fuese el ascenso al volcán que les esperaba al día siguiente; sin embargo, su mirada se perdía de reojo en la oscuridad del hueco donde reposaban las aldryami... Shen parecía muy malhumorada con él y le preocupaba no entender el motivo.

Hacía tanto tiempo que no veían un verdadero amanecer. El de aquella mañana no fue especialmente bucólico, pues alrededor del oscuro islote el

manto de Niebla era persistente, pero tras navegar perdidos por Kahar aquel sol les pareció luminoso y radiante. En realidad, el astro flamígero no era más que un aro anaranjado que se intuía tras el velo de Niebla. En aquella remota isla, incluso el firmamento era diferente, por completo desconocido. Desde que mucho antes de llegar a Kralorela, quizás antes de llegar a los Yermos, la siempre omnipresente en Sartar, Luna Roja, había abandonado los cielos para dejar su sitio a ignotos y desconocidos astros.

La roca volcánica estaba caliente; bajo ella, el volcán estaba vivo y regurgitaba calentando la piedra porosa. Aquel estímulo fue suficiente para que el

despertar resultara distinto y los ánimos fueran renovados. Un despertar mucho más agradable de lo que en principio pudiera parecer.

Los hombres pájaro eran de tempranos avivares. Cantaban al amanecer y desentumecían sus alas lanzándose al vacío del acantilado y remontando el vuelo con cabriolas, piruetas y tirabuzones. Esa mañana, sin embargo, se estaban preparando para la guerra. Las canciones sonaron más graves y solemnes, los vuelos más enérgicos y con mayores bríos. Con la roca negruzca del cráter tiznaban su piel, con símbolos tribales y runas alegóricas de los espíritus del aire y de los vientos. Dibujos en el pecho, la cara o los

brazos, no sólo con valor estético sino también supersticioso. Los guerreros que se disponían a luchar, adornaban con minuciosidad sus cuerpos desnudos para que los elementales del viento les fueran favorables en la batalla.

Man-Yurý despertó desorientado. Aún estaba dolorido por la caída desde el palo mayor del barco y entumecido por el tiempo que pasó a la deriva, flotando en las aguas de Kahar. Aquel despertar lo hizo preguntarse si aún seguía con vida o si muerto había ascendido a los cielos donde todos los habitantes volaban, alados como garzas reales. Cráteros apareció junto a su compañero y su presencia aclaró las dudas del oriental. Físicamente el albacea kralorí

se encontraba rendido y anímicamente, peor.

—Descansarás tranquilo aquí, amigo —dijo el Mariscal—. Yo debo partir. Tu sobrina ha sido secuestrada. Shen y Zishla me ayudarán a rescatarla. Aquí podrás recuperarte lo antes posible.

—No, otra vez no, no me quedaré sentado como un niño —contestó Man-Yurý con alguna dificultad debido a una ronca tos—. La última vez que te dejé solo, un vampiro sanguinario casi acaba contigo. Soy un soldado y daré mi vida en la batalla.

—Insisto, amigo, todavía estás muy débil y el reposo te hará bien para más adelante, todavía nos queda mucho

camino.

—No estoy negociando —negó categórico el kralorí—. Soy un soldado imperial al servicio de Su Altísima Majestad Emperador Dragón. Es su voluntad que yo combata hasta mi último hálito de vida o que sucumba siéndole fiel.

Una luz diferente iluminaba los ojos de Man–Yurý. Aun convaleciente, estaba decidido a no quedarse allí.

Cráteros le instó entonces para que se apresurara, no disponían de demasiado tiempo. Veloces debían partir hacia la cumbre del volcán en el centro de la isla. Man–Yurý escuchó la historia del rapto y del ritual con el que los *heithir*

intentaban invocar al espíritu dormido en el interior de la montaña. Debían llegar a las entrañas del volcán antes de que realizasen el rito, que precisaba del corazón de la sobrina del kralorí. Aún con la pierna dolorida y los restos febriles de la enfermedad, el albacea oriental estaba resuelto a ir donde fuera necesario.

Más de dos centenares de hombres pájaro abandonaron volando los nidos donde vivían ocultos entre los riscos de aquellos acantilados. Entre varios transportaban a los cuatro extranjeros como si fueran zurriones o equipajes. Desde el cielo contemplaron el islote en toda su extensión. Una gran roca negra que flotaba solitaria en el neblinoso

océano en la que no crecía rastro de vegetación, ni se intuía vida animal alguna, sólo negra y porosa piedra volcánica. En el centro se erigía un gran cráter, vertical, enorme, colosal. Era imposible calcular, teniendo en cuenta además que el camino siempre iba en ascenso hacia la cumbre, cuántas horas hubieran tardado a pie en recorrer sus diez leguas. Menos mal que los hombres pájaro eran veloces en el vuelo, aun cargados para la guerra con arcos, varas y hondas. Aquel vuelo pasó rápido, colgados como lastre, volando a gran velocidad en dirección al centro de la isla, con la brisa golpeándoles en la cara, rumbo a un incierto encuentro en el corazón de aquel volcán perdido en

Kahar.

Un cielo coloreado por matices tan tristes y apagados como la Niebla.

Se acercaban a las proximidades de las laderas más escarpadas del cráter, cuando en el horizonte, en lo más alto del monte de fuego, se dibujaron un sinfín de voladoras sombras moteadas. Los *heithir* estaban esperando en la cumbre.

Muchos de los hombres pájaro de vanguardia se lanzaron hacia la mancha de adversarios con las armas preparadas. La confrontación se avecinaba. Depositaron a los cuatro extranjeros en un promontorio de piedra a los pies de las pendientes más

empinadas del volcán; no podían subirlos más sin riesgo de ser descubiertos por la tribu rival. Mediante señas, los hombres pájaro indicaron una senda ascendente entre rocas, lugar adonde los viajeros debían encaramarse ocultos a los ojos de los *heithir*, hasta la cima, e introducirse por la boca del volcán en busca de los secuestrados.

Tras dejar a los cuatro extranjeros allí, los hombres pájaro alzaron el vuelo y sin más dilación se lanzaron hacia el cráter donde se iba a desarrollar en unos instantes, una cruenta batalla entre semejantes.

Los primeros dardos y proyectiles surcaron el cielo buscando impactar con

la violencia suficiente como para hacer caer en vuelo a sus hermanos.

Los cuatro viajeros permanecieron ocultos bajo la sombra de un prominente peñasco. Revisaron y prepararon los últimos detalles de su equipo. El ascenso sería arduo y peligroso por aquella repisa, entre las pendientes más escarpadas de la ladera del volcán, aún lejos de la cumbre. Podían ascender con cierta seguridad siempre que permanecieran invisibles.

Desde el cielo llegó el rumor que daba inicio a la batalla y los gritos y el estrépito de los primeros hijos del viento abatidos, que caían desde las alturas.

Los viajeros avanzaron un centenar de metros por una empinada cuesta que ascendía entre dos paredes lo suficientemente altas como para que pasasen desapercibidos. En el cielo, la batalla había estallado con tal magnitud que nadie reparaba en aquellas cuatro diminutas motas sombreadas, que avanzaban a pie, agazapadas entre quebrados a ras de suelo.

El pequeño desfiladero terminó de repente. Allí reposaron los cuatro, sólo un instante, justo donde una roca caída por la pendiente de la ladera les daba cobertura y protección contra miradas hostiles. Remontaron el pequeño desnivel trepando por la negra y escurridiza roca, y rápidamente ganaron

otro saliente bajo el que se ocultaron.

Una estrecha senda partía desde allí hacia la cumbre, siempre en ascenso.

Después llegó el tramo más escarpado y peligroso. Con suma cautela continuaron la subida echando constantes vistazos a la batalla sobre sus cabezas. El abrupto terreno volcánico se esquinaba desigual; tanto era así que tuvieron que guardar sus armas y usar las manos para trepar y no caer por la pendiente.

Ascendieron otro trecho buscando cobijo bajo una erosionada cavidad.

La pendiente se pronunciaba de tal modo que el más mínimo resbalón suponía una caída segura, un rodar de cientos de volteretas y golpes ladera abajo... Y

quién sabe si llamando la atención de los que en el firmamento lidiaban. Además de no ser cómodo trepar pertrechados con su recia armadura, Cráteros, aun queriendo disimularlo, era tan presa como Man-Yurý de los malestares del envenenamiento. Ninguno lo tuvo fácil. Mirar hacia abajo asustaba; la cabeza se iba fantaseando con la vertiginosa caída. El siguiente tramo era vertical. Buscaban en la negra roca el más mínimo saliente que sirviese para apoyar su peso, y allí colgados de la roca se encontraron sin parapeto alguno que los ayudase a permanecer ocultos de ojos vigilantes. La pared comenzó a desplomarse ligeramente; la subida se complicaba enormemente.

El borde del cráter estaba ya muy cerca.

Los antebrazos ardían por no resbalarse de la roca. Dana avisó a Cráteros en el momento exacto. El ave sagrada del Mariscal revoloteaba alrededor de los escaladores cuando vio a varios hombres pájaro que se precipitaban en picado contra la pared. Un parpadeo después, una lluvia de piedras cayó despeñada, rodando ladera abajo, sobre las cabezas desprotegidas de los escaladores. Varios seres alados se posaron en una delgada repisa a unas cinco yardas sobre sus cabezas.

Arrastraron una roca de mayor tamaño que dejaron caer sobre los buscadores.

—¡A cubierto! —gritó el Mariscal

tratando de resguardarse bajo un saliente.

La roca impactó con violencia contra su espalda; los demás habían conseguido protegerse bajo una repisa de piedra. El golpe arrancó a Cráteros de sus apoyos, sus fuerzas se resintieron. Los pies del yelmalita resbalaron, sus piernas se habían dormido por el golpetazo en la espalda. Colgado de una mano quedó pendiente de un último saliente y bajo sus pies, el abismo.

Pegados al muro, sus compañeros permanecían apostados bajo la repisa. Resultaba imposible utilizar el arco para alcanzar a los hijos del viento que los habían descubierto. Los hombres pájaro

arrastraban por la cornisa superior otra gran piedra con el objetivo de arrojarla sobre el cuerpo colgado del Mariscal.

Shen trataba desesperadamente de tensar su arco, pero la falta de espacio y el equilibrio sobre aquel saliente dificultaban enormemente dicha operación.

Man-Yurý se asomó dejando su escondrijo y atrayendo la mirada de los hombres pájaro. El soldado kralorí apareció caminando sobre la repisa como un funambulista. Se detuvo, con los ojos cerrados, modelando entre sus manos una «bola» invisible. Murmuraba palabras ininteligibles «redondeando» el aire como un panadero la mezcla de

harina y agua. Los hombres pájaro arrastraron la roca sobre el kralorí. A punto estaban de arrojarla sobre su cabeza.

Shen suspiró asustada, cuando vio caer por la pared la azulada pluma «sagrada» que los hombres pájaro habían anudado a su cabellera. Con un suspiro, siguió con la vista el descenso de la pluma en su suave planear al vacío.

Cráteros se incorporaba con destreza trepando por la pared desplomada.

Los hombres pájaro lanzaron la roca.

Man–Yurý estalló con un portentoso grito, estirando los brazos como si hubiera terminado de «amasar» el aire. Con la palma de la mano y los dedos

flexionados, «*La garra del tigre blanco y negro*», golpeó el aire justo en el momento en que le arrojaban la roca. Un gran puñetazo invisible atravesó la distancia entre los seres alados y él.

Una exhalación surgió de entre sus manos y el aire pareció «partirse» dejando un surco etéreo que agrietaba el viento a su alrededor. El impacto invisible hizo que la roca estallara hecha añicos. Man—Yurý quedó conmocionado durante un instante.

Zishla, quien sigilosa había dejado el repecho de piedra bajo el que se ocultaba, aprovechó el momento de desconcierto para trepar veloz por la pared.

Cráteros, encaramado ya a la repisa, se acercó hasta Man—Yurý para ayudarlo.

Cuando los hijos del viento vieron que la aldryani vronkali llegaba a la repisa superior, saltaron al vacío dejándose caer libremente sin pensarlo dos veces. Una vez encontrado el equilibrio durante su vertiginoso descenso, abrieron sus espectaculares alas y planearon con suavidad. A continuación, volteando su vuelo, viraron en dirección ascendente a la pared de roca. Con potencia, batiendo las alas, iniciaban de nuevo un rápido ascenso hacia la repisa de los escaladores.

—¡Subamos rápido! —ordenó el Mariscal—. Casi hemos llegado al

cráter.

Zishla estaba prácticamente aupada a un prominente repecho de roca. Man—Yurý la seguía, alentado por Cráteros, pero algo aturdido. El yelmalita miró hacia abajo, observando cómo ascendían de nuevo los hombres pájaro, cuando halló inmóvil el delgado cuerpecito de Shen, con la vista perdida en la caída.

—¡Shen! ¡Sube aquí! ¡No te entretengas!

—¡Perdí la pluma! —contestó la aldryani señalando con un dedo hacia abajo—. Se cayó entre las rocas.

—¡Deja eso ahora y síguenos! —contestó Cráteros con desesperación.

—Si vuelvo sin la pluma, los hijos del

viento creerán que yo...

—¡Sube inmediatamente!

—No voy a subir, no hasta que encuentre la pluma.

Una flecha rebotó contra la pared de roca negra a pies del Mariscal. En pleno vuelo, mientras se acercaban, varios hombres pájaro cargaban sus arcos apuntando a los tres intrusos aupados ya al borde del cráter. De repente, con una pirueta aérea, los alados se vieron obligados a esquivar una saeta que desde la piedra había sido disparada... Shen había encontrado cobertura tras el saliente en la roca.

—¡Penetrad en la Boca de Fuego! — exclamó la aldryani desde más abajo,

tensando de nuevo su arco. Había conseguido ocultarse y, apoyada en la pared, podía disparar con más comodidad cubriendo el último tramo de ascenso de los escaladores—. ¡Vamos, daos prisa! ¡Desde aquí puedo abatirlos!

La aldryani disparó otro dardo provocando la maniobra evasiva de los hijos del viento que volaban de nuevo hacia la pared. Sobre ella, los tres escaladores se auparon con destreza al mismo cráter y, por una abrupta y estrecha quebrada, saltaron hacia el interior de la Boca de Fuego, dejando a Shen agazapada en el exterior.

El interior del cráter era oscuro como la boca de un lobo. La luz no quería entrar

allí donde reinaba la oscuridad. El volcán estaba activo y expulsaba una gran cantidad de humo y vapores que ascendían hacia el cielo de la isla, oscureciendo todo bajo él y filtrando, tristes, los rayos del sol. La nube negra de cenizas se unía con la Niebla blanca que llegaba desde el océano fundiéndose en una espesa cortina grisácea sobre las cumbres del volcán.

Si el humo dificultaba el avance hacia el interior, el calor se volvió insoportable nada más sortear el filo del borde exterior. Por dentro, el cráter era un gran barranco de piedras quebradas y roca negra, una chimenea astillada de mordeduras y peñascos desiguales. El humo y la ceniza ascendían elevados en

columnas opacas a través de la chimenea. La piedra se encontraba ardiente y, al fondo, en el punto más alejado y bajo del monumental agujero, un punto rojizo brillaba resplandeciente: una piscina de magma abrasador burbujaba efervescente.

—Los espíritus del volcán bullen impacientes por el sacrificio —vaticinó Zishla asomándose a la tremenda caída, mientras blandía con habilidad su arma de dos filos retorcidos.

—No todos los fenómenos de la naturaleza responden a la voluntad de los *kamis*, de los espíritus —contradijo Man-Yurý, llevándose una severa mirada encontrada de la aldryani.

—Bajemos con cuidado. —Cráteros quiso cortar cualquier tirantez entre ambos advirtiéndolo del peligro que tenían por delante—. No quiero que un resbalón nos envíe directos a un chapuzón de fuego. Tenemos que rescatar a la niña y a Susurro en la Bruma, antes de que el fuego ascienda.

El descenso era infernal, trastabillándose a cada paso por el calor, el humo y las piedras. La roca caliente parecía poder hervir. Según descendían por la chimenea, la columna de humo negruzco se volvía cada vez más densa y respirar resultaba un ejercicio más pesado. El sudor empapaba los cuerpos de los buscadores.

Zishla acusaba especialmente la deshidratación y se sentía muy mareada.

El calor se hizo extenuante. El vapor, que se elevaba desde el interior de la tierra, quemaba al ser respirado. La piedra sudaba, ardía incandescente. El humo asfixiaba y raspaba el interior de sus gargantas. El olor a azufre resultaba mareante. Los buscadores descendieron lentamente, saltando con cuidado, destreando con precaución... Algunas rocas no aguantaban fijas y rodaban hacia el abrasador horno de magma volcánico. Los cantos que rodaron sueltos se convertían más abajo en apoyaderos-trampa de los que había que desconfiar. Era obligatorio descender con suma cautela y pies de plomo. Un

tropezón y la caída por la chimenea sería mortal. La nube de vapor que emanaba desde el interior envolvió a los tres buscadores cegando su vista y quemándoles la dermis. El calor expulsado por las entrañas de la isla era más que sofocante, su tacto, con las yemas de los dedos desprotegidas, ardiente. No obstante, una oleada de gélido frío les atravesó el espinazo. De pronto los tres buscadores sintieron que una helada capa de oscuridad los envolvía, entumecía sus huesos y escarchaba la piel, aislando sus cuerpos del abrasador calor del volcán. A su alrededor se hizo noche cerrada. La luz roja del magma dejó de brillar. El cielo se eclipsó y la oscuridad los rodeó

como una boa hambrienta. Dana graznó desde la distancia. Los viajeros sintieron frío, sintieron que la noche se ceñía, sintieron miedo repentino, era el mismo miedo que hacía llorar a los niños pequeños cuando se quedaban a solas en la más profunda e indeseada oscuridad. Los buscadores se sintieron desamparados, acorralados por aquella repentina oscuridad, acobardados como críos. Dana volvió a graznar. Esta vez, su llamada era un aviso a su amo. El manto oscuro que envolvía a los viajeros era real y nada tenía que ver con una ilusión o las fantásticas recreaciones de sus miedos. Una *sombra* real los estaba envolviendo dentro de su terrorífico manto de oscuridad.

*No eran sólo cuatro los elementos fundamentales que habían conformado el mundo, el universo de Glorantha (fuego, agua, tierra y aire), sino que al menos otros dos elementos habían colaborado en la creación del mismo. El sexto era la luz de la luna, la luz que desquiciaba a los cuerdos y trastornaba sus locuras; el quinto elemento era la oscuridad cuyas sombras aterrorizaban a los temerosos y sembraban el pánico en cada rincón sombrío al que no llegara ni luz ni calor. La sombras eran ausencia de luz... y de valentía.*

Dana advirtió a su amo que aquella negrura que los rodeaba era una auténtica *sombra*, una criatura elemental

de la oscuridad; era la propia oscuridad, viva y acechante. ¿Era la invocación de un chamán maligno para proteger la ceremonia?

La envolvente capa de tinieblas los había rodeado con su prieto manto de temores y negruras. Zishla tiritaba helada, en su interior podía percibir su propio miedo, pero el resto de sus sentidos se habían entumecido; por un momento se sintió sorda, ciega, incluso muda. Man-Yurý serenó su espíritu para responder a sus sentidos con sabiduría; la tenebrosidad que aislaba su alma no era real sino una ilusión, pero el frío era tan intenso que le dificultaba mantener la concentración. Dana se elevó sobre los viajeros y la sombra que los rodeaba.

Cráteros imploró a Yelmalio, *Luz del Crepúsculo y Calor de nuestro hogar*, alentado por su sagrada ave. Si un poder divino de la *Corte Celestial* podía vencer a la oscuridad, ese era Yelmalio.

—¡Oh Grande entre los grandes!

¡Brillante entre los luceros y guía de los desamparados! ¡Campeón de la luz y

azote de la oscuridad! ¡A ti me encomiendo y bajo tu luz me humillo!

¡Atiende a tu fiel siervo! ¡Quién predica tus dictados y es tu brazo! ¡Quién su

vida y su alma ha puesto a tu servicio!

¡Oh, Yelmalio, a ti me entrego y por tu luz suplico! ¡En este camino que no es

mío sino tuyo, esta vida que no me pertenece a mí sino a ti! ¡Ilumina esta

oscuridad y a la sombra despedaza,

como esbirro del mal y de las tinieblas,  
como portadora del miedo y la  
desesperanza! ¡Tu calor es mi fuerza y tu  
luz es su destrucción!

Cuando los dioses escuchaban las  
súplicas de sus fieles más abnegados, la  
magia que despleaban era la más  
poderosa de las fuerzas místicas, mucho  
más que las energías dominadas por  
hechiceros, espíritus o chamanes. El  
efecto fue similar al ruego por el que  
Zishla iluminó al *Rompeolas del Sur*  
durante la tormenta, emitiendo tanta  
intensidad y luz como si un nuevo día  
hubiese llegado.

Amaneció en el interior del volcán.

Cráteros irradió la misma energía y

luminosidad que una mañana despejada tras una oscura noche. Su cuerpo fue la fuente del mismo resplandor que Yelm, Astro Emperador del Cielo, acarrea cada mañana. Un torrente de luz deslumbrante atravesó la sombra que los envolvía intentando helar sus cuerpos y aterrorizar sus corazones. Durante un instante, en la oscuridad de la chimenea, se hizo el día.

La sombra desapareció sin dejar rastro alguno. Cuando el poder del Dios del Crepúsculo vino a socorrer a los buscadores, la maldad del elemental oscuro invocado para salvaguardar la ceremonia se eclipsó para siempre.

Fatigados e impacientes, los tres

intrusos continuaron el descenso por el interior de la chimenea hacia el corazón hirviente de la isla. Se deslizaron con cautela por el dentado terreno, resguardándose de las miradas de los hombres pájaro que se acercaban a buscar cuál había sido la fuente de aquella luminosidad; subían y bajaban vigilantes por la chimenea del volcán. La lucha en el cráter debía ser cruenta, hasta el interior seguían llegando los rumores de la batalla. Durante el penoso descenso, entre humo y sofocante calor, de tanto en tanto caían saetas perdidas, picas rotas, o el cuerpo de algún hijo del viento asesinado en las alturas. El descenso se prolongó más de lo que ningún hombre normal sería capaz de

soportar, pero los héroes no son hombres normales.

El calor asfixiante se volvió hiriente, el olor a azufre insoportable. En las entrañas del volcán contemplaron un enorme lago de magma burbujeante en plena ebullición. En una gran roca negra, que se alzaba en medio de la lava, había un pequeño altar formado por piedra blanquecina. ¿O quizá fuesen huesos? Hasta la isleta de piedra negra se llegaba mediante un puente hecho con sogas de cáñamo. Suspendida sobre la piscina de lava y colgando del puente, atada por otra soga a una primitiva polea, se balanceaba una jaula blancuzca con tres figuras desdibujadas en su interior. Varios hombres pájaro,

con las cabezas cubiertas por capuchas escamadas y el cuerpo pintarrajeado de runas y símbolos tribales, canturreaban arrodillados formando un círculo alrededor del altar. Las capuchas representaban cabezas de terribles peces de fauces oscuras y escamas plateadas, ojos saltones y branquias membranosas... Barracudas de horrible aspecto.

Con cautela, y a la sombra de los peñascos de mayor tamaño, los buscadores se acercaron sigilosos. Llegaron hasta la liana de la que pendía la jaula. Dentro se encontraba Yun–Xu, atada y amordazada, con el terror reflejado en sus ojos junto a un anciano hombre pájaro de piel arrugada y curtida

por el sol y el viento. Una rala melena ondulada le llegaba a la mitad de la espalda. Sin sentido, inconsciente o adormilado, se hallaba tendido el enorme corpachón de Susurro en la Bruma, cuyo cuerpo había sido engalanado con pinturas rúnicas.

El círculo de chamanes con cabeza de barracuda continuaba conjurando al espíritu del volcán con estridentes cánticos. Zishla descendió por la liana hasta la techumbre de la jaula; sin duda, aquellos barrotes eran huesos. De pronto desde la altura, un inesperado hombre pájaro apareció descendiendo en picado sobre el puente de sogas. Cráteros y Man-Yurý evitaron su embestida. Entonces viró para hacer una segunda

pasada. Blandía un rudimentario listón con la punta muy afilada. Pero antes de llegar hasta los dos intrusos que lo esperaban sobre el puente, arrojó su palo hacia la primitiva polea donde se sujetaba la jaula de hueso. Debido al golpe, ésta comenzó a girar con rapidez. La soga se fue soltando aún más veloz y la jaula comenzó a precipitarse con la misma viveza, hacia la humeante y ardiente piscina de lava.

Cráteros propinó un empujón a Man-Yurý.

—¡Rápido! —El Mariscal saltó hacia la polea antes de que se desenrollara por completo la soga—. ¡Hay que evitar que la jaula caiga!

Zishla se balanceaba sobre la jaula. Arrojó su lanza helicoidal, girándola como un torbellino, en dirección al hijo del viento que los había descubierto. Los dos filos sajaron la espalda emplumada. El ser alado cayó lánguido sobre la piscina de magma ardiente. Desapareció. Se hundió. El arma viró en el aire con una gran circunferencia e, imantada por algún extraordinario poder, regresó mansa a las manos de la aldryani.

Como impulsado por un resorte, Man-Yurý se había abalanzado sobre la soga agarrándola con firmeza. El cordel de cáñamo se deslizaba con celeridad quemándole las palmas de las manos. El tirón lo arrastró por el suelo hasta que

sus pies encontraron apoyo en el puente de cáñamo. Sintió como la cuerda abrasaba su piel y una sensación de quemazón insoportable. Las manos abrasadas del oriental y el esfuerzo hercúleo del occidental, que se había colocado bajo la polea, habían frenado la caída de la jaula. Con esfuerzo supremo mantuvieron la jaula a salvo de la lava mientras los cánticos de la invocación ganaban en intensidad y el magma volcánico en ebullición. Los chamanes, en pleno trance, parecían no haber reparado en ellos. Las burbujas de lava estallaban provocando peligrosas salpicaduras a su alrededor.

Bajo el infierno líquido del volcán, una figura fue tomando forma.

Zishla había usado su poderosa arma con precisión y, de un certero tajo, había partido varios barrotes abriendo una abertura grande. Los cánticos del ritual llegaban poderosos, el éxtasis y los cuerpos de los chamanes convulsionaban en una alocada danza. Las burbujas de lava estallaban mientras desde lo más hondo del pozo rojo emergía una forma enorme, tentaculada, aún amorfa. Cráteros y Man–Yurý sostenían con arresto (y las manos desolladas) la pesada jaula, mientras Zishla sacaba veloz a la pequeña Yun–Xu. Después de dejarla en lugar seguro volvió, pero el dormido dragonut no respondió de la misma manera a sus llamadas. Estaba inmóvil, inanimado,

sin reaccionar ante las voces, víctima de un encantamiento irreversible.

—Brillante luz del ocaso —masculló Cráteros entre dientes sintiéndose explotar.

—Dormido no puede ayudarnos. ¿Lo dejaremos aquí? —preguntó Zishla viéndose impotente para mover el corpachón de Susurro en la Bruma.

—¡No! Hay que despertarlo —contestó extenuado el yelmalita, sujetando con todas sus fuerzas la polea para que no girara más—. La leyenda dice: *«yelmalitas, aldryami y dragones... Todos juntos»*.

—Despierta al espíritu alado —propuso Man-Yurý aguantando, con más

pundonor que energía, la sogá clavada en sus manos—. El anciano hombre pájaro tal vez sepa cómo durmieron al dragón y cómo despertarlo. Despiértalo y quizá él nos ayude.

Y así lo hizo Zishla. El anciano no tardó en reaccionar. Los miró sorprendido. Luego, cuando entendió qué se proponían, con una oración a los espíritus de sus antepasados y tres golpes en la cabeza, el chamán despabiló a Susurro en la Bruma. El dragonut salió tambaleándose de la jaula por su propio pie.

El magma se elevaba acercándose peligrosamente.

Una figura se enaltecía desde el

interior de la lava. Un demonio alado con cientos de tentáculos ardientes que surgían desde su rostro.

Cuando la lava engulló la jaula, todos los intrusos ya se encontraban huyendo de aquel infierno.

—¡Rápido, hay que alcanzar aquellas repisas! —Cráteros corría mientras gritaba con ese tono tan suyo, entre la preocupación y el mandato.

Varios salientes en las paredes de la chimenea escalaban hacia el exterior.

La lava ascendía demasiado rápido. Susurro en la Bruma apenas podía correr, muy atontado anadeaba por el sueño narcotizado del que recién despertaba; demasiados dardos habían

hecho falta para hacerle presa del sopor. Las burbujas de magma estallaban salpicando de fuego líquido las rocas en derredor. En el altar, sobre la piscina de lava, el torrente de magma devoraba sin contemplaciones a los chamanes invocadores que habían cambiado sus cánticos litúrgicos por gritos de horror; habían sucumbido a su propia ceremonia. Los extranjeros miraron con congoja el enorme trecho que los separaba de la boca del cráter. El magma seguía subiendo desde las entrañas de la tierra con ritmo alocado y engullendo con rapidez los pedruscos y las rocas de la chimenea.

De pronto, el vetusto chamán alado de curtida piel y mirada sabia, señaló con

su dedo índice hacia una cavidad que se internaba en la roca de la pared.

—*Hashala nisé* —susurró con suavidad expulsando más aire que sonido.

El magma bullía veloz. No había manera de ascender la pendiente sin ser devorados por la creciente marea roja. Sin otro camino de escapatoria, los intrusos se internaron en el pequeño y oscuro corredor.

—*Hashala nisé* —repitió el viejo hombre pájaro de melena rala y blanquecina, señalando con un artrítico dedo hacia el fondo oscuro de la lóbrega oscuridad.

Cráteros reaccionó extrañado, esas palabras le sonaban familiares. Ya las

había oído antes. El Mariscal podía alardear de excelente memoria. Esas palabras fueron las mismas que había dicho la muchacha que le había servido la carne cuando llegaron al nido aéreo la noche anterior. Perplejo, pensó sobre el significado de aquellas silbantes palabras que en un principio creyó, eran el nombre de la muchacha. ¿A qué harían referencia? Pero teniendo en cuenta el mar de lava que ascendía a sus espaldas, poco importaba eso ahora. Se adelantó confiando en el hombre pájaro.

Debido a su excelente visión con poca luz (desde luego mucho mejor que los humanos), Zishla abría la comitiva. Susurro en la Bruma, aún confuso, drogado y muy aturdido, la cerraba

dando tumbos zigzagueantes y arrastrando los pies.

En el interior de la cueva, un leve bisbiseo desde la parte alta de un promontorio alarmó a la aldryani cuando diminutos cantos resbalaron a sus pies. Su oído era muy fino y raramente fallaba. Alzó la mirada, sobre la roca vio dos ojos pequeños sin brillo, y una enorme mandíbula babeante. Se abalanzó sobre ella. Un asqueroso engendro subterráneo saltó sobre la vronkali en el momento exacto en el que ella hacía girar con velocidad su arma de dos filos.

El ser peludo era un gran roedor, una especie de topo o de erizo enorme que

debía pesar no menos de ochenta kilos. Brillaba sobre su lomo un ramillete recio y puntiagudo de afiladísimas púas. Dos grandes colmillos asomaban relucientes en su alargado hocico. Zishla sintió que la fuerza de *Punzante* se apoderaba de sus brazos y sus piernas, de su corazón y su cabeza, como cada vez que se enfrentaba a un maligno enemigo de la luz. Con precisión y de un golpe seco, el arma impactó en el costado del enorme roedor y varias de las púas dorsales cayeron al suelo. El monstruo estuvo a punto de desplomarse, desestabilizado. Man-Yurý, que marchaba tras la aldryani, ejecutó un certero jutsu de esgrima con su *Filo de las primaveras*, y de un

severo sablazo que atravesó el lomo del animal. Pero fue Cráteros quien acabó con su agonía empalando su lanza en el cráneo del subterráneo roedor. El Mariscal supo, en ese momento, el lugar de donde había salido la cena del día anterior y aquel peculiar nombre: «*hashala nisé*».

Zishla no se detuvo. Con los ojos todavía en blanco arrojó su lanza contra Man–Yurý. Desconcertado, el oriental evitó que el arma giratoria de la aldryani lo golpease en la cabeza. Agachó raudo su testa y los filos de *Punzante* pasaron rozando su coleta. Zishla recuperó su arma, estaba fuera de sí, descontrolada, golpeando estocadas a diestro y siniestro. Cráteros y Man–

Yurý trataron de sujetarla... Hasta que ambos se echaron encima no dejó de forcejear. Zishla cayó rendida bajo su peso, jadeante, agotada. Había estado a punto de rebanar las cabezas de sus compañeros. Poco a poco, sus ojos recuperaron su color malva. Ambos soldados la miraron desconcertados. Debían cuidarse de alguien que no era capaz de dominar su voluntad cuando el *Daño de Halamalao*, que era el otro nombre por el que se conocía a tan excepcional lanza, se adueñaba de su portadora.

Era el arma quien sometía a su portador y no al revés.

A sus espaldas, el magma hervía con

virulencia y la riada de fuego los seguía por el interior de la gruta. Sin pensarlo un solo instante los viajeros siguieron por la guarida del enorme topo con las armas en ristre. ¡No fuesen a encontrar al resto de la camada!

Un largo trecho anduvieron entre la oscuridad de los angostos túneles que conformaban la madriguera, por el interior de las paredes del volcán. Susurro en la Bruma apenas podía seguir el ritmo de los demás y tuvieron que detenerse en numerosas ocasiones. El dragonut no recordaba nada desde el momento del naufragio, desde el instante que cayó a las gélidas aguas de Kahar. Los buscadores hallaron una luz al final

de la covacha. Tras una oscura eternidad por aquella red laberíntica, el resplandor del sol hizo mella en sus ojos.

En el exterior hacía tiempo que la cruenta y fratricida lucha entre hombres pájaro había concluido.

Habían rescatado a la pequeña Yun–Xu y al enorme Susurro en la Bruma. La meta de su búsqueda se encontraba mucho más cercana. Habiendo liberado también al chamán de los hombres pájaro; ahora éstos deberían cumplir su palabra y ayudarles a llegar a la isla del mapa de la expedición de Hiraclís, padre de Cráteros. Los seres alados aseguraron haber conocido aquella isla,

hasta que tuvieron que migrar de ella.

Los hijos del viento supervivientes de la batalla habían llevado a Shen, con su pluma anudada en la cabeza, de regreso a su nido en los acantilados, al borde del mar. El chamán alado invocó a los espíritus del viento y sus palabras fueron escuchadas desde muchas millas de distancia; la ayuda no tardó en llegar. Toda la tribu se reunió en torno al rescatado chamán y a los valientes extranjeros. En aquella jornada había sido derrotada la tribu rival y eso era motivo de celebración tras años de sufrimiento. En aquel día no sólo se había frustrado la maligna invocación de los *heithir*, sino que el espíritu de la montaña había destrozado con su fuego

el nido aéreo de sus adversarios, sobre las entrañas del volcán, en la Boca de Fuego.

Esa noche yacerían en paz y celebrarían la victoria.

Las palabras del chamán, las cuales volvían a ser escuchadas telepáticamente en las cabezas de los extranjeros, no fueron acogidas con agrado por los viajeros. Debían aguardar mejores corrientes para conjurar los poderes que marcarían el camino hacia la Gran Isla. Ante la impaciencia y las ganas de abandonar la isla que mostraban Man-Yurý y Cráteros, el chamán los instó a esperar vientos más propicios. Esa noche, no

obstante, intentarían disfrutar de la fiesta y del regocijo del clan alado.

Las flechas de los hombres pájaro estaban hechas de madera. El chamán prometió mostrar un lugar donde la madera abundaba, para construir la balsa que los sacaría de allí. Para eso debían esperar al nuevo día y que Yelm volviese a aparecer surcando los cielos; el Disco Dorado se mostraba en aquellas latitudes como un anillo de claridad flotando entre la penumbra espesa de la Niebla.

La pequeña hija del viento que la noche anterior había ofrecido servilmente alimento a los llegados volvió a aparecer con varios pedazos de carne

sangrante y cruda. Poco tiempo permaneció la carne en una cavidad de la que escapaba un vapor blanquecino que apestaba a azufre; la comida quedó blanda y jugosa. Cráteros ya conocía la procedencia del tasajo en aquel erial de piedra negra. La muchacha se acercó y amablemente ofreció varios trozos. Los dos aldryami rechazaron la carne, Shen gentilmente y Zishla con brusquedad y aspavientos. Man-Yurý apenas tomó un pequeño pedazo y Susurro en la Bruma devoró con ansia su parte y la de sus compañeros.

—*Hashala nisé* —ofreció la hija del viento con un susurro de voz. Cráteros aceptó la carne y partiendo un pequeño pedazo alimentó en primer lugar a Dana.

—*Asala nisé* —quiso repetir el Mariscal las palabras de la joven. Se llevó una mano al pecho—. Yo Cráteros, Cráteros Parthenonas. Hijo de Hiraclís.

La pequeña hija del viento lo miró insegura. El Mariscal insistió.

—Yo Cráteros, Cráteros.

—*Thubara* —dijo finalmente con un silbido.

La voz del chamán volvió a resonar en el interior de la cabeza de Cráteros.

—*Brisa Marina*, ella se llama *Brisa Marina*.

—Pues dile que benditos sean estos alimentos —concluyó Cráteros.

El Mariscal había tenido suficiente por aquel día. Fantaseó por un instante con la idea de ser un hombre pájaro, de volar e intimar con la muchacha; mas no debía romper sus votos ni en sus fantasías. Debía mantenerse casto. Se fue a dormir solo sobre la cálida y porosa roca volcánica.

Pero durante la noche, sin embargo, no dejó de pensar en las dos elfas. Aquello era más fuerte. La poderosa Zishla, quien lo había sorprendido por su fogosidad y su ardor, con quien sentía una especial sintonía y no sólo por sus afinidades religiosas, había algo más... Por otro lado, no quería hacer de menos a la dulce y bondadosa Shen, con quien últimamente se había enrarecido y

agriado la relación. Deseaba retomar su trato más dulce y amable. ¡Y ambas eran tan bellas! De cualquier modo, aquella noche no se acercaría a ninguna. Era sabido que los elfos tenían una memoria prodigiosa y no olvidaban con facilidad ningún detalle. No quería que ninguna se sintiera despechada si se acercaba a la otra. Por eso pensó que, de momento, era mejor dejar las cosas como estaban e irse a dormir. Quizá sería Yelm, o quizá fuese el viento, quien trajera nuevos horizontes al amanecer.

# Capítulo. IX «El Canto de las Sirenas»

*Turquesa reflejo de gélidas aguas*

*Cada isla un paraíso de belleza ignota*

*Una fruta prohibida*

*Paradigma ansiado del edén perdido,*

*arquetipo escurridizo de livianos*

*susurros*

*Oídos de cera que sordos escapan*

*Al reclamo esclavo*

*A la llamada del corazón*

Varios islotes cercanos al volcán habían prosperado más que la negruzca roca

poblada de hijos del viento, asolada por los lengüetazos abrasadores de su magma interior. En las islillas que formaban el archipiélago en derredor, tierras más fértiles habían prosperado lejos del fuego del demonio. Los hombres pájaro preferían para vivir su negra piedra, sin boscajes que entorpeciesen sus vuelos, sus despegues y aterrizajes. A la hora de conseguir los materiales necesarios para la supervivencia en su volcán, donde el consumo de madera estaba reducido a la construcción de arcos y flechas con los que cazar *hashala nisé*, volaban al verde archipiélago donde obtenían dicha materia prima.

Man-Yurý y Cráteros permanecieron en

el islote negro, a las faldas del volcán, mientras el chamán de la tribu preparaba con cánticos y danzas el rito para conjurar a los vientos cuyo favor y fuerza empujarían las velas de los viajeros con el rumbo adecuado. *Kami-kazes* los llamó Man-Yurý. *Kami* era el nombre que en Kralorela daban a los diferentes espíritus de la naturaleza, y en el caso de los vientos, *kami-kazes* se llamaban.

Shen y Zishla habían sido llevadas en volandas, transportadas en vilo, por varios hijos del viento al más cercano de los islotes de los cuales obtenían madera. Shen estaba maravillada contemplando tanta belleza, los árboles altos de tronco áspero y escamado con

alargadas y gruesas hojas. Las aldryami respiraban profundamente extasiadas por el verdor de aquel islote repleto de palmeras y cocoteros. Los hijos del viento reposaban sobre las copas de las grandes palmeras dejando que las dos aldryami vagaran a su antojo. Lo primero que hicieron fue darse un merecido (y necesario) festín a base de pulpa y leche de los sabrosos frutos que encontraban. Después de varias semanas viajando juntas, habían encontrado un «terreno común» donde su naturaleza aldryani se había sobrepuesto a las viejas rencillas, celos y antipatías personales. ¡Bendita sea la gloria de Aldrya! ¡Alabado sea el Bosque! En aquel lugar, las aldryami volvieron a

escuchar con claridad la *Canción del Bosque*. El fruto de los cocoteros suponía para ambas un descubrimiento comparable a la ambrosía. Se parecían a las semillas de las que nacen los aldryami; sin embargo, dentro de los cocos sólo encontraban rica y nutritiva papilla de jugo blanco.

Después de comer empezaron a recolectarlos en cantidad.

—Fíjate que aceite tan denso — mostraba Shen uno abierto a su compañera—. Protegerá nuestra piel del agua salada y del sol... Si es que asoma su rostro desde detrás de la Niebla.

—El agua del mar me ha envejecido la piel como corcho añejo. Pero los rayos

del sol son el calor y la luz que necesitamos para vivir —contestó Zishla—. ¡Si no vemos el sol en los próximos días terminaremos pareciéndonos a los musgosos voralanos!

—Si te hubieses perdido en un desierto, como yo, también buscarías alguna protección contra el Sol, sus rayos no siempre son clementes. No sabemos qué clima nos espera en Isla Destino. ¿Viste el mapa? Parecía haber demasiados terrenos huérfanos de vegetación. ¡Desiertos! Llevaremos cocos para todos los demás, para alimentarnos y para protegernos. Durante el viaje por mar, nos servirán como protección y como alimento.

—Debemos encomendarnos a la piedad de la Madre de los Bosques y pedir su permiso para utilizar la madera de estos árboles; aunque construir una balsa será tarea complicada.

—Sí —afirmó Shen—. Es difícil, pero yo puedo susurrar a la madera.

—Necesitamos todos los troncos que Aldrya disponga para nosotras — aseguró Zishla—. Pediremos al hombre barbudo que nos ayude.

—Estás demasiado pendiente del humano —le cortó Shen—. Te lo desaconsejo. Aun siendo devoto del Hijo del Sol, como tú, no deja de ser un humano embrutecido.

Zishla la miró con ojos desafiantes.

Aquella mirada recordaba la arrogancia de otros tiempos. Se volvió dando la espalda a la pequeña Shen.

—Tú eres quien debe cuidarse de la rudeza de los hombres. Yo soy fuerte y conozco a los seguidores de Halamalao, sean aldryami o no.

Shen hizo oídos sordos.

—De momento podemos llevar algunas hojas grandes de palmera para trenzar una vela. Recojamos éstas -continuó la mreli-. ¿Ves qué canalones tan grandes se hacen en el centro? Además de tejer la vela, nos servirán para recoger el agua de lluvia necesaria para sobrevivir en el mar.

—Vamos a orar para que la Madre

Bosque se apiade de las almas de estas plantas, y nos dé su permiso y su perdón por usar la madera con la que construiremos la balsa —concluyó Zishla haciendo girar su retorcida lanza sobre la cabeza.

En la isla del volcán, antes de que el chamán empezara la ceremonia, Man-Yurý había reposado su convalecencia sentado al borde del acantilado en esa postura, tan incómoda para un occidental, con el trasero apoyado sobre los talones. En silencio, y con los ojos cerrados, meditaba emitiendo un leve zumbido, un arrullo continuo. Detrás de él, la figura hierática e imperturbable de Susurro en la Bruma permanecía impassible como una estatua de mármol

con la vista fija en el horizonte. Cráteros respetaba aquellos momentos de meditación y no osaba interrumpirlos.

Pero esos «rezos» habían terminado demasiado pronto. El yelmalita vio que una lágrima cristalina se deslizaba por la mejilla del kralorí... Man-Yurý, con la mirada perdida en las profundidades de Kahar, no hizo ademán por limpiar esa lágrima que, tras cruzar su pómulo, resbaló desde su afilado mentón hasta la roca volcánica de aquel acantilado.

—¿Qué es lo que te aflige, amigo? — preguntó el occidental.

El otrora orgulloso albacea kralorí no contestó. Tampoco levantó la vista ni hizo ningún otro gesto.

—Hay algo que no te deja en paz. Sé que no tienes miedo del futuro - prosiguió Cráteros. Él también sabía lo que era el dolor; había llorado hasta quedarse sin lágrimas sobre la cubierta del *Rompeolas del Sur*-. Eres un soldado valiente, tanto, como el más valeroso de los templarios yelmalitas. Lo has demostrado. Estoy seguro que es el pasado lo que te atormenta. ¿Me equivoco?

El oriental continuó impertérrito mirando al frente.

—El pasado, ¿verdad? Ha sido muy duro encontrarte con tu hermana. Me imagino que es una espina hincada en tu corazón.

—Cuando descanses en el camino, hazlo de frente a lo que te queda por andar y de espaldas a cuanto hayas andado — contestó Man-Yurý sin mover un solo músculo de la cara—. Deja atrás tu pasado y focaliza tu mente en tu futuro. Esto me ensañaron, esto intento, esto me atormenta... Usted, señor Cráteros, constantemente alude a su pasado y al recuerdo de su padre. Un enorme peso. El recuerdo de la figura de su padre es una losa sobre su espalda que no duda en acarrear. Yo, sin embargo, no puedo más.

—Tú también puedes, y debes hacerlo.

—Quien intenta evitar su destino, más rápido lo encuentra —afirmó Man-Yurý

conmocionado—. He intentado ser quien no soy. He fracasado en mi misión. Tú eres mucho más fuerte que yo. Triunfarás donde tu padre fracasó.

—Te equivocas, tú no conociste a mi padre. Si él no consiguió volver con los Tres Soles... —Cráteros sintió frío en todas sus cicatrices—. Desde pequeño, cada vez que intento hacer algo como él quería, salgo mal parado. No soy tan fuerte como él.

—Mi maestro decía que si te caes siete veces, debes levantarte ocho.

—Y me levanto, pero hay días en los que yo tampoco puedo más. Envidio a mi padre, pero no por el héroe que fue, sino por el esposo. A veces pienso que

lo único que quiero es tener una mujer como la que mi padre tenía... como mi madre. Mis votos son duros. Él tenía otros juramentos, pero ninguno como el mío. Puedo matar con mis manos, pero nunca podré poseer una mujer que envejezca conmigo.

—Rebosas sabiduría, pues la guerra nunca puede hacer grande y feliz a un hombre, el amor sí.

—En mi tierra debemos máximo respeto a las madres que nos traen sanos al mundo. Mi madre es... era, una gran mujer bella y bondadosa. Murió en soledad.

—Yo apenas conocí a la mía. Falleció cuando yo tenía tres años, durante el

parto de mi hermana.

—Yo conocí muy bien a la mía, ella fue quien me crio. Cuidaba de mi padre y de sus heridas; lo quería mucho, tal vez demasiado. Mi madre, Selene, es una de las razones por las que quiero encontrar a mi padre. Cuando él marchó tras la pista de los Tres Soles, hace veinte años, desapareció de nuestras vidas y nos dejó solos a los dos. Mi madre decía que mi padre volvería algún día, que era el mejor de los guerreros. ¡Qué digo guerreros! ¡El mejor de los héroes! Ella esperó día tras día y soñó con su vuelta noche tras noche. Escúchame bien, amigo, encontraré a mi padre; se lo debo a ella. Necesito una explicación y una disculpa.

—En mi caso, yo soy quien debe disculparme. Tuve a mi hermana a mi lado...

Man-Yurý se quebró y Cráteros siguió hablando, incómodo, ante las lágrimas del oriental.

—Mi madre estuvo esperando durante años la vuelta de mi padre. En el Condado de la Cúpula Solar, donde crecí, mi padre era considerado un héroe. Mi madre lo amaba. Estuvo esperando años para iniciarse en la orden de Dendara, la esposa de Yelm; no quería que su marido se perdiese la ceremonia de iniciación y esperó, esperó durante tres lustros la vuelta de su hombre. Al final, incluso las puertas

del culto de La Diosa Buena se cerraron para ella debido a su eterna espera. Se quedó sin amparo y sin marido. Mi madre murió de pena y mi padre no estuvo allí cuando ella lo necesitaba.

La infancia de un lancero de Yelmalio era realmente dura debido a la estricta educación marcial; la de Cráteros lo había sido más aún al desaparecer su padre dejándolo solo con su madre.

Mientras Hiraclís vivió junto a ellos, el Gran General se ocupaba de la educación de su hijo, de adiestrarlo para la caza y para la guerra, de enseñarle el uso de la lanza y del escudo, de profesar una profunda devoción por Yelmalio y seguir su camino con virtud, del arte de la cetrería y la monta de halcones

gigantes. Cuando el guerrero desapareció, un vacío enorme quedó en el corazón del todavía niño, un vacío que suplió con fe ortodoxa y devoción exacerbada por su religión en el Templo de la Cúpula Solar. El niño siguió con rectitud el sendero marcado para él. Nunca contrajo nupcias asumiendo la castidad de Yelmalio para sí. Constantemente escuchó de boca de los ancianos las cualidades que su padre había exhibido como ningún otro yelmalita, las mismas que de él se esperaban. Cráteros sintió desde niño la tremenda presión que su linaje posaba sobre sus hombros. Su responsabilidad no contemplaba la posibilidad de decepcionar a cuantas expectativas

depositadas había sobre él. Desde su nacimiento se le había supuesto la intachable conducta de los héroes.

Su madre murió varios años después, tras la marcha de su glorioso padre. Murió esperando un retorno que nunca se produjo. Al no volver de oriente, su padre había sido el primer Parthenonas en fallar a su pueblo, y no sólo a su madre y a él.

Cargadas con cocos y hojas de palma, las dos aldryami fueron traídas de vuelta al nido aéreo donde sus compañeros seguían esperando la conclusión de ritual.

—¿Aún no terminaron? —preguntó Zishla frunciendo el ceño.

—Lleva horas canturreando —  
respondió Cráteros en ese idioma  
ceremonial de los Hijos de la Luz que  
sólo conocían ellos dos.

—Hemos traído esto —anunció Shen  
mostrando varias hojas de palmera y un  
montón de cocos—. Esto son frutos. Nos  
servirán de alimento; tienen leche muy  
jugosa. Con las hojas voy a trenzar una  
vela para impulsar la balsa. También  
nos servirán para recoger agua de lluvia.

—Gracias por todo, Shen —reconoció  
Cráteros mostrando una especial  
gentileza, que se notó forzada, como de  
alguien que intenta compensar o  
redimirse.

—Precisamos de vuestra ayuda para

recolectar los troncos necesarios y construir la balsa -continuó Shen, mostrándose aún molesta con el yelmalita-. Los árboles de la isla son de tallo ancho, recio y pesado.

Necesitamos vuestra fuerza para transportar varios hasta una playa cercana y atarlos con lianas.

—En mi país, usamos fuego para debilitar el tronco del bambú. Se quema la base y así los campesinos lo talan con más facilidad —explicó Man-Yurý.

—¿Los labriegos prenden fuego al árbol para cortarlo mejor? —preguntó Cráteros—. ¡Los misterios de tu tierra no dejan de sorprenderme!

—¿Fuego? —chilló Shen fijando en

Man-Yurý sus ojos desorbitados.

—No acercaréis ninguna lengua de fuego a los troncos de los árboles ni a las briznas de hierba —los cortó Zishla con una mirada desafiante, volteando el filo retorcido de su *Punzante* sobre la cabeza—. El fuego es dañino, asesino, enemigo del Bosque.

—No somos torturadoras —prosiguió Shen recuperando la compostura—. El fuego es el peor de los enemigos. Voy a pedir a Aldrya que recoja en el seno de su reino celestial el alma de cuantos árboles necesitamos para construir la balsa, pero no vamos a hacer fuego. ¡Qué horror! Sería un acto digno del peor de los castigos.

El viaje había mostrado a la joven Shen cuan cruel y violenta era la vida de los desafortunados seres que jamás habían escuchado la *Canción de Aldrya*. El Bosque estaba en peligro. El futuro profetizado por los druidas no resultaba propicio para quienes no veneraran ni vivieran por y para la Madre Bosque. Lo que este viaje había mostrado a la pequeña mrelí era quienes no vivían en armonía con Aldrya. El Bosque debía recuperar su esplendor y armarse contra sus enemigos. Todas las tareas que conformaban la vida del Bosque eran completamente necesarias. Oficios como ebanista, desempeñado por su familia, eran muy útiles y beneficiosos para la comunidad, pero después de haber

contemplado lo que sus ojos plateados habían visto ya, Shen pensaba que su vereda debía germinar por otros derroteros. Seguía considerando que todas las funciones eran esenciales en el seno del Bosque, pero después de tanto peregrinar, algunas le parecían más primordiales que otras. No habría Bosque para más carpinteros, ni jardineros, ni recolectores o artesanos, si los espíritus de la naturaleza continuaban su declive como ella los había contemplado en el mundo exterior, lejos del abrigo de Aldrya. Los espíritus, que eran la esencia vital de los bosques, se consumían paupérrimos y deteriorados, necesitaban luces que los guiasen a través de la oscuridad.

El chamán de los hombres pájaro seguía erguido sobre una alta peña de roca volcánica, con brazos y alas completamente extendidas, ojos cerrados, llamando al poder de los vientos con cánticos y clamores en su ininteligible idioma. A su lado, varios aprendices sujetaban alargados troncos huecos por los cuales soplaban sin detenerse a respirar. Un sonido grave, reverberante, gutural y prolongado, surgía del interior de los troncos. A su alrededor la brisa marina se volvía, por rachas, muy violenta.

Las súplicas de las aldryami, para que la Madre Bosque diera su gracia a las almas de los árboles que iban a necesitar para elaborar la balsa,

resultaban mucho más íntimas. Primero, Shen anudó varios hilos de colores en ramas y troncos. Acarició la corteza y pidió perdón a los espíritus vegetales. Luego oró respetuosamente durante largo tiempo. Después comenzó a confeccionar una vela. Shen pasó así el resto de la jornada, anudando y trenzando las enormes hojas de palmera para lograr la gran y tupida vela que los impulsaría a través del mar. Las hojas se amoldaban mansamente cuando la aldryani las mimaba con susurros y caricias. El resto de la compañía se afanó azarosamente en apilar varios troncos de palmera y, después, en anudarlos. Al igual que el día del naufragio, durante aquella jornada, el

cielo no dejó de verter su llanto en forma de lluvia sobre aquel archipiélago perdido entre las Nieblas de Kahar. Como había supuesto Shen, las hojas de palmera fueron excelentes contenedores para recoger en sus canalones gran cantidad del agua de lluvia. Guardaron cuanta pudieron en uno de los pellejos rescatado de entre sus maltratados equipos, dependerían totalmente de ese líquido para sobrevivir en altamar.

Los tajos de la *Punzante* lanza de Zishla contra los troncos de las palmeras, no parecían tan fieros ni tan precisos como habían sido en batalla. Patente quedó que aquella arma no había sido diseñada para leñadores, sino para guerreros. Quizá fuera el arma quien se mantenía

reticente a golpear con fuerza a los troncos. Quien viera a la aldryani lo achacaría a un sentimiento filial, nadie podría suponer lo que sucedía en realidad. En combate contra las fuerzas oscuras, contra el Caos o los enemigos de Aldrya y la vida del Bosque, no era la aldryani, sino su arma sagrada, quien golpeaba. Cuando un enemigo malvado rondaba a *Punzante*, o *Daño de Halamalao*, no era la bella Zishla, sino el espíritu del arma, quien poseía el control de la lucha. La aldryani perdía la noción, el sentido, el control... y el arma ejercía su poder. En realidad era *Punzante* quien dominaba la batalla y Zishla un mero instrumento para desatar la fuerza y la cólera del más belicoso

dios aldryani. Ella nunca recordaba nada tras la batalla. Aquello resultaba muy peligroso pues la hermosa vronkali golpeaba incontrolada mientras su arma sintiera la presencia de enemigos, sin distinguir a los amigos de los enemigos que encontrara enzarzados. Para la fanática Zishla, merecía la pena soportar tales «accidentes» a cambio del don que Halamalao había brindado a su valle.

Man-Yurý desconfiaba de los espíritus del bosque que carecían del alma verdadera de un dragón.

Afortunadamente, el islote donde Shen trenzaba la vela estaba rodeado por calas de fina arena desde las que fletar la balsa. Desde la isla de los hombres

pájaro, formada de acantilados de roca volcánica, hubiera sido imposible botar embarcación alguna. Y para su sorpresa, fueron bastantes los alados hijos del viento que vinieron hasta la cala a despedir a los extranjeros y ver como se alejaban en la balsa. Muchos de los hijos del viento agitarían sus alas como despedida.

Un fuerte vendaval sacudía a los congregados con violencia. El chamán continuó durante toda la tarde invocando y tratando de dominar a la fuerza de los tifones, los furiosos espíritus de los vientos marinos, para que fuesen propicios y guiasen el rumbo de la balsa en su travesía hasta la Gran Isla, nombre por el que los hombres pájaro conocían

a Isla Destino. El anciano y curtido hombre pájaro tardó un día en dominar los poderes del viento y en controlar a los espíritus para que soplasen en la dirección correcta.

A la mañana siguiente el mar se quedó en calma. La balsa se deslizó sin dificultades, impulsada por el mágico viento, hacia el imantado interior de la Niebla. De nuevo, rumbo al opaco estómago de Kahar.

—Vamos directos a Isla Destino —susurró Shen con tono apocado—. No es buena idea fondear en el puerto, justo donde la carta que encontramos entre la sal decía que Xvarnak nos estaría esperando, una vez más.

—No hay peligro para el preparado —  
profetizó Man-Yurý.

—Pero debemos velar por la seguridad  
de la Niña Joya. Es más seguro fondear  
en otro lugar de Isla Destino. Lejos del  
puerto construido por los hombres -  
aconsejó Shen.

—¿Y dónde propones que nos  
dirijamos? —Cráteros la observo con  
dudas.

—Donde la luz de mediodía hace brotar  
la vida —intervino resuelta Zishla.

—Recuerdo la carta que encontramos en  
el *Rompeolas del Sur* y todavía siento  
escalofríos —explicó Shen—. Otra vez  
Xvarnak. ¿Cómo es posible que haya  
llegado a la isla antes que nosotras? No

debemos ir a ese puerto. En el mapa, señor Cráteros, me he fijado que al sur existe una gran foresta. Propongo que dirijamos la balsa a ese lugar, debemos marchar hacia el bosque dibujado al sur, quizá encontremos aldryami. Los aldryami nos ayudarán.

—Estoy de acuerdo con Shen —afirmó Zishla para sorpresa del resto.

Aquella jornada, Kahar no era el tempestuoso mar que hizo zozobrar al *Rompeolas del Sur* tiempo atrás. El agua estaba en calma, era un espejo liso, frío y reluciente, sobre el que la balsa se deslizaba con rapidez gracias al empuje de la vela mágicamente hinchada por la invocación de los hijos del viento. La

Niebla se mantenía densa como un bloque, no existía fuerza que la agitase o que la rajase en jirones. Los vientos conjurados desplazaban la balsa con más potencia que cientos de remos. Como un cuchillo caliente, la balsa penetraba hiriente en la densidad vaporosa de Kahar.

—¿Sigues convencido que lo mejor para ti es quitarte la vida? —se acercó Shen a Man-Yurý, que meditaba silencioso con la cara empapada por la brisa marina.

—Quien intenta evitar a la muerte se encuentra de frente con ella. El dragón que afronta su destino con valentía, sobrevive eternamente.

—Pero tu gente te necesita —insistió la aldryani mirando a Yun-Xu—. No hay nada de glorioso en quitarse la vida. ¡Harás sufrir a muchos!

—Si merezco vivir, viviré. El Utuma me enseñará cómo. Se aprende poco de la victoria, pero mucho de la derrota. Tú no lo entiendes pues careces de un alma verdadera. La vergüenza no es vida digna para un soldado de noble cuna. Mi familia humillada, la misión en peligro por mi ineptitud, mi emperador deshonorado, mi hermana... Que no se entregara la carta de Su Majestad Imperial a tiempo ha supuesto motivo suficiente de mancilla. He fallado a mi Señor y a mi familia. Además, no he sido suficientemente fuerte donde mi

hermana demostró sobrada valentía.

—Pero no puedes abandonar a la semilla de tu hermana.

—El mundo se reduce al momento presente en un lugar concreto, no existe nada más. La niña no es la carga que yo deba acarrear. De mí se espera un acto insigne que restituya la nobleza en mi alma malversada y disipada. Se puede vivir toda una vida con rectitud, pero sólo un acto noble, que destaque elevado sobre los mortales, nos convierte en dignos. Un acto único, noble, es más distinguido que cien buenos actos a la altura de lacayos. Consumaré mi misión, honraré a mi señor y a mi familia; después, el

Utumadevolverá el honor perdido a mi apellido. Mi padre estará orgulloso si no me tiembla la mano. La hoja del sable abriendo mi estómago ennoblecerá mi alma.

En la provincia kralorí de Wan-Zou, en la casa Min-Tao, el primogénito de la familia, para proseguir la enraizada dinastía de albaceas reales y maestros de armas había de recibir una educación exquisita. La degradación, la mediocridad, la ignominia, eran fuertemente castigadas en el seno de la distinguida saga de nobles kralorís, la cual había conseguido su influyente posición dentro de la sociedad imperial gracias a una intachable progenie. Las generaciones ancestrales de Min-Tao

habían contribuido al perfeccionamiento de la forja de la katana. La debilidad, física y espiritual, era causa de vergüenza y de castigo. Por eso, Man-Yurý de la casa Min-Tao, era consciente de que la única salida digna que le quedaba a su alma manchada por la humillación, era un ritual de Utuma, un rito aprendido de los dragonuts mediante el cual un alma estancada avanzaba hacia la dragontinidad. Tras un enloquecido baile en frenesí, el futuro dragón debía desollar su cuerpo por completo hasta que no quedara ni un simple retazo de piel adherido a la carne. Sólo los que demostraban ser futuros dragones dejaban atrás sus cuerpos pasados y sobrevivían. Ésta era también

una forma de dignificar la muerte y recuperar parcialmente el deshonor en el que se hubiera caído. Si se sobrevivía, todos los actos del dragón se perdonaban. Man-Yurý había puesto en peligro el mandato del Dragón Emperador debido a su fragilidad. Se había demostrado débil, o por lo menos no tan fuerte como su... su hermana. Él era noble y su hermana una hierba plebeya; sin embargo... No era digno de sus tatuajes: ni del estilizado dragón que ascendía por su costado, símbolo de su servidumbre al Emperador; ni de la magnífica grulla con las alas abiertas que cubría la parte superior de su espalda, señal que mostraba sus logros en la escuela de artes marciales donde

fue instruido como mandarín. Los fantasmas del pasado lo habían vencido en aquella odisea. Se enamoró de su hermana. No obstante, la misión encomendada era más importante que su propia vida, y a ella se aferraba para no quitarse la piel allí mismo.

Incontables horas llevaban deslizándose sobre las aguas del Océano Blanco, empujados por el mágico viento de los silfos invocados por el chamán, cuando sintieron un golpe bajo los troncos de madera de la balsa. Una sombra alargada buceaba veloz alrededor del maderaje.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Shen agarrando con miedo su arco nudoso.

—Demonios marinos de piel azul, quizá sean *ludoch* con cola de pez... En realidad nunca he visto a ninguna de esas criaturas —dijo Zishla excitada, asomándose por el borde de la balsa.

—¿Y si son trolls marinos? ¡Los hay que respiran como peces! Sea lo que sea, lo voy a pescar -anunció Cráteros asiendo su jabalina—. Debe ser un pez grande... Los que comimos en Lur-Nop me gustaron.

—¡No! —Shen saltó precipitándose sobre el Mariscal para impedirle alzar su asta—. ¿No escuchó a los marineros? Todavía estamos en Kahar y hemos de ser cautos. Éste es el reino del Dios Tiburón. Oí contar a los marineros que

los tiburones eran peces tan grandes, más grandes que las personas.

—¿Tiburones? —dudó el Mariscal con una mueca de incredulidad—. No creas todas esas tonterías, seguramente sean sólo cuentos para asustar a los hijos de los pescadores.

—Pero ellos dijeron que eran peces que comían personas, y no al revés.

—No creo que ningún pez pudiera comerme, y menos si lo atravieso primero con mi jabalina. Pero está bien, lo dejaré marchar si así te sientes más tranquila. Comeré otro de tus frutos negros.

—Hace bien, señor Cráteros —suspiró la pequeña aldryani—. No creo que

fuese buena idea importunar a ningún sirviente del Dios Tiburón. Si esos peces son lo suficientemente grandes como para engullirnos, será mejor dejarlos en paz.

—No debes asustarte por todo, debemos plantar cara a cuanto amenaza al Bosque. ¿Hay algún otro cuento que oyeras a los temerosos humanos? —preguntó Zishla.

—Las sirenas —dijo Shen volviéndose hacia la aldryani—, todos los marineros hablaban con temor de la voz encantada de las sirenas. La temían más que a cualquier criatura escondida en el fondo de las aguas.

—Los débiles temen la voz de las

sirenas porque se temen a ellos mismos —concluyó Man-Yurý mirando con semblante serio el horizonte, el rostro empapado por el agua salpicada y la mandíbula apretada con tensión.

La luz en Kahar resultaba siempre idéntica.

El chamán de los hombres pájaro había dicho que llegarían a la Gran Isla en cuanto volviese el amanecer, pero allí dentro no había posibilidad de ver el brillo del Sol. Viajaban recostados sobre los troncos de la balsa. El murmullo del viento sobre la vela era el único ruido que se oía. Con el paso de las horas, incluso ese rumor se fue silenciando y un fuerte sopor se apoderó

de los viajeros.

No obstante, Cráteros no consiguió pegar ojo de manera continuada, aferrado a la roma asta de su jabalina como si el arma fuese capaz de mantener unidos y a flote cada uno de los troncos que formaban la balsa. Una y otra vez despertaba sobresaltado, enfadado por haberse quedado adormilado. Taciturno, escrutaba cada ruido que traía la oscuridad, buscaba un enemigo en cada arrullo del oleaje y sentía sus músculos tensos, alarmado por cada bamboleo con el que las mareas de Kahar mecían la balsa.

Susurro en la Bruma sí durmió un largo rato. El traductor dragonut no tardó en

dejarse llevar y sucumbir por el endulzado vaivén que acunaba la balsa. Realmente, desde que el chamán de los hombres pájaro lo despertara en el interior del volcán, nunca había estado totalmente despierto, víctima de una pesada modorra narcótica. La magia hipnótica de los chamanes del volcán aún corría por sus venas. El dragonut no abrió la boca en ningún momento de aquella travesía. Quizá, todo aquello fuese consecuencia de su propia naturaleza dragontina. Los *todavía no nacidos como dragones* siempre dormían a pierna suelta. Nunca tenían problemas para conciliar el sueño. Era parte de su maduración hacia la Iluminación. Pero él era consciente de

su recién estrenada mortalidad. Su espíritu no quería *despertar* a su nueva realidad. La vida caduca a la que el Emperador Dragón, Godunya, lo había condenado estaba alejada de la infinita e imperecedera inmortalidad de los dragones. En su fuero interno, en un recóndito punto en el interior de su alma, el dragonut era consciente de que un sentimiento, hasta el momento desconocido para él, había despertado. Por primera vez sentía miedo a morir.

La balsa se deslizaba veloz por las aguas del, cada vez más embravecido, Océano de Kahar. La brisa marina se había convertido en una cortina helada de lluvia y los vaivenes de la balsa en mareantes oscilaciones. Aun así, los

buscadores trataban de descansar mientras Shen, con la pequeña Yun-Xu entre los brazos, observaba inquieta el reposo de sus acompañantes. No sabría decir si Man-Yurý dormía o no momentos antes de levantarse, con un ágil y felino salto, dejando la incómoda postura en la que reposaba sentado sobre sus talones. La aldryani no vio con claridad el rostro del kralorí; la oscuridad lo ensombrecía y la lluvia ejercía de impenetrable velo. El albacea se quedó en pie, con la vista fija en un indeterminado punto entre las olas. De pronto, a los oídos de Shen llegó un aberrante graznido parecido al piar de las urracas o de los buitres, un cacareo estridente y agudo que perforó sus

tímpanos arañándolos como espinas. Sintió su cabeza explotar, arrasada por aquel chirrido, sin duda, el ruido más desagradable que la aldryani había oído nunca.

El oriental parecía no inmutarse. Comenzó a balancearse peligrosamente en el borde de la balsa, la cual se agitaba cada vez con más violencia sacudida por un creciente oleaje. Con desasosiego pero sin soltar a la pequeña Yun-Xu, Shen trató de llamar la atención del kralorí con un chillido que se perdió entre los bandazos del viento (el máximo volumen que un aldryani podía emitir era muy tenue en comparación con un troll o un hombre). El otrora orgulloso guerrero de la Tierra del

Arroz, no hizo el menor ademán de darse por enterado bajo su rictus impertérrito.

—Señor Man-Yurý, está muy cerca del borde... ¡NOOOOO!

Cráteros sentía el sopor posterior a un dulce sueño, el duermevela perezoso de quien despabilaba con la dulzura de la miel en los labios. No sabía si de nuevo dormía o ya estaba despierto. Era la tonada más delicada que jamás había escuchado. Una hermosa voz lo llamaba desde algún punto incierto. Escuchó pasmado el reclamo, ninguna otra cosa existía, nada más existía en aquel mar rodeado de brumas: ni la balsa, ni sus compañeros, ni su búsqueda...

Solamente quería aquella virtuosa voz llena de magnetismo reclamante. ¡Debía encontrarla! Aquella voz era el canto más bello y armonioso que sus oídos habían escuchado jamás:

—Oh, hermoso guerrero. Ven junto a nosotras. Reposa tus músculos cansados en nuestro paraíso. Descansa tu pecho y tu alma en el hogar de los héroes.

El Mariscal se levantó de un brinco y decidido, se lanzó al agua en busca del cadencioso coro que lo invitaba a sumergirse en Kahar. Dana graznó confusa.

Desesperada, Shen golpeó con los puños cerrados el corpachón dormido de Susurro en la Bruma. Sus puñetazos

resultaban caricias en las duras escamas del dragón.

—¡Despierta ya! ¡Vamos, haragán, no es ésta la estación de hibernar! Necesito que despiertes. ¡Nosotras solas no podemos sacarlos de ahí!

Los golpes de mar, a punto hicieron zozobrar la balsa y ni aun así, el indolente dragonut dio señales de despertar. Shen lloriqueaba tratando de avivarlo y Yun-Xu junto a ella, cuando ambas escucharon un grito y, por el rabillo del ojo, vieron como Zishla se lanzaba al mar sin pensarlo:

—Voy por el Hijo de la Luz—había gritado la fogosa vronkali en habla aldryani.

La pequeña Shen dejó a Susurro en la Bruma plácidamente con sus sueños y corrió al borde de la balsa por donde había saltado Zishla. La vronkali no era presa de ningún embrujo y vehementemente luchaba braceando contra las olas de Kahar. Shen se quedó petrificada mirando la escena. ¡Cómo pudo antaño dudar de ella! Era increíble el valor, la fuerza y la resistencia que Halamalao otorgaba a sus devotos guerreros, y la valiente vronkali era muestra de ello. Braceaba con ímpetu, pero las crecientes olas la balanceaban a su antojo. Las aguas eran gélidas y cortantes como hielo, como las ventiscas procedentes del norte, desde el blanco reino de los glaciares de Inora, laDama

del Invierno. En el interior de las gélidas aguas, el frío comenzó a entumecer los esforzados músculos de Zishla, quien no podía detener el temblor que ya gobernaba sus extremidades, ni el rechinar de sus dientes. Si Zishla no regresaba rápido a la balsa, perecería irremediablemente.

Pero a duras penas, por entre la espuma de las olas asomó la fiel guerrera de Halamalao sujetando, por debajo del cuello, el cuerpo entumecido Cráteros.

Shen, con voz temblorosa, comenzó un ruego a sus dioses:

—Lejos hemos llegado, Madre de todo ser vivo y ausencia de todos los males, para cumplir devotas y sumisas con

nuestro deber, ¡No permitas, oh, Madre de la vida, que sucumbamos en este océano aciago!

Un alarido resonó desde las aguas y la aldryani volvió a la realidad.

—¡Brillante Halamalao, ayúdame! —  
aulló Zishla asiendo con una mano el borde de la balsa mientras que con la otra sujetaba el corpachón de Cráteros, quien sin duda doblaba su peso—. ¡Sus pétalos no ven la luz del Divino Poderoso! ¡Y el idiota ha saltado con la coraza puesta! ¡Pesa como un tronco de roble!

Sin pensarlo dos veces, la joven Shen se lanzó hacia Cráteros, cogió la cabeza del hombretón entre sus brazos y empezó

a tirar, mientras Zishla empujaba tratando de subir al humano sobre los troncos de la vacilante balsa. Las gélidas aguas de Kahar agujoneaban la verdosa piel de la belicosa creyente de Halamalao. La fuerte vronkali empezaba a desfallecer por el esfuerzo, a sentir congeladas sus extremidades y entonces, escuchó un golpe, y vio como Shen la emprendía a guantazos con la barbuda cara del adormecido humano.

—¡Despierte! —chillaba mientras abofeteaba el hirsuto rostro del Mariscal—. ¡Nosotras solas no podemos subirle!

No tardó Cráteros en reaccionar ante los bofetones, sintiendo un fuerte frío agarrado a su piel empapada. Los dos

Hijos de la Luz, humano y aldryani, se tumbaron calados sobre la balsa, jadeantes y agotados. El Mariscal, todavía confuso, no alcanzaba a entender lo que le había pasado. Había escuchado la melodía más hermosa que jamás hubiera imaginado e, incapaz de dominar su voluntad, había tratado de seguir el reclamo hacia el fondo del océano.

En ese momento, la música dejó sitio a un horroroso aullido entre las aguas.

Yun-Xu, impasible, escrutaba la bruma donde había desaparecido su tío.

Descubrió sombras sumergidas que buceaban alrededor de la balsa, figuras oscuras que nadaban a gran velocidad

haciendo círculos.

Entre sollozos, Shen maullaba como nunca antes lo había hecho rogando la benevolencia de su diosa Aldrya:

—*Canción del Bosque y Madre piadosa que otorgas la vida*, a ti ruego para que los espectros surgidos del mar no nos separen del *Bosque*. A ti servimos con gracia y a ti debemos la vida. Si el espíritu maligno quiere beber de nuestra savia, no lo permitas, no dejes que ahogue nuestro respirar, ni que inunde nuestro corazón.

Buscaba en el favor de sus dioses, la fuerza suficiente para espantar a los espíritus malignos de aquel mar, cada vez más picado y embravecido, cuyas

olas estaban ya muy cerca de hacer volcar lo que ahora se le hacía una enclenque embarcación. Apenas podía sujetarse a los troncos de la balsa. Cráteros, aún aterido por el frío, se deshizo de la pechera de su coraza de bronce, de las grebas y los quijotes, del yelmo de crines rojas... y saltó de nuevo al agua con estrépito. El Mariscal había brincado envuelto entre bruma y escarcha. Shen volvió a gritar desesperada cuando lo vio lanzarse, tratando de sujetar la coraza del yelmalita para que no cayera al agua. Dana graznó con energía.

—¡No escuche la voz de los espectros de las aguas! ¡Son malignos y siniestros!

Zishla se incorporó tiritando, pero habló tranquilizadora mientras ayudaba a la mrelí a sujetar las armas del Mariscal.

—Aguarda Shen, no temas, sus ojos están iluminados por la luz de Nuestro Señor Halamalao. No ha ido persiguiendo las funestas voces del océano, sino tras su compañero caído. No será tan fácil separar al hijo de Halamalao del hijo del Dragón del Oriente.

Las aldryami reunieron lo que quedaba del equipo empapado de Cráteros a la par que miraban con incertidumbre el lugar por donde el Mariscal había desaparecido buceando en pos de Man-Yurý. Con dificultad trataban de no caer

zarandeadas por el oleaje. Yun-Xu se unió a ellas: había dejado de buscar a su tío de entre la Niebla. Mientras, la montaña durmiente de escamas verdosas conocida como Susurro en la Bruma dormitaba ignorante sobre los troncos de la balsa.

Entonces el mar se suavizó y los estridentes berridos espectrales se acallaron.

La cabeza de Cráteros apareció junto al borde de la balsa. Temblaba. Subió exhausto por un costado a la balsa con los ojos y los mofletes enrojecidos. Con el cuerpo desnudo se quedó tendido bocarriba tratando de recuperar el aliento. Dana abrió las alas y graznó.

Estaba helado, empapado, con las extremidades ateridas; el color rojizo de la piel cambió rápidamente por otro ligeramente azulado. Shen le tendió su capuz de lino para cubrirle el cuerpo. Este gesto supuso algo más que un momentáneo alivio corporal para Cráteros.

—Los fantasmas marinos han desaparecido —anunció Zishla con la mirada fija en el mar—. Están saciados por el alma oriental. Han desaparecido llevándose con ellos sus horrendos cantos.

Era cierto, nadie escuchaba el espantoso aullido de ultratumba de las espeluznantes arpías del mar. La balsa

reposaba sobre la superficie lisa del agua sin sufrir más inclemencias. Ahora entendían perfectamente el pavor de los marineros. Cráteros apenas recordaba la hermosa balada con la que las sirenas trataron de seducirlo, hasta que se convirtió en el más horrible de los berridos. Ahora respiraba pesadamente, con los ojos vidriosos.

—Man-Yurý Min-Tao, *El guerrero de los dos nombres*, también ha desaparecido —respondió lacónico cuando la primera lágrima resbaló por su mejilla—. Ha cumplido su palabra. Ha entregado su vida, desapareciendo en las profundidades de este infierno marino, para que podamos escapar y culminar la búsqueda.

—¿Dices que se ha ido con los espectros marinos por propia voluntad?

—cuestionó Shen, aún suspicaz—.

¿Quieres que creamos que se ha negado la vida a sí mismo para que los espíritus del agua saciaran su sed con él y nos dejaran marchar? Ningún ser vivo haría algo semejante. Pienso que las sirenas lo atraparon y ahora es presa de sus espantosos cantos.

Yun-Xu apareció a su lado.

—Eres libre de pensar lo que quieras, Shen. —Cráteros se dirigió entonces a la niña kralorí—. Yo digo que tu tío ha restaurado su honor de guerrero.

Pequeña, tu tío es un héroe.

—La gloria del dragón no se pierde

cuando su cuerpo no está, porque su alma siempre estará presente — murmuró sibilante Susurro en la Bruma.

Sorprendidos, los viajeros observaron que, aun dormido, el dragón hilaba frases entre ensoñaciones con ese marcado acento suyo metálico y silbante-: Ouroboros no forja la *Senda del Dragón*, sino que él es la propia *Senda*. El ayer fue escrito por otros, el mañana no dependerá de nosotros... Solamente hemos de ocuparnos del ahora. La montaña se derrumba y el río se seca, pero el dragón será eterno; y si no, no será dragón.

El dragonut no hizo ningún gesto por despertar.

# Capítulo X. «Tierra»

*Plateado*

*Resplandeciente ondular del oleaje*

*Alba y burbujeante cresta espumosa de  
abanicos marinos*

*Tapiz espejado, reflejo del cielo  
tendido*

*Agua salada*

*Vaivén de la marea agarrada a la sien  
de los marinos*

*Aferrados a la quietud de la Tierra.*

La balsa avanzaba rápidamente a través  
de un manso y frío Mar de Kahar,

empujada por el mágico soplado de los espíritus ventosos. El chamán de los hombres pájaro había cumplido con su promesa. La fuerza de vientos maravillosos arrastró a la balsa con celeridad. Sólo faltaba esperar que las corrientes la impulsaran en la dirección correcta, en dirección al bosque dibujado al sur de Isla Destino.

Miradas vidriosas se perdían confusas en un horizonte oculto tras el opaco telón neblinoso de Kahar. Susurro en la Bruma no hizo ningún ademán de *volver a este mundo* y su silencio fue contagioso para el resto de pasajeros que continuaron enmudecidos. En sus corazones arrastraban un pesaroso duelo por el compañero caído en las aguas.

Cráteros resoplaba hastiado, con los ojos enrojecidos y acuosos, cansados por lo largo del camino y el peso de la tarea que reposaba sobre sus hombros. Quería recordar a su compañero como un héroe, pensar que había cumplido su destino; y sin embargo, en su interior, el dolor que sentía por su pérdida era sólo comparable al de la pérdida de un hermano. El Mariscal sabía que ahora no podía desfallecer. «¿Por qué te lo has llevado?», maldijo a las aguas de Kahar. Las aldryami se habían acercado la una a la otra. El mundo sin el Bosque era violencia y muerte. Entristecidas y ojerasas percibieron el letargo en el que el yelmalita se fue sumiendo. Sólo encontraron calor en sus propias

miradas. Shen halló seguridad y luz en la mirada de Zishla. Ahora que había perdido la fe en el Mariscal necesitaba otro punto de apoyo. Para la verde vronkali adoradora de Halamalao, la confianza que Shen había depositado en ella hacía que se sintiera de nuevo como la admirada guerrera, como la heroína invencible, que su pueblo necesitaba. Ambas se habían apiadado de la cachorra kralorí. La pequeña Yun–Xu no dijo ni una sola palabra, permaneció en completo mutismo. Desde pequeña, había aprendido que el dolor era algo íntimo que se debía evitar mostrar en público.

Man–Yurý había desaparecido, se había perdido sumergido, en las foscas aguas

de Kahar. Parecía haber transcurrido sólo un instante desde que se arrojó al agua. Ya no estaba allí, ni silencioso ni meditabundo, sobre los troncos ásperos de la balsa. De aquel instante ya no quedaba nada; ni tan siquiera las ondas concéntricas que aparecieron allá donde el ensombrecido guerrero oriental se había sumergido de cabeza en el mar. En eso consistía la vida; de la del albacea kralorí, ya no quedaba el menor rastro.

Ensimismados en su mudez, los náufragos continuaron navegando a la deriva confiados a los vientos que guiaban la vela, invocados por los hombres pájaro en la ya remota isla del volcán. Los vapores neblinosos que ocultaban cielo, luz y horizonte fueron

adquiriendo paulatinamente tonos menos opacos. Sin darse cuenta, un blanco luminoso había penetrado en la Niebla y una luz brillaba muy diferente al perpetuo y constante mutismo de Kahar. ¡Algo resplandecía en el horizonte! Entonces, oyeron un ruido, como el batir de cientos de alas. La tensión y el desconcierto se apoderaron de los viajeros una vez más. ¿Otra vez los hombres pájaro?

La densa y lechosa capa de Niebla se abrió ante ellos como un telón que ocultaba un cielo radiante y luminoso. El bastidor blanco se hizo a un lado dejando a la vista un celeste firmamento iluminado por el sol y una isla cercana en el horizonte con un enorme pico que

llegaba a arañar el cielo.

El ruido de decenas de gaviotas era lo que habían escuchado cuando aún navegaban inmersos en el cúmulo nublado. Una centena de pajarillos blancos revoloteaban por encima de la balsa. Caían en picado sobre la superficie del mar en busca de algún pescado. Sólo eran gaviotas. Les pareció ridículo haberse asustado. La luz del Sol llenaba el cielo de colores cálidos, los viajeros contemplaban extasiados una verdadera isla tras tanto tiempo navegando entre la Niebla blanca e impenetrable de Kahar. Si los hombres pájaro habían cumplido su promesa, aquella debía ser la Isla Destino.

El agua se hacía de un azul cristalino, pocas veces visto por los ojos de los viajeros, según se acercaban a la orilla. La costa, enfrentada al avance de la balsa, era un tapiz de espesa y verde arboleda, una frondosa selva. Un tupido bosque recorría toda la línea del litoral. Ante aquella visión, ambas aldryami dejaron escapar varias lágrimas de sus ojos sin pupilas. Shen estaba ansiosa por llegar a tierra. ¡Por fin un augurio benévolo entre tantos penares! Sin duda, aquel reflejo verdoso era un bosque maravilloso. ¡La gracia de Aldrya había bendecido toda la costa del sur de la isla! Se sintió más que aliviada, satisfecha, puesto que sus compañeros, haciendo caso de su sugerencia, habían

aceptado seguir un rumbo que los llevaría a desembarcar lejos del puerto donde los esperaba ese fantasma tenebroso llamado Xvarnak.

De pronto, la pequeña Yun–Xu estalló en sollozos y se tendió en el borde de la balsa. Entre gritos, comenzó a golpear el agua con una rabia hasta entonces desconocida en ella. Shen se acercó a ella y la acarició.

—Ven conmigo, pequeña. Tu tío estará bien. Encontrará la paz en el jardín donde van las almas de los kralorís.

—Debes ser fuerte, Yun–Xu. Por tus venas corre la sangre de los dragones.

—A pesar del mensaje de fuerza, la voz de Cráteros sonó rota y dolorida.

Deslizándose pausadamente sobre el glauco espejo cristalino del mar, la balsa fue acercándose a la costa sur de Isla Destino. El bosque costero era una densa e inmensa jungla verdinosa con grandes tamarindos y sándalos de grueso tronco, sobre un dosel de helechos, setos y enredaderas, que prácticamente caían hasta la orilla de las aguas. El azul del mar se fusionaba con el verde oscuro dando una frondosa bienvenida a los buscadores. Las aguas, turquesas y transparentes, donde zigzagueaban bancos de pececillos vacilantes, daban paso al bosque más tupido y compacto jamás visto incluso por las aldryami. Una decena de pasos hacia su interior y la noche se apoderaba del follaje

expulsando al día, aunque el sol brillase sobre las copas. La oscuridad era tal que aquel bosque parecía ser terreno vedado al sol. Las ramas formaban una red laberíntica, compacta e impenetrable desde donde las sombras extendían sus tinieblas. Shen pensó que ni en Arstola había visto algo así. Los buscadores atisbaron una preciosa y diminuta cala donde arribar la balsa, una pequeñísima playita de fina arena rodeada por un circo de peñas. Todo el litoral boscoso se hallaba separado de las aguas por un anillo de enormes rocas verdosas, rocas ya conquistadas por el musgo y líquenes que se elevaban varios pies sobre el nivel del mar. Otros peñascos milenarios salpicaban allí y allá, caídos

del cielo sobre el mar de forma aleatoria y caprichosa, guardianes inmutables de la isla, quizá traídos por gigantes en una edad ya olvidada. Sin duda, aquellas piedras yacían en aquel lugar desde muchísimo tiempo antes que los árboles, y quién sabe si también incluso antes que aquel mar blancuzco.

Pero Cráteros tenía la mirada perdida en el mar, no miraba a la isla. Buscando fantasmas en el horizonte, con los ojos vidriosos, escudriñando en la Niebla lejana, esperando a que apareciera...

Man-Yurý se había perdido en algún punto de aquel asesino neblinoso que era Kahar. ¿Aparecería triunfante surgiendo de entre la Niebla? Cráteros

quería creerlo posible, aunque en realidad era consciente de que no había esperanza para nadie en el estómago de Kahar. El telón inmutable seguiría a perpetuidad sobre las aguas. Los viajeros lo habían superado escapando de su histeria, de su locura, habían salido victoriosos del manto de Kahar. ¿O había sido la Niebla quien les había permitido marchar?

Para las aldryami, aquella selva era como un libro abierto. Dejaron la balsa en la pequeña playa rodeada de rocas y se dispusieron a trepar el altozano que daba cobijo a las arenas frente a la frondosidad de la selva que los rodeaba. Semejante espectáculo de naturaleza salvaje resultaba casi hiriente a sus ojos

sin pupilas, tristemente acostumbrados al gris y al blanco del Océano de Kahar. Casi habían olvidado aquella diversidad de colores y durante un tiempo, en silencio, permanecieron sumidas en un profundo mutismo observando los contrastes que el paisaje ofrecía. Jamás verían una costa de mayor belleza.

La sonrisa de Shen, ante la proximidad de la verde costa, cambió en cuanto pisó la arena de la playa. A Zishla tampoco le agradó cuanto percibía de aquella tierra. Dejaron brevemente al Mariscal, indolente con la mirada perdida en el mar, y a la pequeña Yun–Xu junto al cuerpo del todavía adormilado Susurro en la Bruma. Las dos aldryami treparon las rocas que rodeaban la playa con la

intención de echar un vistazo a los alrededores de la cala. Con una mirada se habían entendido perfectamente...

Aquel bosque no reposaba plácido. Una lóbreguez tenebrosa lo hacía inquietante, y sus plantas y arbustos no reían ni cantaban llenos de vida.

—Hay algo amenazador en el aire — dijo Shen precavida—. No escucho la *Canción del Bosque* tras ningún árbol. Aldrya está triste, apesadumbrada y quejosa. No hay hadas ni ninfas, apenas nos han saludado sólo las hiedras, y las encinas parecen profundamente afligidas. ¿Cómo es posible tanta congoja en semejante vergel?

—Este bosque padece un gran ahogo —

continuó Zishla, caminando entre helechos frondosos mientras observaba con celo a su alrededor. Con delicadeza pasó la yema de los dedos acariciando unas flores violáceas—. No cabe ninguna duda, las manos del Maligno se posaron hediondas sobre esta floresta hace tiempo, y la belleza de muchas flores se ha marchitado. ¿Puedes notarlo? ¡Un momento! ¿Qué es eso? ¿Lo has oído? ¡Alguien se acerca! Percibo un palpito en el interior de *Punzante*. Shen, escúchame bien y haz lo que te voy a decir. Si volteo el arma con las dos manos y notas que mis ojos te miran pero no te reconocen, entonces huye y no te acerques a mí. La angustia parece haberse apoderado de toda esperanza en

este bosque y el *Daño de Halamalao* se hace necesario.

Un grito interrumpió la frase de la verde vronkali.

Un chillido suplicante pedía auxilio lleno de pavor. Las dos aldryami no lo dudaron y tras mirarse un instante a los ojos salieron corriendo, persiguiendo los ecos de la desgarrada llamada.

Como gacelas, saltando sobre arbustos sin bayas, emprendieron una alocada carrera a lo largo de la densa floresta en aquella remota jungla.

De pronto sintieron una señal de peligro, los helechos y matorrales en derredor las prevenían de un inminente riesgo. La advertencia imploraba cautela.

Automáticamente ambas se detuvieron en seco tras el tronco de un enorme cedro, prepararon sus armas y fusionadas por completo con el espeso follaje se deslizaron en perfecto mimetismo con el entorno. Las dos aldryami habían desaparecido por completo, se habían esfumado y, sólo los ojos más expertos y los espíritus del bosque, podían intuir su sigiloso avance. No hacían ruido ni proyectaban sombra alguna, eran parte de Aldrya. Ellas eran el Bosque.

Percibían ansiedad en las hojas y las ramas de los arbustos, miedo en las copas de los cedros y en el musgo de sus troncos, preocupación en brozas y yedras. Pararon en seco, algo se

acercaba corriendo en su dirección. De entre grandes matojos apareció una figura que, chocando contra las dos, las hizo caer de espaldas.

Un añoso aldryani de piel caoba, semejante a la corteza de los árboles que los rodeaban, había aparecido con estrépito. Estaba asustado. Ambas recién llegadas pudieron sentir tanto su miedo como su inquietud. Se levantó tan sorprendido como las dos jóvenes forasteras. El anciano aldryani agarró a Shen por una muñeca.

—Vamos, no nos podemos quedar aquí —masculló excitado en un dialecto con exótico acento—. Hay que alejarse. ¡Ya casi me ha alcanzado!

Y con una mirada desencajada por el miedo, tiró de la joven mreli hacia el interior de la jungla pisoteando los helechos. Zishla fue más veloz y se abalanzó hacia delante enganchando por el brazo al aldryani de rojiza cabellera.

—Si quieres vivir sígueme tú por aquí—ordenó Zishla señalando al camino que dirigía a la cala—. Vamos a un sitio seguro, bajo la luz y el amparo de Halamalao.

Tal fue la convicción con la que la guerrera vronkali sujetó al asustado aldryani, que éste no dudó un instante y siguió los pasos de las extrañas.

Los árboles estaban temerosos. Se podía percibir el miedo en el ambiente.

A la carrera aparecieron los tres aldryami en la playa de arena. Cráteros se sorprendió por la repentina aparición y echó mano de su jabalina, no era un buen augurio ver huir elfos desde el interior de un bosque. La pequeña Yun—Xu corrió hasta abrazar a Shen. Las dos cayeron rodando en la arena.

—¡Algo viene siguiendo nuestros pétalos! —gritó Shen desde el suelo mientras intentaba levantarse.

Zishla paró en seco, dio media vuelta e hizo girar con veloces molinillos su retorcida lanza sobre la cabeza, desafiante, confiada. Cráteros se acercó hacia ellas con la lanza. Shen colocó a Yun—Xu tras su cuerpo, tensó su arco y

preparó una flecha apuntando hacia la espesura. Susurro en la Bruma se despertó en ese momento; él también había oído gritar al bosque. Con lentitud, levantó la cabeza y se quedó observando al elfo recién aparecido. Algo significativo había cambiado en el rictus del dragón. La tensa mirada duró unos segundos interminables. Susurro en la Bruma continuaba estático, impassible, pero de pronto se relajó como si aquello no fuera con él o no tuviera ninguna razón para ponerse en pie. Las dos aldryami bajaron las armas. Respiraron profundamente. La tensión que atenazaba sus brazos había desaparecido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cráteros con el ceño fruncido—. ¿Qué está

pasando?

—Deja que tu arma se relaje —Zishla dejó reposando su arma en la arena de la playa y puso una mano sobre el hombro de Shen—. No hay peligro, ya se ha marchado.

—¿Marchado? ¿Quién se ha marchado?  
—preguntó Cráteros mirando extrañado al enjuto aldryani recién aparecido—. ¿Y quién es este... elfo? ¿De dónde ha salido? ¿Y qué es eso que os perseguía?

—Tranquilo, cada fruto tiene su estación para ser recogido —repuso Shen sin dejar de abrazar en ningún momento a Yun—Xu—. Ya no hay peligro que temer, pequeña. El bosque respira sereno de nuevo.

El aldryani de cabellera bermeja, como el manto de hojas que cubre el suelo en otoño, se presentó con el nombre de *Hansharúsile*. Shen lo tradujo al idioma comercial como Mantillo de Otoño; resultaba un nombre exótico incluso para las aldryami. Llevaba el cuerpo completamente enredado por hiedras, maleza y plantas trepadoras. Collares con cuentas de madera colgaban de su delgado cuello. Una corona de leñosas y siempreverdes le daba varias vueltas a la cabeza. Por su aspecto parecía un druida del bosque, un «*gentre*» en lengua aldryani.

—Iluminado sea tu camino por *la Luz que no Oscurece* —saludó con rigor marcial la exuberante Zishla—.

Hansharúsile, estás entre guerreros y no tienes de que tener miedo. Ahora explícanos qué ocurre en el bosque.

Hansharúsile acercó lentamente su cara al rostro de la vronkali, quien esperaba expectante una respuesta. El elfo arrugó los párpados con un gesto propio del cazador apuntando su arco a una presa lejana, o de quien no ve con claridad. Acercó tanto su rostro al de la vronkali que ésta se inclinó hacia atrás sintiéndose incómoda. Los buscadores observaban extrañados al aldryani que, tirando con sus dedos de las sienas hacia atrás, les devolvía miope la mirada. Así se quedó un momento observando completamente parado, a un palmo de la tez de Zishla.

—Demasiado mayor —dijo en su propia lengua—. Sí, demasiado mayor...

Bueno, de cualquier manera parece que el bosque se ha calmado ya.

Acompañadme hasta mi claro; estaba buscando arándanos para un jugo. ¿No queréis probarlo? Hace tiempo que no tengo visita y para un viejo druida sería todo un placer... Por cierto, ¿no habréis visto a un jovenzuelo corriendo despavorido por el bosque?

—No, no nos hemos cruzado con nadie —contestó Shen antes de dirigirse al resto usando el idioma comercial—.

Quiere que lo acompañemos al interior del bosque. Nos dará algo de comer y...

—Quizá sepa el paradero de la

expedición de mi padre —interrumpió Cráteros con un brillo especial en la mirada—, si es que estamos en la llamada Isla Destino.

El arrebuñado elfo se acercó a Shen e intentó fijar en ella su mirada.

—¡Otra aldryani! —exclamó sorprendido—. ¡Qué suerte la mía! Después de tanto tiempo... Tú pareces más joven, ¿Cuántas primaveras hace que floreciste al mundo?

El arrugado aldryani de pelambrera rojiza y piel de corteza parecía inofensivo. Lo siguieron por el interior de la selva hacia su claro, donde había ofrecido descanso a los viajeros y respuestas a sus preguntas. Mientras

caminaba fue recogiendo en un canasto algunas zarzamoras, después se detuvo por las raíces amarillas de un arbusto que crecía al pie de una encina y por último, algunas avellanas a las que llamó por su nombre aldryani para que cayeran en sus manos: «*feolas*». Zishla se acercó altiva.

—¿Parezco demasiado mayor? ¿Para qué? Espero que no trames ninguna maldad.

—¿Qué mal podría hacer yo, que apenas me sostengo apoyado sobre mi cayado? Soy inofensivo y demasiado viejo, tanto, como el bosque que pisas. Lo que necesitan estos árboles es renovarse. Savia joven. Sí, eso necesita, savia

joven.

El camino los adentró en la jungla. El verde telón compacto se abría a su paso. Los viajeros se cruzaron con algunos animales: una bandada de gamos rojos, varias aves azuladas de pico amarillo que reposaban sobre las ramas de los árboles... pero aldryami no vieron ningunos. Parecía ser cierto que aquel bosque necesitaba una renovación.

Los viajeros se quedaron pasmados al oír el maravilloso canto de las aves azuladas de prominente pico curvado y cola abanicada, semejante a la de un pavo real. Hansha, el druida, se detuvo de nuevo en un matorral bajo y recogió varios manojos de bayas de color añil.

Susurro en la Bruma se arrodilló junto a él y lo imitó, recogiendo frutos y metiéndolos en el canasto. Shen se acercó a ambos.

—¿Dónde están los demás? —preguntó recelosa—. Un bosque no crece sano si no es al amparo de la *Canción de Aldrya*. ¿Dónde se hallan los otros? Y por cierto, ¿de qué huías cuando te encontramos?

—Eres joven sí, y demasiado impaciente —contestó dejando ver decepción en su tono—. Necesitarás paciencia para volver a escuchar la *Canción del Bosque* en este lugar, pero la escucharás. ¡Una semilla no germina de un día para otro! ¡Ni un brote echa

raíces! ¡Vámonos! ¡Hay que llegar cuanto antes al claro! ¡Démonos prisa!

El druida rojo dejó en el suelo su canasto cuando llegaron al claro e invitó a los viajeros a sentarse sobre la hierba. Se acercó a un riachuelo y recogió agua cristalina con una jarra de madera.

Había un pájaro carpintero martilleando el tronco de un árbol y varios petirrojos sobrevolaban el calvero. Las mariposas se posaban grácilmente sobre la multitud de flores que coloreaban el lugar: petunias rosas, amapolas rojas, chorimas amarillas... Y magnolias blancas. Un anillo de magnolios en flor formaba los límites. Las ardillas correteaban por las ramas de los árboles y algún tímido corzo, de incipiente

cornamenta, asomó la testa por entre los arbustos. El druida acercó el agua a los viajeros junto con un tarro con miel y un saquito lleno de nueces. Cráteros asintió agradecido pero no dejaba de golpear con los dedos el asta de su jabalina. Parecía algo nervioso e impaciente. Zishla volvió a dirigirse al druida antes de que éste se sentara.

—¿Nos vas a decir de una vez dónde están los otros?

—Antes no podía hacerlo porque el interior de la jungla se ha vuelto peligroso y no quiero acabar como el resto de nuestra comunidad. Aquí, en el claro, somos tres y podemos defendernos mejor, pero adentrarnos en

la espesura, en busca de hierbas, se ha vuelto complicado.

—¿De qué tres hablas? —contestó Zishla tajante—. Por lo que veo, eres uno solo.

—¡Pregúntale ya si hemos llegado a Isla Destino! —interrumpió Cráteros, a quien le podía la impaciencia—. Pregúntale si conoce la expedición de mi padre.

—Este vergel, que fue un bosque próspero y frondoso, está muriendo poco a poco, marchitado con el paso de las estaciones. Necesitamos savia joven para revitalizar la *Canción*. Casi todo nuestro pueblo fue arrancado de raíz.

—Por lo que te perseguía en el bosque

—Shen se estremeció con sus propias palabras. ¿Qué podía haber aniquilado a toda una comunidad aldryani en su territorio?

De pronto, sobre la corteza arrugada de un magnolio y un cedro cercano, lentamente surgieron dos formas femeninas, dos mujeres; voluptuosas y etéreas al mismo tiempo. Las dos ninfas arbóreas saludaron con una reverencia a los recién llegados, dejando boquiabierta a la pequeña Yun—Xu, quien veía por primera vez esta clase de espíritus del bosque (ella que pensaba que Shen era la criatura más maravillosa). Sus gráciles movimientos parecían ralentizados. Cráteros cerró la boca automáticamente y dejó de

preguntar con obsesión, pasmado también por la aparición.

—Sólo nosotros tres hemos sobrevivido —repitió el druida saludando a las dos dríades—. Ellas son Flora y Néctar.

Las dos ninfas sonrieron a los recién llegados con la dulzura propia de la miel y las flores.

—¿Cómo quedáis tan pocos? —insistió Zishla una vez más.

—Hasta ayer éramos cuatro, pero mi ayudante desapareció en la selva. No sólo buscaba bayas para mi jugo, sino que también lo buscaba a él, pero quien se lo llevó me encontró a mí primero. Hui pidiendo auxilio a los espíritus de la arboleda que afortunadamente me

condujeron hasta vosotros.

—¿Y qué es eso capaz de amedrentar a un druida en su propia arboleda? — volvió Zishla a preguntar—. Sólo cuando lo que te perseguía se marchó, los árboles volvieron a sentirse relajados y a respirar con pausa.

—El miedo tiene atenazados a los árboles, puedo percibir la angustia en el susurrar de sus hojas —intervino Shen muy intrigada.

—Las hojas de la copa no pueden impedir que la luz llegue al resto del árbol. Escuchad. Un demonio dominaba ya la isla cuando los primeros hijos de Aldrya florecimos aquí. Cada cierto tiempo resurge, desde las profundidades

del mar, para llevarse a todos los que caigan en sus garras. Hace tiempo que el demonio vino y se llevó a casi todos los nuestros... Ninguna primavera ha suplido semejante pérdida.

—¿Pero qué demonio puede asolar un bosque protegido por aldryami? — preguntó Zishla extrañada—. No existe fuerza capaz de vencernos en el interior de nuestro reino.

—Hubo una traidora entre nosotros — prosiguió el druida—. Una dríade que enloqueció bajo la fuerza y el poder del demonio salido de las aguas. Ambrosía se llamaba. Dejó el bosque sin protección cuando el demonio marino atacó empujando hasta nosotros una

oleada de seres abisales. La demente dríade aún vaga por el bosque y lo reclama como suyo. Desde entonces, tenemos que mantenernos alerta.

—¿Y cómo una dríade puede traicionar a los suyos de ese modo? —preguntó Shen.

—¿Y cómo dejó a todo un bosque desprotegido? —siguió Zishla.

—Con un ejército de árboles guerreros. El demonio la engatusó y en una noche de horrores inolvidables, la malvada ninfa robó el poder para encantar árboles y convertirlos en guerreros. Dominó a todos los árboles que protegían nuestro claro y los alzó contra nosotros. Acabaron con todos los

aldryami. Sólo espero que algún día esa traidora...

El druida no pudo continuar su relato y dos grandes lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Respiró hondo mientras las dos aldryami esperaban en silencio. El resto de extranjeros observaba expectante la escena, sin alcanzar a comprender las palabras del acartonado druida. Éste se incorporó acercándose a un seto repleto de bayas moteadas, comenzó a recoger algunas y sorprendido comprobó como el dragonut, de nuevo, se le unía silencioso en la recolección de los pequeños frutos.

—Cuando sigáis con vuestro camino y

abandonéis el bosque, tened cuidado y sed temerosos de los árboles guerreros. Están engañados por las viles artes de la ninfa perversa y el demonio. Os atacarán sin dudar; ya lo creo que os atacarán.

En silencio permanecieron durante un larguísimo rato. Shen estaba horrorizada por la conmovedora historia de la dríade y por la manera en que había exterminado a todo un bosque. Cráteros, impaciente, no pudo aguantar un instante más y con decisión extrajo el mapa de su padre, lo abrió de par en par y se acercó al elfo.

—¿Conoce este sitio? —preguntó ralentizando sus palabras, en idioma comercial, como si así fuese a

entenderlo mejor—. ¿Es aquí donde estamos? ¿Ha oído hablar de Hiraclís Parthenonas?

El druida estaba perplejo, mirando con ojos de sorpresa al humano. No entendía palabra alguna de cuanto el rudo y barbudo gigante de la armadura de bronce decía, y buscó a Shen con su mirada de miope. La joven mreli se acercó para ejercer, una vez más, como traductora.

Efectivamente se encontraban al sur de una isla, pero ni siquiera el druida podía asegurar si estaban en la misma isla que se intuía borrosa en el mapa después de tanto camino. Él jamás había salido del bosque. Fuera no había vida para un

aldryani.

Hansha se tranquilizó preparando su jugo, tras haber rememorado su triste historia, mientras los extranjeros comían y bebían. Entonces Shen volvió a preguntar sobre la persecución en el bosque y su ayudante desaparecido.

—No, no era la dríade perturbada quien me acosaba. Ni siquiera era uno de los árboles engañados por la traidora. No. Lo que se llevó a mi ayudante, y a mí me perseguía, era un *dientes afilados*.

—¿*Un dientes afilados*? —repitió Shen.

—Sí, eso es lo que he dicho, un *dientes afilados*. Es raro que entren en el bosque, son los señores de las llanuras, por donde campan a sus anchas. Éste

debía estar realmente hambriento para internarse en nuestro territorio. ¡No sé qué pasará allí fuera para que hasta los *dientes afilados* busquen comida en nuestro reino! Son animales grandes como gacelas, pero mucho más violentos, más anchos y fuertes, y los dos enormes colmillos que asoman por su boca son aterradores. No quisiera yo encontrarme con uno fuera del bosque. Por eso nunca salgo. Pero mi ayudante se acercó a las lindes exteriores, y desapareció. ¡Qué habrá sido de él!

Poco tiempo más reposaron allí los buscadores ante la insistencia de Cráteros por seguir marchando. Comieron cuantos frutos pudieron y bebieron en abundancia, tanto de la

cristalina agua del arroyo que bordeaba el calvero como de una fragante infusión que el druida preparó con aromas de sándalo. Mientras los buscadores hablaban sobre el camino a seguir, pues el mapa estaba plagado de anotaciones manuscritas algo confusas, el viejo druida de cabellera rojiza se acercó a Shen.

—Pequeña, he visto como los helechos resplandecen a tu paso y los árboles te abren camino. Puedo percibir en ti un aura intensa y un alma poderosa. Aldrya canta armoniosa a tu alrededor y el Bosque aguarda calmo tu presencia. Tienes un espíritu poderoso. Dime pequeña, ¿has sentido alguna vez la influencia que tienes sobre los espíritus

y las almas? ¿Comprendes lo importante que serías para pastorear el alma siempre errante de Aldrya?

—¿Cómo? —contestó Shen anonadada por lo que escuchaba—. No estoy segura de a que te refieres.

—Dime, ¿cómo engrandece tu familia el bosque donde mora? ¿De qué modo entonáis en comunidad la *Canción de Aldrya*? ¿Sois jardineros o druidas?

—Señor —se disculpó la joven mrelí— vengo de familia humilde. Mis padres son artesanos y esculpen la madera que Aldrya nos brinda. Eso sí, con una habilidad sin igual, sus tallas son famosas en toda nuestra comarca y muy valoradas para el comercio.

—Pequeña, no existen tareas más útiles que otras en nuestra colectividad. Todos los trabajos, y me refiero absolutamente a todos, son indispensables para enaltecer la gracia de Aldrya; con ella, todos somos uno solo. Y si no cantamos juntos, nuestro mundo se resquebraja. ¿Te das cuenta que el Bosque se está muriendo?

—Sí, eso puedo percibirlo —repuso Shen—. Todos somos necesarios en estos momentos aciagos para el Bosque. Aldrya es todo lo que nosotros somos.

—Pues como tú misma has percibido —continuó el druida—, este pequeño bosque también se está muriendo y con él, una parte de Aldrya se marchita. Los

aldryami, dendros y pixies han desaparecido. Los espíritus vagan en pena buscando cobijo donde refugiarse. ¡Por eso sigo aquí! Si conseguimos que las almas dejen de pulular y los espíritus recobren su cordura, conseguiremos que en la próxima primavera germinen muchos de los nuestros. Aldrya recuperará su verdor. El druida es el curandero del alma, y yo debo curar la de este jardín.

—Sí —afirmó Shen tímidamente—, la labor de los curanderos es imprescindible, como la de los jardineros y los recolectores.

—Pero pequeña, yo ya soy anciano y necesito una ayudante. —Se entristeció

el druida junto al tono de sus palabras —. Alocado fui tras el mío, sin pensarlo. Ahora que su vida ha sido segada de nuestros jardines, por los colmillos de un *dientes afilados*, he de buscar un nuevo ayudante para culminar mi labor, o una nueva ayudante.

—¡Pero señor! —exclamó Shen sorprendida—, me está diciendo que yo podría ser una... bueno, una ayudante de... ¿de usted?

—Sí, eso es. No digo que podrías, sino que deberías serlo. Este bosque necesita savia joven. Los espíritus andan desorientados y tú tienes un don para guiarlos.

—¿Yo? ¿Un don? Bueno, no sé qué

decir. He llegado aquí de casualidad y aún no he concluido la búsqueda por la que vine.

—No hay búsqueda en este mundo de mayor importancia que velar el espíritu de Aldrya. Todo lo demás es inconsistente y carece de importancia. La casualidad no fue lo que te condujo hasta este bosque. Tú quisiste venir hasta aquí.

—Pero yo —dudaba una Shen superada—, yo sólo soy una aprendiz de ebanista.

—Tus susurros pueden tallar la madera, pero tu espíritu puede devolver a Aldrya su esplendor desflorado. Sé que en este momento estás oyendo la *Canción de la*

*Madre Bosque* y te está pidiendo que ocupes tu verdadero lugar.

—Hace tiempo que escucho la *Canción*  
—concluyó la pequeña aldryani.

—Pues si estás escuchando a Aldrya entre nosotros, eso significa que no deberías dejarnos. Aquí encontrarás lo que desde hace tiempo andas buscando.

—Pero cómo voy a dejarlos ahora. ¿Y la búsqueda de los Tres Soles?

—¿Los Tres Soles? ¿No corresponden a Halamalao?

—Quizá tengas razón y de verdad haya llegado el momento de encontrar en Aldrya mi propio sendero. Es hora de separar mi camino de la búsqueda de

Halamalao. Cráteros y Zishla son guerreros, el dragonut también; además, como dice la leyenda: un aldryani, un dragón y un humano. Se ocuparán bien de la kralorí. Tal vez sea éste mi lugar en el mundo, el lugar que más me necesita.

Ignorando todo cuanto Shen hablaba con el viejo druida, el resto de buscadores discutía sobre el lugar de la isla hacia donde encaminar sus pasos.

—Seguidme hasta el puerto —pedía apasionado Cráteros a sus compañeros—. Si seguimos la costa hacia el noroeste, llegaremos al puerto donde ese bastardo de Xvarnak nos espera. Daremos con él y por fin será

ajusticiado. Tenemos que saldar una cuenta con él desde hace mucho tiempo.

Tanto el taciturno Susurro en la Bruma como la atlética Zishla parecían no estar de acuerdo con la idea del Mariscal.

—¿Qué es justicia y qué es ansia de venganza? ¿Qué impulsa tus decisiones? Veo sangre que enturbia las aguas del río —afirmó el dragonut flemáticamente—. Deja que la Niebla de Kahar se quede en el océano. ¿Acaso no aprendiste nada en el Mar Blanco?

Cráteros se quedó pensativo, frunciendo el ceño, con aire cabizbajo. Zishla asintió las palabras de Susurro en la Bruma.

—Esa no es la prioridad que alumbra

nuestro camino.

Junto a ellos, la pequeña Yun–Xu miraba en la distancia el diálogo que Shen mantenía con el anciano elfo, alejados de la conversación entre los representantes de las tres razas. La niña kralorí, hija de Li–Wan y sobrina de Man–Yurý Min–Tao, intuía que una fuerte lucha se había desatado en el interior del corazón de «su» espíritu del bosque.

—Oigo su palpito dentro de mí —  
contestó Shen al viejo druida.

—Entonces quédate conmigo y aprende  
cómo aliviar de pesar al Bosque.

—Pero la búsqueda es demasiado  
importante. No puedo dejarla.

—¿No te estarás sintiendo desarraigada de la *Canción* y por eso dudas?

—Si matamos a Xvarnak acabaremos nuestra misión como héroes. —Cráteros se mostraba fervoroso—. Nadie está más interesado que yo en encontrar los Tres Soles, y a mi padre, pero ese bastardo merece ser empalado sin contemplaciones.

—¿Son estas las marcas que quieren decir «aquí»? —preguntó Zishla a Susurro en la Bruma obviando a Cráteros y señalando varios trazos del mapa. El dragonut asintió a la aldryani—. ¿Querrá decir «aquí» el lugar donde germinan los Tres Soles? ¿Brotará desde ese punto su poder?

—Ya veo que los dos estáis de acuerdo —refunfuñó Cráteros—. Pienso que deberíamos preguntar a Shen, después de todo, lleva conmigo en la expedición desde...

—Lo siento, pero no voy a seguir con usted —interrumpió sorprendentemente la joven aldryani la locución del militar yelmalita—. Creo que he encontrado mi sitio al lado de Aldrya. La expedición puede continuar sin mí. ¡Yo llegué de casualidad! Ahora creo, señor Cráteros, que mi prueba de madurez está concluida. He encontrado un sitio donde el ciclo de la vida me necesita, para germinar con fuerza, más que su viaje. Voy a quedarme aquí, junto al venerable Hansharúsile; debo aprender las artes

del chamanismo para devolver al espíritu del bosque el sosiego que perdió hace años. Espero que al menos tú, Zishla, me comprendas. Aldrya es nuestra vida.

El viento se detuvo alrededor del claro.

Cráteros no quiso comprender lo que sus oídos habían escuchado. La angustia por Man-Yurý le golpeó de nuevo. El kralorí había desaparecido como un héroe, entregando su alma para salvar la de sus compañeros. Pero la joven Shen iba a abandonar la búsqueda así, sin más. ¿Por qué? Todavía quedaba el tramo final de la expedición y cada uno de los miembros era importante, de eso estaba seguro. Su padre desapareció

veinte años atrás en esa misma isla, quizá estuviera muerto, donde ahora ponían los pies. Su padre era el más valiente de los lanceros yelmalitas, pero desapareció en ese mismo lugar. Y ahora Shen lo abandonaba cuando se disponían a afrontar el más desconocido de los tramos de la búsqueda. La elfa que llevaba con él tanto tiempo, haciéndole compañía en sus noches en vela, se marchaba. Fue en ese instante cuando Cráteros se sintió desfallecer.

—Recupera el esplendor de Aldrya en estas tierras y la vida volverá a brotar con fuerza. —Zishla rompió el silencio apoyando una mano sobre el hombro de Shen.

—Cada mañana, la flor abre sus pétalos y el fruto cae del árbol —continuó Susurro en la Bruma—. Por la gracia divina de Ouroboros, el Dragón Cósmico, esto sucede así desde tiempos inmemorables. ¡Jóvenes son los recuerdos de los espíritus mortales! Pero bien saben los dragones que así acontecen desde siempre. No hay fuerza rúnica que pueda detener el sendero de la vida.

—Gracias —contestó la aldryani visiblemente emocionada—. Habéis sido los mejores compañeros para mi viaje de iniciación. Pero entendedme, vosotros seguiréis el camino de Halamalao y yo me quedaré con Aldrya.

Cráteros no quiso hablar. Estaba tan cerca de su meta y sin embargo, en aquel preciso momento, el Mariscal sentía dentro de sí la mayor el mayor de los pesares. Sentía carecer del ánimo suficiente para continuar su camino y alejarse del bosque.

Shen evitó cruzar la mirada con Cráteros mientras preparó viandas para el resto del camino. Las fue guardando en un zurrón. Una vez lo hubo relleno se lo entregó a Zishla. Con especial cuidado envolvió unos frutos carnosos en un blanco pañuelo. Era el mismo pañuelo con el que ella había cruzado el desierto de las Arenas de Cobre en brazos de Li-Wan, la madre de Yun-Xu. Con suma ternura y lágrimas en los ojos entregó el

hatillo a la niña kralorí.

—Guárdalo bien. Para mí, siempre serás *Arolela*. En mi idioma quiere decir: niña mágica.

—¿Por qué tú no venir con nosotros? — preguntó la pequeña en un más que aceptable lenguaje comercial—. ¿No querer yo amiga?

—No pienses eso —contestó la mreli—. Siempre voy a quererte, niña mágica, y tu madre también. Las dos te queremos. Sé obediente y pronto todo habrá acabado. Toma, guarda la fruta, será buena para el camino. ¿Vendrás a visitarme algún día?

La pequeña Yun—Xu no contestó y comenzó a llorar.

Todos estaban ya preparados para marchar hacia las llanuras, de nuevo hacia el este, de nuevo hacia oriente. Hansharúsile y Shen los acompañarían hasta la linde del bosque a más de un día de marcha. Tendrían que tener cuidado para no toparse ni con la dríade traidora, ni con sus árboles encantados, ni tampoco con ningún hambriento *dientes afilados*.

Para cualquier ser de naturaleza no aldryani, resultaba espectacular ver como los elfos se deslizaban entre la densa espesura del follaje, sigilosos y diligentes. Entre ramas y arbustos era donde la elegancia de los aldryami tomaba su máximo esplendor. Realmente aquel pueblo era el de los *Señores del*

*Bosque.* En semejante entorno, rodeados por la selva, avanzar resultaba más complicado para quienes no pertenecían a la raza de los hijos de Aldrya. En más de una ocasión, las aldryami tuvieron que esperar, retroceder, y volver sobre sus pasos para localizar al humano extraviado o al curioso dragonut. El druida también se detenía en ocasiones, husmeaba el ambiente, escuchaba los susurros de las plantas y entablaba conversación con los helechos. Varias veces lanzó al aire unas cuentas de madera, eligiendo un nuevo rumbo si no le gustaba como caían. Esa noche durmieron en las enormes ramas de un cedro gigantesco, después de que tanto el druida como Shen y Zishla pidieran

permiso al espíritu oportuno. A la mañana siguiente, a tan sólo un par de leguas del límite del bosque, se toparon con las huellas enormes de un ser de afiladas garras. El viejo druida se estremeció.

Sólo después de consultar a los espíritus invocados, tras una prolongada meditación inducida por la ingesta de bayas moradas, una seta bermeja y las raíces de un arbusto ambarino, el druida de roja hojarasca en lugar de cabellera estuvo seguro del camino a seguir.

—Un *dientes afilados* está cerca —dijo con temor, usando la lengua aldryani—. El cedro dice que un *dientes afilados* estuvo rondando por aquí la pasada

luna.

—Un *dientes afilados* está rondando por los alrededores —tradujo Shen con gesto preocupado. Se notaba que la angustia recorría su interior.

—Preparad las armas —concluyó Cráteros expeditivo.

Las dos aldryami ya habían desenfundado las suyas.

Anduvieron el resto del trayecto de escondite en escondite, por cualquier lugar lo suficientemente grande como para ocultarlos. Miles de cigarras aullaban invisibles. Las sombras de las copas de los árboles daban un aspecto tenebroso a la fronda. Un caleidoscopio de haces de luz se colaba entre el denso

mar de ramas, de hojas y las numerosas telas de enormes arañas. Aquella luz fantasmagórica convertía el bosque en un lugar que no podía ser contemplado con tranquilidad y que aceleraba los latidos del corazón. Constantemente los buscadores se detenían. Era el druida quien, con la expresión inquieta, se paraba incesantemente para hablar con plantas y matorrales. Cualquier ruido, cualquier soplo del viento o el crujido de las ramas, era una pista sobre el paradero del monstruo que trataban de evitar. Hasta el momento, habían sorteado las enormes huellas terminadas en garras afiladas. Cruzaron un arroyo donde sólo pararon lo necesario como para rellenar sus pellejos de agua antes

de volver a marchar. El arrullo y el piar de las aves los conducían por buena senda. Pero su suerte pareció cambiar cuando alcanzaron la linde de los árboles.

—Aprisa, no os paréis. Nos está siguiendo, ha encontrado nuestro rastro —apremió Hansharúsile con tono de preocupación. La expresión del druida se había oscurecido.

El bosque moría allí, cortado de manera abrupta. Tras los árboles se encontraban las extensas llanuras del este. Los aldryami acompañantes se detuvieron en la misma línea de los árboles; más allá, se abría un inmenso y vasto pastizal de alto herbaje, que cubría hasta las

rodillas, como una alfombra inmensa.  
Dana alzó el vuelo.

Tras las frondosas copas de los árboles, el día era cálido, veraniego. El cielo despejado, azul claro, y sin una nube. El aire seco contrastaba con la humedad que dejaban atrás. Hansha se quedó en la linde y atusando su roja cabellera vegetal. Nervioso miraba constantemente a su espalda, asustado por el peligro que corrían en aquel lugar. Shen salió unos pasos de entre la espesura para despedir a sus, hasta entonces, compañeros. Cráteros fue el primero en hablar, sudoroso y apresurado:

—Tu viaje iniciático ha concluido.

Espero que aquí encuentres la vida que buscas.

—Gracias —contestó ella escuetamente.

—El río no muere al llegar al mar. Lo alimenta y, al formar parte de él, lo hace más grande —continuó Susurro en la Bruma.

—Eso es —asintió Shen—. Somos el agua del río, y a la vez el agua del mar.

—Halamalao velará por este bosque —siguió Zishla—, ya lo verás, *elamle* (amigo en aldryani). Su luz nunca sucumbe y jamás os abandonará. ¡Ni en el peor de los inviernos! Segura estoy que este jardín volverá a ser un gran vergel para Aldrya. Tened cuidado del *dientes afilados* al volver.

La pequeña Yun–Xu se acercó entre pucheros y abrazó a Shen.

—Sí, volveré —dijo entre lágrimas—. Volveré para verte. Volveré con mamá.

—Estoy segura que las tres nos volveremos a encontrar —contestó Shen—. Ten cuidado cuando salgas ahí afuera; lejos del Bosque, el mundo es muy peligroso.

Para entonces, Cráteros ya se había alejado del lado de Shen y, sin volver la mirada atrás, avanzaba por los pastizales rumbo a su incierto destino. Zishla y Susurro en la Bruma marcharon detrás arrastrando a la pequeña Yun–Xu, quien no dejaba de mirar a la mreli. La kralorí se despedía con la mano y

lanzaba cientos de besos al aire. Shen quedó petrificada mirando la espalda de los buscadores.

Tantas veces había visto esas espaldas, tantas veces, pero ninguna fue como esta. Sintió algo muy fuerte en el corazón. Ella también agitó la mano para que Yun–Xu viera que se despedía.

De pronto, el dragonut rugió rompiendo el silencio de la marcha.

Cráteros se volvió presto. Pocas veces había oído rugir a un dragonut, y nunca había sido señal de buenos augurios. El Mariscal esperaba encontrar los enormes colmillos del monstruo al que el druida elfo llamaba «*dientes afilados*», pero no halló el menor rastro

de la bestia. En el horizonte sólo estaba la ahora diminuta figura de Shen, agitando la mano en señal de despedida, en señal de adiós. Cráteros se quedó clavado por sus enormes ojos plateados, con su verdosa cabellera de hojarasca, con sus dulces y delicados rasgos. Sus miradas se cruzaron intensamente, quizá como nunca antes se habían cruzado. Tal vez, desde la irrupción de Zishla, Cráteros no había mirado de ese modo a Shen; y quizá, nunca antes lo había hecho con esa intensidad.

Yun—Xu se escabulló de Zishla y corrió de nuevo hacia Shen. La pequeña kralorí corrió impulsada por el viento, como una garza imperial levantando el vuelo, como una gacela huyendo del predador.

Las dos se fundieron en un intenso abrazo.

—¡Te quiero! —repitió tres veces la niña kralorí.

—Y yo, niña mágica, eres el mismo reflejo de tu madre —contestó Shen—. Dos pétalos de una sola flor.

Cráteros se aproximó con paso sosegado. Se detuvo guardando cierta distancia. No quería acercarse más. Con voz firme habló, sin mirar a la aldryani, dirigiéndose a Yun–Xu en un tono que no admitía réplica:

—Vámonos, tenemos algo muy importante que hacer y aquí ya no nos retiene nada.

—¡No! —contestó desesperada la hija de Li-Wan—. Ella ser mágica, ella venir.

—Por favor, tienes que marcharte — Shen le propinó un suave azote en las nalgas—. Haz caso al señor Cráteros.

Yun-Xu avanzó entre pucheros hacia el Mariscal, hacia los inmensos pastizales, con la cabeza gacha y el paso lento. Shen se dio la vuelta y se alejó en sentido opuesto, hacia el majestuoso bosque selvático donde esperaba el druida y su nueva iniciación.

La aldryani desapareció mimetizada con la espesura del bosque.

Los ahora cuatro buscadores siguieron a buen paso por una suave elevación

forrada de una verdosa alfombra de pasto. Ante ellos se extendían incontables las leguas de un cansado peregrinar.

De acuerdo con la escala del mapa, calcularon que en tres días de camino encontrarían un río grande donde afortunadamente había un vado marcado. Puesto que el estío veraniego azotaba con furia la climatología durante la, ya avanzada, *Estación del Fuego*, el vado se encontraría bajo en aquella época y podrían cruzarlo sin problema.

Posteriormente, y en otros tantos días más, llegarían al lugar marcado en el mapa con la palabra «aquí».

El camino sería aún largo, pero ya nada

comparado con lo que habían pasado para llegar hasta la isla. Cráteros ordenó a Dana volar alto y vigilar desde el aire, no quería que ningún *dientes afilados* los sorprendiera en campo abierto, aunque a esas alturas, el Mariscal no temía ya a ningún ser que pudiera ser atravesado por la punta negra de su jabalina. La presencia del enorme Susurro en la Bruma era motivo de confianza frente a una posible confrontación. La llanura era extensa, llana y prolongada, tapizada por un verde manto que la convertía en monótona. Las criaturas que allí podían habitar eran de naturaleza desconocida; la precaución volvía a ser una premisa. Estaban tan cerca de su destino, no

podían fallar ahora. Cráteros caminaba entristecido pues en los dos últimos días había perdido a dos de las personas, aunque fueran un aldryani y un kralorí, que más tiempo habían estado con él al frente de la marcha.

El azul del cielo se había vuelto cobalto. Estaba a punto de anochecer cuando algo apareció a lo lejos tras ellos. Muchos habían sido los arrullos del viento, los aullidos lejanos, los bisbiseos sin dueño ni procedencia, los incontables susurros traídos por el viento durante aquella jornada de agreste caminar. Ahora sí se veía una figura a lo lejos. Dana descendió con velocidad sobre el guante cetrero del Mariscal.

Había visto como surgía desde la linde del bosque.

Los buscadores temieron lo peor al ver el descenso en picado del ave. Zishla volteó diestra su lanza y Susurro en la Bruma rugió con furia, golpeándose el pecho con su *klanth*. Cráteros no hizo gesto alguno.

Ninguna bestia de grandes colmillos los perseguía. El aviso de Dana no era de alarma, sino de sorpresa.

Yun–Xu fue la primera en salir corriendo cuando sus ojillos rasgados descubrieron que era la silueta de Shen la que se aproximaba hacia ellos. Las dos se unieron en un fuerte abrazo. Los otros buscadores se quedaron mirando

la escena enmudecidos. Shen cogió la cara de Yun—Xu entre sus manos.

—No te preocupes mi niña, nunca te abandonaré ni permitiré que nadie te haga daño —prometió conmovida la aldryani entre lágrimas—. No voy a dejarte, voy a llevarte hasta el final como lo hubiese hecho tu madre. Nunca caminarás sola.

Zishla y Cráteros percibieron una agradable fragancia que provenía de Susurro en la Bruma, un fresco aroma similar al de un ramillete de hierbas aromáticas bañadas de rocío. El dragonut también había cambiado la tonalidad de su piel, ligeramente más anaranjada y violácea en la cabeza.

Zishla se acercó a la mreli y le palmeó un omóplato asintiendo con la cabeza. Cráteros sonrió, y abriendo los brazos dijo:

—¿Has olvidado algo? Eres bien recibida si decides concluir tu búsqueda con nosotros. Yelmalio nunca dejó en la estacada a sus compañeros de viaje.

Horas antes, cuando Shen volvía junto al druida, una tormenta de instintos y contradicciones se desató en su interior. En cuanto los buscadores desaparecieron por la inmensa llanura y la pequeña aldryani había regresado bajo las copas de los árboles, algo comenzó a quebrarse dentro de su alma. Lo que Shen sentía había empezado

como una vibración que quizá solamente Aldrya alcanzaba a percibir, un vacío, un hueco, una angustia que fue creciendo como un seísmo. «Ellos no me necesitan, nunca me han necesitado. Mi sitio está aquí, en el Bosque, puedo oír a Aldrya cantando... Si Halamalao necesita a uno de los nuestros, Zishla es sin duda la indicada. Mi sitio es éste. Ni siquiera la cachorra de dragón me necesita. Yo pertenezco al Bosque... Cómo iba yo a pensar yo que mi sitio estaba con ellos, estupideces. Ellos son grandes guerreros. Yo, sin embargo... Aldrya necesita... No puede ser. No puedo dejar que se marchen. Los Tres Soles son de Halamalao, y junto a Halamalao siempre está Aldrya.»

Un terremoto interior estalló cuando apenas llevaba unos pasos junto al vetusto druida de cabellera rojiza. La pequeña aldryani se detuvo con lágrimas en los ojos.

—No puedo —dijo entonces—, no puedo ir con usted. Todavía no, tengo una tarea que hacer ahí fuera. Debo concluir la búsqueda. Hay una persona que me necesita a su lado.

El anciano la miró asintiendo con sus enormes ojos rojos llenos de sabiduría.

Shen sostuvo con delicadeza la mano del druida.

—Prometo que volveré y entonces será para quedarme. Devolveremos la paz al espíritu de este bosque y usted me

enseñará a mirar a través de las luces del alma. Ahora tengo que volver. ¡Aún me necesita! Yo sé lo que han pasado para llegar hasta aquí, y debo concluir lo que resta. Me necesitan. Hemos de consumir esta expedición por el bien del Bosque, por el bien de Aldrya y de Flamal, por el bien de todos. Si nosotros lo conseguimos, todos ganaremos. Debo volver junto a ellos...

—Pues corre veloz, pequeña —la animó rápidamente el druida señalando el camino que debía desandar—, apenas acaban de marchar y tú eres mucho más veloz que ellos. Les darás alcance antes del anochecer... Pero te estaré esperando con cada amanecer. Este bosque sufre, y tú, eres la savia que

puede calmar sus terrores. Ve deprisa y camina con la paz y la sabiduría de Aldrya.

—¡Volveré! —gritó Shen alejándose, saltando entre raíces y ramas—. ¡Lo prometo! ¡Volveré!

—Que tu espíritu siempre escuche la *Canción del Bosque* —musitó el druida sabiendo que para entonces, Shen se encontraba demasiado lejos para oírlo.

Deshacer el camino andado era peligroso. Shen nunca tuvo tanto miedo en el interior de un bosque. El recuerdo de la dríade traidora, los árboles encantados, el *dientes afilados* siguiendo su rastro... Shen avanzó veloz, buscando la sombra y el cobijo

de los troncos y los arbustos. Nunca el crujido de las ramas o el ruido de las hojas al caer, le habían asustado de ese modo. Ella sabía que si el monstruo la encontraba en soledad sus posibilidades de escapar no serían tantas como si estuviera al lado de sus compañeros. Al ver el final del bosque dio gracias a Aldrya, quien seguro la había conducido segura durante todo el camino. A hurtadillas, sigilosa, abandonó las sombras de los árboles siguiendo el rastro de los buscadores de los Tres Soles.

Una vez en las llanuras, no fue difícil encontrarlos de nuevo.

Efectivamente, tal y como los viajeros

habían calculado sobre el mapa, tres días tardaron en llegar al vado del inmenso río que cruzaba la llanura. El río parecía nacer en una enorme montaña, que se elevaba majestuosa, a varios días de distancia hacia el centro de la isla. Cráteros no había visto nada igual desde que viera Kero Fin. Ni siquiera en Shan–Shan habían visto nada parecido.

Cruzaron el vado. Al otro lado tuvieron que detenerse más de lo previsto, habían encontrado los restos arañados y mordisqueados de un joven aldryani. Pararon el tiempo justo para officiar una modesta ceremonia funeraria, exequias con las que dar sepultura al cuerpo del joven ayudante de Hansharúsile y

descanso eterno a su alma. Quizá en el *Otro Lado*, su ánima perdida se encontraría de nuevo con el alma incorpórea de su mentor. Enterraron su cuerpo para que volviera a la tierra.

Dana graznó antes de finalizar. Esta vez el tono era de advertencia. Unos ojos biliosos los venían observando atentamente desde hacía rato. Durante el ritual funerario, los ojos amarillentos de un búho de blanco plumaje permanecieron fijos en la triste escena mortuoria alrededor de la tumba. Un búho que desapareció en cuanto Dana elevó su vuelo tras él.

# Capítulo XI. «Nunca es final para todos»

*Magenta, índigo y violáceo, el cielo  
quebrado de contrastes*

*Ondulante línea del horizonte*

*Cuando las sombras desaparecen, el  
limbo se vuelve sombra*

*Noche contagiada de oscuridad*

*Al amparo del Nocturno las almas  
vagan en pena*

*El amanecer es frío mensajero de  
nuevas viles y nuevas bondadosas*

*De amor y de odio*

Otras tres fueron las jornadas durante las cuales los buscadores continuaron su camino vagando por aquellas interminables llanuras de pastizales salvajes. Tres fatigosos días desde que atrás habían dejado el vado del río y enterrado el cadáver mutilado del aprendiz del druida pelirrojo. Aquel túmulo no era lo único que había quedado atrás con el paso de los días. A Man-Yurý preferían recordarlo con su curiosidad infinita, sus ojos brillantes y la sabiduría y nobleza de su voz. Mejor recordarlo con la viveza del principio de la búsqueda que con el triste hastío del final. Ya no estaba con ellos. Tampoco quedaba nada de la paciencia de la ahora desconfiada Shen, cualidad

perdida en algún lugar de Kahar, ni de la animosidad enloquecida de Cráteros o de la fogosidad apagada de Zishla. La decepción y el desencanto habían terminado con el sendero inmortal de Susurro en la Bruma. ¡Tanto era cuanto había quedado perdido en el camino!

Tres jornadas en las que apenas hablaron. El rugido aserrado de las cigarras era su única compañía; inagotable, inalterable, perfectamente sincronizado.

Durante aquellos días, sólo en una ocasión se cruzaron con una gran manada de gamos rojos. La siguieron en su camino hacia el este y esa noche, Susurro en la Bruma pudo saciar su

hambre con carne fresca.

Al noreste, la montaña solitaria se erguía como lejano torreón vigilante en lontananza. Una poderosa roca de cumbre inaccesible que destacaba por encima de aquellos ralos paisajes de eternos pastizales. Cráteros se preguntó si allí se encontraría la cascada cuyas aguas fluían al revés, de abajo hacia arriba, y si aquella mujer llamada Gabriel se habría podido curar con sus aguas. Nadie sobrevivía mancillado por el Caos.

Al cuarto día de vagar en pos del desconocido lugar marcado en el mapa con la palabra «aquí», en algún punto indeterminado al suroeste de la colosal

montaña, una visión inesperada apareció planeando sobre sus cabezas.

Dana graznó desde las nubes y con rapidez voló para posarse sobre el guante cetrero de su amo.

Una sombra apareció recortada en el cielo azul del amanecer. La figura se acercaba a gran velocidad. Volaba dejando el sol a su espalda, a contraluz, pero su contorno oscurecido y su aleteo eran inconfundibles. Un halcón gigante se aproximaba volando desde oriente.

—Brillante sea Yelmalio. —Cráteros acariciaba la cabeza de su ave. —Vuela veloz hacia el halcón y condúcelo hasta nosotros. Averigua cuáles son sus intenciones. Date prisa y no te acerques

demasiado hasta estar segura de su buena fe. Esperaremos aquí.

En cuanto el ave sagrada dejó el guante cetrero de su amo, Cráteros llevó su mano derecha al asta de su jabalina.

—Preparad las armas —ordenó—.

Nadie más que los adoradores de Yelmalio deben dominar el arte de la monta de halcones gigantes, pero estando tan lejos de cualquier lugar conocido, no debemos fiarnos de nada.

La fantástica ave del Mariscal volvió a graznar y se elevó como flecha ascendiendo en el cielo. Los buscadores vieron como las dos aves se aproximaron. Una, un punto diminuto suspendido en el aire; la otra, una

enorme montura alada sobre la que ahora se distinguía un jinete. Cuando ambas se aproximaron, la diferencia de tamaño se hizo más notable. Cráteros, con los ojos cerrados, parecía concentrado en escuchar los pensamientos de su ave. Un instante después, el Mariscal abrió los ojos y mirando al cielo dejó reposar el asta de su jabalina en el suelo.

—Alabado sea Yelmalio —murmuró visiblemente emocionado—. Son ellos, los hemos encontrado.

El halcón gigante descendió con elegancia. Hizo varios giros sobre la cabeza de los buscadores, rodeándolos con enormes circunferencias. Cráteros

mandó guardar las armas. Dana revoloteaba cerca de sus cabezas. El halcón gigante, tan grande como tres caballos, se posó grácilmente a pocos pasos de distancia. Con un ágil salto, de su lomo descendió un jinete, cubierto por un traje oscuro de cuero y una pechera de bronce sobre su torso, que calurosamente reflejaba los rayos del Yelm. El jinete mantenía su rostro oculto tras la celada de un yelmo también de bronce. Lejos de inquietar al Mariscal, la visión le devolvió a un estado de ánimo entusiasta y confiado. Conocía perfectamente el estilo de la talla, la manufactura y las runas grabadas en el gorjal de la coraza... Aquel jinete aéreo era un jinete yelmalita.

—Largo ha sido el camino pero, al fin, os he encontrado —dijo un Cráteros conmovido, usando su litúrgico dialecto solar—. Soy Cráteros, hijo de Hiraclís, y he venido siguiendo la pista de mi padre, héroe de la dinastía Parthenonas. Viajamos, al igual que él, en busca de los Tres Soles.

El aspecto deplorable que el Mariscal arrastraba tras tan largo viaje no le ayudaba a dar crédito a sus palabras, pero la presencia de Dana, un auténtico halcón sagrado, un halcón vrok, confirmaba la ralea y el origen yelmalita del viajero. El polvo y la suciedad habían envilecido su blancuzca y noble túnica. Ni su pechera de bronce, abollada y perforada, ni su maltrecho

yelmo, presentaban mejor aspecto; pero la mirada suspicaz del jinete yelmalita cambió radicalmente cuando contempló la funda donde el Mariscal guardaba a *Colmillo Dorado*, el gladius que había pertenecido durante generaciones a su familia. La funda engalanada contaba con los sellos y blasones de la noble familia Parthenonas.

El jinete miró atónito la envoltura dorada del arma.

—Señor —se cuadró marcialmente— mi nombre es Quirísofos y estaré orgulloso de escoltaros hasta la polis.

Pocas palabras más pudieron intercambiar los buscadores con el jinete del halcón gigante. Tras haber

preguntado por el largo viaje, les ofreció unos racimos de uvas para que fueran comiendo mientras seguían juntos camino a la ciudad.

—Estamos a varias leguas de Edesia, nuestra ciudad libre —dijo orgulloso—. Aquí fuera, en el páramo, estamos inseguros. No hay tiempo que perder. Los Grandes Maestros estarán deseosos de veros.

Cuando el vigía se quitó el yelmo, en señal de respeto, su rostro mostró a un veterano soldado, al menos cinco años mayor que Cráteros. Si había llegado a la isla en la expedición de Hiraclís, en aquella época debía ser un adolescente. ¿Quién más estaría vivo desde entonces?

¿Qué había sido de la expedición del general Hiraclís Parthenonas? Miles de cigarras bramaban acompañando a las miles de dudas.

—Hace casi veinte años —había dicho el jinete mientras se aupaba de nuevo a lomos de su montura— que vine hasta Isla Destino como porteador y sirviente personal del general Hiraclís.

Durante el largo trayecto, que duró hasta el anochecer, a través del cada vez más agreste pastizal, los buscadores siguieron el camino que el vigía marcaba a lomos de su fantástica montura. Algunas cabras salvajes pastaban dispersas y se alejaban al paso de la comitiva. Cráteros tenía tantas

preguntas que hacer, pero el vigía no volvió a descender en ningún momento de su cabalgadura aérea. El Mariscal quería saber más de esa polis llamada Edesia, de la cual jamás había oído hablar. Lo corroían las dudas acerca del paradero de su padre, de la expedición que capitaneaba, de los Tres Soles...

Los muros de la ciudad de Edesia eran jóvenes. Brillaban relucientes y blancos bajo los últimos rayos de Yelm, antes de que el Emperador Sol tuviera que bajar de nuevo al Inframundo a pasar la noche. Desde la lejanía se veía que aquella polis era una ciudad nueva, en construcción, donde las murallas de piedra blanca y pulida aún no estaban acabadas y en muchos tramos ni siquiera

se habían comenzado a elevar los contrafuertes. Según los cálculos de los viajeros, habían llegado al lugar del mapa señalado con la palabra «aquí».

El halcón gigante y su jinete se adelantaron cuando apenas un centenar de pasos los separaban de la urbe. Una patrulla de soldados férreamente pertrechada se acercó al grupo de forasteros. Cráteros no daba crédito a lo que sus ojos fatigados contemplaban: aquella patrulla revestida con pechera, escudo y grebas de bronce, era tal cual, una falange yelmalita.

Con las sarissas y los gladios engalanados de runas de la Luz y la Verdad, las marcas de Yelmalio, los

guardias de la polis rodearon a los viajeros. Sus rostros, el color de sus pieles, sus cabelleras... Todo era diferente a cuanto Cráteros había contemplado en otras polis yelmalitas, obviamente más cercanas a la suya propia; sin embargo, los atuendos, los andares en formación y las armas, eran exactos a cuantos el Mariscal estaba acostumbrado a contemplar en el Templo de la Cúpula Dorada de Sartar. Cuando el sargento de la guardia se dirigió a ellos, su acento meloso también difería de los habituales en el continente.

—¿Quiénes son y qué les trae a nuestra fulgente ciudad libre de Edesia?

—Mi nombre es Cráteros, hijo de Hiraclís, y es la pista de este mapa lo que nos ha traído a vuestra ciudad libre —contestó el Mariscal mostrando con una mano el mapa de su padre, y con la otra la funda dorada donde guardaba a *Colmillo Dorado*.

Los buscadores percibieron caras de sorpresa en los guardias. Tanto las palabras del Mariscal como el aspecto del grupo resultaban increíbles. Una compañía formada por un lancero yelmalita, dos hembras aldryami, un dragón no nacido y una pequeña niña kralorí.

—Bienvenidos —saludó el sargento de la guardia con más amabilidad—.

Debemos escoltaros directamente hasta la Sala de Audiencias. En cuanto sepan que están aquí, las autoridades querrán hablar con ustedes.

Rápidamente fueron conducidos a través de varias calles de tierra donde se elevaban casas de adobe y barro. Muy pocas eran las construcciones en mármol. El halcón gigante que los condujo hasta la ciudad reposaba sus alas en la torre más alta dibujada sobre perfil de la polis: un torreón de piedra similar a la pajarera donde Cráteros cuidaba y adiestraba a los halcones gigantes en su propia ciudad-estado.

La gente miraba con asombro a los forasteros, en especial al gigantón

Susurro en la Bruma. El rumor y los cotilleos comenzaron a elevarse como la corriente de un río en primavera. La luz de los cirios y los candiles iluminaba los callejones cuando subieron las escalinatas de piedra que los llevaba a la Sala de Audiencias.

Como cualquier atrio yelmalita, aquel lugar no tenía techo. Un manto punteado de estrellas nocturnas los cubría en aquella noche. La Sala de Audiencias era un gran rectángulo elevado por una base escalonada, cuyo perímetro estaba rodeado de una columnata sobre la que reposaba un entablamento tallado con un hermoso friso. En él se podían contemplar pasajes de los mitos más belicosos de Yelmalio, como su lucha

contra Orlanth en las laderas de la Cima del Mundo. Cuando los forasteros ascendieron la escalinata, el sargento de la guardia les pidió que permanecieran allí. Por uno de los costados apareció el jinete del halcón que los había encontrado en los páramos, de nombre Quirísofos.

—Es un honor para mí conocerlo, señor —dijo al expectante Cráteros—.

Sabíamos que el hijo de nuestro general, de nuestro rey, Hiraclís el Brillante, vendría un día a reclamar su apellido y a terminar su búsqueda.

—Pues si es así... —proclamó Cráteros—. Deseo ver al rey inmediatamente.

Un murmullo se elevaba entre la guardia

que los había escoltado hasta el templete descubierto. El resto de la población, a pesar de las horas, se iba arremolinando a los pies de la escalinata que bordeaba el entablado de columnas.

—Señor —continuó el vigía— una audiencia con el rey Hiraclís no es posible. Será el senescal Aristarcos quien venga para recibirlo como su rango requiere.

—¡Senescal Aristarcos! —exclamó contrariado Cráteros antes de preguntar —: ¿Un senescal? Así que el rey, mi padre, está fuera... O está muerto. ¿Dónde está mi padre? ¿Dónde reposa su cuerpo? Deseo ver sus restos de inmediato.

—¡El joven Cráteros que conocí es todo un hombre! —exclamó una voz que ascendía desde la parte posterior del ágora.

Un engalanado hombre de barba blanca y escasos cabellos, del mismo albor niveo que el mármol de las columnas, mandíbula cuadrada y dientes amarillos, ascendió por la escalinata. Llegó del brazo de una bella joven, mucho más joven que él. Tomó asiento en el modesto púlpito correspondiente al senescal de la polis, junto al trono vacío perteneciente al rey. Con unos profundos ojos oscuros fijó su mirada, llena de experiencia y sabiduría, en la peculiar prole de extranjeros. Por edad, aspecto y el acento familiar en su dicción, aquel

hombre podía haber formado parte de la expedición de Hiraclís Parthenonas.

Vestía con un vaporoso peplo blanco y portaba bajo el brazo un yelmo de bronce con tres crines rojas, como el de Cráteros. Aquel hombre era un Hijo de la Luz. Junto a él se situó la joven morena, esbelta, de piel bronceada y rasgos occidentales.

—¿Comandante Aristarcos? —preguntó Cráteros dubitativo—. ¿Está usted vivo?

—¿Aún no me reconoces, joven Cráteros? —dijo el curtido yelmalita—. Debo estar muy cambiado. El tiempo no pasa en balde, son más de veinte años desde que partí junto a tu padre. He de decir que tú sí has cambiado; la mañana

que te quedaste con tu madre aún no tenías barba, y mírate ahora, todo un veterano Hijo de la Luz. Eres la viva imagen de tu padre.

—¿Está muerto? ¿Qué ocurrió? Son veinte años. ¿Por qué nunca regresasteis a casa? Brillante sea Yelmalio. ¿Cómo levantasteis esta poli?

—Son demasiadas preguntas —contestó el senescal—. Seguro que tienes cientos más de ellas, pero debemos ir de una en una. ¿Por dónde empezaremos? Dado que has viajado desde tan lejos seguro que lo primero es...

—Mi padre —interrumpió Cráteros—. ¿Qué es de mi padre?

—Como muy bien has deducido, joven

Cráteros, tu padre murió a los meses de llegar a esta isla, cuando intentábamos encontrar el primero de los Tres Soles de Yelmalio, *Lucero que nunca se apaga*. De aquella expedición sólo tres sobrevivimos. Al igual que tú, nosotros también intentábamos recrear su viaje y llegamos hasta aquí con la Niña Joya. «*Yelmalio arribó su Destino de la mano de sus aliados, los dragones y los aldryami.*», recuerda el mito. ¿Supongo que esta pequeña kralorí es la nueva Niña Joya? Debe ser nieta, diría yo, de aquella que nosotros trajimos de Kralorela. Es hija de la familia Min-Tao, ¿verdad?

—No exactamente —respondió Shen recogiendo a Yun-Xu en un caluroso

abrazo.

—Sí, sí que lo es; por sus venas corre sangre de los Min-Tao, aunque no fuese criada por ellos —intervino Cráteros—. ¿Por qué tiene esta niña tanto valor?

—Vamos por partes —contestó el senescal—. Sigamos con nuestra llegada a la isla. La Niña Joya que trajimos, desató con su llegada el poder del primer Sol, *La Ayuda que se da*, pero murió tratando de alcanzarlo, al igual que tu padre. Habéis traído a la descendiente de aquella Niña Joya, supongo que entregada a la familia Min-Tao por el propio Emperador Dragón del Oriente, Godunya. Con la presencia aquí de una nueva Min-Tao, *La Ayuda*

*que se da*, el primero de los Soles, se desatará de nuevo.

—No entiendo. ¿Qué debemos hacer entonces? —preguntó impaciente el Mariscal.

—Calma —contestó el senescal—. Tenemos tiempo y vuestra expedición trae demasiadas preguntas. Como te he dicho, tu padre murió mientras intentábamos conseguir el primero de los Tres Soles. Estando ya en la isla y sabiendo la contienda que se avecinaba, levantamos este asentamiento con la intención de crear un pequeño ejército de nativos para combatir a nuestro lado. Poco a poco hicimos que algunos bárbaros indígenas, pobladores de este

remoto lugar, abrazaran la fe solar de Yelmalio. Primero hicimos una pequeña aldea con un modesto altar, pero conforme los indígenas llegaban, la aldea se convirtió en una pequeña polis. Hiraclís asumió la regencia y pasó de general a rey. Desde su muerte, meses después de llegar a la isla y fundar Edesia, yo dirijo los designios de esta ciudad-estado libre. Quedan muchos clanes indígenas que sobreviven solitarios, pero los que abrazaron nuestra fe, han sido formados por nosotros mismos en nuestras tácticas de lucha. Hicimos falanges enteras para luchar contra el demonio marino que asola la isla desde tiempos inmemorables, y que asesinó a tu padre

y a la Niña Joya que vino con nosotros.

—Sí —interrumpió Shen repentinamente estrechando a Yun—Xu contra su cuerpo —, el druida *Hansharúsile, Mantillo de Otoño*, habló de un demonio marino que acabó con todos los aldryami de su bosque.

—Sí, todos los elfos desaparecieron —continuó el senescal—. Como dije, tu padre cayó y la Niña Joya también.

—¿La madre de Li—Wan y Man—Yurý murió a manos del mismo demonio que los aldryami del bosque? Entonces no murió al nacer Li—Wan —concluyó Shen, de nuevo asombrada.

—No sé de quién me hablas, sólo sé que aquella batalla perdida nos forjó una

nueva alianza —siguió el senescal— cuando desaparecieron los elfos. El poder devastador del demonio submarino amenazaba a toda la isla, entonces encontramos una pequeña mina-colonia enana que se encuentra en unas colinas al noreste de aquí. Reclamamos su ayuda contra el demonio, pidiendo la unidad de los pobladores de la isla.

Al pronunciar la palabra «enanos», el rictus en los rostros de Shen y Zishla cambió, sus miradas se tornaron agresivas. En sus expresiones se podía distinguir, por igual, odio y asco irracional. Incluso el Mariscal dejó entrever asombro y suspicacia. El senescal prosiguió:

—La verdad es que los enanos han sido aliados, han surtido a nuestras falanges de todo el metal que necesitábamos para elaborar corazas y escudos de bronce, así como de la piedra necesaria para levantar los muros de la polis. Aunque suene raro, aquí, en Edesia, estamos muy agradecidos a los hijos de Mostal—. La mueca de Shen cambió del escepticismo al aborrecimiento. La mirada de Zishla se inundó de profunda aversión. —Los indígenas de esta isla desconocen la herrería y el trabajo de los metales. Estamos agradecidos al pueblo de Mostal, porque sin su metal, jamás hubiéramos sobrevivido al ataque del demonio marino, y aun así, en la batalla que desencadenó el primero de los

soles, perdimos a Hiraclís. Hace veinte años, cuando murió la Niña Joya, nuestra expedición fracasó. En el día de hoy, tanto tiempo después, el hijo de nuestro general llega de nuevo con otra Niña Joya, dispuesto a encontrar los Tres Soles.

—Hace veinte años, y yo casi me pierdo la llegada del pequeño Cráteros —se escuchó la voz de otro vetusto yelmalita quien, con paso lento e inseguro, subía la escalinata del atrio. Por su acento y sus rasgos, tampoco parecía oriundo de la isla. Sin duda, procedía del continente. Este yelmalita no era tan corpulento como Aristarcos. Con andares encorvados, y una pierna zamba, se acercó a los viajeros. Por la forma en

que habló, sin duda debía proceder de algún lugar próximo a Sartar.

—Saludos, mi nombre es Jenofonte. Permitidme ver el mapa. Sí, este es el mapa. Esta es la carta que cartografié para tu padre después de que el Emperador Dragón de Kralorela requiriera nuestra ayuda, joven Cráteros. ¿Has visto, Aristarcos? ¡Lanzar el mapa al mar dentro de una botella sí fue una inteligente idea para que llegara al continente!

—¡Eres tú, Jenofonte, el cartógrafo de la expedición! —exclamó sorprendido Cráteros.

—Pues ya conoces a Jenofonte, delineante de la empresa dirigida por tu

padre y otro lancero superviviente del primer intento de conseguir los Tres Soles hace veinte años. Al tercero que lo conociste antes de llegar a la polis, Quirísofos. Entonces era un chaval que se encargaba de acarrear el equipaje de tu padre, y míralo ahora. Aún recuerdo lo bravo que fue en la lucha contra ese demonio salido del mar. Ahora, es tarde y debemos descansar, mañana hablaremos sobre la búsqueda del primer Sol: *La Ayuda que se da*.

—Antes de retirarnos deseo ver los restos de mi padre. Si fue incinerado, como manda la tradición, deseo ver el escudo donde reposan sus cenizas.

—Hay un problema, joven Cráteros —

se adelantó Jenofonte—, nunca pudimos recuperar el cuerpo de tu padre.

—¡Pero cómo es posible! —clamó el Mariscal repentinamente con ojos encendidos—. ¿En veinte años no habéis sido capaces de recuperar los restos de vuestro general? Sabéis que su alma vagará por el inframundo y no podrá encontrar reposo alguno hasta que su cuerpo se consuma en el fuego. No permitiré semejante afrenta a su memoria. ¿Dónde se encuentra su cadáver?

—Su cuerpo reposa desde hace veinte años en el lugar donde el demonio emergido de Kahar lo abatió, allá donde debíamos encontrar al primero de los

Soles. Es el mismo lugar donde regresará a por la nueva Niña Joya para asesinarla y seguir sembrando esta isla con su maldad.

—No llevaremos a Yun—Xu donde ningún demonio pueda atraparla —dijo Shen.

—Me temo que no es tan fácil, mi querida hija del pueblo de los bosques —interrumpió el senescal Aristarcos—. Es allí precisamente donde la Niña Joya debe catalizar el poder del primer Sol: *La Ayuda que se da*. Es allí donde debemos convocar el poder del primer Sol de Yelmalio. Y allí es donde reposa el cadáver de Hiraclís.

—Pues iremos a ese lugar donde quiera

que sea —concluyó el Mariscal con mirada furiosa.

—Antes de retirarnos a descansar —intervino Jenofonte buscando la mirada de Aristarcos— creo que es menester que Cráteros sepa, qué otro legado dejó su padre.

Junto a Jenofonte había una mujer madura de rostro sereno, pelo canoso y rasgos isleños, nariz aplastada y piel cobriza como la mayoría de la gente que se había congregado alrededor de las escalinatas. Sin duda, en su juventud habría sido de una belleza encomiable, pero el sol, el viento, y sobre todo los años, habían pasado factura a su tez... Ninguno de estos elementos era

conocido por su misericordia. Esbelta y de brazos fibrosos, su piel bronceada relucía como humedecida por el agua del mar. Aquella mujer de piel arrugada y porte digno observó temblorosa el rostro de Cráteros. Pasó su mirada con levedad sobre su hirsuta barba y se quedó, fija, en sus penetrantes ojos. Tras ella apareció un fornido joven de rizado pelo castaño, con la misma quijada que la mujer, los mismos pómulos e idéntica nariz, pero de unos penetrantes ojos almendrados familiarmente reconocibles por el Mariscal. Esa mirada de ceño fruncido no pertenecía a la madre y, en ella, Cráteros creía vislumbrar su propio reflejo.

—La misma herencia de Hiraclís

recorre vuestras venas —dijo la mujer —. Sois ambos poseedores de su recia mirada de león.

—¿Qué significa esto? —preguntó el Mariscal visiblemente conmovido—. ¿Mi padre deshonró la memoria de mi madre? ¡Eso es imposible!

—Tu padre nunca olvidó a tu madre —respondió veloz Aristarcos—. Pero sabíamos que nunca volveríamos a Sartar. Y así, como Yelm necesita a Dendara, tu padre necesitaba dejar un Parthenonas que continuase su estirpe en la isla. ¿Cómo podíamos creer que tú vendrías finalmente siguiendo el mapa de Jenofonte?

—Ella fue sierva de tu padre —quiso

aclarar Jenofonte—. Sabíamos con certeza que no había posibilidad de volver a pisar suelo conocido. Pasamos muchos meses aquí, y tu padre, siempre fiel y casto con sus votos, quiso dejar descendencia para que gobernara la ciudad que levantamos cuando nos hubiésemos ido. Nunca deshonró la memoria de tu madre a la cual amaba con locura. Dentro de un año, Brito habrá terminado con su servicio militar de adiestramiento y podrá tomar la regencia del trono de la ciudad, pero ahora que el primogénito de Hiraclís ha llegado, quizá quiera reclamar el trono que por consanguineidad le corresponde.

—¿Cómo decís? —tartamudeó el

Mariscal anonadado—. ¿Este muchacho es mi... hermano? ¿Tengo un hermano pequeño?

—Brito, saluda a tu hermano, mariscal Cráteros —ordenó Jenofonte.

—Bienvenido a ésta que es tu casa, honorable hermano —dijo el joven con marcialidad.

—Sí, Cráteros —afirmó Aristarcos levantándose del trono— y en su mayoría de edad, el próximo año, le correspondería tomar posesión de su trono. A no ser que el hermano mayor lo pretendiera como suyo.

—Estoy aturdido. —Cráteros retrocedió vacilante unos pasos—. Mejor será retirarnos a descansar y mañana

hablaremos. Lo más apremiante es organizar la búsqueda de los Tres Soles. Hemos traído con nosotros una nueva Niña Joya.

La joven occidental que había aparecido junto a Aristarcos, que paciente aguardaba tras el trono donde reposaba el yelmalita en calidad de senescal, se adelantó agarrándolo por el brazo.

—¿Pero cómo es posible? —Su voz resonó indignada bajo la asombrada mirada del resto de presentes—. Llevo dos semanas preguntándote por la regencia, por el paradero de los Tres Soles, y no has abierto la boca. Y ahora llegan estos... papanatas, y lo sueltas todo. ¿A ellos sí les contarás lo

que sabes? ¡Así, por las buenas!

—¡Cómo te atreves a levantarme la voz!

—bramó Aristarcos con los ojos enfurecidos—. ¡Vuelve a casa ahora mismo, Tesa! ¡Te haré azotar diez latigazos!

—Es la nueva concubina del senescal Aristarcos —le chivó Quirísofos a Cráteros sutilmente al oído—. Llegó hace un par de semanas con una caravana de mujeres desde el Puerto, y creo que no ha dejado de fisgonear en sus asuntos.

El senescal clavó malhumorado su mirada sobre la morena muchacha de rasgos occidentales mientras ella se acercaba al Mariscal. Sin disimulo, se

inclinó sobre Cráteros y con delicadeza le pasó el dorso de una mano bajo el mentón.

—Un gran guerrero como tú no debe conformarse con esta aldehuela insignificante de mala muerte. Tú te mereces un ejército y una gloria mayores. Un imperio de verdad, donde necesitarás una emperatriz; yo y tú...

—Conmigo te equivocas —contestó el Mariscal buscando con la mirada a las dos aldryami—. No soy alguien que se deje influenciar fácilmente por...

—Ninguna de esas plantitas con las que viajas podrá satisfacerte como yo. Yo soy una hembra de verdad, no una... elfa. Deja las berzas y los nabos para los

cerdos, los hombres han de comer carne.

—Esa manera de hablar me recuerda a alguien que conocí. —Cráteros se detuvo escudriñando entre sus recuerdos.

—Tanta arrogancia sólo me recuerda a una persona —afirmó Shen— que afortunadamente quedó atrás hace mucho tiempo. Era resplandor nocturno de malos augurios. Su lengua envenenada supuraba ponzoña y vileza.

—¡La Luna Carmesí brilla de nuevo! —exclamó Susurro en la Bruma.

—Jan Paolo —dijo finalmente el Mariscal.

—Ese repugnante y pestilente siervo del

*Imperio de la muerte roja* —concluyó Shen.

—Cuida tu lengua... plantita —contestó la occidental—, no sea que te la poden.

—Ahora nos iremos a nuestros aposentos —acabó tajante Cráteros con la discusión—. Mañana tenemos varios asuntos que solucionar. Hasta que, Brito, mi hermano, termine su periodo de adiestramiento como lancero y obtenga la mayoría de edad, yo asumiré la regencia de esta polis, ciudad-estado libre, de Edesia.

A la mañana siguiente Cráteros reafirmó su predisposición a asumir la regencia de Edesia hasta que, con la llegada del nuevo año, su hermano Brito, mestizo de

madre isleña y padre del lejano continente, cumpliera la mayoría de edad y asumiera la responsabilidad del gobierno. La ceremonia de investidura del nuevo rey sería austera y los juegos en su honor pospuestos. Restaban siete semanas y un día para que llegara el día más grande para los devotos de Yelmalio, la máxima festividad conocida como «Pascua Yelmalita». El ritual debía ser preparado con exquisito cuidado.

Durante el siguiente día, varias fueron las ocasiones en las que la descarada concubina del vetusto senescal Aristarcos, que recordaba en modales y habla al desaparecido Jan Paolo de Kanravx, intentó flirtear con el

Mariscal, pero la casta conducta del militar yelmalita se mantuvo inamovible, para orgullo ortodoxo de su fe.

También escucharon, de boca de Jenofonte, la versión del cartógrafo sobre la leyenda de los Tres Soles: *La Ayuda que se da, La Ayuda que se recibe y La Ayuda inesperada*. Y, cómo, con el poder de esos Tres Soles, la diosa tejedora Arachne Solara había obtenido la materia necesaria para tejer la *Red del Pacto Divino*, con el que antagonistas deidades rivales se aliaron para luchar en contra del Caos que estaba asolando el mundo. Los buscadores tenían que prepararse para lo que les venía encima. Los Tres Soles eran tres búsquedas separadas.

Asimismo atendieron a la historia del origen de la Niña Joya, *la catalizadora* del poder del primer Sol y de *La piedad de Yelmalio*. Con su presencia en la isla, nadie conocía el momento en el que el antiguo demonio marino volvería a surgir de las aguas para reclamar la vida de la nueva descendiente de los Min-Tao. Ese conflicto era el hecho que debía desencadenar el poder de *La Ayuda que se da*, el primero de los Soles. Este acontecimiento simbolizaba la ayuda que Yelmalio tendió a la primera Niña Joya, una lejana progenitora de Yun-Xu, rescatándola de las garras del demonio.

Reunidos para discutir sobre este y otros temas de tamaña importancia, otro hecho

insólito aconteció a la cuarta mañana de su estancia en Edesia.

Un revuelo se armó en la mañana del cuarto día. El cielo azul, despejado de nubes, y condensaba el pesado calor del estío; los muros de piedra parecían sudar. El piar de las aves contrastaba con el bufido de los bueyes y las mulas que tiraban de la caravana. Aquella mañana era como cualquier mañana en la que aparecía la caravana de mercaderes desde Puerto Destino. Los mercaderes visitaban la ciudad una vez cada dos estaciones, llenando las calles de vida. Traían los productos elaborados por las tribus indígenas del norte de la isla. Pero el verdadero motivo para que cruzaran la isla era que

también solían aparecer, con la misma frecuencia, un pequeño grupo de enanos provistos de fantásticos objetos de metal facturado, o de roca recién sacada de sus canteras. Los enanos eran el gran activo del comercio en Edesia. Nunca iban al norte y los habitantes de Puerto Destino debían viajar hasta Edesia para conseguir sus maravillas.

Sin embargo, otra clase de negocio era lo insólito de aquella mañana.

La caravana de mercaderes que desde Puerto Destino hacía dos semanas que había estado en Edesia, jamás había regresado con tanta brevedad. Los edesianos habían comprado la especia necesaria para sazonar y conservar el

pescado y la carne, los arreos oportunos para el campo y los utensilios para el hogar; pero, junto al comercio de sal y pieles curtidas, un hombre había llegado desde el continente con una caravana llena de muchachas kralorís. Ofrecía jóvenes esclavas de piel amarilla como limpiadoras, cocineras, prostitutas... Este hombre, nunca visto por aquellos lares, comerciaba con muchachas.

El senescal Aristarcos había comprado en aquella ocasión una concubina; la única cuyo origen no era kralorí. Era una muchacha de piel más bronceada y cabello menos lacio, más áspero y rudo, quien se había estado insinuando al veterano yelmalita desde que éste puso pie en el mercado. Al final, el senescal

cedió a la tentación y se hizo con los favores de la joven morena.

La caravana de mujeres había vuelto en el plazo de dos semanas a la ciudad y esto si era extraño, y un motivo de alegría sobre todo para los jóvenes solteros que podrían alquilar sus cuerpos, aunque sólo fuera durante unas horas.

Esa mañana, Cráteros y Shen se acercaron junto a Aristarcos a ver la caravana. No todo el mundo estaba interesado en la caravana de esclavas. Zishla había elegido un enorme árbol hueco donde erigir su propio altar a Halamalao. Temprano, había comenzado a tallar runas solares con la punta de una

daga. Susurro en la Bruma se había detenido junto al pozo donde las jóvenes de Edesia extraían el agua dulce que llevaban en cubos de madera a sus casas. El dragonut había extraviado la mirada en lo más profundo de aquel pozo y, en aquellos momentos, él mismo era objeto de las curiosas miradas de las jóvenes. Resultaba más extraño y excitante para las isleñas contemplar un dragonut que a las otras mujeres llegadas en la caravana esclavista. Las muchachas del lugar aprendían, incluso antes que a tejer o a cocinar, a controlar a la ondina, la ninfa que vivía en el fondo del pozo, para recoger su agua. Invocando su venia conseguían que fuera la propia ondina la que llenara sus

cubos y los sacara fuera del pozo con la propia fuerza de las aguas subterráneas, sin usar cuerdas o poleas.

Esta vez, en la caravana, solamente venían mujeres. No había especias, pieles, orfebrería; tampoco ningún herrero o cantero enano apareció con bronce o roca.

—¡Buenos días señores! —gritaba el mercader esclavista. Un tipo de piel morena, con un afilado y fino bigote bajo su puntiaguda nariz repleta de venillas enrojecidas—. Acérquense sin timidez. Vean que hembras tan espectaculares traigo. Fuertes, sanas, hacendosas y entregadas.

Mientras el hombre gritaba las

cualidades de su «mercancía», caminaba entre las muchachas expuestas agarrándoles los muslos, los senos, abriéndoles la boca y mostrando sus dentaduras como si fueran cabezas de ganado.

—Fíjense que ejemplares —continuaba atrayendo una multitud de hombres frente a su caravana—. Miren qué belleza, qué piel tan tersa. No me digan que no es ideal para limpiar sus casas, para traer agua del pozo, para... para lo que ustedes quieran.

Sobre la caravana donde las mujeres eran expuestas como mercancía, un búho blanco con dos enormes ojos amarillentos reposaba adormecido.

El senescal Aristarcos se acercó enfurecido hacia el mercader esclavista.

—Quiero que se quede con la serpiente que me vendió —dijo encrespado—.

Esta mujerzuela deslenguada no ha dejado de molestarme y fisgonear en mis asuntos. Es una niña malcriada.

¡Quédesela! ¡No la quiero!

El absorto mercader se quedó mirando atónito al furioso senescal. Por su expresión, se percibía claramente que no daba crédito a cuanto escuchaba. El búho blanco abrió los ojos de par en par y salió volando; al menos él, no tenía una argolla que lo agarrase del tobillo a la caravana.

—Señor senescal —tartamudeó el

esclavista— si desea otro producto puedo cambiarlo sin problemas.

Observe la nueva mercancía qué joven y sana ha venido.

—Lo que quiero es devolverle esa muchacha y que sea azotada —clamó Aristarcos—. Yo mismo lo hubiese hecho, ¡y con mucho gusto!

—Debería hablar con más respeto de mi pequeña joya, viejo —se escuchó una voz desde el interior de la caravana—, y espero por su bien, señor senescal, que ningún látigo haya tocado un solo pelo de mi joven Tesa.

La voz que se filtraba entre los rojizos telares que cubrían el interior de la caravana, además de altiva y prepotente,

sonó con un peculiar acento cantarín. Aristarcos no terminó de identificar el habla, pero le pareció de alguna región próxima al norte de su Sartar natal. ¿Quizá procedía de Tarsh? ¿De más al norte?

—¡Debería salir de su escondite y hablar a la cara, como los hombres! — contestó el senescal colérico.

Aquel deje sí resultaba conocido para Cráteros y Shen, que junto a Yun—Xu, se acercaron hipnotizados al lado de Aristarcos, atraídos por la voz.

Resultaba tan familiar. No sólo por su tonillo cantante, sino por el timbre tan característico que recordaba al de un antiguo compañero de expedición.

Aquel timbre agudo era inconfundible, era el del cónsul del Imperio de la Luna Roja que se había perdido cuando intentaban cruzar los páramos desérticos de Los Yermos, antes de llegar a Kralorela. En el severo rostro de Cráteros se dibujó una sonrisa como hacía tiempo que no se dibujaba. En el de Shen estalló una titilante mueca de asco y repulsión, peor incluso que el desprecio mostrado cuando escucharon nombrar que los enanos habían ayudado a construir la polis.

Cráteros siempre tuvo estima por aquel cónsul. A pesar de su aspecto débil, aquel hombre había demostrado tener una encomiable fuerza y un valioso conocimiento de lo arcano; no había que

subestimarlo.

En la guerra de Sartar, el Imperio de la Luna Roja estaba sometiendo a los bárbaros orlanthis; una tarea loable, en opinión de Cráteros. El pueblo yelmalita era un pueblo tradicionalmente mercenario y la Luna Roja pagaba puntualmente. Las campañas imperiales contra los bárbaros sostenían económicamente a los condados yelmalitas desde hacía muchos años.

Shen siempre sintió animadversión por el despreciable cónsul del Imperio Lunar. Su destructiva Diosa de la Luna Roja devastaba forestas, aniquilaba aldryami y arrollaba cuanta vida llenaba los bosques. Shen nunca entendió por

qué el Mariscal Cráteros, siempre protector con los hijos de Aldrya, permitía que aquel hombre mezquino, avaro y traicionero, viajara con ellos. Pero el tiempo había demostrado que el propio Mariscal era también una persona peligrosa de temperamento violento.

Cráteros, sonriente, dio un paso hacia el carromato cubierto de telas rojizas. Shen dio el mismo paso pero hacia atrás, con expresión de desagrado en el rostro. Aristarcos, con mirada furiosa a causa de la ofensa, observaba severo el telar carmesí cuando se descorrió y de su interior apareció la reconocible figura de Jan Paolo de Kanravx, cónsul lunar de la provincia de Sartar.

Su pose era segura y triunfante. Había cambiado su ajada túnica canela de antiguo orador, por un reluciente jubón de cuero con capuz completamente negro y ribeteado en rojo. También encarnado era el campo del gran blasón zurcido en el pecho, sobre gules resaltaba una luna azabache. Las pomposas mangas del ropón lo ayudaron a cubrirse los ojos contra el intenso reflejo del sol de la mañana. Unos guantes de brillante cuero negro acolchado, con hebillas e incrustaciones metálicas, ocultaban sus manos. Mientras sus ojos se acostumbraban al sol, el cónsul descendió las escaleras de la caravana con paso petulante.

Shen pudo percibir un olor hediondo que

manaba de aquel hombre.

—Procónsul Jan Paolo —saludó Cráteros amistosamente.

—Mariscal Cráteros —contestó Jan Paolo—, me alegro de saludarle.

—¿Conoce a este hombre? —preguntó el senescal Aristarcos con los ojos aún encendidos por la rabia—. Creo que me debe una disculpa, forastero. Está usted en mi ciudad y ha de cuidarse de sus groserías.

—Siento decirte, anciano —contestó Jan Paolo sonriente a la par que ladino— que ésta ya no es tu ciudad. ¿Te han hecho ya majestad, Cráteros?

Aristarcos sintió como la sangre

bombeaba con furia en sus sienes y llevó su mano al pomo de su espada envainada. Dio un paso al frente, y Cráteros lo detuvo agarrándole por la muñeca.

—Le pido disculpas, senescal. Sin duda, mi antiguo compañero de viaje no sabe quién sois y le ruego excuse su ignorancia. Sin él, yo no hubiese llegado jamás hasta aquí.

—En ese caso... —reculó Aristarcos manteniendo su espada dentro de la vaina.

Susurro en la Bruma apareció sigiloso detrás de Shen, quien seguía protegiendo entre sus brazos a Yun—Xu. La aldryani miró con desasosiego al dragonut, quien

había fijado su atención en el cónsul lunar.

—He venido a por mi concubina —dijo Jan Paolo abriendo desorbitadamente sus enormes ojos de batracio—. Tesa, vuelve conmigo.

—Sí, mi señor —se oyó una voz entre la multitud.

De entre las personas allí congregadas apareció la joven de rasgos occidentales y lengua viperina comprada por Aristarcos. Agachó la cabeza, tocada por una cofia azafranada y se acercó al cónsul de rostro artero.

—¡Tesa, ven aquí! —ordenó el senescal—. Voy a devolverte al mercader. Yo soy tu señor. ¡Te lo ordeno!

—Creo que la muchachita prefiere estar conmigo —dijo jactancioso el antiguo misionero de la Luna Roja quitándose uno de los guantes de cuero; de su antigua herida escamada no quedaba el menor rastro—. No obstante, hoy me siento generoso. Écaroh, devuelve a este hombre el dinero que pagó por mi concubina.

El esclavista, el hombre del afilado mostacho y la nariz enrojecida, se bajó del carro acercando una bolsa llena de dinero lunar al senescal. Los cascabeles resonaban en sus sandalias. Cráteros pidió a Aristarcos que guardara la calma.

—Voy a solicitarles que abandonen la

ciudad —dijo finalmente el senescal—. Aquí no son bienvenidos; ni ustedes dos, ni su caravana de rameras.

—No estás en disposición de echarnos de ningún lugar —respondió Jan Paolo recogiendo los bajos de sus ropas talaras para descender definitivamente del carromato y acercarse a la muchacha esclava.

—Señor cónsul —intervino Cráteros—, yo me ocuparé de todo, pero ahora no empeores las cosas. ¡Cállese de una vez!

En aquel momento, la joven Tesa y el taimado Jan Paolo hablaron a la vez. Unidas por palabras cosidas con una sorprendente precisión milimetrada, las dos voces se mezclaron en perfecta

comuni3n. Un 3nico pensamiento y dos bocas ensambladas para dictarlo:

—¿Cu3ndo comenzamos la b3squeda de los Tres Soles? —preguntaban al un3sono. —Guerrero, tu gloria ser3 mucho mayor que la de dirigir esta aldehuela de tres casas paletas. Tu sino es dirigir un ej3rcito, el ej3rcito de un imperio, el m3s poderoso del mundo. Necesitamos los Tres Soles para ello. Mis habilidades arcanas y mis profundos e ilustrados conocimientos del mundo, te ser3n de utilidad en la b3squeda. Me necesitas.

—Aristarcos, vuelvo a rogar que lo disculpes —dijo Cr3teros cansado de la arrogancia del c3nsul—. Yo respondo

por él. En el fondo, es un gran hombre, es sabio y nos ayudará.

—Espero que no te equivoques — contestó el senescal.

—Se equivoca —dijo Shen a sus espaldas—. Se lleva equivocando mucho tiempo.

—Como senescal y todavía regente, exijo una condición para no expulsar a este hombre de inmediato de la ciudad —exclamó Aristarcos levantando la voz—. Aunque los buscadores de los Tres Soles reposéis de tan largo camino en palacio, y os bañéis en las aguas puras y transparentes de nuestras termas, este hombre jamás pondrá un pie en el interior de suelo sagrado. Deberá

permanecer fuera de nuestras murallas. Podrá pernoctar en los hogares de los esclavos.

—Eso lo veo difícil, abuelo, puesto que voy a ser el consejero del rey — respondió Jan Paolo—. ¿Verdad? ¿Cuándo es la investidura? ¿Antes o después de que marchemos por el primero de los Tres Soles? Pienso que, si fuera antes, habríais ido ya, a no ser que estuvierais esperando por mí. Entiendo pues, que marcharemos todos juntos en unión fraternal y compañía. ¿Cuándo empezamos?

—Descuida Aristarcos, no lo malinterpretes —corrigió finalmente Cráteros al cónsul lunar—. Este hombre

reposará fuera. Se alojará en una de las casas de los plebeyos. No tengas la menor duda.

—Pues yo las tengo todas —concluyó Shen echándose las manos a la cabeza.